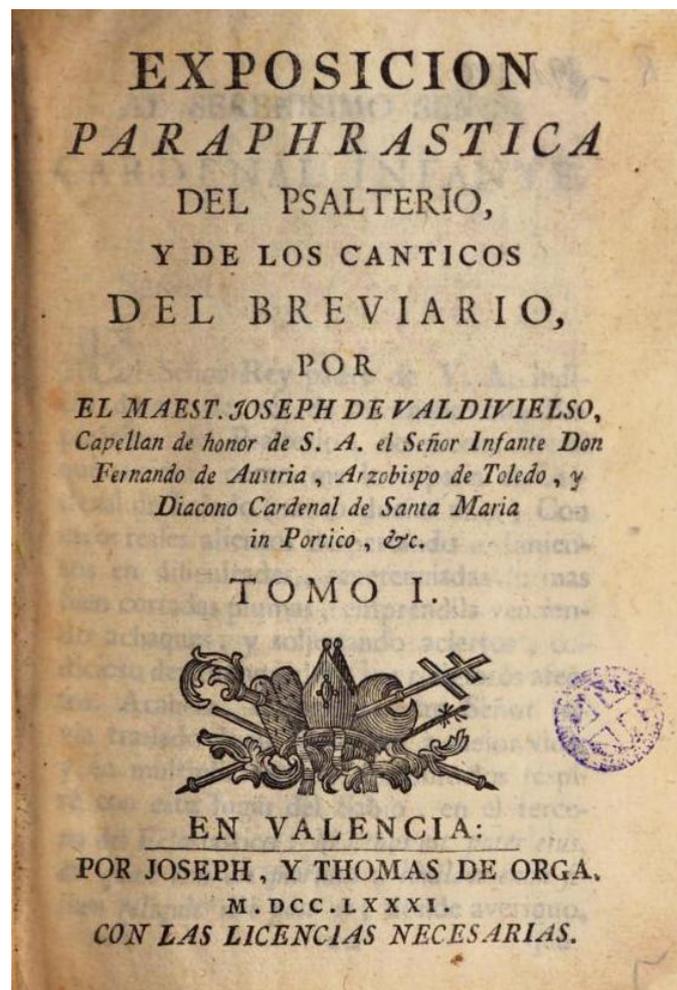




Lemir 27 (2023) - Textos: 871-1306

ISSN: 1579-735X

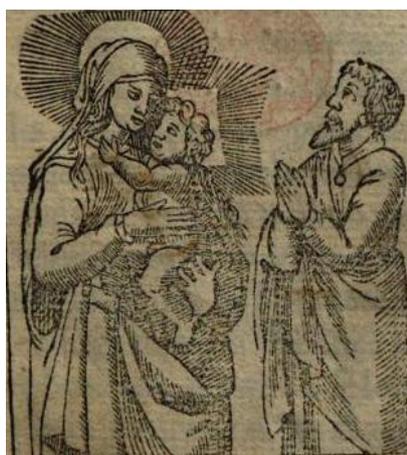


Exposición sobre los Psalmos
por el maestro Joseph de Valdivieso

Edición de Alfredo Rodríguez López-Vázquez &
Arturo Rodríguez López-Abadía



Retrato de Valdivieso



Posible grabado del autor extraído de la portada de la *Vida de san José*, Toledo, 1610

Esta edición

Nos ha parecido pertinente y necesario llevar a cabo una edición sucinta, pero no por ello incompleta, del *Psalterio* traducido por Joseph de Valdivielso primeramente por la ausencia de tal trabajo, que entre otras cosas resulta en la omisión del mismo del útil *Corpus Diacrónico del Español* compilado por la Real Academia Española. Esta traducción y su edición, en consecuencia, vienen a subsanar una laguna en el volumen textual de Valdivielso que resulta inexcusable por lo extenso (11.000 endecasílabos), rico, y variado del contenido.

Para la fijación del texto se ha recurrido a la edición de 1781 hecha por José y Tomás de Orga en Valencia, editores de calidad indudable y rigor encomiable, como demuestra su amplia producción de obras del Siglo de Oro español, destacando *El mejor alcalde el rey*, de Lope de Vega, *El mejor de los doce*, de Agustín de Matos Frago y Agustín Moreto, o *Cumplir con su obligación*, de Juan Pérez de Montalbán (o Juan Pérez, a decir de Quevedo). También se señaló la imprenta de los Orga como productora de su tiempo, publicando obras de Gregorio Mayans o Pablo de Olavide.

Esta edición en dos volúmenes en octavo, encuadernada en pergamino de buena calidad y debidamente endurecido para mejorar la consistencia de los volúmenes, es de una calidad compositiva y tipográfica muy notable, con buenos márgenes, tipografía limpia, adecuado espaciado, e incluso papel de buena calidad aun sin llegar a la de los catalanes Gvarro, linaje todavía vinculado a la producción papelera.

Se ha cotejado la impresión de los Orga con la edición de Madrid, viuda de Alonso Martín, 1623, de la cual añadimos a continuación las aprobaciones por señalar la probable fecha de composición de la obra.

Aprobación del ordinario

El doctor don Diego Vela, canónigo de la Santa Iglesia de Palencia, vicario general desta villa de Madrid por Su Alteza del Serenísimo Señor Cardenal Infante mi señor, doy licencia de mi parte para que se imprima un libro contenido en esta petición, y decreto, intitulado Exposición Paraphrástica del Psalterio y Cánticos del Breviario, por el maestro Joseph de Valdivielso, atento que ha sido examinado y no contiene cosa que ofenda nuestra Christiana religión, y buenas costumbres, antes mucho espíritu, devoción, y buenas letras. Dada en Madrid en 9 de junio de 1620. Doctor Diego Vela. Por su mandado, Francisco de Haro.

El trabajo del maestro José de Valdivielso estaba completado y presentado ya a finales de mayo o principios de junio del año 1620, pero la fecha de composición tiene que ser forzosamente anterior. Teniendo en cuenta los medios técnico-escriturarios de la época (pluma de oca, tintero, arena de Tracia o polvo de alumbre), parece oportuno asumir que al maestro le tomase obra de una semana la traducción de cada uno de los 150 salmos de David. Así, podemos aventurar que a Valdivielso le habría tomado unos tres años, tal vez algo más, realizar la traducción completa de los salmos y cánticos del Breviario, incluso siendo conscientes de que el maestro era un acreditado experto en lenguas antiguas.

La edición de los hermanos Orga, además, tiene subsanadas todas las erratas señaladas por el habitual e inevitable licenciado Murcia de la Llana a fecha 4 de septiembre de 1623, que son las siguientes:

Folio 2, verso 7, *callaron, diga callaran*. Fol 10 *in cota añade in finem oblivio erit pauperis, patientia pauperum non peribit in finem*. Fol. 18 ver 1, *vano diga en vano*. Fol 21 ver 19 *al perverso, añade una coma: eodem folio ver 38 anote hido diga anohecido*. Fol 25 ver 3 *inmoratible, diga inmarcesible*. Fol 31 ver 2 *facilmente diga felizmente*. Fol 32 ver 3 *cantares, diga cantores*. Fol 33 ver 1 y *essento, diga y asiento*. Fol 35 ver 4 *venosa, diga venenosa*. Eodem ver 10 *dificil diga difcil no*. Fol 41 ver 4 *desapercibidos, diga desaparecidos*. Eodem ver 3 *çanque, diga çaque*. Fol. 47 ver 3 *vuestros juyzios, añade son*. Eodem ver 7 *de de mano, diga de mano*. Fol 48 ver 3 *su brio, diga sobrio*. Eodem ver 1 *hecho, diga eche*. Fol 58 ver 10 *tiene, diga viene*. Eodem ver 8 *amo, diga llamo*. Fol 64 ver 5 *subditos, diga subitos*. Fol 67 ver 12 *entrañas, diga entenas*. Fol 68 ver 17 *persere, diga perseuere*. Fol 70 ver 20 *fuego, diga juego*. Fol 98 ver 12 *destencion, diga detencion*. Fol 99 ver 3 *como, diga comanse*. Fol 104 ver 4 *fundaron, diga fundaran*. Fol 146 ver 29 *no inopinados, diga inopinados*. Eodem vers 35 *acometerme, diga acometerse*. Fol 169 *in cota mare, añade mare*. Eodem ver 16 *allando, diga allanando*. Fol 194 ver 5 *quanto injustamente, diga quan injuriosamente*.

— — —

Este libro intitulado Exposicion sobre los Psalmos, compuesto por el Maestro Valdivielso, con estas erratas, corresponde con su original. Dada en Madrid a 4 dias del mes de Setiembre de 1623 años. El licenciado Murcia de la Llana.

Con todas estas erratas subsanadas por los hermanos Orga, pero manteniendo de todo punto el original del texto con perfecta calidad, si bien adaptando las graffias al uso más moderno propio de finales del siglo XVIII, aunque esto no implique una plena normalización ortográfica, el texto de los editores valencianos nos ha parecido adecuado para servir de base a esta edición. Además, su consulta ha resultado especialmente conveniente por poseer un ejemplar de la misma en nuestra colección particular.

Bibliografía

- FLECNIAKOSKA, Jean-Louis, *La formation de l'auto religieux en Espagne avant Calderón 1550-1635*, Montpellier, 1961. Thèse doctorale d'État.
- VALDIVIELSO, Joseph de, *El hospital de los locos. La serrana de Plasencia*, edición de Jean-Louis Flecniakoska, Madrid, Anaya, 1971.
- , *Exposición paráfrastica de los Psalmos y cánticos del Breviario*, Valencia, José y Tomás de Orga, 1781 (2 vols.).
- , *Romancero espiritual en gracia de los esclavos del Santísimo Sacramento para cantar cuando se muestra descubierto*, prólogo de Miguel Mir SJ, Madrid, Pérez Dubrull, 1880.
- , *Teatro Completo*, edición de Ricardo Arias y Arias y Robert V. Piluso, Madrid, Ediciones y Distribuciones Isla, 1975 (2 vols.).

Exposición sobre los Psalmos

por el maestro Joseph de Valdivieso

SALMO I

Beatus vir qui non abiit &c

De divino furor arrebatado
suavemente en cítara elegante
versos dulces cantaba pastor noble,
Rey sabio, Real profeta, poeta ilustre
David, Orfeo de los corazones 5
para que huyan desmentidos gustos
así alentando a los varones justos.
¡Oh, muchas veces bienaventurado
aquel varón que no se halló en las juntas
ni siguió los consejos pervertidos 10
de los malvados y que ciegamente
ni llevarse dejó, ni persuadirse
de los malos consejos de los malos
que pecan neciamente maliciosos
ni en las torcidas sendas de sus culpas, 15
de sus costumbres, obras y palabras
con perezosas plantas se detuvo,
ni anheló, altivo, cátedas impías
de gente por su daño mofadora
yendo a la parte en su doctrina errada 20
para enseñarla con dañosos labios
con contagio mortal de los oyentes,
ni en ellas se sentó, mal persuadido
(que se ha de huir como de la pestilencia,
porque ésta apesta al cuerpo, aquella al alma) 25
pero siguió con voluntad amante,
con sabio afecto y gusto deleitoso,
con incesante estudio, días y noches,
la ley de Dios, que enseña, nunca errada,
(de la vida mejor, santos preceptos) 30
con meditación cuerda discurridos
y con valiente espíritu observados;
será este tal como árbol siempre hojoso
en quien compite el fruto con las flores,
plantado a las corrientes de las aguas, 35

que con labios de vidro, flores pacen,
 adornado de verdes hermosuras
 que sin que el verdor pierda fácil hoja
 a los ardores del incendio estivo
 sin que el viento marchita remoline 40
 a los desdenes del ceñudo invierno
 a su villano dueño agradecido
 rinde a su tiempo sazonados frutos,
 como el árbol será medrado siempre
 con dichosos sucesos prosperando 45
 sus empleos, sus obras, sus acciones
 medidos con sus gustos y deseos.
 No así los impios,¹ no, mas como el polvo
 o seca arista a quien burlador viento,
 en ciego torbellino y leves alas 50
 injurioso levanta de la tierra,
 turba, revuelve, esparce y desvanece,
 ser verán esparcidos y asolados
 por lo cual, en el día temeroso,
 cuando el Juez, en tronadora nube 55
 con regia potestad venga a juicio
 no hallarán quien sin causa les defienda,
 cabeza no alzarán, tendrán mal pleito,
 no se levantarán a ser premiados,
 ni en la congregación y compañía 60
 se verán, para siempre, de los justos,
 porque aprueba el Señor prósperamente
 el angosto camino de los buenos,
 el ancho reprobando de los malos,
 que siempre para² en desastrados fines 65
 a aquellos con favores mil premiando,
 estos, a mil rigores condenando.
 Gloria al Padre y al hijo y amor santo,
 como al principio agora y para siempre
 por los siglos eternos de los siglos. 70

1.- La pronunciación es bisílaba: im-pios, como en el italiano moderno 'em-pio'.

2.- Este 'para' es forma del presente de indicativo del verbo 'parar', con el sentido de 'acaba en, conduce a'.

PSALMO II

EL CONCLIO DE LOS HEBREOS Y GENTILES,
CONTRA CHRISTO NUESTRO SEÑOR

Quare fremuerunt Gentes, et populi meditati sunt inania?

Por qué causa sin causa los Gentiles
tumultuosos con feroz bramido,
como fieras crujieron los dañosos
dientes en vano y, ciegos, por qué causa,
con engañadas consideraciones 5
maquinaron los tímidos hebreos
acusaciones frívolas y vanas?
Por qué causa los reyes de la tierra,
conformes con los príncipes soberbios,
aliados todos con los principales. 10
de su consejo en consistorio injusto,
con esfuerzos valientes cuanto errados,
entraron en consulta unos con otros
y conspiraron arrojadamente
contra el Eterno Padre, contra el Hijo, 15
Cristo, hijo eterno del Eterno Padre,
diciendo susurrando: ¿qué tenemos?
¿Que ´esperamos? Rompamos sus prisiones,
sus lazos y ataduras, sacudamos,
con osado valor, de las cervices 20
el yugo intolerable de sus leyes.
Mas entre tanto, de los turquíscielos,
con risa mofadora y con escarnio
el que los mora omnipotente Padre
sus locas amenazas escarnece, 25
el Hijo burla de sus osadías
y burlará mejor entonces cuando
los hable airado, en sus furores justos,
que los tiene de hablar acedamente,
ceñudo, en el juicio postrimero,
y a su severa reprensión cobardes, 30
temblando de temor, como azogados,
callarán, conturbados y aturdidos,
desbaratadas sus consultas ciegas,
que a mí (Cristo dirá) el Eterno Padre
Rey me constituyó, con imperioso 35
cetro a quien soy debido de derecho
rey me constituyó sobre el Alcázar

y monte de Sión, monte constante
sobre Sión, el monte de la Iglesia,
en firmeza y verdad eterno Monte
donde su Ley enseñe y sus preceptos
y como doctor suyo los predique.
que a Mí me dijo a Mí: Tú eres mi hijo,
yo te engendré y es hoy eternamente
(que nazco Dios de Dios, lumbre de lumbre),
hoy te engendré en el gremio de una virgen,
hoy te resucité de entre los muertos:
por juro de heredad pedirme puedes,
como Hijo natural, pide seguro,
pide y darte he las gentes y naciones
por herencia debida a quien tú eres,
para que las poseas y corrijas
con todo cuanto la risueña aurora
con rosados fulgores embellece
hasta los fines últimos del Orbe,
donde depositó la noche parda,
pálida, si no muerta, su hermosura.
Y a los que, inobedientes, resistieren
a tus doctrinas y tus enseñanzas,
gobernarás con potestad suprema,
con dura vara de inflexible hierro,
quebrantando con golpe irreparable
sus desmesuras y sus rebeldías,
sus consultas, durezas y personas
con la facilidad que ollero suele
vaso romper de mal cocido barro
que instituido en la voluble rueda,
antojadizo envileció al que quiso
y al que quiso, ilustró, sujetos todos,
sin útil resistencia, al fatal golpe
del que los hizo y deshacerlos puede
y convertirlos en desprecios viles.
Por lo cual, pues, oh reyes de la Tierra,
y temidos jueces cuidadosos,
buscad agora con avisos cuerdos,
buscad quien os enmiende y os reforme,
pues que juzgáis, pues que juzgáis el mundo ,
atendiendo que habéis de ser juzgados
tributarios forzosos de la muerte.
servid a Dios con santa reverencia,
con filial modestia y alegría,

con sujeción hidalga y con respeto
y alegraos de tener un Dios tan santo,
pero con humildad y temor noble.

Aprended con afecto su enseñanza,
abrazad con aprecio venerables,
ardores fervorosos, su doctrina,
adorad y besad la regia mano
con postrado temor, del hijo eterno,
en señal de obediencia y vasallaje,
no se embravezca, no, y os descamine
donde, descaminados, ciegamente,
no atinéis el camino verdadero,
cuando con brevedad no imaginada
en iras inculpables encendido,
el tiempo ciña y impensadamente
venganza tome de sus ofensores
juzgándolos severo cuanto justo,
y guardaos no la tome de vosotros,
a mis avisos útiles rebeldes,
por lo cual muchas veces bienandantes
los que fundan en Dios sus esperanzas
que lograrán en Él sus esperanzas.

PSALMO III

Domine quid multiplicati sunt , ETC.

DE LA PASIÓN Y RESURRECCIÓN DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

¿Qué quiere (¡ay Dios) decir que conjurados
y armados contra mí se multipliquen,
no menos numerosos que soberbios,
los que me afligen, los que me atribulan?
Los que en mi daño, airados, se levantan,
los que conspiran en ofensa mía?
Muchos, como me ven en tal estado,
dicen, amenazándome de muerte:
no hay que esperar salud, ¿de quién la aguarda?
No hay que esperar, que el mal es incurable,
no hay salud, no, ni porque en Dios la espere
no hay por qué espere libertad ni vida.

Pero yo en sus descréditos me animo,
que sois mi defensor y mi victoria,
que sois mi gloria de que me glorío

haciendo a su pesar que alce cabeza,
mi humildad abatida levantando,
mi pálida tristeza divirtiéndome,
haciendo (¡ay Dios) que rompa la alegría
entre aguaceros de tribulaciones.
Porque llamé al Señor con vivas ansias
con voz llorosa y alma lastimera
y escuchome, del monte de su Cielo,
de forma que en las penas más esquivas
me recosté a dormir; dormí, si triste,
seguro y descansé en el breve sueño
y pude, porque Dios me le guardaba.
Desperté, sin que nadie me llamase,
guardado de su amparo y su defensa,
resucité, impasible, a mejor vida,
por lo cual, confiado en sus amparos,
no tengo que temer, aunque me vea
cercado de enemigos escuadrones
porque me guarda Dios y me defiende.
Levantaos, pues, Señor, en mis socorros,
y por quien sois, libradme de sus manos.
que tengo agradecidas experiencias
que a ampararme salistes condolido,
sin causa, viendo que me perseguían
que la mano de forma los sentastes
que los hicistes con valiente diestra
saltar, con ignominia vergonzosa,
rotos los dientes en menudas piezas.
Creed, pues, gente muerta, con fe viva
que procede de Dios la salud toda
que es única salud del pueblo suyo
(que siendo suyo abundará de bienes)
y de vos Dios, con liberal largueza
sobre él, en fe de su esperanza firme,
desciendan esparcidas bendiciones,
favores largos y lucidos dones.

PSALMO IV

Cum invocaret, exaudivit, &c,

Como llamase del peligro en medio
me escuchó el defensor de mi justicia,
el testigo fiel der mi inocencia,
el sabidor de mi sencillo trato

y en las borrascas de tribulaciones,
aflicciones trabajos, desconsuelos,
el corazón estrecho desahogastes
y dilatastes el cobarde pecho.
Como hasta aquí, Señor, de nuevo aguardo
que, clemente, tendréis misericordia,
solo por quien Vos sois, de mis miserias
y que oiréis mi oración, blando y propicio.
¡Oh, hijos poderosos de los hombres!
¿Hasta cuándo tendréis corazón terco,
obstinado, pesado y envidioso?
Maquinando den mi ofensa vanamente,
con dañada intención, ciegos engaños,
inventando mentiras cavilosas,
amándolas con gusto afectuoso
para infamar y deslucir mi vida,
vuestrs intentos malogrando siempre,
buscando bienes y riquezas vanas
que mienten dichas y desmienten gustos,
Persuadíos que el Señor es admirable
y que, admirable, quiso y pudo hacerme,
ilustre, claro, célebre y famoso,
obrando en mí no vistas maravillas,
que maravilla fue santificarme
eligiéndome rey y rey ungiéndome,
que lo que tengo bueno todo es suyo,
llamarle he a penas, cuando seré oído,
oirame y será oírme remediarme.
Embraveceos contra lo pecado
y no queráis pecar; temblad, cobardes,
para no pecar más y de lo oculto
que concebís en vuestros corazones
y pecáis en secreto, compungíos,
llorad de noche lo que erráis de día
y arrepentíos en los blandos lechos,
llorad, llorad a solas vuestras culpas.
Sacrificadle con dolor del alma
sacrificios debidos de justicia,
de lágrimas, quebrantos y oraciones
que entre el incienso suban y las llamas,
por Rey obedeciendo al que lo es vuestro
y confiad en él seguramente,
que a los muchos que incrédulos preguntan,
dudosos a su eterna providencia,

pues nos mandáis que a Dios sacrifiquemos,
nos maceremos y nos aflijamos,
después de macerarnos y afligirnos
quién (nos decid) tras penas y aflicciones
nos mostrará los esperados bienes
y las felicidades venideras?
Si no hay quien nos las muestre, ¿por qué causa
despreciaremos las que poseemos
y desearemos las que no alcanzamos
ni aun solamente a ver de vuestros ojos?
Respondo atento, como quien lo sabe,
que la luz, ¡oh, Señor!, de vuestro rostro
está impresa y sellada en nuestras almas
con los efectos vuestros ilustradas,
la luz de la razón, señal ilustre
con que nos distinguistes de los brutos,
con que mi corazón, en larga copia,
bañastes de seguras alegrías,
que esta luz es los verdaderos bienes,
todas las dichas y riquezas todas.
Gran muchedumbre de estos hombres ciegos
esperan en las cortas granjerías
de los dudosos frutos de la tierra,
pan blanco, vino rubio, aceite grueso,
multiplicando haciendas y cuidados,
ricos de bienes, que son bienes pobres.
Pero yo en la paz fundo mi descanso,
y la paz sois vos mismo, en quien la fundo,
con que podré dormir a sueño suelto:
echarme he a reposar y juntamente
dormiré en paz, en ocio no culpable.
Porque, Señor, con singular amparo
me fundastes en vuestras esperanzas
de los dos reinos, temporal y eterno,
haciendo en ellas que de asiento viva
hasta que el sumo bien de Vos reciba.

PSALMO V

ORACIÓN A DIOS EN LA TRIBULACIÓN

Percibid mis palabras con oídos
piadosos y reales, rey eterno
atended mi clamor premeditado.
¡Oh, mi rey y mi Dios, a la afligida

voz que os envió en la oración humilde,
perseverando en ella, estadme atento,
porque a Vos la encamino confiado,
oíd mis ruegos que al romper del alba
solicitada de las avecillas,
aves de flores por los aires zarzos,
flores de pluma por los campos verdes,
a vuestras puertas con desvelos mudos
suspenso aguardaré que deis audiencia,
los ojos levantados, esperando
que me la deis, difícil no, mas grata.
Y veré en ella, en los efectos buenos,
que no sois Dios que puede ni ha podido
ver culpas de sus ojos ni maldades
ni puede tolerar en su presencia
hombres ni pecadores ni culpados.
Ni al maligno admitir al trato vuestro,
porque no pararán despavoridos,
temblando de temor los que mal viven,
a la luz majestuosa de esos ojos.
Que aborrecéis de muerte pecadores
que inicuaamente en culpas perseveran
y pecan de costumbre porfiada;
a muerte condenáis los mentirosos
que perniciosamente lo ejercitan.
Abomináis a los derramadores
injustamente de inocente sangre
y a los que engañan a los pequeñuelos;
mas yo, en la generosa muchedumbre
de vuestra liberal misericordia,
que siempre experimento agradecido,
entraré, humilde, los umbrales vuestros
y humilde adoraré con temor noble
vuestras piedades dentro en vuestro Templo.
En la justicia vuestra encaminadme,
guiadme por que acierte y por que adviertan
que honráis, si castigáis mis enemigos,
que acechan, cavilosos, mis acciones
y por la senda que por fin os tiene
principio y fin sin fin de los descansos,
enderezad mis pies para que os halle,
porque estos malhechores desalmados
palabra de verdad hablar no saben,
su corazón es como vaso roto

que se sale quedándose vacío,
es sepulcro asqueroso su garganta,
abierto siempre para enterrar vivos,
para desenterrar muertos abierto,
inficionando a todos sus horrores
vierten veneno sus traidoras lenguas
que muerden, lisonjeras y engañosas,
el tácito veneno simulando.
Castigadlos, Señor, juzgad su causa,
frústrenseles sus necios pensamientos,
caigan de sus consejos obstinados
según la muchedumbre de sus culpas.
Apartadlos, Señor, de vuestros ojos,
pues provocan y incitan vuestras iras
y en vos se alegren con seguro gozo
los que ponen en vos sus esperanzas
y canten os alegres, dulces versos,
pues por siglos de siglos, no causado
los haréis venturosa compañía,
de vos guardados y favorecidos
y gloriense en vos perpetuamente
los que de vuestro nombre soberano
la virtud aman y la gloria adoran,
que en él bendeciréis al varón justo
y le haréis bien con manos liberales
y de la bondad vuestra rodeados,
que es vuestra bondad santa nuestro escudos,
vuestro divino amor y vuestra gracia,
nos guardaréis y ampararéis constante
como valiente Dios y Dios amante.

PSALMO VI

Domine, ne in furore tuo, etc.

No me arguyáis, Señor, en mis pecados,
en furor vuestro, de ellos convencido,
pero desenojaos para reñirme,
templad las iras para castigarme
antes de reprenderme, deponiendo
de vuestra justa indignación la saña:
no de juez, de padre sea el castigo.
Tened misericordia de un culpado
que se confiesa enfermo y miserable
y que el mal se me ha entrado hasta los huesos,

mis fuerzas y virtud debilitadas,
que me tiemblan las carnes con sudores
y trasudores tristemente helados.
Y el alma, acerbamente conturbada
en confusiones toda y desconsuelos,
mirando mis miserias y fealdades,
mis errores (¡ay, Dios!) y mis dolencias,
aplicad, pues, expertas medicinas,
médico de las almas, remediadme,
cortad, cauterizad lo que conviene
y decidme (¡ay de mí!) por que lo sepa,
¿hasta cuándo, señor Dios, hasta cuándo
contra mí han de durar vuestros enojos,
permitiendo mis males doloridos?
¿Hasta cuándo, Señor, el justo miedo
me asombrará de vuestras iras santas?
Convertid en piedad vuestra justicia
y vuestro rigor justo en mansedumbre
y de vuestro derecho perded algo:
librad mi alma de las sañas vuestras
y de vuestros rigores rescatadla,
libradla de los lazos de sus culpas
restituido a mi salud primera.
Salvadme, por que alabe en esta vida
vuestras entrañas de misericordia.
Por que en los accidentes enojosos
de la muerte ¿quién hay de sí tan dueño
y que esté tan en sí que en tantas cuitas
de Vos se acuerde o acordarse pueda?
En el sepulcro ¿quién podrá alabaros
entre horrores, gusanos, podredumbres?
En el infierno, con acción de gracias,
¿quién os confesará por Dios, Dios mío,
y quién habrá que bendeciros pueda?
Con suspiros del alma y con gemidos
arrancados de lo íntimo del pecho,
con lágrimas, Señor, inagotables,
trabajaré para satisfaceros
con duras penitencias afanando
toda la noche en peso cada noche
con la lluvia lavando de mis ojos
(que oscuras nubes son) el lecho blando
hasta el sitial real humedeciendo.
Conmigo estoy de cólera tan ciego,

llorando y sollozando amargamente
culpas que cometí en ofensa vuestra
que la vista he perdido de los ojos
que canas me han salido antes de tiempo,
antes de envejecerme, envejecido,
y como paño suele de polilla
comerse sin reparo, me he quedado
entre mis impacientes enemigos.
Quitáosme de delante, pecadores
y de mí os apartad quinientas leguas,
los que obráis y vivís perversamente,
que oyó el Señor la voz de mi lamento,
que no pudiera no acabar consigo,
lágrimas no escuchar y más por culpas.
Oyome y perdonómelas piadoso,
aceptó mi oración, dile las gracias.
Avergüéncese, pues, los que me insultan,
mis enemigos, tristes, se avergüencen,
con vehemente dolor, de sus pecados,
de haberlos perpetrado se conturben,
de deservir a Dios tiemblen de miedo
y conviértanse a él con presurosa
vergüenza en tiempo, no les falte el tiempo
y confundidos, hagan penitencia
para que su rigor vuelva en clemencia.

SALMO VII

Domine Deus meus, in te speravi, &

Seguro esperaré en vos, seguro espero,
señor Dios mío, en vos seguramente
solo colocar puedo mi esperanza,
porque no hay otro en quien esperar pueda
que me pueda librar y defenderme
de los graves peligros que me asaltan,
de todos los que, injustos, me persiguen,
de los que me persiguen y aborrecen
con tan vivo rencor que temer puedo.
Que temo que mi suegro, embravecido
tiene como león de arrebatarme,
que ha de despedazarme, encarnizado
como si fuera simple corderillo,
sin que ninguno pueda socorrerme
sin que ninguno pueda remediarme.

Señor, si cometí lo que me achacan,
contra Saúl notándome de aleve,
si con el hurto me turbé en las manos,
si no las tengo limpias y inocentes
de toda iniquidad, de toda culpa,
si volví mal por mal, daño por daño
a los que injustamente me lo hicieron,
ni victorias alcance, ni despojos
de mis contrarios, de ellos denostado
para que tenga así mi merecido
y con las manos salga en la cabeza
con deshonor frustrada mi esperanza
y, siguiendo el alcance, mi enemigo
me persiga, me prenda y atropelle.
en mi sangre ne mate revolcado,
mis créditos desluzga y mis honores
y mi gloria resuelva en polvo, en nada.
Embraveceos, señor, en vuestras iras
y, pues que, como veis, no tengo culpa
en lo que me calumnian y me achacan
y con justos desdeñes indignado,
victorioso triunfad en sus confines.
Levantaos, abonad vuestros honores,
que honras vuestras son, que el inocente
no sea de los malos oprimido;
tomad venganza de sus demasías,
levantaos enojado y los preceptos
haced cumplir de vuestras leyes justas,
majestad ostentando y poderío
por que por Vos de mi derecho goce
y la Iglesia de pueblos diferentes,
congregada con culto religioso,
en torno del sagrado altar y templo
alabará vuestra justicia santa.
Levantad tribunal, y en él sentado,
para manifestarla y ejercerla,
recto juzgad y castigad severo.
Vean que es el señor de las naciones
y pueblos, juez entero cuanto sabio.
Guardadme mi justicia, haced justicia
a las leyes, conforme de la vuestra
y según mi inocencia, despachadme,
que estoy tan sobre mí por vuestra gracia
que os la he merecido de justicia.

Y si la ejecutáis como os lo pido,
la iniquidad de los que os ofendieron
desaparecerá, desvanecida,
y al justo, en vuestro amparo confirmado
guiaréis seguro en todos sus caminos,
porque con ojos escudriñadores
los corazones veis, veis las entrañas
y los más retirados pensamientos.
Y pues en Dios estriban mis socorros,
como en presidio mío en quien los fundo
y es justo, justo es que me defienda,
que es oficio de Dios, a quien incumbe
librar hombres de buenas intenciones,
de candor limpio y de corazón recto.
Dios es justo juez, castiga y premia,
es fuerte, contra quien no hay resistencia,
si bien es sufridor de pecadores.
Que me replica alguno me parece,
luego si es sufridor, ¿podrá enojarse
ni llevar en paciencia que le duren,
sin que se pase el día, los enojos?
Sí, si no os convertís a penitencia,
la espada afilará para jugarla,
la aljaba prevendrá, flechará el arco
y en él pondrá saetas chispeadoras
forjadas en las fraguas de sus iras.
Vasos emponzoñados de la muerte
donde la beberán, irreparable,
para abrasar con ellas los heridos.
Advertid, advertid que está de parto,
que está de parto el pecador y tiene
dolores (¡oh, portento prodigioso!),
dolores concibió del bien ajeno
y codicias del mal: parirá culpas.
Hoya traidora abrió y hondo engañoso
donde se despeñase el inocente,
mas cayó y pereció en su mismo engaño,
en la cueva que hizo para el justo.
Lloverá todo sobre su cabeza
a donde su dolor, donde su culpa
tempestarán, como borrasca airada
sobre él, para cubrirle del cabello
hasta el ya espeluzado remolino.
Pero yo, con debida acción de gracias,

confesaré de Dios la alta justicia
con que castiga al malo y premia al bueno
y en alta voz alabaré cantando
el nombre del altísimo Dios mío,
conociéndole Dios eternamente
no menos justiciero que clemente.

PSALMO VIII

DE LAS OBRAS DE DIOS Y SUS BENEFICIOS

!O Señor, señor nuestro, ser eterno
y ser de todo aquello que ser tiene!
¡Oh, cuánto es admirable vuestro nombre!
Oh, cuánto es estupenda y admirable
desde el un polo al otro vuestra fama,
de donde nace a donde muere el día!
Porque vuestra real magnificiencia,
a todo lo que vive bienhechora
excede la grandeza de los cielos,
que es superior a todos en grandeza.
De las boquillas de los balbucientes
infantes, con palabras mal formadas
y de las de los niños con la leche
en los labios de rosas, de los dulces
pechos pendientes de las tiernas madres
con elegancia y perfección formastes
vuestras bien merecidas alabanzas
haciendo a vuestros tercos enemigos
cerrar las bocas y coser los labios,
haciéndoles cesar, a pesar suyo,
de sus desmesuradas osadías,
haciendo enmudecer del vengativo
la intención, y la lengua despenada,
destruyendo las bárbaras locuras.
Cuando miro las ruedas de los Cielos
de zafir puro y de cristal de roca
que, como rasgos son de vuestras manos,
la Luna, Sol de plata de la noche
que la hermosea y que la desenoja,
desenjada porque la hermosea
el escuadrón de estrellas numerosas,
que en orden marchan, de diamante armadas,
ornamento lucido de los cielos.
Entonces pienso y digo con espanto,

maravillado en tantas maravillas:
 ¿quién es el hombre? ¿Es más que hijo de un hombre?
 ¿Quién es, que siendo un dios omnipotente
 tenéis memoria de él tan cuidadosa
 que le favorecéis y honráis de modo
 que, sin que os dedignéis de sus flaquezas,
 como amigo gustáis de visitarle
 haciéndoles que frise en las venturas
 con las de los espíritus celestes,
 de ellos, un si es no es, diferenciarle
 tan poco, que parece casi nada?
 Ornástele de títulos honrosos
 y de gloria y honor le coronastes,
 porque, si bien menor algo le hicistes,
 de ingenio le adornastes y albedrió?
 El dominio le distes majestuoso,
 hecho (del Cielo abajo) Presidente
 de todas las criaturas, sujetando
 debajo de sus pies todas las cosas,
 ovejas gruesas y fecundas vacas,
 con los domesticados animales,
 las silvestres y fieras montaraces.
 Las aves, nadadoras de los vientos,
 los peces, voladores de los mares,
 que en sus torcidos senos se pasean,
 trayendo aves y peces de un principio,
 que son las aguas, su vital origen.
 ¡Oh, señor, señor nuestro, ser eterno
 y ser de todo aquello que ser tiene,
 oh, cuánto es admirable vuestro nombre,
 oh, cuánto es estupenda y admirable
 desde el un polo al otro vuestra fama,
 de donde nace a donde muere el día
 y el Sol alienta con vital porfía!

PSALMO IX

Confitebor tibi Domine in toto, &

HACIMIENTO DE GRACIAS

Con todo el corazón y él, todo afectos,
 os daré gracias por las recibidas
 y alabaré, Señor, vuestras grandezas
 y todas vuestras altas maravillas.

Con gozo alegre y alegría gozosa,
seguramente en Vos regocijado,
ajustando la voz al instrumento,
Altísimo Señor, la fama vuestra
vuestro nombre famoso cuanto ilustre
celebraré en dulcísimas canciones.
Porque hizo vuestro brazo victorioso
volver a mi enemigo las espaldas
y claro está que, Vos de parte mía,
tienen de descaecer, él y los suyos
y a vuestros ojos parecer cobardes,
porque hicistes mi causa y porque fuistes
mi defensor no solo y mi defensa,
pero en supremo tribunal sentado,
distes, Señor, en mi favor sentencia,
juzgando sabio cuanto justamente,
con ceño acedo y reprensión severa
las gentes mis contrarias castigastes
y por que a vuestras manos ofensoras
acabó el ímpio miserablemente
y borrastes del libro de la Vida
su nombre, escurecido para siempre,
su fama, anohecida y deslustrada,
sus armas, sus espadas y cuchillos
embotastes y rotos perecieron,
con ruina lamentable destruístes,
por el suelo arrasadas, sus ciudades
hasta no dejar piedra sobre piedra,
sin memoria y sin rastro de su nombre.
Con ruidoso estallido fallecieron
entre alaridos y gemidos tristes
y el Señor, poderoso, sabio y justo,
reinará, sin mudarse, eternos siglos.
Puso su tribunal, señaló estrados,
juzgará en equidad a todo el orbe
y hará, con rectitud, igual justicia,
sin torcerla, a los pueblos y naciones.
Será refugio del menesteroso,
del miserable y del desamparado,
haciéndole socorros oportunos
en sus angustias y sus desconsuelos
al tiempo cuando más necesitare.
Esperen, pues, en Vos los que os conocen,
a Vos, a vuestro nombre y trato blando,

que no os negaréis nunca, Rey eterno,
ni desampararéis a los que os buscan
ni dejaréis de oír a los que os llaman.
Alegres le cantad y agradecidos,
con santa acción de gracias bendecidle,
de Sión en el templo donde habita,
publicad, sepa el mundo sus desvelos,
en los remedios nuestros cuidadoso,
sus trazas, sus consejos, sus hazañas,
porque examina, memorioso y recto,
hecho pesquisidor severo y justo
para vengarlas con castigo acerbo
la mal vertida sangre de los pobres,
sin injurias y agravios, sin que olvide
de los humildes, de los injuriados,
una voz, una lágrima, un suspiro
y, pues que yo lo soy y a Vos me quejo,
Señor, tened de mí misericordia,
y sí tendréis, si con piadosos ojos
miráis mi abatimiento y desconsuelo,
la pena y aflicción desconsolada
con que mis enemigos me persiguen,
con que me acosan los que me aborrecen,
pues un pie en la temida sepultura
de peligros y horrores rodeado,
en los fríos umbrales de la muerte
a la luz clara me restituistes
para que con la vida os dé las gracias
y a las puertas ilustres de la hija
de Sión, ciudad santa y pueblo vuestro,
en sus mayores juntas y concursos
refiera vuestras altas alabanzas.
Todas las contaré, si puedo, todas,
tratando de mil modos de alabaros.
Alegrareme de la recibida
salud de vuestras manos liberales,
reconocido que me viene de ellas,
pues que las flechas de los enemigos
arcos, sangrientamente despedidas,
para herirme de muerte, contra ellos
se volvieron, heridos por herirme.
Cayeron en las redes que me armaron,
el pie metieron en el lazo oculto,
fue su verdugo su traición alevé,

el mal les vino que me procuraron.
Los juicios de Dios incomprensibles
harán que le conozcan y le teman,
daranle a conocer a todo el mundo,
que el pecador se labra por sus manos
cadena de sus yerros que le prenda;
encadenarle han sus obras mismas.
Bajarán a la horrenda sepultura,
caerán en los abismos de los daños
donde tienen de arder eternamente
los siempre impenitentes pecadores,
aquellos todos que, por culpas suyas,
olvidados de Dios, de Él no se acuerdan,
ni cuidan de Él, ni Le aman, ni Le temen.
Y nunca Dios se olvidará del pobre,
de su esperanza y de su sufrimiento,
ni en sus adversidades, ni en sus cuitas
perecerá jamás, antes dichoso,
premiado se verá y remunerado.
Levantaos, oh, Señor, no prevalezca,
ni se haga fuerte el malo contra el bueno
y por vos mismo, en tribunal temido,
a vuestros ojos, en presencia vuestra,
juzgad y castigad los pecadores.
Criad legislador que les dé leyes,
acedo, riguroso y mal sufrido,
que sobre ellos descargue sus rigores,
siempre en las manos el azote duro,
que miedo los despierte, infunda asombros
y conozcan las gentes jactanciosas
que son hombres: miserias y flaquezas,
que esto los hombres son que son más hombres.
Pero ¿por qué parece que de lejos
miráis, Señor, nuestras tribulaciones?
Tan lejos de nosotros, que parece
que no las veis, aunque las estáis viendo,
que os escondéis, parece, a nuestros males
y que nos despreciáis, pues que no llegan
a tiempo los remedios convenientes,
con lo cual multiplican osadías
los poderosos contra los humildes.
Con hablar alto solamente el rico
deja escocido y abrasado al pobre.
persíguele soberbio e insolente

empero en sus ardidés y consejos,
después de muy pensados, se enmarañan,
cógenlos en sus trampas y embelecós.
Adula el lisonjero al poderoso
en cuanto piensa mal y mal desea
y él se alaba tal vez que le sucede
cuanto quiere a medida del deseo
y bendice su trato y su buen gusto,
de sí mismo agradao y complacido
y haciendo rostro a la lisonja blanda.
Exaspera al Señor con sus blasfemias
y muy conforme a su arrogancia grande
y pompas ostentadas, no le busca
y, tras nunca buscarle, no se acuerda
si hay Dios, y tras su olvido piensa el necio
que porque no le trae en su presencia,
que no hay Dios que le busque ni castigue
y vive así, como si Dios no hubiese,
por lo cual están siempre sus acciones
y los caminos que anda ciegamente
inquinados de vicios y torpezas,
gustos, deleites y prosperidades.
El rostro volverá, desentendido,
desentendido a lo que entiende y sabe,
a los juicios y rigores vuestros
ya los que quiere mal, por culpa suya
y que, como a enemigos aborrece,
altivo tiraniza y imperioso
dijo en su corazón: seguro vivo
de ver torcido el rostro a mis fortunas
y de caer de mis felicidades
por sucesión de hijos y de nietos,
sin daño alguno y sin pesar gozarlos,
no temo daño que venirme pueda.
Revierte por la boca desbocada
(tan llena siempre está) ciegas blasfemias,
injurias venenosas, quemazones,
engaños, paliadas amarguras;
cuanto habla es decir mal, murmurar todo;
muerte disimulado, astuto engaña,
trabajo tiene en quien la lengua pone;
al ofendido deja lastimado
y entre dientes, del mal se saborea,
simulando su lengua engañadora

el dolor y el afán del miserable.
Acecha, caviloso, en emboscada
desde el zaguán o desde las ruínas
de los castillos medio derribados,
acompañado de los poderosos
que enriqueció con dádivas y dones,
con secretas astucias, insidiando
cómo quitar la vida al inocente.
Mira al pobre que pasa, con mil ojos
por si puede cogerle y, escondido
como león le espía en su caverna,
cosido con la tierra, por si puede
despedazarle entre sus fieras garras.
Artero, insidia al poco cauto pobre,
con ronceros halagos atrayéndole
para prenderle y, preso, despojarle.
Cayó en su lazo en fin y embravecido,
con bajo y abatido tratamiento
arrójase sobre él, no se le escape,
dejó caerse, por mejor cogerle
y mandón y arrogante le atropella,
diciendo interiormente, mal pensando,
Dios se ha olvidado de él, vuelto le ha el rostro,
ni lo ve todo, ni de todo cuida.
Sí, que no lo ha de ver Dios todo siempre.
>Levantaos, pues, Señor, alzá la mano
y descargadla entre ellos, rigurosa,
ejecutando vuestras sañas justas,
dad a entender que no olvidáis los pobres,
pues no los olvidáis, no lo parezca.
¿Quién hay que sufrir pueda que os provoque,
el malo que os desprecie y os irrite?
Allá en su corazón diciendo el necio:
no se entremete Dios en estas cosas,
no las castiga, no las escudriña.
Mas vos, que lo veis todo atentamente,
consideráis las penas y aflicciones,
los dolores, quebrantos y miserias
con que oprimen y afligen a los justos
hasta que llegue el tiempo en que, aturdidos,
caigan en vuestras manos vengadoras
y les deis los castigos merecidos.
Porque por vuestra cuenta corre el pobre
y el amparo del huérfano, desierto,

encomendado de él para guardarle.
Romped y quebrantad el brazo osado,
los orgullos, desnudos y altiveces
del pecador audaz y del impío,
quebrantadle, no tenga mano en cosa,
que él será bueno si el poder le falta,
enmendarse, cuerdo, por la pena
y, ta enmendado, en él no hallaréis culpa
Y ejecutada así su real justicia,
el Señor reinará siglos eternos
a pesar vuestro ciegos pecadores,
y de su tierra, con expulsión justa
saldréis, precisamente desterrados.
Cumplirá de los pobres los deseos,
dándoles cuanto quieran, sin pedirlo,
porque en su corazón pone el oído
y óyelo antes de echarlo por la boca
dentro del corazón, pensando apenas,
que oye los corazones y deseos.
Haced la causa del necesitado,
del huérfano y humilde, defendedlos,
Rey eterno, juzgad y dad sentencia
en su favor, sus pleitos sentenciando,
sus agravios vengando y sus injurias,
por que no se le ponga en la cabeza
a hombre terreno, de ensoberbecerse
de hoy más, de perseguirlos y afrentarlos,
de oprimirlos, Señor, y de injuriarlos.

PSALMO X

DE LA ESPERANZA EN DIOS NUESTRO SEÑOR

Si tengo puesta en Dios mi confianza
y puede solo en Él estar segura
y no hay cosa con Él que temer pueda,
¿para qué es, oh, medrosos, persuadirme
que me retire el monte fugitivo,
del enojo sañudo de mi suegro
con tan gran ligereza que compita
al ave que, alentadamente osada,
sacudidos los remos de las plumas,
del aire puro corta los cristales?
¿Que vuele como un pájaro al desierto
que huye, con veloces cobardías,

del lazo conocido los engaños,
decíme, que me ausente y que me huya
porque estos hombres ímpios tienen siempre
las flechas venenosas prevenidas
(de ellas, la aljaba llena) armado el arco,
con callados engaños escondidos
a fuer de simulados cazadores
para clavar con ellos a los justos?
Decíme que el asiento de las paces
con él capituladas no me guarda,
que mis castillos ha desmantelado,
mis fuerzas ha arruinado y destruído
por sus ministros y sus consejeros:
y respondo: ¿qué culpa tiene el justo?
¿Qué he hecho, que merezca estos agravios
y puedo yo con Dios justificarme,
pues que sabe que al Rey nunca he ofendido,
ni le he hecho mal, ni aun se le he deseado?
Consuélome de que hay Dios en el Cielo,
donde, como en su templo, habita y mora.
que con ojos piadosos mira al pobre,
al afligido y al desamparado,
con solo un pestañear, con una seña
y, como dicen, con un volver de ojos,
lo más secreto y íntimo examina
y escudriña el secreto más secreto
de los terrenos hijos de los hombres.
Que pregunta el Señor y repregunta,
dentro del alma, al justo y al injusto,
a veces apretando los cordeles
y haciendo que confiesen lo que Él sabe.
Empero el hombre, que la maldad ama,
amando se aborrece, que el que peca
aborrece su alma y se aborrece.
Por lo cual Dios, sobre los pecadores
de las nubes rasgadas de sus iras
lazos hará bajar, como llovidos
aguaceros y lluvias de venganzas,
globos de fuegos, piedras azufradas,
vientos deshechos, tempestades rotas.
Será una parte sola de las penas
debida por herencia de sus culpas
la porción que les toca del amargo
cáliz que han de beber de sus rigores.

Porque es justo el Señor y, como justo,
es amador fiel de la justicia,
usándola con todos igualmente,
la rectitud y la equidad aprueba
y la mira con ojos complacidos
a sus acciones siempre agradecidos.

PSALMO XI

ORACIÓN EN LAS TRIBULACIONES

Libradme, eterno Dios, que corre un tiempo
calamitoso y desdichado tanto
que apenas se halla un hombre religioso,
un santo, un pío, un justo, un hombre bueno;
no se halla fe ni santidad se halla,
las verdades, si alguno hay que las trate,
cercenadas se ven y enflaquecidas,
adelgazadas por los palaciegos
que al rey, mi suegro, blandamente adulan,
casi todos hablando vaciedades,
fraudes, adulaciones y mentiras,
al más amigo engañan, cavilosos,
parecen hombres de dos corazones,
que dicen una cosa y sienten otra,
con melosas palabras enlabiando.
Malditas sean de Dios tan malas lenguas,
engañosas, aleves y arrogantes,
por él cortadas y despedazadas.
Hombres que dicen: nuestra lengua es nuestra,
queremos ostentar lo que sabemos:
¿de hablar, a caso, débese alcabala?
¿Hay señor que la pida o que la cobre?
¿Hemos de atar las lenguas, que no hablemos?
De hablar tenemos y medrar por ellas,
¿señor tendremos que nos lo demande?
Y dice Dios, colérico: Ya es tiempo,
ya es tiempo ahora, luego, ahora al punto
por la violencia de los miserables,
por los lamentos y por los gemidos
que escucho, lastimado, de los pobres,
que ponga tribunal y haga justicia,
que me levante y que los ponga en salvo.
En fe de la esperanza que en mí tienen
haré que, confiados y seguros

la salud gocen que de mí esperaron.
Cumplirá sus palabras y promesas,
que ellas y sus preceptos son más puros,
más cándidos y tersos que la plata
que el crisol prueba y examina el fuego,
de la escoria afinada siete veces
en la cendrada que la purifica.
Guardareisnos, según vuestras promesas,
y nos defenderéis, rey soberano,
siglos eternos de esta mala casta.
Mirad que nos rodean insidiosos
en muela al rededor por destruirnos,
como sombra siguiéndonos airados
(secretos son de vuestra providencia
y de vuestra grandeza incomprensible)
pues en número tanto acrecentados
solicitan los males de los buenos
estos soberbios hijos de los hombres
por verse sublimados altamente
para oprimirlos oprobiosamente.

PSALMO XII

ORACIÓN EN LAS PERSECUCIONES

¿Hasta cuándo tenéis, Dios, de olvidarme,
de vuestro amparo desfavorecido,
escondiéndome el rostro deseado?
¿Hasta el fin de la vida? ¿Para siempre?
¿Hasta cuándo, Señor, el rostro vuestro
me tenéis de volver, destituído
del favor vuestro y dulce gracia vuestra?
¿Hasta cuándo (¡ay de mí!) triste y dudoso,
perplejo entre consejos encontrados
vacilaré con varios pareceres,
turbada el alma en sus calamidades
para escaparme de peligros tantos
sin tener un buen día un solo día
en que mi corazón, lloroso y triste,
no fluctúe por mares de dolores?
Hasta cuándo, arrogante, mi enemigo,
tendrá las piedras contra mí y la cuesta
sobre mí, el pie soberbio y victorioso,
tras oprimirme, para atropellarme?
Volved los ojos a mis desconsuelos

y oíd, piadoso, mis lamentos tristes.
Alúmbreme la luz de vuestra gracia,
sus rayos amanezcan a mis ojos,
que, sin luz, a lo oscuro de la muerte
que mucho congojoso que me duerma
y duerma el sueño de la muerte amarga,
vencido del dolor inevitable,
olvidado de Vos, rey soberano?
No se alabe algún tiempo mi enemigo
y diga, jactancioso: «Perseguile
y salí con la mía, atropellele,
vencido queda y victorioso salgo».
De ver que el pie deslice o que resbale,
que dude, que vacile o que decline
de los favores de la gracia vuestra
no cabrán de placer los que pretenden
atribularme con sus acechanzas,
pero yo, en vuestra gran misericordia,
cuanto animoso, espero confiado.
Y alborozado el corazón y alegre
en la salud y salvador que espero,
que espero que el Señor ha de enviarme,
cantaré por los bienes recibidos
y los que espero recibir, seguro,
del Señor al Señor loores eternos,
en instrumentos graves, versos tiernos.

PSALMO XIII

DESCRIPCIÓN DE LOS IMPÍOS

Dijo en su corazón «No hay Dios», el loco
y loco había de ser el que tal dijo:
¡Oh, impiedad ciega y ceguedad impía,
crédula a sus antojos y deleites!
Dijo: «No hay Dios, no hay Dios que a los mortales
próvido rija ni gobierne sabio,
que juzgue recto, que castigue y premie»
Corrompieron con esto sus costumbres
estudiando, perversos, sus secuaces
torpezas feas y abominaciones.
No hay quien bien viva entre ellos, ni bien haga,
no hay entre todos uno que bien viva.
Y cuando, descreídos, que hay Dios niegan
con sus acciones y sus pensamientos,

desde su Cielo, Dios, que es ojos todo
y que todo lo mira y lo conoce,
en el suelo los puso atentamente,
por ver si hubiese alguno, cuidadoso,
que le entendiese y, entendido, amase,
que le buscase y le temiese, hallado.
Y halló que todos juntos declinaron
jurisdicción, negando su justicia
torcieron los caminos de sus leyes:
apenas halló un hombre de provecho
que le buscase ni le conociese,
no halló quien viva bien ni quien bien haga,
no halló entre todos uno que bien viva.
Su garganta es sepulcro siempre abierto,
que está hediondos olores exhalando,
ascos, torpezas y abominaciones
con que inficionan las ajenas famas,
con sus lenguas engañan, cavilosos,
matan con cuanto dicen, simulando
de áspides ponzoñosos el veneno
con que emponzoñan a los que los oyen.
Su boca es maldiciones y amarguras,
tan llena de ellas, que se le revierten,
su andar en malos pasos, derramando
con pies ligeros, sangre de inocentes.
Son sus estudios, trazas y desvelos,
en todos sus caminos, contra el justo,
penas, calamidades y desdichas.
Desmenuzan al mísero que cogen,
desdichado de aquel con quien encuentran,
estos los pasos son en los que andan,
qué cosa es paz no saben pendencieros,
no temen más a Dios ni de Él se acuerdan
que si no hubiera Dios que lo ve todo.
¿No caerán ya en la cuenta y advertidos
los ojos abrirán a sus provechos?
¿No conocerán ya la omnipotencia
de Dios estos autores de maldades,
estos que así se tragan a los hombres
como quien come el pan de cada día?
Que cada día comiendo, no se cansan,
que como el pan, con todas las viandas
no cansa nunca más y más comido,
no se cansan, comiendo, de comerlos.

Nunca a Dios se encomiendan ni le invocan,
 a Dios no temen, que temer debían,
 pavorosos temiendo a quien no deben,
 bienes temen perder que no son bienes
 y no temen los males que son males.
 Desamparolos Dios por sus pecados
 y quedose en defensa de los justos,
 siempre en su amparo, siempre de su parte,
 porque es su casta su favorecida
 y porque es su más cierta confianza:
 procuráis afrentar al pobrecillo
 sus propósitos sanos confundiendo,
 mofando de sus buenas intenciones,
 de sus temores y sus esperanzas.
 Ojalá venga ya de Sión celeste
 la salud a Israel tan deseada,
 la redención que ansiosamente espera,
 que entonces, cuando el afrentoso yugo
 sacuda a as cervices oprimidas
 del pueblo suyo, de su pueblo amado,
 Jacob se alegrará y Israel, gozoso,
 mirando en posesión sus esperanzas
 cantará sus debidas alabanzas.

PSALMO XIV

INSTRUCCIÓN DE COSTUMBRES

Señor ¿quién será aquel tan bien andante
 peregrino, que al fin de la jornada
 halle hospedaje en vuestro real palacio
 y el descanso en las cumbres de ese cielo,
 que es monte santo y de santidad monte? 5
 ¿Quién será —preguntáis— este dichoso?
 Aquel varón de irreprehensible vida,
 de proceder en nada mancillado
 que justamente con mi Ley se ajusta.
 Que verdad trata y solamente dice 10
 lo que tiene en su pecho, lo que siente,
 hombre de bien, que no hizo mal a nadie,
 ni al vecino ofendió, ni al no vecino,
 que nunca consintió que en su presencia
 se hablase mal del prójimo y que libre 15
 despreció al malo y no le tuvo en nada,

que nunca le miró con buenos ojos
y que a los temerosos de Dios honra
y los llama unos bienaventurados,
no violó la palabra dada al prójimo 20
ni en sus promesas le defraudó nunca
ni quebrantó jamás el juramento
aunque aventure hacienda, vida y honra,
ni atendió al logro ni esperó ganancia,
ni prestó con ribete su dinero 25
ni contra el inocente, con sobornos
cohechar se dejó, limpio de manos,
que no hizo cosa en daño de tercero.
El que estas cosas hace, varón justo,
no caerá nunca del dichoso estado 30
a fuerza de virtudes conquistado.

PSALMO XV

DE LA PASIÓN Y RESURRECCIÓN DE CHRISTO NUESTRO SEÑOR

Conservadme en la cierta confianza
que tengo puesta en Vos, ¡oh, Señor mío!,
en la herencia adquirida con mi sangre,
y de mis enemigos defendedme;
dadme fuerzas y esfuerzo generoso
de mi pasión en las tribulaciones,
en tantas penas y peligros tantos
y aunque soy hijo vuestro, en cuanto hombre
digo que sois mi Dios porque conozco
que no necesitáis de cosa mía
para ser Dios, y yo sí de las vuestras,
que soy hombre de Vos necesitado,
que es todo vuestro y lo repartís todo,
porque sin Vos no hay bien, ni yo le tengo,
ni le puedo tener, que de vos penden
los que tengo de Vos, fuente de todos,
porque no os falta nada y todo os sobra.
Alabo, después de esto, grandemente
a los santos que moran esta tierra
y con las almas, la de los vivientes
admirables por Vos y engrandecidos,
en quien puse mi amor y mi deleite,
que mis deleites son y mis amores
que el corazón me llevan y los ojos,
pues con admiración hizo que en ellos

mis codicias llenase enamoradas,
cumpliendo cuanto exactamente pude,
con su voluntad santa y con la mía,
con mis vivos deseos y sus votos.
Pues los que fueron antes hombres flacos,
idólatras, enfermos, miserables
que en multiplicidades de dolencias
en el camino angosto flaquearon
de las virtudes, con alientos nobles
y acelerados adelantamientos,
sanos corrieron sus dificultades
por la curación santa de la gracia
del médico acertado, experto y sabio,
a cuyas medicinas se rindieron,
cumpliendo en sus mudanzas mis codicias,
viendo que con presteza diligente
madrugaron a darle ricos dones,
por lo que no querré que en mis altares
jamás me ofrezcan, porque no me agradan
los sacrificios que en las ciegas juntas
usaban de su errada idolatría,
de sangre derramada de animales;
no solo no querré que se congreguen
a hacerme los sangrientos sacrificios
que, reducidos a mi ley dejaron,
mas ni aun tomar sus nombres en mi boca,
ni hacer de ellos recuerdo eternamente,
tanto me desagrado y me desirvo
de los errores con que me ofendieron.
Pero con siempre venerable culto
veneraré y diré que felizmente
tengo mi parte en Dios, soy su heredero.
Será porción y premio de mi herencia
y son mi herencia amada mis fieles.
La taza, pues, y el cáliz que me toca
(amorosa señal en los convites
y debida porción al convidado)
donde fundo mis gustos y deleites,
que se me restituya haced, Dios mío:
restituidme vos, que a Vos os toca
la herencia que me viene de derecho,
debida a la pasión en que os invoco.
Pues lo mejor por suerte me ha tocado
y en lo más bien parado me ha cabido

(de mi amarga pasión sabroso fruto)
la cuerda que los términos divide
y reparte las tierras y heredades
dichosa hizo mi suerte, que mi suerte
me cupo en lo más bello y deleitoso.
Gracias daré al Señor, que con los rayos
alumbró de sus luces generosas
mi entendimiento en elección tan buena
y porque mis afectos fervorosos,
lo retirado y íntimo del pecho,
aun en las noches de las penas mías
dentro de mis entrañas me despiertan
y, despierto, me enseñan y me instruyen
a pesar de la carne que las teme.
De lo cual resultó que siempre os traigo
con pródiga atención en mi presencia
y con solicitud anticipada
os tengo ('ay, Dios!) delante de mis ojos,
apercebido a cuanto me viniere
y no me engañé, no, en mis pensamientos,
pues que puesto a mi lado os hallé siempre
seguro de caer de tal defensa,
de resbalar y vacilar seguro.³
Visto lo cual, con corazón gozoso
y bañada mi lengua de alegrías
gracias os da por beneficios tantos,
cierto de que mi cuerpo en el sepulcro
(demás de esto) seguro en la esperanza
de su resurrección no detenida,
descansará en el sueño de la muerte,
sueño de la salud, breve y suave.
Porque no dejaréis dentro del Limbo
parte feliz, si bien lo es del Infierno
al alma, descendiente de Vos mismo,
ni querréis que la horrenda podredumbre
de mil leguas se atreva osadamente
de vuestros santo, al que santificastes,
pues no llegaré a verla de mis ojos.
Dístesme a conocer las nunca andadas
(por virtud propia) sendas de la vida,
las de la muerte libre desandando
y a mejor vida, con gloriosa pompa,

3.-En estos dos versos el deverbil 'seguro' se toma como 'protegido, exento de'

resucité, a pesar de infierno y muerte;
 veré, lleno de dichas, vuestro rostro,
 que en verle está la hartura de los gustos,
 ríos de gozos, mares de deleites,
 que de ellos. no medidamente abunda
 la diestra vuestra, siempre bienhechora,
 sin zaherirle, del bien distribuidora.

PSALMO XVI

Exaudi Domine, iustitiam meam: intende deprecationem meam

Guardadme, Juez Eterno, mi justicia,
 Justicia pido, que justicia tengo,
 dejadme que os informe en mi inocencia,
 dad a mi memorial audiencia grata,
 la causa os mueva más que la persona.
 Pues ninguno jamás pudo engañaros,
 y aunque pudiera yo, nunca mi boca
 trató, ni supo engaño ni mentira:
 todo será verdad cuanto alegare.
 Pase ante vos mi pleito, pues vos mismo
 conoced esta causa, declarando
 quién, de mi suegro o yo, tiene justicia.
 Miradla, eterno Dios, por vuestros ojos.
 Vos sabéis quién yo soy, que habéis probado
 mi corazón y escudriñado, atento,
 en el silencio de la noche muda,
 con visitas de penas y aflicciones,
 como cuando en la cueva, retirado,
 la noche ocasionada cuanto oscura,
 pudiéndosela dar, no le di muerte,
 vos sabéis mis secretos pensamientos,
 pues como al fuego la afinada plata
 me examinastes con tribulaciones
 y contra mí no hallastes culpa alguna
 ni una sola palabra en daño ajeno,
 pues jamás me metí en ajenas vidas
 ni abrí jamás mi boca, como suelen
 los demás hombres, en sus desconsuelos,
 el auxilio implorando de otros hombres
 y por esto sus obras alabando:
 empero, por la ley y los preceptos,
 intimados, Señor, por vuestra boca
 guardé y seguí de la virtud difícil.

Los caminos, si duros, puntualmente,
sufriendo injurias, padeciendo agravios,
difíciles caminos y escabrosos
en el principio y en los fines fáciles,
por que mejor acierte en su observancia.
Mis pies enderezad, como a criatura
que tenerse no sabe y andar quiere,
que si vos me enseñáis las sendas vuestras,
de resbalar caminaré seguro
y de llegar a vos donde camino.
Las veces que os llamé, siempre me oístes
y por ver que me oístes, ésta os llamo:
inclinad los oídos a mis ruegos,
escuchad con afecto mis palabras
y unas misericordias admirables,
poco usadas, ilustres, estupendas,
que admiren, rey eterno, usad conmigo,
pues que salváis a los que en vos esperan,
defendiéndome, ¡ay Dios!, de los que en vano
intentan resistir a vuestra diestra,
procurando impedirme el favor vuestro
como a las caras niñas de los ojos,
con desvelado amparo defendedme.
Hacedme sombra con tendidas alas,
con alas favorables amparadme,
águila noble, hacedme grata sombra,
que basta vuestra sombra a defenderme
de los que me congojan y persiguen.
¡Ay, Señor, no me vean de sus ojos
los que me asedian y asediado ofenden
y en torno ciñen con sus acechanzas
codiciando el fin triste de mi vida,
que engordan y revientan de viciosos
con sus riquezas y prosperidades
a la piedad cerrando las entrañas,
cubierto el corazón con la gordura
de sus buenos sucesos y sus dichas,
bravos en sus palabras y arrogantes
me las dicen villanas y groseras
y, de entre ellos expulsado y arrojado,
ahora me persiguen y rodean
sin darme ni aun lugar que desahogue
el corazón, huyendo los peligros,
que huya sus rigores y mis daños.

Los ojos enclavaron en la tierra
por no mirar al Cielo, ni mirarme
(porque es muy de traidores) a la cara,
buscando cómo armarme nuevos lazos.
Acechábanme astutos, por cogirme
en sus sangrientas garras, como hambriento
suele león a la acechada presa
y como cachorrillo mal experto
entre ocultas malezas me insidiaban,
boquiabiertos, rugiendo por matarme.
Levantaos, pues, salidles al camino,
sus trazas prevenid y sus engaños,
queden burladas todas sus astucias
y envanecidos sus atrevimientos.
Librad mi vida de hombre tan malvado
y no dejéis la espada en las sangrientas
manos de los osados os resisten,
de los desmesurados que se oponen
al invicto poder de vuestra diestra:
quítadles el poder de que se valen
(si bien, dado por Vos) en daño mío,
conozcan os terrible y formidable.
Y de los pocos buenos de la Tierra
dividid estos malos, que no fían
en Vos, sino en su vida deliciosa,
en sus haberes y deleites ciegos,
de vuestros escogidos separadlos,
que de los bienes que escondió la tierra,
el metal codiciado, el oro y plata,
por dañosos al hombre se aprovechan
convertidos en gustos exquisitos
para llenar y rellenar sus vientres
con dañosos deleites de regalos.
Sus antojos cumplieron y deseos,
solicitados con desvelos torpes
y con extraordinarias diligencias,
de pródigas venturas abundantes
tuvieron cuantos hijos desearon
y abundaron de bienes tan copiosos
que enriquecieron los lozanos hijos
y hasta los venturosos nietezuelos
hartos procuran verse de estos bienes,
pero sin vos no hay bienes que hartar puedan,
mas yo, ajustado a la pobreza mía,

osaré parecer a vuestros ojos,
fiado en vuestra gracia y mi inocencia
y a pedir la gloria de derecho,
que habéis hecho justicia lo que es gracia
y entonces me hartaré, que no hay hartura
sin Vos, Señor, en vos cuando aparezca,
rodeada del Sol, en visión clara
vuestra gloria, y la goce cara a cara.

PSALMO XVII

ACCIÓN DE GRACIAS

Señor, con todo el corazón os ame,
con los afectos íntimos del alma,
pues no tengo que daros otros dones
ni ninguno que más pueda agradaros,
mi fortaleza sois, mi firmamento,
firme y seguro más que el estrellado
y de mi inmunidad sagrado asilo.
roca de mi esperanza y mi refugio,
de mi cara salud áncora fida⁴
y de mi vida libertador fuerte.⁵
Mi Dios, mi auxiliador y mi presidio⁶
en quien espero siempre confiado.
Escudo mío y mi castillo fuerte,
defensa armada de la salud mía
que en vuestros brazos me guardáis seguro,
entre ellos amparado y defendido.
Vuestras nobles clemencias invocando,
alabándoos de hoy más os daré gracias,
en salvo puesto de mis enemigos,
que son tantos y tales que me he visto
de la Muerte en las manos descarnadas,
de sus dolores fríos rodeado,
de sus congojas y sus ataduras,
medio anegado de las avenidas
de injurias en mi daño desatadas,

4.-El CORDE solo registra un autor que use este vocablo: Marcelo Díaz Callecerrada, que en 1627 publica su *Endymión*, elogiado por Lope de Vega, y de quien sabemos es autor de obra dramática.

5.-Este verso, o está mal medido o está mal transmitido, ya que teniendo un acento en cuarta no lo tiene ni en sexta, ni en séptima, ni en octava, sino en la novena, contraviniendo todas las reglas acentuales del endecasílabo. Sugiero que hay una mala transmisión a partir de un original «y libertador fuerte de mi vida», con el acento en sexta (FUERte) y un dístico 'vida/fida' sobre un vocablo tan inusual como 'fida'.

6.-Todavía el DRAE de 1899 da en la entrada 'presidio' el valor de 'ayuda, socorro, amparo'.

concitadas por estos malos hombres,
el lazo al cuello, el pie en la sepultura,
turbado y conturbado entre sus olas.
Ocupado en sus lazos homicidas
que prevenidos en mi ofensa armaron
ceñido de las ansias dolorosas
y angustias congojosas de la Muerte.
Llamé al Señor, llamele conturbado,
llamé a mi Dios con voz afectuosa
en tribulación tanta y pena acerba
y oyome desde el templo de su Cielo,
templo de santidad, santidad todo;
ante su tribunal pedí justicia,
di voces en sus ojos y en su cara
y entrole al corazón por los oídos.
Oyome apenas, cuando acelerado,
rompiendo cielos, vino en mi socorro,
la tierra haciendo bambolear de miedo
con temblores turbado sacudía
los fundamentos de los montes altos
se desquiciaron con turbación fría,
con ruidoso crujir se estremecieron,
que contra mis contrarios indignado,
a las narices se le subió el humo,
encendiose su enojo embravecido;
por los ojos y boca espadañadas
de coléricas llamas exhalando
de rayos, de relámpagos y truenos,
convirtiendo en carbones encendidos
con sangriento rigor cuanto encontraban.
Parecía que el cielo con la Tierra
se juntaba y que abajo se venía;
en niebla descendió caliginosa
hasta los pies de sus escuridades,
rodeado y cubierto justamente,
en carroza subió de querubines,
de sus plumas labrada de colores
donde voló con suma ligereza;
las ruedas hizo de alas de los vientos,
hízolas de tinieblas las cortinas
y entre ellas se escondió, que castigando
parece que se corre que le vean,
y al rededor de un pabellón cubierto
despedían las nubes aguas negras,

rasgadas del oscuro torbellino,
sirviéndole de tienda y de morada
que le cercaban todo y le cubrían,
parece, temerosas de sus ojos,
al resplandor airado, que ligeras
de entre sus pardos senos disparaban
piedras heladas y carbones vivos.
Sonó el Señor en disonantes truenos
y la voz del Altísimo escuchose
entre ascuas vivas y granizo helado.
Disparó sus saetas chispeadoras
con que desbarató sus escuadrones
y con rayos y truenos repetidos,
causadores de asombros y congojas
tristes desfallecieron y turbados.
De la deshecha tempestad las fuentes
sus secretos principios descubrieron,
de tanta sequedad casi agotadas,
los cimientos constantes de los montes
salieron a la luz con temblor triste.
Con reprehensión aceda de vehementes
y embravecidos truenos castigados
y de tantos peligros puesto en medio
la mano me alargó desde lo alto
y arrebatome el agua y a la boca
de sus crecidas olas escapándome
librome de mis fuertes enemigos,
que lo son, y valientes grandemente
y de aquellos que, bravos y arrogantes,
sin culpa y sin razón me aborrecían,
conformes y animosos en mi ofensa
y en el tiempo de más tribulaciones,
de sus traiciones desapercibido,
prevenidos llegaron en mi daño,
no provocados con injurias mías
y hallé al Señor armado en mi socorro.
Y el corazón ahogado desahogando
a lo ancho me sacó y alentar pude;
como me quiso bien, librome de ellos
que salva y libra a los que quiere y ama.
Guardarme ha mi justicia, pues la tengo,
premiando mi virtud, será la paga
conforme a la limpieza de mis manos,
que el camino seguí de sus preceptos,

no sintiendo ímpiamente de sus cosas
ni apartándome un punto de sus leyes.
Siempre tuve delante de mis ojos
presentes, como ahora, sus justicias,
sin sacudir jamás de sus preceptos
de mi cerviz el yugo suave y leve.
Imitar procuré, cándido y puro,
su inimitable cándida pureza,
con que me guardaré de lo pasado:
otro seré de hoy más, no más maldades,
de las que he cometido me arrepiento.
Muy en conformidad de mi justicia
el galardón será y la recompensa
conforme a la limpieza de mis manos,
que mira y juzga por sus propios ojos.
Al Santo, oh, rey eterno, seréis santo,
al piadoso, piadoso, bueno al bueno,
al cándido y al puro, puro y cándido
mas al perverso, austero y riguroso,
la costumbre loable pervirtiendo
de hacer a todos bien, como bien sumo.
Que tratáis siempre como a vos os tratan,
lo que es con vos el hombre sois al hombre,
seco al que es seco como blando al blando.
Con peso igual y con igual medida
midiendo y retornando a cada uno
y siendo cada uno de sí mismo,
como viviere, su castigo y premio.
Manso, perdonaréis al humillado
y al pueblo salvaréis que se os sujeta,
mas los ojos, Señor, de los altivos
que ostentan faustos y ambición ostentan
confundiréis, de forma que, corridos,
no los osen alzar para miraros.
Alumbren, pues, vuestras piadosas luces
mi casi anochecido entendimiento
y a la de la razón, que medio muerta
padece, esclareced con vuestra gracia
y a las densas tinieblas de mis culpas
porque a la luz, de verlas me avergüence.
Que no habrá tentación que prevalezca,
porque de todas tengo en vos amparo
con Vos, mi Dios, que sois mi fortaleza,
de esotra parte saltaré del muro,

escalaré, animoso, las murallas,
romperé por armados escuadrones,
no habrá dificultad que no atropelle.
¡Oh, poderoso Dios, qué limpio y llano
está el camino real de tus preceptos!
No hay cosa en él en qué tropezar pueda
y reprehensible le andaré y seguro,
sus palabras más puras y acendradas
que el oro son, que purifica el fuego;
es escudo y defensa generosa
de los que en él con fe animosa esperan.
Porque (pregunto yo) ¿qué Dios ha habido,
qué Dios hubo, ni habrá, ni pudo haberle,
sino el Dios y Señor que, humilde, adoro?
¿Qué Dios, fuera de Dios, que le parezca?
Con nuestro fuerte Dios ¿qué dios hay fuerte?
La espada me ciñó de punta en blanco,
caballero me armó, todo el camino
me allanó de peligros y tropiezos,
dotome de tan ágil ligereza
que emulación fui al corzo y a la gama,
con que en los más fragosos, altos riscos,
con aliento veloz me puse en cobro.
De la batalla para el rompimiento
en las armas con él me ejercitaba:
unos brazos me dio de bronce duro
con que los arcos de inflexible bronce
diestro rompía y fuerte quebrantaba,
desmenuzando los contrarios míos.
Y de tal modo mi protección fuistes
como si en serlo la salud os fuera,
la salud vuestra fue protección mía:
de la diestra, hecho escudo, me guardaste
vuestra nunca imitable mansedumbre
haciéndome en valor aventajado.
Y de vos enseñado y corregido
y encaminado a los debidos fines,
en vuestra disciplina y enseñanza
obraré siempre vuestros mandamientos.
El camino me abristes espacioso
con que el paso alargué sin un mal paso,
sin torcérseme el pie, sin que flaqueza
se conociese en ellos, a mi gusto
y voluntad rendidos y sujetos.

De mis contrarios seguiré el alcance,
no se me irán por pies, alcanzarelos,
no me retiraré sin prisionero,
he de seguirlos hasta que, rendidos,
del todo los consuma y los acabe.
Quedará su escuadrón desbaratado,
hechos pedazos, sin que volver puedan,
de destrozados, a ponerse en orden.
Entre mis pies los pisaré, orgulloso,
sin que puedan volver a alzar cabeza.
Porque de guerreador esfuerzo armado
para el marcial conflicto me ceñistes,
con que me armastes de virtud valiente,
los miembros, si nerviosos, animando.
Los que tomaron contra mí las armas
rendistes a mis pies, de su soberbia
engañada, burlando cauto y fuerte;
volviéronme, cobardes, las espaldas,
desbaratando a los que me aborrecen.
Dieron voces, favor pidiendo en vano,
poníanlas en el Cielo por socorro,
ni Dios los socorrió, ni quiso oírlos.
Molilos como a leña con su amparo
y en partes menudísimas deshechos,
hechos polvos, volaron por los aires
los cuerpos de los muertos, a montones,
como suele en las plazas la basura
y el lodo inútil, cuando lo recogen,
de los que derribé se amontonaron,
piselos con desdén y con desprecio,
con que, a pesar de sus contradicciones,
de sus envidias y sus repugnancias,
el vulgo sedicioso reprimido,
me habéis de hacer cabeza de las gentes
y rey que las gobierne, rija y mande.
Una gente, Señor, no conocida,
ni de mí jamás vista con agrado,
de servirme gustó, y a mis preceptos
se sujetó, mi fama escuchó apenas
cuando me dio, postrada, la obediencia.
Pero los hijos, que debieron serlo
así en amor como en naturaleza,
bastardearon como mal nacidos
de la verdad y del buen trato ajenos:

me mintieron, quebrando su palabra,
y en su engañoso trato envejecidos
el camino torcieron comenzado,
cojearon en él y flaquearon,
mustios se conturbaron y marchitos,
temblando de pavor en sus murallas
desde donde me mienten, lisonjeros.
¡Viva, viva Dios tal, bendito sea,
mil veces sea bendito y ensalzado.
Dios, por quien salud tengo y tengo vida,
alabado seáis, Señor, mil veces.
Que en mis manos dejastes mis venganzas
tomándolas, a veces, por las vuestras,
por quien sujetos viven, y rendidos,
los que en mi ofensa, ingratos, rebelaron
tratable haciendo el yugo a mis vasallos
que mi ley, por la vuestra, obedecieron
librándome de aquellos que, iracundos,
me insultaron⁷ valientes enemigos.
Y por Vos levantado a grandes puestos,
de los que conjurados en mi daño
se levantaron, triunfaré glorioso:
redimireisme del que, airadamente,
me quiere atropellar y me persigue.
Por lo cual, ¡oh, Señor y amparo mío!,
a los ojos de todas las naciones
os daré siempre agradecidas gracias,
versos os compondré, sagrados Psalmos
que a vuestro nombre canten en la iglesia.
Que arrebatado de peligros tantos,
engrandecéis, mi Dios, a este rey vuestro,
pues es David ungido, hechura vuestra,
la salud que le disteis tantas veces
con él usando de misericordia,
con tantos beneficios y favores,
con la merced de sucesores tales
y en el que, con fe viva, alegre espero,
que traerá al mundo por divinos modos
la divina salud que esperan todos.

7.–Se toma el verbo ‘insultar’ en la acepción de ‘acometer.’

PSALMO XVIII
DE CHRISTO SEÑOR NUESTRO Y DE LA LEY EVANGÉLICA

Los cielos, todos lenguas con sonoras
voces, la gloria del Señor ensalzan
y el firmamento (libro cuyas letras
estrellas son) sus obras manifiestan,
y en ellas, la excelencia de sus manos.
En orden militar marchan los días,
del uno al otro pasa la palabra,
de este al que viene y del que viene a estotro,
una noche es maestra de otra noche,
la una estudia lo que la otra enseña,
copiada la que enseña en la enseñada,
con alternada sucesión gozosas,
alabando las dos su autor eterno.
Con sus palabras y con su lenguaje
sin hablar hablan, dando voces mudas.
Por todo el orbe haciendo que se entienda,
por sus últimos fines dilatada,
hablando en su lenguaje hasta el más rudo,
dando voces la eterna Providencia
por ellos altamente difundida.
Hizo su pabellón de las doradas
hebras del rubio Sol, tela brillante,
porque del pabellón en la grandeza
la grandeza del dueño se conozca,
que sale como amante desposado
del tálamo de flores del aurora
y alentado y brioso se apercibe,
como jayán robusto a la carrera
que pasa infatigable cada día.
Siempre con uniformes lucimientos
desde las cumbres de los Cielos altas,
dando la vuelta por la cinta de oro
que las dos veces seis signos distinguen
hasta volver a ver las mismas cumbres,
sin que a los rayos de su luz fogosa
haya cosa secreta ni escondida
ni que de su virtud no participe,
deleitables son obras tan hermosas,
admirables son obras tan divinas,
pero más deleitosa y admirable
es la ley del Señor, cándida y pura,

que las almas reduce y domestica,
en sí las vuelve para que en sí vueltas
con humildades y veneraciones
amen y honren sus bondades sumas;
en sus promesas es irrefragable
cuanto en sus testimonios verdadero
y dale de verdad en cuanto enseña
y enseña a los pequeños a ser sabios
y a ser prudentes a los ignorantes.
Los mandamientos de su ley sagrada
tan rectos son y tan justificados
que enamoran y alegran corazones
obligando con gusto a su observancia.
Son sus preceptos más que la luz claros,
que alumbran, animando al que los sigue,
interiormente dando luz al alma.
El temor del Señor es temor santo
porque hace santos a los que le temen
y para siempre en ellos persevera;
son tan justificados sus juicios
cuanto son justamente verdaderos,
en justicia y verdad corren parejas.
Más amados del justo y deseados
que el oro, engaño hermoso de los ojos,
que las piedras preciosas, que se atreven
las luces a emular de las estrellas,
sabrosos mucho más que los nativos
panales que sabrosa miel destilan
y que de la miel misma las dulzuras.
Por lo cual los observa vuestro siervo,
del galardón seguro y de la paga
que de esa mano liberal espera,
que ha de ser grande al paso de su dueño.
Pero para observarlos como debe,
¿quién como debe entenderá sus culpas?
Pienso que nadie y yo, menos que todos;
de las que no hallo en mí, justificadme,
de las que sepultó mi ciego olvido
y de todas aquellas de quien debe,
quien sigue vuestra ley, vivir ajeno
y de las que adulando ajenos gustos
cometí andando en malas compañías
sin negarme a sus bárbaros antojos:
de todas perdonando a vuestro siervo.

Que si de ellas, mi Dios, señoreado
no me viere por vos, sin duda entonces
de todas limpio, aunque la mayor sea
de esta ambición mayor la más enorme,
la obstinación más contumaz y dura,
loable viviré y perfectamente.
Luego se seguirá que mis palabras,
mis alabanzas y mis oraciones,
gratamente de vos serán oídas,
os serán apacibles y agradables,
los ojos volveréis a mis deseos
y en cuanto en vos el corazón medita,
a cuanto piensa en vos y en vos contempla
todo será agradable a vuestros ojos.
Esto, con vuestro auxilio y vuestra gracia,
mi auxiliador en los amados bienes,
mi redentor en los temidos males,
hasta veros con ojos inmortales.

PSALMO XIX

ORACIÓN Y HACIMIENTO DE GRACIAS

Óyate Dios, oh Rey, en el penoso
día de tu aflicción y de tu angustia;
en el turbado tiempo de tus penas
óyate su piedad e nombre santo
de Dios: Dios de Jacob te ampare y guarde.
Su poderoso brazo te defienda,
desde su templo santo te socorra,
desde Sión te ampare, Alcázar suyo
y de tus sacrificios, con recuerdo,
medrado acepte tu holocausto opimo,
a sus ardientes aras agradable.
Dete a pedir de boca todo cuanto
tu corazón devoto apeteciere
y prospere y apruebe tus consejos.
Que alegres todos y regocijados
nos alegramos de la salud tuya,
de la salud segura de que gozas
y con voces y palmas te aplaudimos
de la salud con que nosotros vuelves
y altamente en el nombre majestuoso
de Dios Nuestro Señor nos gloriaremos
y alzaremos bandera de victoria

y honrados viviremos para siempre.
Despachará a tu gusto tus demandas,
tus memoriales y tus peticiones,
concederate cuanto le pidieres
y entonces cada cual maravillado
dirá: «Ahora conozco con certeza
que el Rey Nuestro Señor, su Christo ungido
libró y salvó con mano poderosa.
Y que le oyó desde su Templo santo
en virtud de la fuerza saludable
de su valiente vencedora diestra.
De los contrarios, unos animosos
en sus falcados⁸ carros se confían
coronados de armados escuadrones,
otros, soberbios cuanto confiados
en la ferocidad de los ligeros
caballos se prometen la victoria,
como ellos, arrogantes y feroces,
pero nosotros, en los apretados
desconsuelos, trabajos y aflicciones
en el nombre de Dios con reiteradas
voces le llamaremos, no dudosos
de sus amparos y de sus defensas.
Ellos, presuntuosos y arrogantes
cayeron de sus dichas y aherrojados
de las prisiones nuestras oprimidos
a ser vinieron nuestros prisioneros
y cebo de las aves y animales
y nosotros cabeza levantamos
y al antiguo valor restituidos,
desvalidos si bien y despreciados,
dimos sobre ellos victoriosamente,
sus armas despreciando y arrogancias.
Guarde Dios nuestro Rey, Señor, guardadle,
y oíd nuestras fieles oraciones
el tiempo que os pidiéremos devotos
con firmes, cuanto ciertas, esperanzas
sus dichas y sus prósperas andanzas.

8.-El temible carro falcado, que el DRAE explica así: «Aplicase a los carros cuyas ruedas estaban armadas con hoces cortantes y agudas para destrozarse a los enemigos con la rapidez de su curso».

PSALMO XX

DE CRISTO, NUESTRO REDENTOR

En la virtud y fortaleza vuestra,
Oh, Padre Eterno!, el hijo eterno vuestro,
Christo se alegrará, Rey de los Reyes,
alegrarse con vehemente gozo
de la salud eterna que le distes,
alegrarse del socorro vuestro
con que, con aparato y pompa ilustre,
triunfó, glorioso, de sus enemigos.
Muy en conformidad de sus deseos
del corazón los votos le cumplistes
sin defraudar su voluntad en nada;
aun antes que le echase por la boca
lo que os iba a pedir le concedistes
antes visto de Vos y antes oído.
Salistes al camino a sus deseos
echándole copiosas bendiciones
llenas de amores, llenas de dulzuras,
de las bondades vuestras prevenido
sobre él llovistes gracias y favores
y por Rey Sumo y Sumo Sacerdote,
con corona murada de oro y piedras,
emulo aquel del Sol en la hermosura
y aquellas de los astros en las lumbres
las sienes le ceñistes de oro y nieve,
insignia real a su valor debida.
Pidioos la vida cuando con las olas
de su pasión luchaba congojoso
y alegre se la dais cuanto segura
por longitud de numerosos días,
por círculos de siglos y de edades.
Grande la gloria fue en la virtud vuestra
en que salud le distes permanente
en que le distes vida inmarcesible,
porque, tras de salvarle, le llenastes
de honor ilustre y resplandor hermoso,
de belleza gloriosa y gloria bella.
Distes en él, señor, materia al mundo
para que eternamente le bendigan
y en él las bendiciones juntas todas,
por ejemplar al mundo le pusistes
de las caricias y favores vuestros

con que gloriosamente a vuestros ojos,
a sus acciones todas favorables
se goza de las dichas conseguidas.

Porque fió de las clemencias vuestras,
Altísimo Señor, nuestro rey santo,
de las benignidades vuestras lleno,
no solo atrás dará paso en sus dichas,
mas ni vacilará en la menor de ellas,
porque será su reino perdurable.

Después de esto, Señor, por que le teman
hallen turbados vuestros enemigos
sobre sí vuestra mano no vencida
y vuestra fuerte vengadora diestra
a la pena los halle y al castigo,
sin que escaparse puedan los ingratos
que debiéndoos amar os aborrecen.
Y como horno de fuego irreparable
sean a vuestro justo enojo cuando
miraren indignado vuestro rostro
y conturbados de mirarle airado
se precipiten al incendio oscuro
a ser leña del fuego inextinguible,
donde, sin consumirlos, los consuma.

Las mieses rubias y sabrosos frutos
de la tierra que fértil cultivaron
se enlacen, se marchiten y malogren
antes de las cosechas codiciadas,
agotadas por vos y envanecidas:
falte la sucesión de su linaje,
su posteridad cese escuramente,
cubriéndola, Señor, de mudo olvido.
Porque, descaminados, cuantos males
pudieron maquinar en vuestra ofensa
todos los recorrieron atrevidos,
si bien, tras sus consejos y sus trazas
se mal-lucieron todas sus astucias
sin nunca ejecutar la menor de ellas.
Volverán los cobardes las espaldas
y harán espaldas al azote vuestro
y a los que de ellos esperar osaren
cara a cara, con armas prevenidas,
con arco corvo y homicidas flechas
los rendiréis, sin que se escape nadie,
haréis que vean por sus mismos ojos,

ara que, de la envidia remordidos,
 mueran rabiando de los justos vuestros
 que dejáis por reliquias las venturas.
 Levantaos, pues, Señor, en virtud propia
 y ostentad vuestra invicta fortaleza,
 manifestad vuestra potencia suma;
 cantaremos con voces reiteradas,
 con las virtudes vuestras generosas
 vuestras hazañas, siempre prodigiosas.

PSALMO XXI

DE LA PASIÓN DE CRISTO

Mi Dios, poned en mi pasión los ojos,
 mi Dios ¿por qué me habéis desamparado
 y de vuestro favor destituído?
 ¡Qué lejos mi salud está, qué lejos
 de las voces, Señor, de los bramidos
 en mi pasión amargamente dados!
 De mi salud ¡qué lejos os contemplo!
 A mis voces parece que escondido
 por las culpas que pago como mías
 porque sin serlo, de ellas me he encargado
 y está muy lejos de las que me achacan
 mi honor, como sois de ello buen testigo.
 Llameos mientras el Sol vida luciente
 se la dio al mundo, en sus ausencias muerto
 y en su ausencia os llamé cuando la noche
 con pardo imperio de él se enseñorea
 y parece, Señor, que los oídos,
 no cerrados a nadie, me cerrastes,
 mas no por eso es justo que atribuyan
 a ignorancia que os llame porfiado,
 porque aunque no me oís, podéis oírme
 y os lisonjean ruegos importunos
 y cuando no me oigáis, no es culpa mía.
 Si bien sé que me oiréis, porque sois santo
 y habitáis la ciudad santa del cielo,
 por lo cual Israel siempre os bendice,
 que sois sujeto de sus alabanzas
 ya él por Vos se las da quien os conoce,
 que de nuestros mayores siempre fuistes
 áncora firme de sus esperanzas
 y esperanza segura de sus dichas,

porque en Vos las fundaron los librastes.
Salvásteslos, Señor, porque os llamaron,
esperaron en Vos, mas no se vieron
avergonzados, no, ni confundidos
como me veo en tan acerbos penas
porque a mí, como veis, hanme tratado
no como a hombre, como a un gusanillo,
como a oprobio y deshonra de los hombres,
como a desecho y fábula del pueblo.
Todos cuantos me vieron abatido
con mofadora risa me burlaban,
con detractoras lenguas me mordían
moviendo con escarnio las cabezas,
blasfemos y crueles repitiendo:
pues en Dios esperó tan confiado,
espere en él, verá cómo le libra,
espere, espere en él por que le salve,
sávele, pues le quiere y ama tanto.
Empero, sin embargo de sus mofas,
de sus escarnios y de sus injurias,
a vos invoco, a vos, que me habéis sido
amparo, desde el vientre de mi madre,
más que el Sol pura y más que el cielo bella,
en la leche mamá, que siempre fuistes
de mis trabajos única esperanza.

Desde el instante que nací, arrojado
a vuestras puertas de misericordias,
resignado en naciendo en vuestras manos,
pues desde entonces con piadoso afecto
me socorristes y me remediastes,
¿cómo, Dios mío, y cómo, señor mío,
siendo esto así, no os alejéis ahora,
que más cercanas y vecinas veo
contra mí injurias y tribulaciones
sin hallar quien en ellas me socorra?

Miradme, eterno Dios, cercado en torno
de novillos viciosos y cerriles
y toros, cuanto gruesos, bramadores
que con las duras puntas me amenazan.
Como el león al tímido cordero
se apresta por robar encarnizado
para huir con la presa con pies leves,
boquiabiertos me esperan con bramidos
para despedazarme arrebatado.

No resistí a sus fuerzas vengativas
(tanto las mías se desflaquecieron),
señor, más que si fuera un poco de agua
de vientos encontrados combatida
a lo que de ella ordenan obediente
y, como si lo fuera, derramaron
de mi sangre inocente arroyos rojos,
todos mis huesos se desencajaron.
Mi corazón en fugitiva vena,
en medio mis entrañas palpitando,
como de blanda cera derretido
se desató al calor de mis pasiones.

Mi radical virtud se ha resecado
como ladrillo o teja recocida,
la lengua tengo al paladar pegada
y como a muerto, el pie en la sepultura
que entra a ser convertido en polvo leve.
Me ladran y me muerden como perros,
en el número, muchos, y en las fuerzas
de sus rabias cercado y sus injurias
que, juntando concilios envidiosos
desacreditan mis acciones santas
éstos hombres malignos y crueles.

Y en medio <de> tamañas aflicciones
mis pies me barrenaron y mis manos
tratándome de suerte que los huesos
transparentados entre los azotes
me pudieron contar descoyuntados.

Con desprecio pensando en mis dolores
se vengaron de verme padecerlos,
en el triste espectáculo gozosos;
con violencia arrancaron mis vestidos,
que entre ellos, codiciosos, dividieron
sorteando la túnica inconsútil.
Pues que veis mi pasión, eterno padre,
no me dilatéis más vuestros socorros;
atended, condolido, a mi defensa,
socorredme, señor, dadme la vida,
no os alejéis de mí, piadoso padre.
Ved desnudo el cuchillo a la garganta
en los últimos males fluctuando
y del furor sañudo de estos perros
librad mi vida únicamente amada,
sola entre todas de pecado ajena,

sola en las penas que sin culpa paga.

Libradme de los dientes homicidas
del león carnicero que, rabioso,
espumas exhalando verdinegras,
despedazarme y devorarme quiere,
romped los cuernos en mi daño agudos
de estos nunca domados unicornios,
mi aflicción redimid de estos soberbios
y, la muerte vencida, las proezas
vuestras contaré alegre a mis hermanos
en la congregación de los fieles,
en medio del concurso, refiriendo
con alabanzas mil vuestras victorias.
Diré: los que teméis al Señor vuestro,
alabadle de hoy más y bendecidle,
de Jacob los ilustres sucesores,
engrandecedle todos y ensalzadle.
Los descendientes de Israel temedle
con reverencia humilde y temor santo,
porque de un pobre como yo, abatido,
no despreció, mas escuchó los ruegos.
Ni de mis males apartó los ojos
y lo que es más: llamado, socorriome,
restituyome a más dichosa vida.
De vos diré divinas alabanzas
en el mayor concurso de la iglesia
de todo el pueblo, en las mayores juntas,
donde conmigo las repitan todos:
las promesas que os hice en mis trabajos
cumpliré, a vuestro amparo agradecido,
en presencia, Señor, de los que os temen.

A los pobres pondréis mesa opulenta,
a los humildes, mansos y sufridos,
haciéndolos el plato cada día
con el manjar sabroso de los cielos,
de que quedaran hartos sin fastidio.
Alabarán a Dios porque le hallaron
y en él la vida de los corazones
que es vida eterna que la da a las almas:
hablarán como amantes de su amado.

Y de los fines últimos del Orbe,
en traje y en lenguajes diferentes,
gentes incultas, bárbaras naciones,
en sus ciegos errores olvidados

de tantos beneficios y favores
de ellos harán felizmente recuerdo
y con humilde conversión rendidos
de su Ley generosa y su enseñanza
pondrán al blando yugo las cervices.
Los pueblos todos, todos por familias
le adorarán, postrados por el suelo
y a su divino acatamiento humildes
dones ofrecerán y voluntades.

El Señor es señor del trino reino
y, como tal, con potestad suprema
las gentes mandará, rey absoluto;
sentaranse a su mesa regalada,
con pródiga largueza prevenida,
los poderosos, porque es para todos
y adoraranle voluntariamente
de hinojos por la tierra a sus favores,
desde el chico al mayor, del pobre al rico
cuantos de tierra son y han de ser tierra.
Mi vida vivirá para Dios solo,
vida que viva en Dios y que a Dios viva
y todos mis amados sucesores,
pedazos animados de mi pecho,
le servirán con sumisión humilde.
A cuya bien nacida descendencia
llegará la noticia de su nombre.
Anunciarán los cielos su justicia
y de padres a hijos, sin que falte
de unos a otros, con recuerdo ilustre;
de todo el pueblo llegará a saberse,
del pueblo a sus venturas preordinado,
criado y para suyo regalado.

PSALMO XXII

DEL AMPARO DE DIOS

Con pellico de auroras y de días,
con caperuza de solares rayos,
con calzones y medias de la luna,
con abarcas de pieles de los Cielos,
con ñudoso cayado de azucenas,
con zurrón blanco de rizada nieve,
con honda de planetas y luceros,
con pastoril disfraz disimulado,

por que nada de falte, el Señor mío
me apacentó como ovejuela amada
en vegas y dehesas abundosas,
pastos amenos, verdes praderías
de hierba, cuanto fértil saludable,
donde la primavera se tradujo
con sus risas, agrados y bellezas,
encaminome a las corrientes claras
de un agua que deleita y satisface,
agua viva, en quien vive el que la bebe,
con que me recreó, restituyéndome
la vida amada por mi mal perdida:
volviome, errada, a sus piadosos hombros,
guiome siempre por caminos llanos,
que son los de su Ley, que es justa y recta
por la benignidad de su alto nombre.
Con que, aunque baje al Valle de la Muerte,
cercado de sus sombras temerosas
entre sus más oscuras ceguedades
no temeré mal paso ni peligro,
porque conmigo vais, conmigo os llevo,
¡oh, buen pastor!, atento a mi defensa
sirviéndome talvez vuestro cayado
(tras ser arma ofensiva al lobo fiero)
de vara que me enmiende y me corrija,
de báculo tal vez en que descanse,
hallando en uno y otro igual consuelo.
Hallé a mis ojos prevenida mesa,
no menso que abundosa, regalada,
llena de todo cuanto el gusto pide,
puesta por vos donde os servís vos mismo,
donde a los ojos de los que, insidiosos,
me atribulan, hallé el manjar del cielo,
regalado a pesar de sus envidias.
Y en el banquete. al uso de la tierra,
con unguento oloroso confortastes,
ungiéndola. amoroso, mi cabeza
con que alegrastes mis melancolías,
el cáliz que embriaga a lo divino,
que revertiendo está dones y bienes,
¡ay, Dios, cuánto me es dulce y deleitoso!
Y tras tanto favor, vuestra clemencia,
vuestra siempre real misericordia
se andará en pos de mí toda mi vida,

siempre en mi seguimiento apresurada
solicitando los remedios míos,
del camino y del premio asegurándome,
haciéndome aposento en vuestra casa
donde, de asiento lleno de alegrías
viva, con dichas largas, largos días.

PSALMO XXIII

DE LA RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN DE CRISTO

La Tierra es del Señor, con todo cuanto
llena abundante y espaciosa ciñe
con todo cuanto abraza y alimenta
suya es la redondez del orbe todo,
con todos sus terrestres moradores.

Fundamentola sobre las movibles
ondas de plata de los mares altos,
interior siendo de los mismos mares,
conque en lo instable permanece estable:
edificola sobre los inquietos
cristales de los ríos fugitivos
libre paso dejando a sus corrientes
para el trato y regalo de los hombres;
dioles la Tierra para su morada
que cultiven, que habiten y disfruten.

¿Quién, pues, será de moradores tantos
el que, de sus provechos desasido,
al monte del Señor subir merezca?

¿Que merezca habitar sus altas cumbres
y ser del Cielo morador dichoso?

¿Quién?, preguntáis. Aquel limpio de manos,
aquel sencillo y puro, cuyas obras
regule la inocencia y la cordura,
limpio de corazón, de piedad lleno,
que no vivió de balde, ni en pereza
infructuosa malogró sus días
ni juró, contra el prójimo, engañoso.
Este, pues, este Fénix de los hombres
recibirá de Dios con larga mano
mil buenas dichas, mil buenos sucesos,
mil beneficios y mil bendiciones,
hará con él misericordias grandes,
porque es su Salvador y salud toda.

De esta casta, pues, son los que le buscan,

de Jacob noble descendencia ilustre
que solícitos buscan y pretenden
andar siempre de Dios en la presencia,
vivir como, si visto de él, le vieran,
vivir para subir a ver alegres
de su divino rostro las bellezas.

Mas el primero preferido a todos
páreceme que estoy viendo que sube
con virtud propia al trono de zafiros,
el inocente solo, el solo puro.
Ea, lucientes príncipes del Cielo
que sus puertas guardáis, siempre velando:
abridlas, entrará el rey de la Gloria
y vosotras ¡oh, puertas!, las cabezas
en alto levantad de estrellas y oro
y por vosotros a su triunfal pompa,
os desquiciad y abrid, puertas, abrid.

¿Quién es (preguntan) este rey de Gloria?
Y responden: el fuerte, el poderoso,
el Señor vencedor de las batallas.
Abrid las puertas, príncipes del Cielo
a tanto rey y por vosotras mismas,
las cabezas, en alto levantadas,
os desquiciad y abrid, puertas eternas.

Vuelven a replicar: ¿Qué rey es este?
y ellos a responder: el invencible,
de virtud y valor incomparable,
de esfuerzo sumo y suma fortaleza,
señor de los ejércitos celestes
que triunfa, vencedor con pompa ilustre,
abrid, que este es el rey, rey de la Gloria:
la gala le cantad y la victoria.

PSALMO XXIV

IMPLORA EL FAVOR DIVINO

Con fervoroso espíritu, Dios mío,
levanté y puse en Vos los pensamientos
confiando en vos, de mí desconfiando,
que no he de avergonzarme en mi esperanza
ni se me ha de frustrar si en vos la fundo.

De que mis mofadores enemigos
no han de hallar cosa en mí de que me figuen,
que estoy cierto, señor, que los que os llevan

la condición a veces despegada
y los que de vos penden confiados
y los que en vos con fe animosa esperan
no se han de avergonzar ni confundirse.
Aquellos se avergüencen y confundan
que los agravian injuriosamente,
que viven mal y que hacen mal de balde,
que pecan por pecar y contra el bueno
descubren vanamente sus envidias.

A mí, por que mejor serviros pueda,
me enseñad y poned en los caminos
de vuestra ley más llanos que la palma
y de vuestros consejos en las sendas
estrechas al principio, al fin seguras.

Al camino derecho encaminadme
de errores y de engaños ignorado
al Real de la verdad, que es real camino,
pues sois mi Dios y quien salvarme puede,
mi solo salvador y salud mía
y conocéis con cuánta mansedumbre
llevo las que en vos juzgo sequedades
esperando, sufrido, vuestro amparo,
de él y de vos con humildad pendiente.
Memoria haced de las clemencias vuestras
porque de ellas estáis como olvidado
y repasad vuestras misericordias,
que nacieron con vos y con vos viven
y vivirán con vos eternamente,
con amor tierno en todos platicadas,
que no podéis negar al amor vuestro
lo que podéis negar a nuestras culpas.

Y olvidad de mis años juveniles
las que pueden llamarse mocedades
y ignorancias, mejor, de mozo incauto
que no hubo en pocos años mucho seso.
Y según vuestra gran misericordia
os acordad de mí, mirando solo,
no mis flaquezas y mis travesuras,
vuestra justicia no, la bondad vuestra,
vuestra benignidad clemente y blanda,
que Dios, si es recto y justo, es dulce y manso:
justicias hace, pero con blanduras,
por lo cual hizo ley no rigurosa
a los que de flaqueza en el camino

de esta penosa vida tropezaron
ley que <a> hacer penitencia les enseña
y a vivir como deben nueva vida.
Guiará con mansedumbre a los humildes
por que seguros vayan a juicio
y enseñará a los mansos mansamente
de la ley santa todos los caminos,
que a dos divinamente se reducen:
uno, verdad, misericordia el otro,
en quien errar no puede el que los sigue,
que cumple fiel lo que promete blando,
caminos para aquellos que, animosos,
buscan para guardar su Testamento
y entre los hombres y el eterno pacto
y de su Ley los ciertos testimonios,
por esto, pues, por vuestro santo nombre
y porque en ellos os va, Señor, la honra,
que es honra vuestra perdonar pecados
y mayor, los mayores, no dudoso
que habéis de redimir propicio espero
mi pecado, que es grandemente grande.
Pero ¿quién será el hombre tan felice
que tema a Dios, no con temor de siervo.
pero con filial, con temor noble,
que en el estado que escogió, alentado,
guardó su ley, sin nunca quebrantarla?
Su alma abundará de gratos bienes
gozaralos colmados felizmente,
sus descendientes, por edades largas,
en posesión pacífica la tierra,
dichosos gozarán, con todo cuanto
avara guarda y liberal reparte
y la tierra después de los vivientes,
porque estriban en Dios los que le temen,
en él fundados, fundamento eterno,
y porque sus secretos los revela
en cuya fe el concierto y pacto suyo,
que fuerza ha de tener de testamento,
ya manifiesto, si hasta aquí cerrado,
dichosamente le verán cumplido,
por lo que nunca aparto de él los ojos,
siempre los tengo en él con fe constante
de que ha de arrebatarme el lazo astuto,
que ha de sacar mis pies de sus engaños.

Poned los vuestros en mis desconsuelos,
que si los veis, señor, es imposible
que no os lastimen y que no os conmuevan
a usar conmigo de misericordia:
vuestra misericordia usad conmigo,
que es mi necesidad tan apretada
que la padezco, como vos, extrema,
solo, desamparado y desvalido.
Ved que del corazón desconsolado
crecen por horas las tribulaciones,
sacadme por quien sois, que en vos espero,
de tan necesitados desamparos.
Miradme, trabajado y abatido,
todo por mis pecados, Dios piadoso,
perdón, mi Dios, perdón de todos ellos,
que humildemente los confieso y lloro.
Mirad mis enemigos que se aumentan
en mi deslucimiento y que temosos⁹
en su rencor de muerte me aborrecen.
Guardad mi vida de sus desafueros
y, pues en vos espero confiado,
sacadme de sus garras enemigas
primero que, corrido, me avergüence
de que de vos me miran olvidado,
de vos, de quien espero mis socorros,
vuestra pureza y rectitud me guarden,
pues desahogadamente en vos confío.
¿Correreme por muchos hombres buenos
y santos, ¡oh, señor!, que a mí se llegan,
que, porque en Vos espero, a ejemplo mío
en vos esperan alentadamente,
correreme de ver que la esperanza
que tengo puesta en vos se me frustrase,
a sus ojos mi crédito perdido?
Libradme, pues, señor, y juntamente
a vuestro pueblo, al pueblo amado vuestro
de Israel, por quien ruego por ser mío,
librad de todas sus tribulaciones,
angustias, desconsuelos y aflicciones.

9.-'Temosos' como en el gallego moderno 'teimosos' vale por 'empecinados'.

PSALMO XXV

ORACIÓN EN LAS PERSECUCIONES

A Vos, señor, a vos, señor, apelo
de la sentencia injustamente dada
contra mi honor por los que mal me quieren;
de apelación en grado me presento
en vuestro tribunal, ved el proceso,
señor, juzgadme, hace, señor, justicia,
no mostraré flaqueza en la demanda:
espero en vos, señor, y en que no hallo
cosa en mí en que me acuse mi conciencia.
La causa recibid, señor, a prueba
y pues es la conciencia mil testigos,
sus dichos los tomad, examinados,
lo oculto examinad de mis entrañas
hasta los más secretos pensamientos.
Metereme en un fuego sobre el caso
y, pues todo lo veis que a vuestros ojos,
que son en fin de Dios, no hay cosa ausente
en él me acrisolad, que mi inocencia
veréis en mis entrañas y buen pecho,
porque traigo delante de mis ojos
presente siempre en la memoria mía,
vuestra misericordia generosa
a quien imito, y imitar deseo,
vuestra verdad, más que mil soles pura,
en quien descanso, de ella complacido,
que es cierta y infalible en sus promesas.
No conversé, aunque ausente y desterrado,
entre esta gente bárbara a ofenderos,
no digo yo de asiento, mas de paso,
ni ocupé asiento en sus congregaciones
para adorar con ellos sus engaños;
en sus vanas consultas y consejos
no entré a a parte, ni en sus arrogancias,
maldades, disimulos y injusticias.
Aborrecí las depravadas juntas
de estos malignos hombres y, advertido,
no digo yo de asiento, ni aun de paso
conversaré con gente tan impía.
Lavar podré mis manos de estas culpas,
lavarelas, seguro en mi inocencia,
entre los inocentes inocente:

a las manos podrán mirarme todos,
que las tengo tan limpias que, sin miedo
en torno me veréis de vuestras aras,
que rodeé festivo y religioso
para ofrecereros gratos sacrificios
y haré que escuchen los debidos loores
de vuestras estupendas maravillas,
por mí con los cantores reiteradas,
siendo de vuestras obras pregonero.

Que con el alma toda estimo y amo
el resplandor glorioso, la hermosura
de vuestra casa, donde majestuoso
el decoro ostentáis de vuestra gloria,
el lugar donde hacéis vuestra morada.
Y por ser esto así, humillado os pido
que en esta causa que ante vos apelo
que no me condenéis, oh, Juez sagrado,
con los facinerosos y homicidas,
de cuyas manos nadie está seguro,
que están llenas de culpas y maldades,
llenas de dones, llenas de cohechos,
de dádivas, presentes y sobornos
que ciegamente ciegan la justicia.

Empero, en el candor de mi inocencia
y en la pureza que profeso y amo
me voy por el camino carretero,
no menos verdadero que seguro.
Pues verdad os confieso, redimidme,
señor, de tan amargos desconsuelos,
conmigo usando de misericordia,
pues os es gusto sumo practicarla.

Y asiento el pie derecho y todo el mundo
no será parte para que le tuerza
ni para que tropiece en vuestras leyes,
por o cual, con debida acción de gracias
en las congregaciones religiosas
de los fieles venturosos vuestros,
reconocido a vuestros altos dones,
os echaré copiosas bendiciones.

PSALMO XXVI

ACCIÓN DE GRACIAS DE VERSE LIBRE DE LOS PELIGROS

Si Dios es mi salud, si es Dios luz mía,
salud que me la da, luz que me alumbra,
si es a mis ignorancias luz discreta
y salud firme en mis enfermedades
¿a quién puedo temer?, ¿qué habrá que tema?,
¿qué engaños, qué traiciones, qué acechanzas?
Si es defensor y amparo de mi vida
pavoroso ¿qué habrá que temer pueda?
Pues cuando llegué a ver, dándome alcance
con sangriento escuadrón mis enemigos,
de comer de mis carnes codiciosos,
de mi sangre sedientos y sedientos
de dar fin triste a mi acosada vida,
miré los mismos que me atribulaban
y que me acometieron que, turbados,
medrosos flaquearon y cobardes
dieron de ojos por aquellos suelos.
Aunque sienten sus reales en mi daño,
aunque me sitien con armadas huestes,
si aunque con aparatos belicosos
contra mí viere para hacerme guerra
ejército formado y ya en campaña
con pálido temor y miedo helado
no temerá mi corazón constante,
no temeré, porque en su amparo espero:
una cosa le pido y le suplico
y solicitaré importunamente
con ruegos y oraciones repetidas
y es que, libre de afanes y cuidados
me dé, donde descansa hasta la muerte,
en su casa una celda, un rincón breve
donde evacue a los santos ejercicios
para saber su gusto de más cerca
y hacer su voluntad no embarazado
para gozar de sus deleites nobles,
de sus regalos y de sus dulzuras,
con visitas continuas frecuentando
y diligente religión su Templo.
Donde en su Tabernáculo escondido
en los secreto más y más guardado
goce su inmunidad, donde me libre

de las borrascas, de tribulaciones,
de las miserias tristes de esta vida
cada día en mi ofensa conjuradas.
Pondrame en salvo en no accesible roca
donde respiraré y cobraré aliento,
pues aun ahora poderosamente
me ha hecho, en tanto aprieto, alzar cabeza
contra los insidiosos enemigos
que me rodean con sus acechanzas,
ganareles las piedras y la cuesta
y en tanto, en torno de su real morada
agradecido, cuanto victorioso,
le ofreceré sagrados sacrificios
dándole gracias con festivas voces,
de clarines al son y de trompetas,
cantarele en sonoros instrumentos
himnos alegres y devotos psalmos,
y en ellos le diré: Señor, oídme;
la voz, señor, oíd en que animoso
os llamo y llamaré en mis desconsuelos:
Señor, tened de mí misericordia,
oíd mis votos y aspiradlos grato,
que a vos de vos, por vos en lo secreto
dije del corazón que a todas partes
con anhelante amor todo deseos
os anduve a buscar, volviendo el rostro,
todo hecho ojos, todo desvelado,
por ver del vuestro amable las bellezas,
por ver sus gracias y sus hermosuras
y porfiaré hasta verle sin cansarme.
No me neguéis, mi Dios, el bien que os pido
ni me escondáis el rostro, ni ceñudo
os consintáis llevar del justo enojo
que tenéis contra mí, que vuestro esclavo
soy y por serlo, hacienda propia vuestra.
No me desamparéis de vuestro amparo,
no me destituyáis del favor vuestro,
pero conmigo usad vuestras blanduras,
Dios mío y mi salud, no con desprecio
me miréis en mis cuitas y miserias,
porque vos me acogistes como a niño
que suelen exponer a ajenas puertas,
a quien el padre y madre desamparan
de la piedad común y amor desnudos,

de mis padres expuesto, me amparastes,
más que mis padres, padre en las ternezas,
pues os sobran a vos las que les faltan.
Padre amoroso, pues que sois mi padre,
ponedme ley que guarde en el camino
que enseñado me habéis y en la no errada
senda que hasta vos llega encaminadme
para que a los contrarios hurte el cuerpo,
que me calumnian con sus acechanzas.
No me entreguéis, Señor, a los deseos
y voluntad de los que me persiguen
con desconsuelos y tribulaciones,
mirad que contra mí se han conjurado
testigos, que con falsos testimonios
mi descrédito, alevos, solicitan,
si bien en vos espero, no turbado,
que su mentira les saldrá a los ojos,
que será su maldad su mismo lazo.

Por lo cual creo, indubitadamente,
que desmayara en tantas aflicciones,
a no tener segura confianza,
que en la Tierra, señor, de los vivientes,
donde la Muerte nunca tuvo entrada
he de ver y gozar los no decibles
bienes que solo son los ciertos bienes.
Varonilmente (oh, alma!) en Dios espera,
conforta el corazón desalentado,
sufre, animosa, y bien sufrida, aguarda
al Señor que te premie y galardone
y tras tus desconsuelos te corone.

PSALMO XXVII

INVOCACIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

Desde la cruz os llamo, ¡oh, Padre Eterno!,
con clamor lamentable, en altas voces,
no hagáis del sordo y del desentendido,
que si del sordo hacéis y a mis lamentos
no respondéis como uno de los hombres
(siendo hombre y dios) descenderé a las sombras
calladas de la Muerte en los horrores,
a todos semejante, hasta que salga
pálido, al son de la funesta trompa,
término perentorio del Juicio.

Oíd la voz de mis ansiosos ruegos
mientras hago oración al santuario
del Templo que habitáis, de vuestro Cielo,
levantando las manos enclavadas,
pues segregado de los pecadores
viví, no es bien que me igualéis con ellos
ni que, indiciado con los que mal viven,
me condenéis con ellos a la muerte.

Hombres que blandamente lisonjean
y con dulces palabras en los labios
fomentan en los tercios corazones
odio injurioso y venenosa envidia,
por lo cual les daréis, ¡oh, Juez Eterno!,
las penas merecidas de sus culpas,
hombres que estudian siempre iniquidades,
inventores de culpas y deleites.

Pues que culpas sembraron, cojan penas,
respondiendo las penas a las culpas.

Pues del Señor a los heroicos hechos
con malicioso error desentendidos
quisieron no entender lo que entendían,
por lo cual con ruina irreparable
los destruiréis con mano vengadora
serán su perdición las obras vuestras,
lo que les pudo ser honra y provecho
les será por su culpa, infamia y daño:
destruireislos, señor, sin esperanza
de su restauración y su reparo,
sin que en el edificio de los cielos
lleguen a merecer ser piedras vivas,
y yo diré, con santa acción de gracias:
el Señor sea bendito y ensalzado,
que oyó mis voces y aceptó mis ruegos
dándome todo cuanto le pedía.

Que es en fin protector y amparo mío,
mi escudo fuerte y alta fortaleza,
que me ha librado porque firmemente
esperó en él mi corazón constante
y lánguido mi cuerpo en el sepulcro.
como mil flores lleno de hermosuras,
competido de mayos y de abrilas,
sano reverdeció, bello y lozano,
nuevas flores llevó, nuevas bellezas,
por lo cual, con cantares de alabanzas,

con todo el corazón y el alma toda,
las gracias le daré, reconocido,
votos gratos haciendo a los favores
con que me honró, difícil no a mis ruegos,
que es Dios incontrastable fortaleza
del pueblo suyo, siéndolo de Cristo
cabeza de quien pende la del pueblo,
siendo su protector, siendo su amparo,
salvando de mil modos mi inocencia,
dándoles bienes mil y mil saludes,
mil veces libertad y libertades.

Salvad, pues, oh, Señor, a vuestro pueblo
y bendicidle como a heredad vuestra
y como pastor bueno, apacentadle
y acrecentadle con aumentos largos,
con bienes y favores revertidos,
por edades de siglos no medidos.

PSALMO XXVIII

DE LAS OBRAS DE DIOS

Hijos de Dios por adopción y gracia
del Pueblo de Israel, pueblo escogido,
poderosos en armas y en riquezas,
de beldad ricos y sabiduría,
ya que del Tabernáculo acabado,
donde se colocó dichosamente
el Arca santa, tras de mil deseos
gozáis, alegremente agradecidos,
ofreced al Señor preciosos dones,
sacrificadle tiernos corderillos,
ultraje desdeñoso de la nieve.

Dadle honra y gloria, engrandeced su nombre,
su grandeza ensalza y su potencia
y adoradle en su Templo y en su Cielo,
donde ceñido de Majestad mora.

Porque su poderosa voz lo anduvo
en el aire, en el agua, fuego y tierra,
en las aguas, sobre ellas alentando,
dividiendo unas de otras con tronido
imperioso de muchas que vagaban
sobre la tierra, concertando mares,
nubes formando que en preñez fecunda
de los húmidos vientos ayudadas

en pedazos de vidrio se resuelven,
su virtud, fortaleza y poderío
con temido valor manifestando.
En el aire, con soplo impetuoso
rompiendo y arrancando cedros altos,
valiente, deshaciendo hojosos cedros
el Líbano y a aquella, de esta parte
haciéndolos saltar tan fácilmente
como del mismo monte el becerrillo
o el hijuelo veloz del Unicornio,
amado tiernamente de sus padres,
retozar suelen con ligeros brincos
cuando la primavera, de olorosa
hermosura los campos embellece,
en el fuego cortando y dividiendo
en rubias partes, llamas y esplendores
como divide, de implacable rayo
(que abrasa montes, corazones hiela)
las llamas del relámpago fogoso,
en la tierra moviendo y conturbando
con pavorosos estremecimientos
y con temblor helado las columnas
del desierto Kadesh, tragador de hombres,
las piedras desasiendo de las piedras,
los montes de los montes desgajando.

El poder de su voz también se muestra
sobre los animales y las plantas,
que a las tímidas ciervas, que en los partos
difíciles partea con los truenos
las densas selvas de intrincadas plantas,
descubre con los vientos, desnudando
la verde confusión de su espesura,
por cuyas prodigiosas maravillas
todos maravillados en su Templo
como en el Cielo agradecidos todos
dirán sus loores y le darán gracias,
viendo que con diluvio provechoso
que desciende del Cielo, inunda y baña
la Tierra, que no ingrata a sus favores
la vida de los hombres alimenta,
la cual gobernará pródicamente
el Rey Eterno desde su alta silla,
dando a su pueblo virtuosas fuerzas,
esfuerzo y fortaleza valerosa

con que resista y venza a sus contrarios,
en paz repose y en quietud descanse,
de venturas colmado y bendiciones,
reconocido a sus felices dones.

PSALMO XXIX

HACIMIENTO DE GRACIAS

Ensalzaré, Señor, vuestras grandezas
en dulce lira y versos numerosos
(por sí ensalzadas infinitamente),
porque de mis dolencias apretadas,
entre cuyos mortales trasudores
me vistes fluctuando, me sacastes
en vuestros brazos, como quien se arroja
a sacar del naufragio al que se anega,
con que no distes a mis enemigos
de mí venganza y gozo con mi muerte.

Apenas me quejé, Dios de mi alma,
y de la común luz, la vital aura
volví a gozar, del todo bueno y sano.
Puedo decir que me resucitastes,
que abierta casi vi la sepultura,
mi vida en los umbrales de la Muerte,
de sus frías congojas rodeado
la vida restituistes a la vida
no alegrando a la Muerte con mi muerte,
no dando, no, lugar a que bajase
con los muertos al lago aborrecido
de la fosa temida y tenebrosa.

Cantad, cantad a Dios sus regalados,
sus escogidos y sus santos todos
himnos alegres en sonoros plectros
y dadle agradecidamente gracias
confesando que es digna de memoria
su santidad, pues que de mí la tuvo;
celebrad su memoria con recuerdo
siempre reconocido a sus favores,
que sus enojos son un pensamiento,
un cerrar y abrir de ojos, un instante,
porque nunca le duran los enojos,
empero su amor noble es de por vida,
que tiene voluntad siempre de darla,
dándola liberal a quien bien quiere

castiga airado y aplicado premia.
Sus enojos le duran, cuando mucho,
hasta puesta de Sol, que el llanto cesa
y en durmiendo sobre ellos, se le olvidan
(huéspedes, cuando mucho, de una noche)
que apenas con su luz la blanca aurora
vuelve la vida al mundo cuando vuelve
con blanca risa la alegría pasada.
Luego que rey me vi, la paz gozando,
bienes, pompas, regalos y riquezas
y estado tan tranquilo cuanto alegre
dije entre mí: Con dichas tan colmadas
¿qué fines desastrados temer puedo?
Serán eternas mis prosperidades.
Porque de vuestra voluntad me distes
(porque bien me queréis) salud entera
y fortaleza al parecer segura,
mi honra acrecentando y mi grandeza
a mi hermosura fuerzas añadiendo.

Mas volvístesme el rostro y en un punto
me faltó todo en vos, que lo dais todo
y dentro de mí mismo conturbado,
de mí no supe, sin saber qué hacerme
(porque fue confiado siempre el necio,
como el discreto fue desconfiado)
que solo en vos queréis que espere y fie.
Huyo con leves pies mi dicha breve,
mi ventura, engañosa, envaneciose,
vime doliente, a vos alcé los ojos,
conocí mis errores, mis engaños,
voces os di lloroso y con piadosas
oraciones os dije, enternecido:

¿Que honra sacaréis o qué provecho
en lavar en mi sangre vuestras manos,
ni en que la corrupción, igual en todos,
de mí se enseñoree y me empodrezca?

Resuelto en polvo ¿quién podrá alabaros?
Y ¿cómo anunciarán cenizas mudas
la verdad a los siglos venideros,
invariable en las promesas vuestras?
Díjelo apenas cuando, condolido
templó su enojo su misericordia
y tóvola de mí porque es mi amparo.
Convertistes mis lágrimas en gozo,

en salud mi dolor, mi llanto en risa,
el saco me rompistes ceniciento,
quitáste me el cilicio penitente,
el luto que vestí me desnudastes
y de pies a cabeza me vestistes
de fiesta y me bañastes de alegría
para que la ventura y gloria os cante
que me distes, y yo me goce alegre,
sin que entre los estragos y temores
de la Muerte enmudezca compungido.
¡Oh, señor y Dios mío, eternamente
con cantos dulces y gozosos llantos
os dé las gracias por favores tantos!

PSALMO XXX

INVOCACIÓN A DIOS EN LA TRIBULACIÓN

De angustias combatido y desconsuelos
y de todo favor destituído,
en vos, Señor, fundé mis esperanzas,
cumplídmelas, piadoso, no me empache
de no verlas (estando en vos) cumplidas,
ved que me correré perpetuamente
de que, puestas en vos, no se me cumplan.

Saque en favor sentencia, haced justicia,
dadme fácil audiencia y despachadme
con breve y buen despacho, que hay peligro,
advertid que hay peligro en la tardanza,
acelerad el paso y el remedio.

Sedme vos para vos protector mío,
sed mi abogado y roca inexpugnable,
casa de munición, presidio fuerte
donde por vos me libre, puesto en salvo
de la violencia de mis enemigos.

Pues sois mi fortaleza y mi refugio
por la gloria (¡ay, Señor!) de vuestro nombre,
que este error vencedor de mis contrarios
por la clemencia vuestra, por vos mismo
perseguido en tamañas soledades
y hambriento, ¡oh padre misericordioso!,
me alimentad y encaminad seguro.
Del lazo astuto que engañosamente
en la ocasión presente me encubrieron,
sin caer me librad, protector mío.

que en vuestras manos esta causa de
encomendada a vuestra providencia,
haced de ella y de mí lo que quisierdes,
mi vida y alma en ellas encomiendo
fiado que tenéis de redimirme
esta, como otras veces, de la muerte,
que sois Dios de verdad, Dios verdadero,
fiel en las promesas y palabras.
Aborrecéis a los que vanamente
observan sueños, en agüeros miran
y que adoran deidades fabulosas,
riquezas pobres, hermosuras feas,
con otras burladoras vanidades
de que me guardo siempre y siempre burlo;
porque yo en Dios y mi Señor espero
y me alegre, gozoso y confiado
en vuestra sin igual misericordia,
en la benignidad y bondad vuestra.
Como otras veces que, con buenos ojos,
mis desprecios mirasteis y aflicciones
y en las angustias más necesitadas
al socorro acudisteis de mi vida
con los consuelos y con los remedios.
No me encerrastes donde mi enemigo
a las manos me hubiese, y apretado
me prendiese a su salvo y se vengase,
sacástesme a lo raso, donde pude
valerme de mis pies a campo abierto.
Señor, tened de mí misericordia,
que en tamañas angustias y aflicciones
estoy ciego de enojo justamente,
de las iras y penas conturbado;
mi alma, del temor desconsolada,
de la aflicción parece que revienta
y que del pecho helado se me arranca
el corazón y entrañas desfallecen
y dentro de él parece que no caben.
Mi vida, tras dolores tan acerbos,
con la vejez llorosa se envanece,
mis años, en gemidos dolorosos
y en ayes tristes tristemente pasan.
Enflaquecida mi virtud, mi hacienda
gastada en tan precisas ocasiones,
mis huesos crujen, de debilitados,

empodrecidos en tamañas cuitas.
Y no me espanto, no, pues, tras que a nadie
vi, de mis enemigos ofensores,
tan abatido como yo me veo
que escarnio soy a los circunvecinos,
asombro a mis parientes y criados,
terror a los amigos, pasmo a todos.

Los que antes me buscaban, me dejaron,
haciendo no como que no me vían,
mas por no verme huyendo muchas leguas
por huir con huirme mis peligros,
de mí en su corazón tan olvidados
como un muerto que olvida al más amigo,
muerto en su corazón y en su memoria.

Vime tan abatido y despreciado
como vaso que honró mano doliente
que, por desgracia en varias partes roto,
despojo vino a ser de la basura.
Cercado de temores y congojas
oí, por mis oídos, mil baldones
de su boca en mi afrenta y vituperio.
Hacían corrillos y consultas varias
conspirando, conformes en mi ofensa,
para con sus astucias darme muerte.
Mas yo, animoso, que en vos solo espero
dije que sois mi Dios, en cuyas manos
mis sucesos están y mis venturas,
buenas y malas, prósperas y adversas,
los tiempos Fortunosos y infelices,
que de vos solo penden unos y otros.
Libradme, pues, de las sangrientas manos
de estos contrarios que me tiranizan
y de los que sin causa me persiguen,
que confiado en vos, en quien espero
sus injurias desprecio y sus engaños.

Mostrad el rostro alegre a vuestro siervo.
Lúzgaseme¹⁰ que estoy en vuestra gracia,
resplandezcan en mí vuestros favores,
salvadme en vuestra gran misericordia
y de que os llame (¡ay, Dios!) no me confunda.
Mas estos hombres ímpios se avergüencen

10.—Léase como «lúzcaseme» aunque Valdivielso use reiteradamente la forma con g. Esta variante «luzga» por «luzca» también se encuentra en la *Universal explicación de los misterios de nuestra Santa Fe*, de Pedro Juan Berenguer Morales (Valencia, Juan Bautista Marçal, 1629)

y confundidos afrentosamente
al olvido descendan del sepulcro,
a las penas y horrores del infierno
para que, enmudecidos para siempre
penen y arranquen sus traidoras lenguas,
mentirosas, aleves y engañosas,
que hablan del justo ignominiosamente
desprecios viles y arrogancias necias
usando mal de su paciencia humilde
y de los bienes que les habéis dado,
para que, vuelto a Vos, alegre os diga:
¡oh, cuán grande es, Señor, el abundancia
de la dulzura de la bondad vuestra
y de los largos bienes que en lo oculto
del manso corazón de los que os temen
y guardan vuestros santos mandamientos
depositáis con liberal largueza!

En medio de sus penas y aflicciones,
perficionando en los que en vos esperan
de bien en mejor siempre los favores
y las prósperas dichas aumentando
y honrándolos con públicas mercedes,
a vista de los buenos y los malos,
de verlos tan honrados suspendidos.
Retiráislos allá en vuestro retrete
donde, disimulando el majestuoso
poder de vuestro rostro, os ven a solas,
sin que los embarace ni perturbe
el ruidoso bullicio de la tierra
y turbación inquieta de los hombres.

para que en vuestra casa defendidos
y a vuestra sombra, los guardéis seguros
de las calumnias, de las malas lenguas,
de su mordacidad y sus injurias,
que, cuanto bueno intentan, contradicen.

Bendito sea el Señor, denle mil gracias,
que tan maravillosamente muestra
conmigo inútil sus halagos nobles
y sus misericordias generosas;
a su sombra guardado y defendido,
como en ciudad de muros rodeada,
llena de munición en mi defensa.

Yo confieso, Señor, que arrebatado,
como fuera de mí en tamaños males,

dije, tal vez que el rostro me volvistes
y me mirastes con torcidos ojos
como olvidado del amparo vuestro,
por lo cual escuchastes no indignado,
cercado de los últimos peligros,
la voz de mi oración cuando os llamaba:
Amad, amad a Dios sus paniaguados,
por santos para suyos escogidos
y no os desalentéis en los trabajos
los que experimentáis su mansedumbre
y tratadle verdad, que es lo que él busca
y veréis sus estragos rigurosos
ejecutados con acerbas penas
y mano vengadora en los soberbios.

Buen ánimo mostrad, varonil pecho,
el corazón armad desalentado
todos los que esperáis sufridamente
en el Señor, que es vuestro amparo cierto
y de todas las dichas, puerta y puerto.

PSALMO XXXI

ORACIÓN DE PENITENTE

Bien andantes aquellos y dichosos
que se supieron dar tan buena maña
que, a precio de sollozos y suspiros
el perdón negociaron de sus culpas,
mirándolas de lejos perdonadas
y aquellos que en los mares de sus ojos
con tan mortificadas penitencias
y tan vivo dolor, las anegaron
que a los ojos de Dios las encubrieron,
porque, aplacado, los volvió los ojos
para no verlas más en su juicio,
no queriendo que salgan ni parezcan.

Dichoso el que vivió tan ajustado
con las leyes de Dios, que si resbala,
como hombre en fin, su culpa es tan ligera
que Dios apenas de ella le hace cargo,
porque la confesó sencillamente,
que es hombre sin doblez, cándido y recto
de alma, engañadora ni engañada,
que no afeita sus culpas ni las dora.
¡Ay de mí, triste, que callé las mías

sin querer confesarme!; Ay de mí, triste,
que en los huesos estoy, doliente y flaco
y aun estos se me secan y empodrecen,
sin fuerzas para el bien, al mal rendidos
todas las horas con suspiros roncros,
con alaridos y gemidos tristes!
A solas lloro a vos y me lamento,
porque todas las noches y los días
(¡ay, Dios!) cargáis la mano en mis pesares
y teneisla en mis culpas tan pesada
que me agrava de forma que me veo
tan lleno de miserias y de afanes
que todo soy afanes y miserias,
en ellas por mis culpas convertido,
porque el remordimiento de conciencia,
del corazón barrenadora espina
con vehemente dolor me le taladra,
potro en que me pusistes, apretando
hasta los mismos huesos los cordeles
adonde me sequé como al estivo
ardor de Julio suele abrojo inútil.

Determineme en fin y sin rebozo,
como estaba obligado, mis pecados
y sinjusticias claramente os dije,
sin encubriros ni celaros nada,
porque todo lo veis y sabéis todo.
Y con denuedo nada envanecido
dije: Confesar quiero mi delito;
seré fiscal, testigo, parte y reo,
contra mí mi injusticia confesando
y apenas, ¡oh Juez no riguroso!,
que gala hacéis de perdonar pecados,
que honra hacéis de perdonar ofensas,
mi confesión oísteis cuando al punto
la grave carga de los graves míos
con blandura de padre perdonastes,
rompiendo sus tiranas ataduras.

Visto lo cual y en mí tomando ejemplo,
todos los buenos que de serlo tratan,
que aborrecen el mal y que el bien siguen
con solícitos ruegos las clemencias
vuestras imploran oportunamente.
En esta vida, cuando los impulsos
vuestrs dichosamente los anima

y, conseguidas ya, seguros viven,
que entre diluvios de calamidades,
de aflicciones, afanes y miserias
pasarán, no ofendidos, a pie enjuto,
mas los que ciegos no las solicitan
morirán en sus aguas sumergidos.
Pues mi refugio sois y sois mi amparo,
todo mi bien y todo mi consuelo
de la tribulación que me rodea,
de mis amigos más desamparado,
socorredme y lloradme, gozo mío,
que alegrarme podéis y consolarme,
que solo espero en vos (¡oh, mi alegría!)
que lo sois solo, a quien daré mil gracias.
Respondiome el Señor interiormente
y dijo: Darte he claro entendimiento,
prudencia y instrucción, con que el camino
aciertes, libre de los malos pasos;
no apartaré de ti jamás los ojos,
no perderé de vista tus acciones.
Hombres, pues que lo sois, vivid de forma
que no parezcáis bestias desbocadas
embrutecidas en sus apetitos
que de discurso racional carecen.

Y vos, señor, con mano poderosa,
encabestrados con cabestro duro,
pues como bestias viven, enfrenadlos,
pues del bien por su mal no se aprovechan
el mal, para bien suyo, los corrija.
Que al pecador siempre le siguen penas
y sus mayores penas son sus culpas,
pues de sus culpas nacen las mayores,
sus mayores azotes y trabajos,
mas al que en Dios espera, le rodea
su clemencia, sirviéndole de escudo.
Justos en Dios, con justas alegrías
os gozad y gloriad dichosamente
y los de corazón sencillo y recto,
de humildad santa y santidad humilde,
con júbilos de gloria, bendecidle.

PSALMO XXXII

A LAS ALABANZAS DE DIOS

Vosotros, de candor puro adornados,
que amáis la rectitud y la justicia,
que huís del mundo los favores vanos
al mejor tiempo desaparecidos,
placenteros, alegres y forzosos,
alabad al Señor y bendecidle,
porque sus repetidas alabanzas
siempre deben andar en tales bocas:
a vosotros conviene repetir las.

Al harpa le cantad, cantadle al órgano,
cantadle en el Psalterio de diez cuerdas,
número misterioso y instrumento,
cantadle nuevos tonos, letras nuevas,
con voz triunfante cuanto suave y dulce,
con voces a dos coros respondidas,
que es recto en sus palabras y promesas
y en sus obras fiel y verdadero:
la piedad ama y ama la justicia,
la Tierra su bondad benigna alaba,
llena de sus efectos, pues que nunca
la priva de sus largos beneficios.
Con su palabra eterna, el Padre eterno
formó los Cielos con sus moradores
de bellezas aladas cuanto ilustres,
de valentía siempre vencedora
y de sabiduría nunca errada;
Sol, Luna, Estrellas, Signos y Planetas,
Influencias, Luceros, Días, Auroras,
perfección alentando y ornamento
al lucimiento de variedad tanta,
el vivífico aliento de su boca,
el Espíritu Santo, de Hijo y Padre,
lazo amoroso y Dios igual con ellos,
su concierto ordenado y armonía,
cercó el mar bravo de arenoso muro,
su furor reduciendo a cárcel leve
(como suelen en zaque breves aguas)
sus bramadoras olas enfrenando
y escondiendo a los Cielos sus abismos
como tesoros que en cristales puros
guarda, no avaro, y comunica al Orbe

en fuentes bellas de aguas bulliciosas,
en ríos que se siguen no alcanzados
con pies torcidos de traviesa plata
y en lluvias blandas, parto de las nubes,
alma del campo y vida de los hombres.

Tema, pues, su poder el orbe todo
y de este Polo al Polo contrapuesto
medrosos tiemblen y despavoridos
a un mover de ojos sus habitantes,
que es su decir hacer cuanto hay criado;
en hacerse tardó cuanto en decirse,
crió lo no criado con mandarlo,
el no ser le obedece y al ser sale.
Las consultas deshace y los consejos
de los que más los piensan y confieren
reprueba y escurece los discursos
del vulgo, mal fundado en sus acuerdos;
los pareceres y resoluciones
de los Príncipes turba y envanece.

Que sus órdenes solos y consejos
son infalibles como invariables,
lo que una vez en su corazón piensa
permanece por siglos no medidos.
Dichosa gente, pues, la que merece
tener por Dios tan Dios y que altamente
humilde por Señor le reconoce
y con rendida sumisión le adora,
en fin pueblo escogido de su mano
por parte de su herencia y su heredero,
que desde el alto Alcázar de astros puros
todo lo atiende y lo conoce todo,
mira a todos los hijos de los hombres
y quién es cada cual conoce y sabe.
Desde el dosel del Sol y trono excelso
mira a los moradores de la Tierra,
todas sus obras y sus pensamientos
y ¿qué mucho si pudo formar solo
todos los corazones de los hombres?
Criolos todos sin faltar ninguno,
cada uno por sí, tan diferentes
como en los rostros, en los pensamientos.

Sin él, el rey de escuadras numerosas,
de prácticos soldados rodeado
en vano es rodeado y defendido

y sin él, al gigante más robusto
no le valen las fuerzas desmedidas,
ni el caballo, feroz en ligereza,
al pensamiento igual de la sangrienta
batalla. pondrá en salvo al caballero
porque con engañosa confianza
los dos quedarán muertos en el campo.
Mas en los que le temen como hijos
y en los que esperan sus misericordias
pone los ojos amorosamente
sin torcerlos jamás, mirando atento
y socorriendo sus necesidades.
Sacarlos ha de las dañosas garras
de la con todos Muerte inexorable:
cuando la Peste pálida discurra
por pueblos y ciudades derribando
a los demás con flechas venenosas,
daralos de comer cuando la hambre
al mal persuadidora, con hundidos
ojos los busque y amarillas rabias,
viendo lo cual, en valeroso esfuerzo,
nuestra alma espera en Dios sufridamente,
porque es protector nuestro y nuestro escudo.
Y nuestro corazón en sus favores
se regocija en tantos beneficios,
rico de no mentidas alegrías
porque esperamos animosamente
en la virtud de su sagrado nombre.
Usad, pues, ¡oh rey nuestro, con nosotros
de vuestra liberal misericordia
al paso que en el mal que padecemos
de Vos seguro nos la prometemos.

PSALMO XXXIII

ALABANZAS A DIOS Y ACCIÓN DE GRACIAS

En todos tiempos, prósperos y adversos,
en medio de los gustos y las penas,
echaré a Dios mil santas bendiciones,
darele gracias por favores tantos,
jamás sus alabanzas de la boca
se me caerán; será la mayor mía
mil solaces, deleites y regalos
y mi gusto mayor, dárselas siempre:

gloriarme he alegre de que sé alabarle,
alégranse de oírlas los sufridos
de humilde corazón, cándido y manso
y alienten en sus penas y aflicciones,
ensalzadle conmigo y bendecidle,
conformes todos, su divino nombre
engrandezcamos, que su nombre santo
es todo bendiciones y alabanzas,
que porque le busqué con diligente
solicitud y desvelado estudio,
oyó y correspondió, grato, a mis ruegos,
el pecho desahogó, desalentado,
arrebátome a mis tribulaciones,
a mis pavores y a mis desconsuelos.
Llegad, llegad sin miedo, confiados,
acercaos al Señor con fe constante,
pedidle que os alumbre y que os enseñe,
que él os dará su luz y su doctrina
sin que os salgan colores a la cara,
seguros de oír un no a las peticiones,
seguros¹¹ de afrentaros confundidos.
Tomad ejemplo en este miserable
pecador pobre, (que lo soy confieso)
que le llamó y le oyó y con fuerte diestra
me rescató de mis tribulaciones,
de mis angustias y mis desconsuelos.
El ángel tutelar guarda y rodea
con armadas escuadras campeando
los que temen a Dios y los socorre
y libra de aflicciones y peligros,
el Real en torno de ellos pone y sienta
con que terror infunde en los contrarios.
Tratad a Dios, gustad de sus consuelos,
experiencias haced de sus blanduras,
bondades, suavidades, mansedumbres,
feliz mil veces el que en él espera.
Adorad al Señor, varones justos,
con temor filial reverenciadle,
que nunca faltó cosa al que le teme.
A los ricos faltó, porque los ricos,
leones, si voraces, insaciables,
nunca de lo que tienen se contentan

11.—De nuevo hay que insistir en el significado de ‘seguros de: eximidos de’

y siempre el que desea necesita
y las riquezas huyen burladoras;
viven hambrientos, porque siempre comen
no a la necesidad, sino a la gula;
los que buscan a Dios, todo lo tienen
y como es imposible que Dios falte
es imposible que les falte cosa
y al que no deseó, nada le falta.
Agora pues, hijuelos poco expertos,
del juvenil ardor en los verdores,
oídmeme atentos, que enseñaros quiero
de nuestro santo Dios el temor santo.
Aquel, pues, que desea en esta vida
gozarla, si segura, venturosa,
días no breves, horas descansadas
y darse en Dios alegre buenos días,
o tú, que la codicias animoso,
la lengua enfrena, no se precipite
en ofensa de nadie, desbocada,
no den lugar tus bien sufridos labios
a los engaños, siempre venenosos.
Huye del mal con presurosas plantas,
sigue el bien, vive bien, obra bien siempre,
busca de la paz santa el ocio santo
y síguela y persíguela celoso,
como suele galán lo que bien quiere
hasta hallarla y gozarla descansado,
que los ojos de Dios, nunca dormidos,
velan, sobre los justos desvelados,
siempre propicios, siempre favorables,
dando a sus memoriales grata audiencia,
con breve y buen despacho decretados.
Mira a los malos con ceñudos ojos
y sus ojos airados son sentencia
de muerte inapelable, negro olvido,
su memoria ennubece para siempre.
Dieron voces los justos a sus puertas,
agonizando casi la esperanza,
casi rendida el alma a los pesares,
oyolos y fue oírlos remediarlos
y así, de todas sus tribulaciones
los sacó y los libró piadosamente,
que está tan cerca de los afligidos
que está con ellos, y a los quebrantados

de corazón humilde libra y salva,
hecho su defensor y su defensa.
Y aunque sean muchas sus tribulaciones,
de todas los defiende y los rescata,
sus huesos guardará, sin que del tiempo
la inclemencia quebrante al menor de ellos,
pelo no faltará de su cabeza.
Pero los malos, en desastres mueren,
que es pésima la muerte de los malos
y tras de serlo, viene toda junta
y muere siempre mal el que mal vive.
Los que al justo persiguen y aborrecen
perecerán, errados sus intentos,
con todos sus haberes y familias.
Redimirá la vida de los buenos
de la esclavitud fiera de los malos
y todos los que Dios firmes esperan,
conseguirán con acertados medios,
sin que reincidan más en sus pecados
los fines santamente deseados.

PSALMO XXXIV

ORACIÓN EN LA PERSECUCIÓN

Justicia, Dios, Señor, justicia pido,
que con un rey litigo poderoso,
Vos mismo ved el pleito y sentenciadle.
Tomad venganza de mis enemigos,
tomad la voz por mí en defensa mía,
hacedles guerra, pues que me la hacen:
el escudo embrazad, vibrad la lanza,
salid en mi socorro, defendedme,
la espada desnudad, cerrad con ellos,
el paso les tomad, no se os escapen,
dadme una voz, Señor, decir: al <arma>¹²,
de tu parte me llevas y a tu lado,
tu salud soy, esfuerzo, no desmayes,
confúndanse afrentados y corridos
los que me buscan para darme muerte,
vuélvannos las espaldas, vergonzosos,
los que tratan mi mal y me le hacen,
como la seca arista o polvo inútil

12.—La edición dice 'al alma,' pero que pide el contexto es la voz de guerra: ¡al arma!. Enmienda mía.

con quien se burla con desprecio el viento,
huyan desbaratados y esparcidos
y el ángel del Señor, con mano armada,
siga su alcance y los apriete airado:
anticipe la noche sus tinieblas
y en medio de ellas pierdan el camino,
deslicen y resbalen; mi Custodio
los siga victorioso y los persiga
sin que otra vez ponerse en orden puedan
por que, sin darles ocasión ninguna
la muerte me escondieron en las redes
que contra mí traidoramente armaron:
hoya cavaron donde pereciese
sin razón y sin causa, avergonzándome
con baldones, injurias, vituperios.

Sucédales el daño que no piensan:
en vez del lazo y red que me ocultaron
en otra caigan impensadamente,
ignorada a sus ojos mofadores;
en la cueva que abrieron en mi ofensa
se precipiten, por su daño ciegos,
sus engaños sirviendo a mis venganzas.
Y entre tanto, con gozo no decible,
en el Señor se alegrará mi alma
y en la salud venida de sus manos;
gozoso le echaré mil bendiciones
y, juntamente con el cuerpo, el alma,
todos mis huesos y mis miembros todos.
Preguntando dirán: ¿quién hay que sea
a Vos, oh rey eterno, semejante?
Dios que del opresor robusto libra
al miserable y arrebató al pobre
de las sangrientas garras del soberbio,
entre ellas casi ya despedazado,
porque puede más que él, porque es más fuerte.
Cuanto a mí toca, tras lo referido
contra mí falsamente depusieron
testigos de la envidia sobornados
haciéndome preguntas cavilosas,
de mi inocente término ignoradas,
queriendo las respuestas calumniarme
y teniendo inculpable mi conciencia,
la quisieron hallar ellos culpada.
Dábanme mal por bien, solicitando

de todo humano bien destituirme
y de esterilizar mis buenos frutos,
secar, querido, desagradecidos,
la nativa piedad de mis entrañas,
la orfandad deseando de mi vida.
Con molestarme no les fui molesto,
antes, de negro luto y saco tosco,
endechaba, vestido, sus trabajos:
maceraba mi cuerpo con ayunos,
hacía oración por ellos cada día
y lo que les deseo, eso me venga
y por lo menos, fue provecho mío,
porque si de ella no se aprovecharon,
yo sí, pues me rindió santos provechos.
Procuraba servirlos y agradarlos
con la caricia que al mayor amigo,
con el amor y gusto que a un hermano
y en sus trabajos me desconsolaba,
como acontece entre los negros lutos,
hijo tierno llorar perdida madre,
todo humildades, todo sumisiones.
Al revés ellos, no se condolían
de mis pesares, antes se alegraban
unánimes, en ellos consultando
mil agravios que hacerme, mil castigos,
no conociendo en mí culpa ni causa.
No supe de sus juntas en mi ofensa
ni en la suya jamás me hallé culpado.
En fin desbarató Dios sus consultas
y dividiolos sin surtir efecto
su dañada intención; no desistieron
de ella, ni arrepentidos se enmendaron,
antes de nuevo mis ofensas trazan,
mi paciencia probando y sufrimiento
y con fisgones y bufones viles,
amigos de la mesa y de la copa,
haciendo de mí mofa, escarnio y risa
los dientes me enseñaban crujidores,
de comerme a bocados codiciosos.
¿Hasta cuándo, Señor, pues lo veis todo,
echaré yo de ver que lo habéis visto
y que estáis hartos de sufrir su vida?
Restituidme a mi primero estado,
de su malignidad, piadosamente

rescatando mi alma lastimada,
desamparada, sola y afligida
y mi vida (¡ay, mi Dios!), de estos leones
que entre sus uñas quieren deshacerla,
que será como dármele de nuevo.
Señor, si esta clemencia usáis conmigo,
agradecido confesaré a voces
en vuestro Templo, cuando frecuentado
fuere del pueblo más, con más concurso
vuestra bondad piadosa y piedad santa.
No se alaben, mi Dios, ni se gloríen
de que me atropellaron y oprimieron
los que me quieren y hacen mal sin causa
y se guiñan del ojo en mis agravios.
Con gratitud risueña me miraban,
cariñosos me hablaban y apacibles,
disimulando el concebido engaño
con astucia fingida y paz traidora,
huyendo de la paz que prometían,
pues con la indignación mayor del mundo
me buscaban debajo de la tierra
acusaciones falsas y calumnias,
ofendiéndome airados y soberbios,
simulando amistad, trazando engaños.
Soltaron (como dicen) la maldita
y con hinchados labios en mi ofensa,
en mis injurias y mis vituperios,
fisgáronme, diciendo: Bueno, bueno,
todo se sabe ya, por estos ojos
habemos visto cuanto deseamos.
Pues lo veis todo, pues lo sabéis todo,
no hagáis del que no veis, señor eterno,
basten los disimulos, no me vea
lejos de vos, de vos desamparado.
No hagáis más del dormido, levantaos,
el proceso mirad atentamente,
juzgad mi causa, sentenciad el pleito,
guardadme, si la tengo, mi justicia,
conforme acostumbráis a hacerla siempre,
no se vayan riendo ni alabando,
diciendo dentro de sus corazones:
Vencímosle y salimos con la nuestra,
comímosle a bocados, la victoria
por nosotros quedó, vencido queda.

Pero todos corridos y confusos
se avergüencen, pues veis que de mis males
parabienes se dan y enhorabuenas
con engañoso gusto y necio gozo.
Sálganles a la cara mil colores,
de confusión cubriéndose y vergüenza
pues hablan mal de mí y me le procuran
fausto ostentando en sus murmuraciones
y gócese y alégrense los buenos
que conocen y alaban mi inocencia,
la favorecen y honran, quieren y aman,
de mis buenos sucesos codiciosos
y digan siempre: Para siempre sea
engrandecido Dios que, por su siervo
volvió y le puso en paz, con el descanso
que, tras tanto dolor, le deseamos.
Y mi lengua, hecha mil, vuestra justicia
para siempre presente en mi memoria,
alabará, con santa acción de gracias
y noble gratitud vuestras clemencias
los días todos de mi corta vida,
a bienes tantos siempre agradecida.

PSALMO XXXV

DE LA MALICIA DE LOS MALOS Y DE LA BONDAD DE DIOS

A solas el injusto injustamente
pensó y propuso, endurecido y terco
de arrojarse a pecar a rienda suelta,
cerrando descarado a Dios los ojos,
perdiendo a su temor santo el respeto,
pues conociendo que lo mira todo
quiere pecar como si no le viera.

De engañar trata la que engañar no puede,
tras de engañar, aleve, al más amigo.
En los ojos de Dios pecó, arrogante,
tal vez dorando sus enormes culpas
y tal que no lo son, mas persuadiendo
de su ciega maldad, con tanto hastío
que se convierte en aborrecimiento,
pecando siempre porfiadamente,
en ella tan de asiento envejecido
que le causó fastidio su deleite
y vino a aborrecerle, de cansado,

y a cansarse de Dios con menosprecio,
tras que le tiene Dios aborrecido
porque le es su maldad aborrecible.

Son sus palabras culpas, son engaños,
alevosías, fraudes y traiciones,
hace del que no sabe lo que sabe
para obrar bien y hacer el bien que debe
y peca, caviloso, de malicia,
como desentendiendo lo que entiende.

Consulta con la almohada sus maldades
con moroso placer de ejecutarlas,
no perdona ninguna errada senda
de cuantas culpas inventó el engaño,
no solo aborreciendo su malicia,
mas de ella complaciéndose y gozándose.

Este es el trato injusto del injusto,
mas el vuestro, Señor, es bondad suma
que en sus villanas culpas más campea
pues la usáis con los mismos que os ofenden:
vuestra misericordia dilatada
llega del suelo al Cielo y todo el cielo
no la puede ceñir, que es infinita:
vuestra fida verdad sobre las nubes
que compiten al Cielo se encarama,
vuestra justicia los excelsos montes
igual a y sobrepuja, incontrastable,
vuestros juicios son incomprehensibles
y más profundos que el profundo abismo.
Cuidáis, Señor, con pródigo gobierno,
no solo de la parte más perfecta
del mundo, que es el hombre, mas del bruto,
del gusanillo y de la gusarapa,
salváis al bueno y defendéis al malo
comunicando, liberal, a todos
el ser, la vida y cuanto bueno tienen.
¡Cuán grande es, Dios, vuestra misericordia!
Vuestra clemencia, ¡cuán esclarecida,
pródigamente en todos derramada!
En fe de ella, los hijos de los hombres
en su defensa vuestras alas buscan
con segura esperanza de su amparo,
como se acoge, tímido polluelo,
al sagrado de plumas de su madre.
Y los que esto consiguen, tras los gustos

que les dais, temporales, en la tierra,
gozarán, embriagados, la abundancia
de los decibles, no de vuestro Cielo,
adonde nada falta y todo sobra,
beberán hasta hartarse, sin hartarse
del río inagotable de deleites,
donde en uno se ven los bienes todos,
porque está en vos la fuente de la vida,
que sois la vida y de las vidas fuente.
por quien y en quien cuanto hay que viva, vive.
Veremos vuestra lumbre en vuestra lumbre
como al Sol con la lumbre del sol mismo,
porque para gozaros cara a cara
y ver la lumbre de la deidad vuestra
sin la lumbre de gloria prevenidos
y por ella elevados, no podemos.
Dilatad y extended vuestras clemencias
con los vuestros, que os llaman y os conocen
y que, porque os conocen, os adoran.
Dilatad y extended vuestra justicia
con las coronas que, graciosamente,
dais como de justicia siendo gracia,
con los de corazón cándido y recto.
Y para que consiga bienes tantos
no permitáis que con soberbias plantas
dé paso en vuestra ofensa, ni atropelle,
presumido a ninguno y arrogante,
ni que con pies soberbios el soberbio
al camino me salga jactancioso,
ni dé mano a la culpa en vuestra ofensa
ni el pecador conmigo tenga mano,
ni me mueva a seguirle ni imitarle,
que en su misma soberbia los soberbios
cayeron ciegamente y excluidos
fueron del Cielo a la miseria extrema,
de la felicidad a la desdicha,
del mayor bien a los mayores males
sin que puedan jamás alzar cabeza.
Mal acabando los que mal vivieron
pena que justamente merecieron.

PSALMO XXXVI
DE LAS CONDICIONES DE LOS BUENOS Y MALOS

Justo afligido, no te desconsueles
en las prosperidades de los malos
ni, indignado y celoso, los envidies,
ni imites, por gozarlas, sus acciones,
pues más presto que el heno se marchita
que lacio derribó rústica mano,
que hierba lisonjera y flor lozana,
que injurió el cierzo, ultrajó el arado,
en breves horas desaparecida,
mustias sus momentáneas hermosuras
verás de sus sucesos venturosos,
el caduco esplendor escurecido.

Tú espera en el Señor, obra bien siempre,
por que lo que vivieres en la Tierra
goces las abundancias sin peligro
de sus deleites y de sus sazones
gustosos frutos y riquezas gratas
como mansa ovejuela que de paso
se apacienta en la verde hierbezuela,
sin detenerse, caminando siempre
al paso y al aprisco de los cielos.

Gózate en Dios, él solo sea tu gozo
solo y todo tu bien, tus dichas todas:
verás cumplido cuanto le pidieres
del corazón llenando los deseos.

Fíale tus secretos confiado,
el estado le fía de tus cosas,
que es Dios y como Dios sabrá ordenarlas
y hará que resplandezca tu justicia,
clara como la luz del Alba hermosa
y que el juicio de tu virtud sea
más claro que la luz de mediodía,
resígnate en sus manos obediente
y pídele animoso y confiado.

Sirve sufrido y no envidioso sufre
del próspero que pasa su carrera,
tal vez el más injusto, el más tirano,
tal vez el más cruel, el más vicioso.
La cólera reporta, el furor templá
y con emulación ciega no sigas
sus caminos errados si no quieres
ir de mal en peor, como uno de ellos.

Que quien mal vive, advierte que mal muere,
que los que sirven mal, mal pago llevan,
porque los que malignamente viven
perecerán con triste acabamiento,
de sus casas expulsos y sus patrias,
mas los que Dios esperan y le sufren
se quedarán en ellas, regalados,
hechos unos señores de la tierra
por juro de heredad, por hijos suyos
de esta tierra y la tierra de los vivos.

Paciencia ten, espera un poco, espera:
verás que el pecador desaparece
con tan breve ruína que no puedas
dar señas del lugar donde le viste,
pues no quedará rastro de sus dichas.

Heredarán la Tierra los sufridos
con vejez mansa y remozadas canas,
gozando en ocio santo de sus bienes
y de la paz los frutos abundosos.

Mira insidiosamente al bueno el mal,
acéchale curioso y escudriña
sus pasos, sus palabras, sus acciones
y no puede tragarle mal sufrido,
gruñéndole con dientes regañados
y cual rabioso perro se los muestra.

Pero búrlase Dios de sus bravatas,
porque mira que llega el dilatado
día de su venganza y su justicia.
Agora estos valientes pendencieros
desnudan las espadas desgarrados,
aplican las saetas herboladas
al arco suelto que disparan diestros,
para abatir con fieros engañosos
al pobrecillo y al necesitado,
cortando piernas y cruzando caras,
de degollar tratando, fanfarrones,
a los humildes de corazón limpio.

Mas contra sí se volverán sus flechas,
sus armas pasarán sus corazones
y en astillas dañosas vuelto el arco,
será peligro del que le flechaba.

Ánimo, pues, que vale más sin duda
lo poco con que el bueno se contenta
(sobrio sustento y abstinencia parca,

vestido necesario, alhajas pobres)
con seguridad mansa poseído
que todas las riquezas de los malos,
tan mal ganadas como mal seguras
pues falta al rico lo que sobra al pobre,
que es la tranquilidad de su conciencia
y sobra al rico lo que al pobre falta:
que es temor de perder lo mal ganado.
Porque las fuerzas de los pecadores,
el poder ostentado, los haberes,
la presunción de los nerviosos brazos,
fenecerán con triste asolamiento
cuanto se aumentarán las de los justos,
confirmados por Dios con dichas nuevas,
que tiene de ellos Dios sumo cuidado,
dándoles su ración todos los días
con prósperas andanzas, conociendo
de lo que necesitan, has cuando
entren en posesión de los eternos
bienes, por sus virtudes heredados.
No se avergonzarán, de puerta en puerta
los estériles años mendigando,
pues cuando entre las bascas amarillas
vean morir rabiando a muchos malos
de la peste cercados y la hambre
(hijos despiadados de la guerra)
se gozarán en abundante hartura
viendo los pecadores destruídos
que los tiranizaban y oprimían,
que usa este estilo Dios con sus amados,
mas con los enemigos, al momento
que la prosperidad los adulare
con vana ostentación, con pompa vana,
como las vacas, por su daño gruesas.
y como el humo, en alto levantado,
que en la carnicería aquellas paran
y aqueste sin parar se desvanece
hará desaparecer sus breves dichas,
que el rico, muchas veces, lo prestado
(tan alcanzado está) pagar no puede.
y el justo que se ajusta con su hacienda
tan descansado vive y tan contento
que a los pobres ayuda: socorrido,
reparte, presta y da sin que le falte.

Serán benditos los que a Dios bendicen
y poseerán los bienes de la Tierra
y malditos serán los maldicientes,
porque mueren mal siempre los blasfemos.

Endereza los pasos de los justos
y encamina sus prósperos sucesos
aprobando por buenas sus acciones
y cuando flaqueare alguno de ellos,
que es hombre en fin el justo, si cayere
de su prosperidad y de su gracia
o si perdiera la salud amable,
no será peligrosa la caída,
que le tendrá Dios siempre de su mano,
por que no se haga mal, ya preservándole
de que no caiga, y una vez caído,
levantándole al punto, bueno y sano.

Puedo testificar que nunca he visto,
desde los verdes años de mi vida
hasta los canos que me desengañan
(prolija edad), desamparado al justo
ni mendigar sus huérfanos hijuelos
un pedazo de pan de puerta en puerta,
pidiendo sin piedad al sordo rico,
porque, pródicamente cuidadoso,
los alimenta Dios y los consuela.

Porque clemente con socorros largos,
sin que jamás se le pasase día,
liberal acudió a los afligidos,
prestando a unos, remediando a otros,
por lo cual, sus dichosos herederos,
de la piedad paterna sucesores,
con bendición verán que los abunda,
alegres, todo género de bienes.

Por tanto huye del mal, obra bien siempre,
tendrás, dichoso, habitación segura
en esta vida y en la que deseas
por edades de siglos no abreviados,
porque Dios ama lo que es justo y bueno
y juzga a todos con igual balanza
y no solo a los suyos <les> ampara
y a los que mira misericordioso,
mas en su dicha y gracia los conserva.
Al contrario, a los malos los castiga
no dejando lograr sus descendientes.

Hederarán los justos tierra y cielo,
aquí dichosos como allá seguros,
gozando eternamente sus favores.

Porque el justo medita lo que habla,
habla lo que pensó con sabio aviso
no más de lo que importa y a su tiempo,
con gran juicio y gran sabiduría.

Porque en su corazón escrita tiene
lámina de metal con letras de oro,
la ley de Dios, que guarda y que medita,
de forma que engañarle nadie puede
ni hacer que tuerza en la virtud el paso
acecha el malo por coger al bueno,
si puede, en algo ara calumniarle
y acusarle en juicio, por vencerle
y por descomponerle y destruirle,
mas no le dejará Dios en sus manos
sujeto a su violencia y tiranía,
ni que se le condene por culpado
cuando le juzgue apasionadamente.
Así que espera en Dios y su ley guarda,
que victorioso sobre sus calumnias
te libraré de modo que poseas,
honrado y rico, con dichoso aumento
por tu heredad la tierra deseada
y en su caída mirarás alegre
la justa muerte de su injusta vida.

Yo vi por estos ojos levantado,
con pomposo aparato envanecido,
al malo compitiendo en hermosura
los cedros, que las nubes desafían
del Líbano eminente, y a dos pasos
que di, volví los ojos a buscarle
y vi que no le vi, estándole viendo,
que en un punto le vi y dejé de verle
del lugar que ocupó, sin hallar rastro.

Conservarte procura en tu inocencia
y de tu vida en la integridad santa
y ser igual con todos y confía
que al pacífico en premio dará el Cielo
la paz amada en sus postrimerías
y hijos de bendición, reliquias santas
que le honren, le bendigan y engrandezcan
en ocio manso y en vejez alegre.

Al contrario a los malos de los buenos
perecerán con desastrados fines
y con ellos sus hijos desastrados.

La salud y el amparo de los justos
de Dios les viene en la oración valiente
en sus más apretados desconsuelos.

Ayúdalos, consévalos y líbralos
de los que injustamente los persiguen
y porque en él esperan, los ampara
y libra en todas sus tribulaciones
y favorece con llovidos dones.

PSALMO XXXVII

ORACIÓN PENITENTE

Grandes mis culpas son, yo las confieso
y que merecen no menores penas,
que a grandes culpas siguen penas grandes
y aunque fueran en mí bien empleadas,
la cólera amansad, templad las iras
y no me corrigáis embravecido
ni castigáis arrebatadamente,
porque vuestras coléricas palabras,
los desconsuelos, las tribulaciones
y los dolores con que me afligistes
y las culpas también que me avergüenzan
flechas son, cuyas puntas pasadoras
el compungido corazón me clavan
que la mano apretáis sangrientamente.

Si indignado, Señor, y mal sufrido,
os miro contra mí, de horrores lleno,
la terciana me viene, tiemblo y ardo,
no me queda en mi cuerpo cosa sana
y si miro mis culpas enojosas,
triste, no hay hueso en mí que bien me quiera,
no tengo paz con ellos, encontrados
andan perpetuamente unos con otros,
tiemblo medroso, abrásome turbado,
voy en busca del bien y el mal encuentro,
vuelvo, huyendo del mal y el bien no hallo,
porque es tal la avenida de mis culpas
que cubren mi cabeza, que me ahogan
y tras que tantas son, son tan pesadas

que a la garganta juzgaré que traigo
una inmóvil rueda de molino
que me oprime y estorba la salida,
que el bien me impide el mal que me rodea.

Tan necio procedí que por mi culpa
las llagas viejas en la recaída
cicatrizadas miro y, sobre sanas,
feas, empodrecidas y asquerosas,
añadiendo (¡ay de mí!) culpas a culpas.
Tan miserable estoy y tan rendido
con la pesada carga de sus males
que cargado de espaldas y agravado
me veo y me veré, a lo que presumo,
hasta el último plazo de mi vida:
cáeseme el rostro de dolor y pena,
ando triste, lloroso y dolorido,
visto funesto luto, sin que un hora
pueda dar vado a la melancolía,
porque los fuegos de concupiscencia
me abrasan ciegamente las entrañas
y con engaños y ilusiones feas
me representan torpes hermosuras
(daño del alma, si del cuerpo agravio)
con que no hay cosa en mí que bien me quiera,
conque me desanimo y me lamento.
Avergonzado, triste y afligido,
cercado de dolencias y pesares,
con gemidos bramando dolorosos
del corazón con sentimiento triste;
tras esto, bien sabéis mi buen deseo,
que está clamando a las clemencias vuestras,
mis lágrimas sabéis y mis suspiros,
que de gemir llorando no me afrento,
pues veis del corazón lo más oculto.

Ved que en tantos ahogos conturbado
se mueve en desiguales pulsaciones,
fáltame la virtud, faltan las fuerzas,
la luz de la razón ennubecida,
anochece la vista de mis ojos:
no veo con ojos, con razón no entiendo.

Mis amigos y deudos bien pudieran,
pues se hallaron presentes a mis daños,
socorrerme piadosos y ayudarme,
mas después que en mi ofensa conspiraron,

dejáronme y pusieron tierra en medio
huyendo de un leproso y apestado,
de mí más lejos que si lo estuviera.

Visto lo cual, mis crudos enemigos
procuraron prenderme y enredarme,
con esfuerzo solícito anhelando
a quitarme la vida trabajosa
y como el mal no hallaron que buscaban,
injustamente, todo el santo día
hablaban mil mentiras vanamente
y como no pudieron derribarme
estudiaban palabras engañosas,
melosos lazos y traiciones blandas
por deslustrar y deslucir mi crédito.
Mas yo del sordo hacía a cuanto oía,
tan sobre mí como si no lo oyera,
ni más hablé que un mudo en mis abonos.
Hice del que no oye y que no entiende
a sus injurias y sus desafueros,
sin responder ni replicar palabra.
Porque en vos solo espero, a vos suspiro
entre sus amenazas y mis daños,
confiado en vos, Señor, seguramente
porque el vengador sois de las injurias.
Temeroso viví, y así lo dije,
de que mis enemigos se gloriasen
en mis trabajos, pues resbalé apenas
cuando hablaron de mí grandes malicias
haciendo de un mosquito un elefante.
Tras esto todo, estoy a los estragos
de los castigos vuestros, porque tengo
presentes las ofensas y las culpas,
si bien con nuevas lágrimas lloradas
con que desmerecí vuestros favores.
No niego yo mi culpa, no la niego,
que la tengo presente en mi memoria,
pensando siempre en ella, arrepentido.
Pero mis enemigos, victoriosos,
miro que viven prósperos y alegres,
tomando nuevas fuerzas en mi ofensa,
en número y malicia acrecentados,
que, sin culpa, de muerte me aborrecen.
Páganme mal el bien que les deseo,
porque busco su bien, mi mal me buscan,

contradican mi vida y mis costumbres
 porque amo y sigo la bondad amable.
 No me desamparéis, Dios de mi alma,
 no os alejéis de mis tribulaciones,
 pues que veis el estado de mis cosas
 y que se multiplican los peligros.
 apresurad el paso, socorredme,
 soberano Señor, Dios verdadero,
 pues que sois mi salud y en vos la espero.

PSALMO XXXVIII

ORACIÓN EN LAS AFLICCIONES

De larga enfermedad convaleciente,
 dije: mi vida ordenaré de nuevo.
 Miraré cómo vivo y cómo ando,
 no me iré, no de lengua; cuidadoso
 pondré el dedo en la boca, enfrenarela
 (ardua dificultad para vencida)
 que mi enemigo, para calumniarme,
 a la boca me mira, por cogermme
 en alguna palabra deslizada,
 después de provocarme con injurias.
 Callaré como un muerto, en estos labios
 candados echaré, pondré cerrojos,
 ahogaré las palabras en la boca
 y mientras que le tengo ('ay, Dios!) delante,
 a la mano me iré en lo bueno y santo
 por que no me comente ni me glose,
 con sus calumnias, lo que es santo y bueno,
 palabra no hablaré, ni aun en mi abono,
 aunque el pesar de no decir mis penas
 con dolor se renueve y desconsuelo,
 triste de que en el cuerpo se me pudren.
 Por lo cual, dentro el pecho atribulado,
 celoso, el corazón se me abrasaba
 y como suele violentado fuego
 romper con estallido impetuoso
 rompió el del alma, detenido en vano
 en la meditación de tales cosas,
 impacientes venciendo disimulos,
 que más disimulado reventara
 y en lenguaje entendido de Vos solo,
 no bien sufrido dije: 'Señor, ¿cuándo

tendrá fin esta vida lastimera
y saldré de esta cárcel enojosa,
libre de los dolores que padezco?
¿Qué número tenéis constituido
a mis amargos días? Por que sepa
los siglos de pesares que me faltan,
que juzgo siglos de pesar las horas,
los días que me faltan saber quiero,
para mí largos, aunque en sí tan breves.
Que del ser al no ser no hay cuatro dedos,
su breve espacio frisa con la nada
y es tan nada, que es nada comparado
con vuestra eternidad inmensurable.

Porque cuanto discurre y piensa el hombre
es todo vanidad y vanidades
y el más vano que todo, pues ninguno
hay que no sea la vanidad misma:
el desear le turba y le desmaya,
el poseer le cansa y entristece,
el gozar le fastidia y le embaraza,
el esperar, le anima y acobarda,
el temer, le enflaquece y le marchita
sin que haya cosa en que descansar pueda.
Como figura de Comedia pasa
que hace su papel en el teatro
del mundo, y aunque bien visto y oído,
no es lo que parece, porque es solo
generoso, plebeyo, rico o pobre,
un personaje en fin representado
que dura solo lo que la acción cómica
en sucinto período acabada,
apenas vista y desaparecida,
rostro en espejo y en el agua sombra
y lo poco que vive es afligido,
turbado vanamente en vanidades,
difíciles empresas maquinando.

Atesora riquezas, avariento,
arando tierras y surcando mares
entre dificultades y peligros,
hurtando a la salud lo que atesora,
viviendo pobre para morir rico
y ignora al fin quién tiene de heredarle,
pues es tal vez no solo el que desea,
mas el que teme más y menos quiere.

Agora, pues ¿en quién esperar puedo,
si no es en Vos, Señor? ¿De quién depende
mi ser, mi vida, mi salud, mi alma,
cuanto hay del cielo abajo, el mismo Cielo?
De todos mis pecados redimidme,
que ellos la fuente son de mis miserias
no deis lugar (¡ay, Dios!) que oprobio sea
del ignorante y fábula del pueblo.
Callé y enmudecí en mis aflicciones,
a las injurias de mis enemigos
apasionada mi paciencia muda,
porque queréis en ella ejercitarme
y por ver que sois vos el que lo ordena,
la medicina dad, pues dais la llaga.
Vos, que podéis herir, podéis sanarme.
Mirad que desfallezco y no me espanto,
que me faltan las fuerzas y el esfuerzo,
que descargáis la mano en mis dolores
y teneisla pesada y no hay sufrirla:
reñisme acedo y reprendeisme airado,
daisme la pena al peso de las culpas.
Telas de araña urdí de mis entrañas
y queréis que me enrede y me consuma,
como una de ellas, en mis mismos lazos.
Polilla he sido de mi misma vida,
en lo que echo de ver, y a decir vuelvo,
que el hombre es vanidad de vanidades,
ceniza al viento y en arroyo ampolla
y que en van se aflige y quimeriza.
Por lo cual os suplico, rey eterno,
que oyáis mis ruegos y mis oraciones,
que a mis lágrimas deis gratos oídos,
que no os ensordezcáis a mis lamentos
que delante de Vos confieso a voces
que advenedizo soy y peregrino
que vive, como veis, en tierra ajena
como vivieron mis antepasados.
El azote soltad, templad la ira,
pues consoláis, piadoso, al peregrino,
dejad que aliento y refrigerio tome,
restituidme a mi primero estado
primero que me vaya y que me ausente,
para no volver más a más cansaros
por que serviros pueda y alabaros.

PSALMO XXXIX

HACIMIENTO DE GRACIAS DE CHRISTO NUESTRO SEÑOR

Cercado de amenazas y de horrores
con que la Muerte me asaltó, sangrienta,
sufrido juntamente y animoso,
mi esperanza cebada en mi deseo,
mi deseo, cebado en mi esperanza,
deseé y esperé afectuosamente
del Señor la venida dilatada,
atento, por lo cual, a mis clamores,
oyó mis voces y aceptó mis ruegos
y sacome del lago tenebroso
que remolina en verdinegras aguas
lleno de afanes, de miserias lleno,
lleno de horrores y calamidades.
del lodo cenagoso de la Muerte,
donde atollé, sin culpa detenido.
Sacome a tierra firme, en alta roca
seguro donde el pie aun no me mojase.
muerta la Muerte a gloriosa vida
y con ilustre pompa y triunfo noble
enderezó mis victoriosos pasos
por senda, si difícil, bien segura,
a mis devotos labios inspirando
nueva materia de sus alabanzas,
debidas a sus altos beneficios,
para que, agradecido, se las cante
en dulces himnos y sagrados versos.
Viendo mi exaltación, viendo mi gloria,
con temor santo y reverencia humilde,
esperaron en Vos, a Vos vinieron
muchos de pueblos y naciones varias
a obedecer, humildes, vuestras leyes,
en sus preceptos santos resignados,
despreciada su ciega idolatría.
¡Oh, bienaventurado aquel mil veces
que fundó y colocó sus esperanzas
con culto santo en su inefable nombre
y que a las vanidades burladoras
y burlas vanas de deidades ciegas,
desengañado, no volvió los ojos
ni los puso, soberbio, en los soberbios
que afectan la ambición y la mentira,

ni los volvió a los bienes engañosos
y engaños de esta vida transitoria.
Grandes hazañas, muchas maravillas,
seguras prendas de la bondad vuestra,
Señor, en mi favor venero humilde,
en cuya admiración suspenso digo
que a Vos y a vuestros buenos pensamientos
y divinos consejos, no hay ninguno,
no digo igual, pero ni semejante.
Nadie hay que llegue ni que llegar pueda
y para ponderarlas como debo
la lengua es muda, la razón es torpe,
que son inmensurables sus grandezas,
los frutos de su ley inmensurables
y inmensurables los que las siguieron.
No queréis sacrificios ni oblacones,
víctimas muertas entre llamas vivas
de la Ley vieja, mas con voces mudas
después que con unión inseparable
a la porción corpórea me adoptastes
me abristes los oídos obedientes
por que os sacrificase mi obediencia,
que ya no pedís otros holocaustos
para vuestros altares por las culpas,
sino a mí que os soy grato sacrificio;
oílo apenas cuando prontamente
dije: Ya voy, y vine a obedeceros.
Y no sin causa, porque en el principio
del libro sin principio, donde viven
vuestros predestinados, el primero
lugar me distes, preferido a todos
y en el principio de las escrituras
para que hiciese la voluntad vuestra
y cumpliese sus santos mandamientos,
que es lo que siempre quise y quiero siempre,
y como la Ley toda se endereza
a mi obediencia y muerte y como en medio
del corazón la tengo escrita, humilde
vine a cumplirla, vine a obedeceros,
que obedeceros son los gustos míos,
que me sale del alma mi obediencia.
Prediqué y publiqué vuestro evangelio,
vuestra Ley justa y santa por mí mismo
y por mis apostólicos varones

en las mayores juntas y concursos
de la congregación de los Fieles,
en crecidos aumentos dilatada.
Y bien sabéis, Señor, que ni respetos
humanos, amenazas ni peligros
parte serán a reprimir mis labios
vedándome que diga lo que siento
y aunque guardé vuestra justicia santa
dentro del corazón, no fue de forma
que la escondiese o la negase a nadie;
la verdad divulgué de vuestras leyes
y la salud que goza el que la guarda,
de la segura redención que espera.

Manifesté vuestra clemencia al mundo
y la verdad de vuestra real justicia,
en las penas igual y en las mercedes,
en las más graves juntas y concursos
de vuestra iglesia numerosa y santa.

Por tanto, encarecidamente os ruego
que no alejéis de mí vuestras piedades,
pues prediqué vuestra misericordia,
que juntamente con la verdad vuestra
me trujo como en palmas desde niño.

No os alejéis de mí, porque me cercan
males que puedo apenas numerarlos,
que me ciegan la vista los horrores
de las culpas, sin culpa comprendido,
pues pago las ajenas como mías
porque quise hacer mías las ajenas,
porque vine a pagar por las del mundo,
de las penas cercado, de las culpas,
que son tales y tantas que no veo
(siendo hombre y Dios) hablando como hombre,
cómo salir de sus sangrientas manos
y han crecido de forma que primero
los pelos contaré de mi cabeza
y el corazón parece que desmaya,
como desflaquecido en tantas penas,
como desalentado en tantas culpas.
Aplaceos de sacarme de sus garras,
con ojos de piedad, Señor, miradme
y sea mirarme para socorrerme
que suele ser en vos (¡ay, Dios!) lo mismo
mirar y socorrer (efectos vuestros)

con pies apresurados remediadme
 y queden con razón avergonzados,
 juntamente confusos y corridos
 los mal intencionados que me buscan
 la vida y la calumnian, codiciosos,
 cuando sus bienes busco de mis males,
 cuando vida les doy de darme muerte.
 Paguen lo que merecen de contado,
 retírense corridos y confusos
 los que grita me dan y me escarnecen,
 los que quieren mi mal y me le hacen
 y mofándose dicen: Bueno, bueno.

Y con gozo y placer se regocijen
 en los favores y promesas vuestras
 los que os buscan, Señor, y en vos esperan,
 canten vuestras debidas alabanzas
 y digan que seáis engrandecido
 y por siglos eternos alabado,
 pues aman y desean, codiciosos,
 a vuestro Salvador, la salud vuestra
 que solicitan y que se prometen.
 Que aunque pobre y desnudo en un madero,
 destituido de favor humano
 mi desnudez miráis y cuidadoso
 diligenciáis mi amparo y mi consuelo
 y, pues que sois mi protector y amparo,
 acelerad. Señor, vuestros socorros
 con la resurrección que de Vos fío,
 como de Dios, de padre y señor mío.

PSALMO XL

ORACIÓN EN LAS AFLICCIONES

Dichoso aquél y bienaventurado
 que no solo desprecia y desconsuela
 al afligido, al pobre y al desnudo,
 pero le mira con piadosos ojos,
 trata de su remedio y se le hace
 con tierno afecto y alma condolida,
 haciéndole socorros liberales
 en sus desabrigados desconsuelos,
 que en el día malo, en el medroso día
 de la dolencia grave de la muerte
 y en el horrible más, el del juicio

le libraré el Señor, con él usando
la piedad misma que ejerció en el pobre:
consérvele, piadoso, en su servicio
y dele vida, cuanto alegre, larga,
hágale, cuanto rico, venturoso
sobre todos los bienes de la Tierra
y sobre los del Cielo deseados
y no deje su vida en las airadas,
sangrientas manos de sus enemigos.
Socórrale, clemente, y si enfermarse
y los ardores de la calentura
por los ya lasos miembros discurrieren,
enfermero, le asista cariñoso
puesto a la cabecera de su cama
amansando el rigor de la dolencia,
las almohadas le mulla y los colchones,
por que repose descansadamente
la acerba enfermedad beneficiando,
aplicando remedios saludables
por que descansa alegre y sufra humilde
hasta que, bueno y sano, se levante.
Este afligido, este desnudo y pobre
soy, padre eterno, de la cruz pendiente
por las penas y culpas de los hombres
que tomé sobre mí, no siendo mías,
como si fueran mías padeciendo,
por lo cual os rogué y de nuevo os ruego
que uséis conmigo las piedades vuestras,
pues veis que estoy enfermo sin estarlo,
por estarlo en los miembros de mi Iglesia,
sanad mi cuerpo místico, Dios mío,
que son, como sabéis, sus culpas muchas.
Que hablaron mal de mí mis enemigos
palabras feas, falsos testimonios
de mi honor, con descréditos injustos,
deseándome mal y maldiciéndome
diciendo: ¿Cuándo morirá este hombre
y con él para siempre su memoria?
¿Cuándo, cuándo con él acabaremos
con su reputación y con su fama,
sin que rastro dejemos de su nombre?
Si entraba a verme a caso alguno de ellos,
entraba solamente a calumniarme,
mentido amigo con palabras blandas,

con rostro macilento y alma aleve,
como que se dolía de mis males;
me miraba, notando cuanto vía
para salir después a placearlo,
dentro en su corazón para venderme,
daño añadiendo a daño, culpa a culpa.

Salía después, a lo disimulado,
y daba a todos cuenta de mi vida
con todos juntamente murmurando,
traidora espía, para destruirme,
mil veces repitiendo sus malicias
sin que supiese hablar en otra cosa.

Con dañoso secreto susurraban,
complacidos con él, mis enemigos,
achacando mis penas a mis culpas,
pensando y discurriendo en mi ruína,
mis males y mi muerte maquinando.
De cuya junta resultó en mi ofensa
el injusto decreto de mi muerte,
como si por ventura no pudiera
quien duerme despertar y más quien duerme,
como yo, cuando quiere y como quiere,
porque es mi muerte como breve sueño,
porque tan fácil es resucitarme
como si despertaran a un dormido.

Lo que sentí en las niñas de mis ojos
fue ver que un comensal beneficiado,
no como comensal, mas como amigo
de los del alma, que mi pan comían,
de quien yo me fiaba, ingratamente
me armó, para enredarme, nuevos lazos,
quiso traidoramente acocearme.

Mas Vos, que esto miráis de vuestro Cielo,
Señor, tened de mí misericordia,
restituidme a mi primer estado,
resucitadme, por que les retorne
la justa pena de la injusta ofensa.

Echo de ver, Señor, cuánto sois mío,
cuánto me amáis y cuánto yo soy vuestro
por que no se gloríe mi contrario
ni se alabe que pudo derribarme.
Que mi inocencia os es bien conocida,
pues por ella me habéis mantenido
y confirmado en las mercedes vuestras,

en vuestro soberano acatamiento,
de Vos mirado con paternos ojos
por edad que de vista pierde el tiempo,
sentado victorioso a vuestro lado.
Sea alabado, pues, y engrandecido
el gran Dios de Israel, el Señor mío
como *ab aeterno* ahora y para siempre.
Decid todos: Amen, por varios modos,
Amen, Amen, mil veces decid todos.

PSALMO XLI

DEL DESEO DE DIOS

Cual suele del harpón espoleado
herido ciervo de sangrienta flecha
de cazador mañoso perseguido
y de lebrel solícito acosado
a quien fatiga el ya vecino aliento
de la espumosa, cuanto armada boca,
que en tiempo estuvo, trasudado busca
las fuentes en su daño fugitivas,
así mi alma de la ardiente flecha
de amor herida, ansiosa y impaciente
os busca, desalada, y os codicia
con mal sufrida sed, que dilatada
crece de veros y encendida anhela.

A Vos, Dios fuerte y fuente del bien todo,
diciendo enamorada tiernamente:
¡Ay, cuándo llegaré, tras sed tamaña
a ver el arca del propiciatorio,
a ver el Templo sumamente armado,
a ver de Dios el rostro que deseo,
a hartarme, sin hartarme, en sus bellezas,
mi sed satisfaciendo reiterada?

Sin Dios era (¿qué mucho?), llorar todo,
eran mis ojos fuentes, eran ríos
desatados en lágrimas devotas,
de noche eran mi sueño y mi descanso,
de día mi comida y mi regalo,
con lágrimas hablaba y respondía
a los que por baldón me preguntaban:
¡a dónde está tu dios?, ¿qué Dios es este
que sirves tanto y que servir deseas,
que sufres tanto y que sufriendo aguardas,

que quieres tanto y que, queriendo, adoras?
¿Cómo no te socorre y te remedia?
Debe de ser clemente y poderoso
Talvez lloraba inconsolablemente,
memoria haciendo del felice estado
cuando gozaba el bien que agora lloro,
cuando, alegre, con himnos de alabanzas
guiaba numerosa muchedumbre
que a recibirme y verme había salido
con pompa grata y con triunfantes voces
al Templo del Señor, a su real casa,
talvez sacaba fuerzas de flaqueza,
animábame un poco y desahogaba
el corazón, el alma dilatando,
sirviéndome de alivio los recuerdos,
que presto podrá ser, tras tanta ausencia,
que vuelva el Tabernáculo admirable
a ver, de Dios la casa deseada,
 donde a coros, con júbilos y voces,
con gozos y alabanzas repetidas,
después de haberme recibido alegre,
le ensalcen, le confiesen y bendigan,
que será día como de un banquete,
día de un sacrificio placentero,
todo alegría y regocijos todo.
 Reprendía a mi alma y la decía:
¿qué desánimo es este, qué tristeza
con que me traes inquieto y conturbado?
 Espera, espera en Dios, en Dios confía,
que vendrá tiempo presto, ahora presto
en que le alabe con acción de gracias
y que me salga la salud al rostro
de haber visto y gozado lo que espero,
que es mi salud, mi Dios y vida mía.
 Pero mi alma, inquieta y mal segura,
a conturbarme vuelve conturbada,
mas yo de vos me acuerdo, a vos suspiro
desde esta tierra, aunque favorecido
del Jordán fértil, con las aguas puras
y desde Hermonoím (monte si breve),
río y monte en quien a los antiguos padres
tanto favor hicistes, merced tanta,
 y aunque el recuerdo un poco me divierte,
crecen las ansias, crecen las congojas,

pues como en el diluvio primitivo,
a vuestra voz las cataratas rotas
una aguas llamaban a otras aguas,
un abismo al que viene, aquél al otro,
sin cesar sucediendo uno a otro abismo,
así se llaman las congojas mías,
mis desconsuelos y calamidades:
a aquella ésta, ésta a la que viene
y sin intermisión me martirizan.,
tempestando terrores vuestros cielos,
ríos lloviendo de tribulaciones
que pasan sobre mí para anegarme.

El tiempo mejoró, salió el Aurora
con pompa ilustre de lucidos rayos,
la tempestad deshecha serenastes
enviando a vuestra real misericordia
que me alentase y que me socorriese;
respiré en su favor y agradecido,
las noches os cantaba y bendecía
con grata acción de merecidas gracias.

Y fueme la oración buen abogado,
de lo interior del pecho con calladas
voces diciéndoos. Dios, vos sois, Dios mío
mi protector, mi amparo y mi defensa,
y pues lo sois, Señor, ¿por qué parece
que os olvidáis de mí en mis desamparos?
Porque, a no temer yo vuestros desvíos,
¿por qué había de vivir tan triste y mustio,
de mi enemigo airado perseguido?
Advertid que mis miembros y mis fuerzas
enflaquecen y bruman sus agravios,
quebrántanme los huesos sus injurias,
penétranlos sus bárbaras heridas.
Dándome en rostro los que me atribulan
con los males y penas que padezco
y es la mayor, decirme cada día,
fiscando y mi esperanza escarneciendo:
¿a dónde está tu Dios, de quien esperas?
¿Por qué has, oh alma, de mostrar flaqueza,
tener tristezas ni melancolías?
Alienta, espera en Dios, esfuerza, esfuerza,
que presto vendrá el día en que, gozoso,
libre de estas congojas y aflicciones,
le alabe y le bendiga, consolado,

la salud viendo bienaventurada
y al Salvador amado que codicias,
que alegrarán mi rostro sus bellezas,
ilustrado del Dios que espero y llamo,
que humilde adoro, que seguro amo.

PSALMO XLII

CONTINÚA LA MATERIA DEL PASADO

Pues sois recto Juez y juzgáis siempre,
Rey y Dios mío, desapasionado,
guardando su justicia a cada uno,
mirad mi pleito, defended mi causa,
el proceso mirad con buenos ojos
entre partes causado de la una,
fiscal acusador, mis enemigos,
gente cruel, no misericordiosa
de la otra, yo, como acusado y reo:
juzgad la causa, pronunciad sentencia,
absolvedme y libradme de la instancia,
del malhechor y engañador libradme,
malos, uno en palabras, otro en obras.

Y si sois, como sois, mi fortaleza,
mi Dios y mi defensa ¿por qué causa
me habéis torcido el rostro y con desvío,
alejado de vos tan secamente,
obligándome a andar, sí, desterrado,
cabizbajo y más triste que la noche,
marchito y arrastrando negro luto,
de mi enemigo ingrato perseguido?

Vuestra luz amanezca a mis tinieblas
rompa la noche de mis ignorancias,
enviad vuestra gracia, que me alumbre
la verdad, que me guíe y desengañe
que me encaminen y que me introduzgan
hasta ponerme en vuestro santo monte
y en vuestros tabernáculos gloriosos
y entraré a vuestro Altar, donde, humillado
os ofrezca, os consagre, os sacrifique
oblación grata y grato sacrificio,
entraré a Vos, donde rejuvenezca
por vos la juventud marchita y lacia
que envejeció la pena de la culpa,
donde me desnudéis el hombre viejo

y me vistáis del nuevo que os agrade.
Y al grave son del harpa sonora
en versos dulces os daré las gracias
confesándoos por Dios y Señor mío
reprenderé a mi alma acedamente
y diré: ¿qué razón hay de estar triste,
de entristecerme así y de conturbarme?
Espera confiada, en Dios confía,
que presto me verás, que agradecido
le confieso por Dios, por Dios le alabo,
porque su rostro vi y recuperada
que salió al mío la salud perdida
con venturosas medras de mi vida.

PSALMO LXIII

DE LA TRIBULACIÓN DEL PUEBLO

Por tradición de los antiguos padres
y de padres a hijos traducida
de tiempo en tiempo hasta el presente nuestro
la fama y la noticia persevera.
Señor de las hazañas victoriosas
y de las maravillas estupendas
con que nuestra nación ennoblecistes
y engrandecistes poderosamente,
muchas hechas a vista de sus ojos,
muchas de sus pasados referidas
y entre ellas, que el valiente brazo vuestro
quitó la posesión al Cananeo
de la fertilidad que poseía
y a los pueblos a él circunvecinos,
fugitivos haciendo que saliesen
con dolor de sus casas arrancados
y del alma que en ellas se dejaban,
errando tristes los vecinos campos,
introduciendo en los copiosos suyos
con quieta posesión de sus haberes
a vuestro pueblo con largueza opima,
haciéndole señor de la abundosa
fertilidad y fértil abundancia
y que los castigastes y afligistes
con guerras mal sufridas molestados,
con preciso destierro de su tierra
y expulsión dolorosa de su patria.

y que a los nuestros, con poder constante
les distes el descanso deseado
haciendo propios los ajenos bienes,
los cuales disfrutaron no adquiridos
a fuerza de sus armas y sus brazos,
no haciendo astillas las blandidas lanzas,
no enrojando las lucientes hojas,
pero por vuestra vencedora diestra,
por vuestro fuerte y invencible brazo
y por mirarlos con benignos ojos
(luces piadosas que clemencia influyen)
y porque, así mirados, los amastes
por sus méritos no, ni sus servicios,
mas porque en gracia amados os cayeron
para darlos de gracia bienes tantos
y para intentos de más altos fines,
que en fin sois nuestro rey y sois Dios nuestro,
que solo con quererlo, con mandarlo
podéis salvar, como salváis, al pueblo
de Jacob, vuestro siervo descendiente
darle salud y darle mil saludes
y nosotros también, con vuestro amparo
(que nos le podéis dar) también podemos.
como suele talvez toro irritado
que en retorcidas puntas pelotea
tronco que derribó celosamente
una vez y otra, levantado en alto,
acometer a nuestros enemigos,
derribarlos, vencerlos y postrarlos.
que en vuestro nombre, que invocamos siempre
no temeremos, aunque se levanten
armadas huestes en ofensa nuestra,
antes los miraremos con desprecio
pareciéndonos pocos y cobardes.

No confiados en las pasadoras
saetas, de los arcos arrancadas
que la Muerte flechó (que siempre acierta),
no en las cuchillas de brillante acero,
en el marcial conflicto embravecidas,
hoces fatales de vitales mieses,
sino en Vos solo, que podéis librarnos
de los que nos afligen y persiguen,
de aflicciones ceñidos y congojas
que avergonzastes y que confundistes,

entre sudor y amarillez helada,
haciendo huir desbaratadamente
los que sin causa nos aborrecían,
de forma que por Vos, que las victorias
nos dais, nos gloriaremos victoriosos
y nos darán honrosas alabanzas,
dando materia de que todo el día,
hablando de nosotros, nos ensalcen,
si bien nosotros os alabaremos
y agradecidos os daremos gracias
confesándoos por Dios eternamente.
Esto oímos mil veces, mil gozamos
vuestros halagos, gracias y favores
y ahora, miserables de nosotros,
de vuestra protección desamparados,
desechados de vos y confundidos
somos escarnio al enemigo nuestro,
porque ya no salís donde en campaña,
campeando animéis los escuadrones
con gallardo ardimiento peleando.
Antes mal enojado y mal sufrido
nos habéis vuelto el rostro, permitiendo
que, tras que les volvimos las espaldas,
fuésemos sus despojos lamentables
cuando, indignados, nos aborrecían,
tras sí llevados en triunfantes carros,
cautivos, ilustrando sus trofeos
nuestras pobres riquezas asoladas
y entre ellos con aplausos divididas.
Dejástesnos llevar al matadero
como ovejuelas tímidas que sirven
de sustento a los mismos matadores,
esparcistes los pocos que quedamos
con vagabundo error por tierra ajena,
entre bárbaras gentes desterrados
peregrinando varios horizontes
a donde, como esclavos nos vendistes,
nos vendistes por precio (¡ay, Dios!) tan bajo
que fue como de balde, pues apenas
había compradores, ni quien diese
seis blancas por ninguno de nosotros.
No os pudo, no, hacer rico la ganancia.
Somos oprobio a los circunvecinos,
risa y escarnio a los que tristes vemos

que al rededor nos cercan y nos fisgan,
fábula de las gentes hemos sido,
sirviéndolos de ejemplo nuestros daños,
moviendo, mofadores, las cabezas,
burlándose, por señas, del mal nuestro.
Traíamos delante de los ojos
la ignominia afrentosa cada día
con dedo mofador y risa falsa,
señalados con burla y con escarnio,
nuestros rostros cubiertos de vergüenza
expuestos a la befa y a la burla,
del que nos daba en rostro a voz en grito
nuestro trágico fin y las victorias
del enemigo que nos perseguía,
con obras y palabras afrentados,
amenazados de sangrientos males,
pálidos ya de la vecina muerte.
Y aunque en nosotros, con copiosas lluvias
se tempearon mares de aflicciones,
no os quejaréis, Señor, que os olvidamos
ni de que de malicia cometimos
ninguna culpa contra el pacto hecho
y confederación capitulada
de guardar vuestra ley eternamente,
que aunque tan acosados y oprimidos
no volvió atrás el pie el corazón nuestro,
ni dio atrás paso nuestra fe constante:
no dejó de seguir vuestras pisadas
ni vos, por quien vos sois, nos permitisteis
que se descaminasen nuestros pasos
por caminos del vuestro diferentes,
si bien nos abatistes y humillastes,
arrojados (¡ay, Dios!) amargamente,
a la Isla cruel de los Lagartos,
de aflicción llena, tierra de dragones,
donde la horrible sombra de la Muerte
en tenebrosas grutas nos encierra,
de medrosos horrores rodeados.
No podrá decir nadie que, oprimidos,
desamparados entre angustia y pena,
no que de Vos, Señor, nos olvidamos,
mas ni aun del nombre que adoramos vuestro,
ni que extendimos desmandada mano
con religioso culto a dios ajeno.

Pues si esto hubiera sido, por ventura
¿Dios no lo conociera y castigara?
Vos lo viérades bien, que lo veis todo,
hasta del corazón lo más oculto
y halláramos consuelo si esto fuera
y iguales estas penas de estas culpas,
dignas de vuestro examen y castigo
y imposibles de ser disimuladas
de un Dios tal que conoce y escudriña
lo más secreto de los corazones
por quien nos ofrecemos cada día
a la muerte, que alegres padecemos
como ovejas que esperan destinadas,
llevadas al sangriento sacrificio,
el cuchillo fatal, el fatal golpe
y pasto ser de las voraces llamas
sin hacer caso, no, de nuestras vidas.

Despertad, ¡oh, Señor!, no que dormido
nos olvidéis, mas porque lo parece
y levantaos, mirad que es causa vuestra,
no nos desamparéis de vuestro amparo
hasta el fin triste de esta vida triste,
ténganle ya nuestras tribulaciones
que padecemos desfavorecidos,
volviendo a nuestras penas las espaldas
como olvidando las pobrezaas nuestras,
nuestras tribulaciones y trabajos
que nos postran y arrastran por el suelo,
ciegos del polvo que nos ennubece,
pecho por tierra, como la culebra
con la tierra cosidos de cobardes,
muchos acoceados y orpimidos.
Levantaos, ¡Oh, Señor!, favorecednos
y redimidnos de esta tiranía,
si no ya porque somos pueblo vuestro,
por vuestro nombre misericordioso,
por la real misericordia vuestra,
que serlo más en las miserias muestra.

PSALMO XXXIV
DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE LA IGLESIA

El corazón del represado gozo
dentro de sí no cabe, y en fecunda
preñez difusamente se revierte
prorrumpiendo, faltándole palabras
en una sola, sola, pero buena:
Epitalamio real, que al rey dedico
para que en versos dulces se le cante
a su honor consagrado y sus bellezas,
compuesto a los virgíneos desposorios
entre él y entre su esposa celebrados.

Lengua veloz, vencid en ligereza,
en mano diestra de escrito valiente
que en campo blanco con airosos rasgos
y vueltas leves, bien cortada pluma,
como pluma escribid articulada
lo que os dicta el espíritu divino,
de quien sin duda sois vivo instrumento,
y decid, viendo su hermosura y gracia:
hermosos sois, esposo soberano
sobre todos los hijos de los hombres,
el más hermoso sois, el solo hermoso,
que sois el solo hermoso en cuerpo y alma,
sois un mar de hermosuras y bellezas
y todas las bellezas y hermosuras,
la gracia, las tres gracias y infinitas
en placenteros corros, amorosas
salen a ver el sol por vuestros labios
de rosas elocuentes y claveles,
vertiendo agrados, gracias, bienes, dones,
tienen mil gracias, mil donaires tienen,
sois, bello esposo, sumamente amable,
por lo cual Dios, con bendiciones llenas
por no medidos siglos os bendijo
y os adornó de todo cuanto hay bello.
Ea, héroe generoso, pues el Cielo
os dio hermosura, gracia y fortaleza,
ceñid la vencedora espada al lado.
terror y asombro de los enemigos.

Con real decoro y con beldad valiente,
subid, subid en carro, que feroces
caballos tiren, émulos del viento,

de plata con espumas argentando
los frenos de oro que orgullosos tasquen:
triunfad con real decoro y beldad fuerte
ánimo a la batalla, glorioso
romped el escuadrón del enemigo,
proceded con mil prósperas andanzas,
el Reino conquistad, ganad el Reino
y en él reinad por círculos de siglos,
y adquirido y ganado, conservadle
con verdad, con justicia y mansedumbre,
que a un rey tan bueno como vos conviene
ser como verdadero, manso y justo,
conviene ser severamente humano,
humanamente recto, rectamente
distribuidor de penas y de premios
honrando al bueno y castigando al malo,
que así mil dichas, siempre venturosas
gozará vuestra diestra no vencida
guiando vuestras cosas de manera
que alcancen opinión de milagrosas.

Del arco vuestro a las aladas flechas
(cuyos no resistidos pasadores
los corazones clavarán, soberbios,
de vuestros enemigos) humillados
y rendidos a Vos pueblos enteros
se postrarán, sujetos y obedientes.
Vuestro trono real, rey y Dios mío,
por siglos durará de eternidades,
el cetro vuestro y vara de justicia
con igualdad gobernará las gentes,
nunca inclinada ni torcida a nadie,
guardándolos en paz y defendiéndolos,
que amastes siempre la justicia santa
y aborrecistes la enemiga culpa,
por lo cual os ungió gloriosamente
Dios con la crisma y oleo sacrosanto
de la unión hipostática, vertiendo
sobre vos dones, gracias y favores,
llenándoos la medida sin medida
en que os aventajó infinitamente
a los mejores hijos de los hombres
que con vos participan, humanado,
de una naturaleza y que dichosos
partícipes serán de vuestra gloria.

Vuestros vestidos, bello esposo, exhalan
de gomas y de aromas mil suaves
fragancias, que trascienden de olorosas,
precioso aloes, mirra destilada,
la casia, celebrada, en ricos cofres
de marfil indio, para vos guardados,
que alegran, que deleitan, que enamoran
a las hermosas damas de Palacio
todas de sangre real, hijas de reyes.
que os asisten y sirven codiciosas
de agradaros con gusto y con acierto.

Y entre todas, a todas preferida
en hermosura, gentileza y gracia
la que es gracia, hermosura y gentileza,
la Reina, vuestra esposa, vuestra esposa
digna de vuestro amor y vuestro lado,
digna de vuestro tálamo amoroso,
que en serlo (la mayor de sus venturas)
se cifra cuanto hay bueno que en ser pueda,
asiste a vuestra diestra, con corona
de oro de Ofir sobre sus hebras de oro,
premio real de su real cabeza,
de tela riza con nupciales ropas,
de diversos colores matizadas.

¡Oh, vos, hermosa hija y reina mía
que tan altas venturas conseguistes,
oíd, volved, mirad, estad atenta,
no es mucho que olvidéis los caros padres,
la amada compañía y casa breve,
pues aman, tierno, el Rey y le enamoran
vuestra beldad graciosa y gracia bella:
con recíproco amor correspondedle,
amadle tierna, obedecedle humilde,
que es señor y Dios vuestro vuestro esposo,
que Dios y vuestro esposo son lo mismo,
todos le adorarán y vos con todos
y las damas de Tiro, las señoras,
las más ricas del pueblo, las más nobles,
con presentes veréis que solicitan,
con ruegos y con dones, vuestra gracia,
grandemente pagados cuanto alegres
de que a mirarlas levantéis los ojos.

Toda la gracia, toda la grandeza,
esposo, rey y rey enamorado

de la nuera del rey, de vuestra esposa
no es, aunque es tan grande la ostentada
sino la que allá dentro de su cuarto
retirada con vos, a solas goza
con ricas galas de colores varios
que diestra matizó sutil aguja
pues hasta los ribetes de las ropas,
la orla y cortapisa es de oro fino,
de los chapines hasta las virillas.

Tras ella, acompañando su persona,
escuadra virginal de almas doncellas,
veréis que le rodea y hace estado,
con otras damas por extremo hermosas,
cercanas en amor y en parentesco,
alborozadas y gozosas todas,
tejiendo corros y sabidas danzas.
nupciales versos repitiendo a coro,
aplaudiendo aplaudidas su venturas
y todas codiciosas de agradaros,
entrarán hasta el tálamo de flores
de vuestro real Palacio, que merece
ser, por vuestra bondad, un templo, un cielo.

En vez, Señor, de vuestros generosos
progenitores, con feliz aumento
os nacerán hermosos sucesores,
hijos de vuestro amor y sus bellezas,
príncipes los haréis de todo el mundo,
de su selvatiquez conquistadores.

De gente en gente, con recuerdo ilustre
dilatarán de vuestro nombre santo
con cánticos divinos de alabanzas
la virtud eficaz, el poderío
y de ellas enseñadas sabiamente
os darán gracias todas las naciones
que a vuestra devoción santa estuvieron,
de donde el Fénix Sol rejuvenecen
entre los rubios fuegos de sus rayos
hasta donde a morir, no envejecido,
llega en los brazos de la noche triste,
vuestros gloriosos hechos celebrados
por edades de siglos no abreviados.

PSALMO XLV

DEL AMPARO DE LAS TRIBULACIONES

Si Dios es nuestro dios y nuestro amparo,
nuestro presidio, nuestra fortaleza,
todo nuestro refugio y esperanza
en los más apretados desconsuelos
y en los más porfiados desamparos,
cuando nos buscan más y más nos ciñen
de mano armada y intención sangrienta,
el lazo al cuello, a la garganta el agua
¿qué podemos temer? ¿De qué tememos,
cuando se junte el cielo con la tierra,
de la primera confusión trabados,
cuando la tierra gima y con bramidos
roncos, padezca súbitos temblores,
despavorida, atónita y turbada?
¿Cuando el mar se amotine y proceloso
las murallas de arena que le enfrenan,
inobediente, rompa? ¿Cuando, airados,
los vientos vuelen los vecinos montes
y los trasladen imperiosamente
del mar a las entrañas avarientas?
Cuando sus ondas, con bramidos broncos
se turben de mirarse junto al Cielo
y en montañas de nubes se desgajen,
rocas, riscos y montes azotando,
quejosos del dolor y del desprecio,
turbados de su fuerza inexorable
¿qué podemos temer, qué temeremos?
si entre estos temerosos accidentes
tan lejos de temerlos nos hallamos
cuanto cerca de ver, con gratos ojos,
seguro de Israel el alto alcázar
de sus inundaciones y tormentos,
pues deleitoso, alegre y apacible
el que bajaba impetuoso río,
rompiendo puentes, deshaciendo presas,
ganados anegando y ganaderos,
jardines y arboledas arrancando,
talando mieses, descependo viñas,
sus ímpetus dañosos reprimiendo,
en arroyos de plata se divide
con mansedumbre alegremente grata,

bañando la ciudad de Dios gloriosa
que con provechos varios beneficia,
ciudad en quien dichosamente puso
su morada el Altísimo, su casa
santificada para Templo suyo?

Y ¿qué mucho que eterna permanezca
libre de semejantes terremotos
si es Dios su corazón y su defensa,
que la vela, atalaya, ampara y guarda
y antes que salga el Sol (que al Sol previene
y a las primeras luces de la Aurora),
amanece en sus muros, desvelado,
haciéndola socorros oportunos
con armas, con defensas, con pertrechos,
con armas defensivas y ofensivas?

Visto lo cual, las huestes enemigas
despavoridas, con temor helado
se conturbaron tristes y cobardes,
desflaquecida desmayó la gente,
los reinos inclinaron su potencia,
como muro del tiempo envejecido
que los amenazó fatal ruína;
con una voz que dio de poderoso
trueno, cuyo estallido asombró al mundo,
hizo temblar la tierra trasudando,
exhalada de miedo y derretida,

que está de nuestra parte, en nuestra ayuda
el poderoso Dios de las batallas,
dios de Jacob, que bravo nos defiende.
que nos recibe en sus paternos brazos,
de ellos haciendo escudo a nuestros miedos:
«Venid, venid, mirad las prodigiosas
obras de Dios y los portentos raros,
los prodigios que obró maravillosos
haciendo retirar los enemigos
tantas veces vencidos y afrentados,
desbaratados con cobarde huída,
sentando, victorioso, en favor nuestro,
las capitulaciones de las paces
hasta los fines últimos del orbe,
rompiendo el marcial arco y quebrantando
las lanzas de dos hierros y las flechas
y en públicas hogueras los paveses
y los carros, triunfales otros tiempos

(confirmando las paces) hechos rajas,
quemando, con aplauso de la noche
de ver las luminarias de sus glorias.

Vacad, vacad a Dios con ocio santo
nos persüade él mismo y amonesta
y con tranquilidad mirad del alma
que soy Dios solo, solo poderoso
que ha de prevalecer gloriosamente
de lauros victoriosos coronado,
rendidos a mis pies mis enemigos
con triunfo general de todo el mundo.
De nuestra parte está y en nuestro amparo
el Dios de los Ejércitos, el solo
Dios de Jacob, que en su protección santa
nos recibe, socorre y nos defiende,
del mal nos guarda y nuestro bien pretende.

PSALMO XLVI

DE CRISTO NUESTRO REDENTOR

Todas las gentes, las familias todas,
todas las tribus, todas las naciones
con las palmas alegres, con las palmas
aplaudid al Señor, con bocas y ojos;
con aplausos triunfantes celebrarle,
canciones le cantad regocijados
al son de bien acordes instrumentos,
todo sea placeres, alegrías,
júbilos todo, todo regocijos
porque es el soberano señor nuestro,
cuanto excelso, terrible, rey tan grande
que es rey universal del orbe todo,
que a nuestro yugo, con glorioso imperio
sujetó las indómitas cervices
de los circunvecinos moradores,
derribó a nuestros pies, de ellos hollados,
rebeldes pueblos y naciones bárbaras.

Tras que nos escogió por herederos,
dándonos, liberal, como a hijos suyos,
lo bueno de Jacob y lo escogido,
lo gallardo, lo hermoso, lo agradable,
digno de ser de su bondad amado,
con aparato sube de hermosuras
al solio eterno de despojos rico.

Ea, que sube Dios con pompa ilustre,
que sube en triunfal carro victorioso,
de nácar y oro en voladoras nubes
tornasoladas a sus soles bellos,
rompiendo globos de cristales puros,
abriendo cielos y pisando estrellas,
de angélicas escuadras rodeado,
admirado, aclamado y aplaudido,
mirad que sube en júbilos de gloria
con cánticos divinos de alabanzas
al son de belicosos instrumentos.
Cantadle a nuestro Dios, cantadle alegres,
cantad a nuestro rey versos, cantadle:
 Cantadle, porque es rey del Orbe todo,
cantadle diestros en conformes voces
sabidos tonos y estudiadas letras
y a vuestras voces acompañe el alma,
porque reinará Dios gloriosamente,
no solo en nuestro pueblo venturoso,
sino en el que ganó de los Gentiles
a costa de su Sangre y de su Vida
y ya sentado en trono de zafiros,
silla debida a su pasión y muerte.
guardará su justicia a cada uno
juzgando, rey con cetro levantado.
 Por lo cual, de los bárbaros gentiles
las Cabezas, los príncipes y reyes
se agregarán, con sujeción conformes,
al gran Dios de Abraham, dios verdadero,
dándole la obediencia arrodillados,
postrados sus escudos y banderas
a sus pies, si clavados, vencedores,
y recibida su religión santa,
gallardos, animosos y valientes,
como segundos dioses de la Tierra,
jueces sabios de su casa y corte,
serán excelsamente sublimados,
venerados serán y engrandecidos,
como hijos de Dios, dioses por gracia
que le caerán dichosamente en gracia.

PSALMO XLVII
DE LA DEFENSA Y TUTELA DE DIOS NUESTRO SEÑOR

¡Cuán grande es Dios! Es sumamente grande
y sumamente digno de alabanzas,
es grande en fortaleza y en justicia,
en bondad grande y en misericordia,
en hermosura grande, en mansedumbre,
es grande en todo, como solo grande
y como son eternas sus grandezas
también lo deben ser sus alabanzas
y si en cualquiera parte se le deben,
en su Santa Ciudad, por nuevos títulos,
Jerusalén, ciudad privilegiada.

Edificada en el sagrado monte
de Sión, eminente monte suyo,
monte fértil, ameno, deleitoso,
de hierbas, flores y árboles poblados,
sitio en que la fundó hacia mediodía,
defendida del cierzo mal sufrido
que la baña y visita por los lados,
grande ciudad, en fin, de un Dios tan grande,
opulenta, gentil fuerte, vistosa,
de puros aires y de alegre cielo,
deleite y alegría de la tierra,
del Cielo honor y de la Tierra adorno,
insigne en su alto Alcázar y Palacios,
ilustres casas y edificios bellos.

Del Templo en la magnífica estructura
la grandeza se admira de su dueño
y más cuando corriendo por su cuenta
su protección, defensas y socorros
se los envía y hace largamente.

Contra esta ciudad, pues, de mano armada
conspiraron los reyes de la Tierra
haciendo juntas, juramento haciendo,
eterno pacto y inviolable liga
de sitiarla, batirla y derribarla
hasta no dejar piedra sobre piedra:
ejércitos armaron numerosos,
marchan soberbios y arrogantes marchan,
disciplinados bien, bien ordenados,
llenos de plumas, de esperanzas llenos,
cuando a la vista de sus altos muros,

conturbados, atónitos y helados
así se admiran de su fuerte sitio
y de su inexpugnable fortaleza,
de sus torres, murallas, cavas, fosas,
de sus armas, pertrechos, municiones,
del amparo que el Cielo la asegura
y del socorro real con que la ampara
que el campo retiraron desmayados,
del temor apretados y oprimidos,
con tan ciegas congojas y dolores
como padecer suele, temerosa,
entre miedos y angustias amarillas,
mujer vecina al ignorado parto
y huyeron con dañoso precipicio,
como acontece de encontrados vientos,
impetuosamente desatados
en el mar, asaltada indiana flota
que de Tarsis partió prósperamente¹³
preñada de riquezas y soldados,
de quien suelen, con soplos injuriosos
árboles derribar, abrir antenas,
palamenta romper, sacudir gavias,
velas volar, turbar los marineros,
embravecer las olas azotadas
para que, inexorables y espantosas,
la suban del abismo hasta las nubes
y de ellas la despeñen al abismo,
estas naves chocando con aquellas,
siendo unas de otras daño lamentable.
escollos, rocas, riesgos y peligros
hasta que en fin a su furor rendidas,
unas sorbe arenoso remolino
y otras, abiertas por los flacos lados
dejan entrar las enemigas ondas;
así, eterno Señor, los enemigos
nuestros desbarataste y venciste.
derrotaste, rendiste y anegaste
de vuestra indignación en la tormenta.
Vimos por nuestros ojos claramente
lo que nuestros mayores nos dijeron
de la firmeza de la Ciudad Santa,

13.—El texto impreso dice: 'que partió de Tarsis prósperamente', difícil de admitir como endecasílabo, salvo que se haga oxítone la pronunciación de 'Tarsis', diciendo 'Tarsís', contra el uso habitual en el resto de la obra. La enmienda es mía y presupone una mala disposición en el componedor de línea, error frecuente en oficiales neófitos..

del Dios de los ejércitos, dios nuestro,
para eterna fundada de su mano,
de la cual felizmente recibimos
vuestras misericordias generosas,
por lo cual en mitad de vuestro Templo,
a sus larguezas siempre agradecidos,
las honraremos con festiva pompa.

Y en fin, a la medida sin medida
de la grandiosidad de vuestro nombre
y de vuestro poder majestuoso
serán vuestras divinas alabanzas
celebradas con gozo y con espanto,
de nación en nación, de gente en gente,
hasta los fines últimos del orbe
por ser con todos rectamente justo
vuestra justicia usando a manos llenas,
al malo castigando, honrando al bueno.

Gozos, pues, y lleno de alegrías
Sión se ufane, descollado monte
y con él la ciudad que lo hermosea
con todas las ciudades a él vecinas
de la real tribu del ilustre Judas
edificadas con dichoso aumento,
de que venganza hacéis de sus contrarios
y sus doncellas, cuanto hermosas, nobles,
hijas dichosas de su amada patria,
añadiendo belleza a su bellezas,
honestidad a sus honestidades,
gracia y donaire a su donaire y gracia,
festejarán y aplaudirán alegres
vuestros juicios, cuando justo, sabios
con que al malo enmendáis y honráis al bueno.
Extranjeros y nobles ciudadanos,
dad una vuelta y otra al sacro monte,
a la santa ciudad paseaos por ella
ceñidla en torno, una y muchas veces,
discurrid por sus altos edificios,
considerad sus casa, una a una,,
cada una por sí bella y vistosa,
atentos advertid sus fortalezas,
sus almenas, sus fosos y sus muros
y cuando os pareciere conveniente
(¡oh, repúblicos sabios hijos suyos!)
sus casas reparad y sus murallas,

sus fuerzas, sus castillos y sus torres,
repartid entre todos el cuidado
para que en sus grandezas persevere
por una en otra edad, de un siglo en otro
y para que en los siglos venideros
se lo contéis a vuestros descendientes,
diciendo que es ciudad merecedora,
con razón, de que more Dios en ella
y que la habite por eternos siglos
y que como rey sabio, justo y fuerte,
Dios y Dios nuestro todopoderoso,
nos rija, nos gobierne y encamine
en esta vida a la que deseamos,
en vida y muerte, una y otra santa,
para que eternamente lo gocemos
donde todos los bienes poseeremos.

PSALMO XLVIII

DE LA PROSPERIDAD DE LOS MALOS

Oídme todos, escuchadme todos,
prestadme los oídos y las almas,
los que habitáis la redondez del Orbe
a quien da el rubio Sol segunda vida,
de la luz padre y corazón del cielo.
Escúcheme la plebe novelera,
el humilde y de oscuro nacimiento,
el que ignoró desconocido padre;
la nobleza me escuche, la nobleza
que se jacta de abuelos generosos,
de altos principios y de ilustre sangre,
óyame el alto, el bajo, el rico, el pobre,
oídme todos, que con todos hablo:
lo que diré serán sabios consejos,
avisos llenos de sabiduría
con discursos prudentes meditados;
será doctrina dicha atentamente,
digerida con gusto y con trabajo
del corazón, con prudencial desvelo,
con prudencia del Cielo descendida.
A hablaros en parábolas me inclino,
sentencias y consejos provechosos,
que ejemplos mueven mucho y semejanzas
y al oído me suenan mejor siempre

y así me voy, mientras las canto, oyendo,
como esta vez, que al son del harpa grave
y del dulce salterio de diez cuerdas
en tiernos versos desenmarañando
el difícil problema que propongo.

Es el problema, pues, en el día malo,
en el día malo del suceso adverso,
del rico y poderoso perseguido
y rodeado de sus tiranías
de la muerte en el día y del Juicio:

¿de qué tendré temor? ¿Qué habrá que tema?

¿Temeré la pobreza despreciada?

¿Las fuerzas de mi reino enflaquecidas?

¿La falta de la sangre ilustre y clara?

¿La soledad del deudo y del amigo?

No, que el Juez con dones no se obliga
ni ha de vencerse con armadas huestes,
ni nunca aceptador fue de personas,
ni es de provecho el deudo ni el amigo,
la sangre antigua ni prosapia ilustre.

¿Qué temeré, si nada de esto temo?

Temeré (¡ay, Dios!) la culpa envejecida
que hasta el fin de la vida persevere,
parte extrema del pie del vital curso
donde remata nuestra vida breve
que ha de ceñirme entre congojas graves.

¿De qué, pues, sirve confiadamente
poner, como mil locos, la esperanza
en rusticidad de humanas fuerzas?

¿De qué gloriarse y ensoberbecerse
en abundosos cofres y escritorios
de riquezas, quizá mal adquiridas,
si en aquel día, temeroso y triste,
en el cual no habrá hermano para hermano
ni puede el más amado redimirte
de la esclavitud fiera de la muerte
ni del rigor fatal de su justicia?

Y si no puede el que te quiere tanto
ni tú mismo podrás, por más que puedas,
aunque des juntas las riquezas todas,
redimirte podrá el que nunca viste,
que no se deja Dios untar las manos
ni se aplaca con dádivas ni dones,
ni hay precio en cuanta hacienda tiene el mundo

para cobrar de vida un soplo leve,
triste, pues, el que espera en las riquezas,
que le esperan trabajos perdurables
sin poder añadir vida a su vida
ni los fines pasar constituídos.

¿El necio rico por ventura piensa
que ha de evitar la muerte inevitable
viendo morir los sabios y los doctos?
Engañase, que con iguales flechas
acierta al necio que derriba al sabio,
si bien el necio muere como necio,
que es muerte sin remedio para siempre
sin poderse valer de sus riquezas,
que aun no las gozarán sus herederos;
serán sus herederos los extraños,
viviendo y afanando para otros,
por no disponer de ellas con prudencia,
para sí reservando solamente
las breves casas de las sepulturas
a donde, muertos para siempre, vivan.

Los que fundaron de altos edificios,
de mármoles y jaspes admirados,
ostentando apellidos y blasones
para perpetuar su nombre y fama
en su posteridad, de gente en gente,
las vendrán a gozar ajenos dueños
perseverando apenas la memoria,
aun de los mayorazgo que fundaron
con vínculos y cláusulas perpetuas,
en mármoles sus nombres esculpiendo,
pretendiendo en la tierra eternizarse.
¡Ay, miserable, pues del ignorante
hombre, loco mil veces que, formado
de Dios a semejanza, que altamente
se vio, sin merecerlo, puesto en honra,
por no entenderse ni entender sus dichas,
en solo lo presente embrutecido
se volvió, sus acciones imitando
a los más rudos brutos semejante
en la vida y la muerte parecido!

Este el camino fue de su ruina:
en medio del camino se perdieron
y tras desacertar sus pretensiones
se alaban, complacidos de sus cosas,

sus aviesos sucesos simulando,
cuyas pisadas seguirán sus nietos
alabando sus locas vanidades,
alegres de imitarlos y seguirlos,
unos tras otros caminando ciegos.
De la muerte a manadas, como ovejas
de quien será pastor, serán llevados
a los letales pastos del infierno,
de agudos cardos y de adelfas tristes,
tras ser apacentados, a ser pasto
de voraz fuego a inextinguibles llamas,
a monstruos y vestiglos infernales.

Tras esto, en la alborada de la gloria
de su resurrección, con imperiosa
y judiciaria potestad, los justos,
poderosos, valientes y temidos,
los juzgarán, el pie sobre el pescuezo,
su poder placeado y su grandeza
llorarán lacia, envejecida y mustia
y desaparecida tristemente,
depuestos de su gloria primitiva,
de penas rodeados, miserables.

A mí, pues, que le temo y que le amo
redimirame Dios, no permitiendo
que sea trofeo del infierno horrible
cuando desate la lazada estrecha
del cuerpo y alma la sangrienta Muerte
con divorcio llorado de las partes.

Redimirame cuando baje al Limbo,
con pompa ilustre, el Capitán Eterno
y me arrebathe de la dura mano
que ha de guardarme en calabozo oscuro
sacándome a su lado victorioso.

No temas, pobre, pues, la gloria vana,
no las riquezas, no, ni los haberes,
no la severidad, no la potencia
del rico licencioso que te mira
con severo desdén y con desvío,
no que crezcan por horas sus grandezas
ni el esplendor esquivo de su casa,
su familia, sus rentas, sus estados,
que no podrá, con ver que tanto puede,
el día que el alma, con bramidos ronc
se le arranque del cuerpo ansiosamente

(triste del bien que deja a pesar suyo,
triste del mal a que a su pesar parte)
llevar consigo las riquezas todas.
¿Que digo todas? Ni la menor de ellas,
ni bajará con él, no, la pomposa
gloria, si vana cuanto pretendida.
Ni le acompañarán, siempre quejosos
como siempre envidiosos, sus criados,
la turbamulta de los pretendientes,
tan engañados como engañadores,
no los deudos, que ya le han olvidado,
ni los amigos que antes de él murieron,
ni con los admirados reposteros
las acémilas, locas con las cargas,
de cámara y recámara opulentas,
no los médicos, no, no el ocio inútil:
no los truhanes ni el dañoso juego,
no la caballeriza regalada,
caballos, coches, sillas y literas,
no la cocina, torpe causadora
de gota, apoplejías y crudezas,
no los palacios vanamente vanos,
no las casas de campo y los jardines,
que acá lo deja todo, aunque le pese.

Bien, mientras vive, vivirá alabado,
su alma bendecida y sus acciones,
aclamado de deudos y de amigos
que alabarán a voces sus grandezas,
mientras, oh, poderoso, bien le haces
o le esperan de ti con sus lisonjas,
mas todo en fin se acaba y tristemente
el que siguió en la vida a sus pasados,
los seguirá en la Muerte y en las penas,
entrará en el sepulcro luctuoso
a ser ceniza, polvo, sombra, nada,
y la alma, condenada justamente
a un abismo de daños y de horrores,
de pesares, de llantos y tinieblas,
sin esperanza de volver del Cielo
a ver la luz perdida para siempre,
que el que en honra se vio y perderla quiso
porque, necio, no supo conocerla,
semejante a los brutos como bruto,

de costumbres brutales y alma fiera,
pues como tal vivió es razón que muera.

PSALMO XXXIX

DE LAS DOS VENIDAS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

El verdadero Dios, el que es Dios solo
de los ángeles dios y de los hombres
Dios de los Reyes y de los Jueces,
Dios de los dioses no, que dioses fueron,
mas que atrevidos fueron de afectarlo
por dioses venerados vanamente,
pues tras ser hombres, fueron malos hombres,
por sí mismo predijo y sus profetas
el tribunal tremendo del Juicio
(si bien callado ahora disimula),
a todo el universo convocando
de donde nace el sol a donde muere,
del Euro blando al cierzo embravecido,
del Monte de Sión, celestial monte
de hermosura y belleza inimitable,
con aparato real y esplendor bello,
ornato, cuanto ilustre, majestuoso.
A los ojos saldrá de todo el mundo,
oculto no como en ajeno albergue
cuando otra vez, divinamente humano,
si en noche fría, noche alegre y clara,
no en callado silencio como entonces,
manso cordero al pecho de su madre.
Traerá justificada su justicia,
no callará disimuladas culpas
mas juzgaralas, si severo, justo,
acedo reprehendiendo a los culpados
con judiciaria potestad debida
a quien es, a su Vida y a su Muerte,
precederán de fuego a su persona
(si bien echará fuego por los ojos)
bombas ardientes, globos encendidos,
incendio lamentable de la tierra,
a las llamas, clamores y alaridos
ojos y oídos tapan los cielos.
El fuego apurará con llanto horrible
tempestad rota de aires encontrados
remolinando en torbellino oscuro

al rededor del tribunal severo,
con truenos, con relámpagos y rayos,
con bramidos del mar y con temblores
de la cobarde conturbada Tierra.
Hará testigos de sus justas sañas,
llamados para serlo Tierra y Cielo;
del cielo bajarán armadas huestes
y santos mil seguros a juicio
de la Tierra vendrán a su presencia,
vivos y muertos, réprobos y justos
cuantos de gente en gente, y siglo en siglo
del primer hombre al que último vio el Cielo
a ser, sin excepción, todos juzgados
y con severidad inaplacable
de las aristas apartará el grano
y los cabritos de las ovejuelas.
Ministros celestiales diligentes
traedle y congregad sus escogidos
santificados para pueblo suyo
que estudiosos y atentos solicitan
cumplir a Dios el pacto que le hicieron
en la observancia de sus sacrificios
y los Celos, a voces su justicia
y su sentencia aprobarán por buena,
dando por buen Juez a Juez tan bueno,
Juez que en fin es Dios y errar no puede.
Escucha, pueblo mío, hablarte quiero
—dijo Dios a Israel— estame atento
y advierte que delante de testigos
tales y tantos y tan abonados,
que soy tu Dios te aviso y te requiero
y aun tú, tú mismo puedes ser testigo,
pues abundas de bienes que te hago.
No te reprehenderé en tus sacrificios
en que me honras con exterior culto
(que no son ellos los que más me agradan),
que siempre miro arder en mis altares,
entre voraces llamas, reses gruesas,
en su grosura y sangre apacentadas,
pero ¿de qué me sirven los becerros
criados en tu casa y a tu mesa
con las migajas de ella deslizadas?
¿De qué me sirven, di, de tus rebaños
los pelosos cabrones cuanto feos?

¿Piensas que de tus reses necesito?
Engañaste, que todas cuantas fieras
habitan por las selvas intrincadas,
cuantas manadas por los montes yerran,
cuantos bueyes las verdes vegas pacen,
cuantos ves y no ves, todos son míos?
Cuantas aves ligeras por el viento
con libertad preciosa le deleitan
me conocen por dueño y las conozco;
la hermosura del campo, con sus flores,
cuanto olorosas, bellas con sus frutos,
cuanto sabrosos, gratos, toda es mía,
todo conmigo está, que estoy en todo,
de nada de esto, pobre, necesito
y aunque necesitara, está seguro
que llegar no me vieras a tus puertas
a que me dieras de lo que te he dado,
cuánto más que la Tierra, como sabes,
con cuanto guarda y cría, todo es mío.
Pensarás por ventura neciamente
que soy acaso Dios tan carnicero
que en su sangraza palpitando coma
los pedazos calientes de tus toros
y que hirviendo la sangre denegrada
beba, de tus cabrones degollados.
Ofrece, ofrece a Dios, que más le obligan
sacrificios de gratas alabanzas,
el corazón le ofrece agradecido,
mortificadas todas tus pasiones
y dale gracias por las que te hace,
tus votos cumple, obligaciones paga
al Altísimo, cumple tus promesas,
que en el día acedo, temeroso y triste
de tus tribulaciones y tus penas
puedes estar seguro, si me llamas,
que a tu lado me tengas y en tu ayuda,
para librarte de ellas y obligado
de nuevo me honres más y me des gracias.
Volvióse al pecador y dijo: Ingrato,
¿cómo en tu boca injusta mi ley justa,
mi confederación, mis ordenanzas
osas tomar desmesuradamente?
¿Con qué cara, enemigo, las predicas?
¿Por qué, en lo que tú pecas, reprehendes?

¿Y por qué pecas contra lo que enseñas?

¿Y por qué enseñas lo que no te toca,
lo que te toca, altivo, no cumpliendo:
mi Ley, mi testamento, mi doctrina?

Pues que no solo cumples lo que debes,
mas aborreces mi corrección santa
y la pones al cabo del trenzado
con estudiado olvido, pretendiendo
de tu memoria desterrar mis leyes?

En viendo al ladroncillo le seguías,
con él hurtando descaradamente,
al adúltero torpe acompañabas
yendo a la parte en sus atrevimientos
con palabras, consejos y con obras.

Eran finas malicias tus palabras,
era tu boca puerta de maldades,
tu lengua, engaños toda, toda embustes.
De asiento hablabas descompuestamente
contra tu hermano, hijo de tu madre,
que aun no estaba seguro de tu lengua:
lazos le armabas en que tropezase,
de industria ocasionando a embravecerle,
cruel descomponerle procurando.

Todas estas maldades vi que hiciste;
disimulé, callando hasta su tiempo,
esperando si a mí te convertías.

Pensaste inicualemente, sí pensaste
que consentía, si disimulaba
y que cómplice soy de tus maldades,
en ellas semejante a quien tú eres.

Yo te convenceré con reprensiones
con que te afrente y con que te avergüence
y te diré en tu cara tus pecados.

Yo te pondré delante de tus ojos
tu mala vida, tus costumbres malas,
de forma que no puedas, no, aunque intente
no verlas, sin dolor dejar de verlas.

Entended, pues, que hay Dios, los olvidados;
los olvidados de él, velad atentos,
el daño ajeno de escarmiento os sirva,
no venga tiempo en que impensadamente
cuando culpados más y descuidados
el alma os arrebate, sin que nadie
pueda libraros de sus justas iras.

Sacrificadme con acción de gracias,
mortificad las rígidas pasiones,
que me serán gustoso sacrificio
y me daré con esto por honrado
y en este sacrificio de alabanzas
está el camino de la salud vuestra
y por él se camina hasta los Cielos
donde os enseñaré dichosamente,
premiando, liberal, vuestras virtudes
en Dios gozando todas las saludes.

PSALMO L

ORACIÓN DE DAVID PENITENTE

Con vergonzosa confusión, Dios mío,
a vuestra real presencia me presento,
en suspiros el alma desatada
y el penitente corazón en llanto,
solicitando con dolor lloroso
vuestra misericordia siempre grande
y es bien que para mí tan grande sea
que he sido y soy culpado grandemente.
Misericordia, Dios, misericordia,
que yo sé que os lastiman pecadores,
y más arrepentidos y llorosos
como yo ahora a vuestros pies me humillo,
llego lleno de culpas y miserias,
a Vos, que todo sois misericordias,
a que según la noble muchedumbre
y multiplicidad incomprensible,
de las que usáis ilustremente en todos
mi maldad perdonéis, Señor, que es grande,
porque grandes dolencias necesitan
de grandes beneficios y remedios;
en conformidad, pues, de la indecible
misericordia dignamente vuestra,
las culpas cancelad que escritas lloro
en el libro de cargo de mi vida.
Lavadme una vez y otra, que de muchas
necesitan las manchas de mi alma,
las culpas de mi alma numerosas,
purificadme como más conviene
a la necesidad de mis miserias
para que, de ellas limpio, os desenoje.

Que si hasta aquí las he desconocido
ya las confieso humilde, y aunque tarde,
conoceréis que no tarde las lloro;
digo que las conozco y las confieso,
que las traigo delante de mis ojos,
presentes siempre todas sus fealdades
con dura reprensión dándome en cara
que os ofendí con ellas torpemente
y pues las veis lloradas de mi parte,
véalas perdonadas de la vuestra.

A vos solo pequé, pequé a vos solo,
aunque los ofendidos fueron tantos,
pues me descomedí en presencia vuestra
(vivo dolor que me atraviesa el alma)
perdiéndoos el respeto en vuestros ojos,
siendo Vos el juez, parte y testigo
cuando me recelaba de los hombres;
a Vos solo pequé villanamente,
de vuestras leyes transgresor ingrato,
a vos solo pequé, porque a Vos solo,
a mi corona superior, venero,
que solamente puede castigarme
y aunque de la real misericordia
que solicito, los efectos nobles
son mis provechos y mis intereses,
la honra vuestra os va que es honra vuestra
como utilidad mía perdonarme,
pues los que vuestras obras examinan
y las quieren juzgar, verán vencidos
que cumplís con verdad vuestras promesas,
que ajustáis con las obras las palabras
y que cumplís lo que me prometistes
de perdonar, clemente, mis pecados.
Para obligar vuestras misericordias
no tengo que alegar sino flaquezas
y son, que soy en culpas concebido,
que nacieron mis culpas con mi vida,
fragilidad a que nací sujeto
porque me concibió en culpas mi madre:
lo mismo que me culpa me disculpa,
si puede haber disculpa en culpas tantas.

Mirad que la verdad amastes siempre
y, con amarla, siempre la tratastes
y amáis al que la trata y que la dice

y que porque la digo yo y la trato,
dándoos de lo uno y otro por servido
me revelastes mil secretos vuestros
de vuestra singular sabiduría,
no menos misteriosos que profundos
dentro en mi corazón depositados
y también es verdad que el perdón vuestro
me prometistes y debéis cumplirlo
y yo también la digo sin rebozo,
mis culpas, vergonzoso confesando,
a vuestros santos ojos acción grata.

Rociareisme, tras esto, felizmente
con las teñidas hojas del hisopo
en el agua y ceniza misteriosa
de la bermeja, no manchada, vaca
(de la expiación legal sagrado rito
del bautismo pronóstico dichoso)
lavareisme y por Vos, señor, lavado
los rizados albores de la nieve,
del cisne injuria y del armiño celos,
cederán sus blancuras a las mías,
más albas que mil nieves y más puras,
de las clemencias vuestras digna hazaña.

Bañaréis de llorosas alegrías
y de gozos callados mis oídos.
De mi perdón con las dichosas nuevas
regocijarse han los dolorosos
huesos, brumados del quebranto triste
y de la grave carga de mis culpas
y cobrarán mis fuerzas nuevas fuerzas.

Mas para que consiga el bien que os pido,
torced, torced el rostro a mis pecados
y no a este pecador que ya los llora;
quitadlos de delante de los ojos,
de raíz arrancándolos del alma,
borradlos, canceladlos y olvidadlos,
que yo haré libro nuevo y nueva vida.

Y para que con sabio acuerdo acierte
de nuevo en mí criad ardores puros
formando un corazón purezas todo
que es tema (¡ay, Dios!) como temeros debe
y os ame siempre como debe amaros
y infundid un espíritu constante,
afectuoso y recto en mis entrañas,

dado como de nuevo, que alentado
 vuestra Ley siga y huya mis flaquezas.
 Y de hoy en adelante, secamente
 no me deis con las puertas en los ojos,
 ni de los vuestros con desabrimiento
 me despedáis, Señor, ni la asistencia
 me neguéis del espíritu divino
 que es santificador de corazones
 y vuestro en fin, que con impulsos santos
 me despierte y anime en mis empleos
 para que, reducido a la dichosa
 paz de mi pecho, en ella persevere.

 Restituidme a aquella verdadera
 alegría del alma deseada,
 de la salud que humilde en Vos espero
 y confirmadme poderosamente
 con valentías y con ardimientos
 de un esforzado espíritu que sea
 el que un príncipe justo necesita
 y el que conviene a un capitán valiente.

 Y, deudor a tan altos beneficios,
 no solamente enmendaré mi vida
 pero, maestro de otros pecadores
 les daré buen ejemplo con mi ejemplo,
 enseñarelos con palabras y obras
 cómo se muden, cómo se conviertan
 y dejen los caminos no acertados
 por que acierten mejor vuestros caminos,
 veréis que los que errados me siguieron,
 penitente me siguen y que aciertan
 de vuestra Ley con la observancia justa.

 Mas para que ejecute mis deseos
 con acierto mejor, vuelvo a pedirlos
 que me libréis de las ingratas culpas
 del bárbaro homicidio, pues sois solo
 mi Dios y Dios de la salud del alma,
 mirad que la venganza con denuedo
 sangriento justamente me amenaza
 de la sangre vertida injustamente
 y que a Vos la demanda clamorosa
 celebrará mi lengua en dulce canto,
 bañada de consuelos las grandezas
 de la justicia vuestra que, ahidalgada,
 sabe aplacarse y perdonar pecados.

Y para que os alabe como debo,
reconocido a tantos beneficios,
Señor, abrid mis labios y mi boca,
por que elocuentes con alientos vuestros,
repita vuestras dignas alabanzas.

Que a poder, por las culpas cometidas,
agradaros sangrientos sacrificios
os los hiciera por desenojaros,
mas sé que no os agradan por sí solos,
aunque sean los sumos holocaustos,
si valor no les da con la obediencia
la fe del alma en vuestras justas leyes.

Un alma, sí, Señor, atribulada,
un corazón contrito y humillado,
en lágrimas llovido por los ojos,
como yo os sacrifico con mil ansias,
grandemente os agrada y os obliga
y es vuestro más acepto sacrificio.

Sepa. Señor, hacerle como debo,
para que con desprecios desdeñosos
de mí no os escondáis y por que acierte,
benignamente usad vuestras clemencias
a que os inclina con afectos nobles
vuestro amor blando y voluntad benigna
con Sión, monte vuestro, monte santo,
a quien por mí mirábades torcido
y de Jerusalén los altos muros
que enflaquecer pudieron mis pecados,
por vos reedificados permanezcan;
por mí no cesen los favores vuestros
con que la honrastes y favorecistes,
defendedlos en paz y conservadlos.

Y a vuestra gracia entonces reducidos
aceptaréis con apacibles ojos
los sacrificios, gratos cuanto justos,
de bondad, de justicia y obediencia
y piadoso con ellos juntamente
las oblaciones y los holocaustos,
porque os serán entonces agradables
y en vuestros fuegos arderán felices
blancos becerros en acción de gracias
que sobre vuestras aras os aplaquen
y de lo oscuro, a vuestra luz nos saquen.

PSALMO LI

DE LA REMUNERACIÓN DE LOS BUENOS Y MALOS

¿No te basta ser hombre revoltoso,
doblado, falso, engañador, fingido,
congraciador, chismoso, lisonjero,
malsín, cizañador y redomado,
hombre de mala lengua y de mal alma,
rasgado en todo género de vicios
sin que te precies descaradamente
y te alabes de serlo y parecerlo
sin vergüenza de Dios y de los hombres?
Hombre que, de la noche a la mañana,
sin que hagas treguas con tu boca un hora
como si tu alma fuera solo lenguas,
en tu lengua tu alma, solo estudias
en decir mal, pensarle y en hacerle.
Eres como navaja descuidada
en mano de aprendiz práctico poco
que blandamente va cortando el pelo
y al mejor tiempo, con presteza aguda,
engañosa, desuella al que adulaba
afeándole, en vez de hermosearle.
Tan malo que amas solo lo que es malo
y que aborreces todo lo que es bueno,
que aunque hacer puedes bien, jamás le haces.
pesándote del mal que hacer no puedes;
jamás palabra de verdad hablaste
ni dejaste de hablar vanas mentiras,
lo falso a la verdad anteponiendo.
Préciaste de tu lengua engañadora
y eres amigo de arrojarte siempre
y echarte (como dicen) con la carga,
precipitado en mil arrojamientos
para desesperar los que lastimas
y hacer que se despeñen, mal sufridos,
picas con ellos, ¿picas?, alanceas
créditos, honras y reputaciones.
Maldita sea de Dios tan mala lengua,
mil veces merecía ser cortada.
Mas no te alabarás, espera un poco,
que Dios te dará el pago que mereces:
quedarás para siempre destruído
sin que ni aun rastro quede de quien fuiste;

desterrarate de tu propia casa
sin que estaca en pared te quede en ella;
arrancarate como a planta inútil,
con raíces y todo, sin que quede
sucesor que conserve tu memoria,
desheredado merecidamente
del Cielo, patria y tierra de los vivos.

Escarmentados en cabeza ajena,
temerán los más buenos, los más justos,
reverenciando a Dios en sus castigos,
burlaranse, riendo, de tus cosas
de verte, alegres, con tu merecido
y dirán, señalando con el dedo:
mirad, mirad al bravo, al jactancioso,
el desalmado ved en qué ha parado
por despeñarse, necio, despreciarse
de valerse de Dios que le ayudara.

Mas que en él, confiando en sus riquezas,
por ser tantas, pensando que bastaran
a conservarle en su viciosa vida
tomando fuerzas y prevaleciendo,
envanecido en todas sus acciones,
edificios de viento maquinando.

Mas yo, en sus escarmientos estudioso,
acójome a sagrado y de la Iglesia
me llamo, que me valga y que me libre
y en la Casa de Dios, heredad fértil,
como suele medrar frondosa oliva,
rica con los racimos provechosos,
raíces echaré, solicitando
con mi esperanza su misericordia,
que no me arranque como a inútil planta,
mas que en ella me deje eternamente,
a donde os diga eternas alabanzas
por cuanto hacéis, Señor, que todo es bueno
cuanto conmigo usáis, adverso y próspero,
y porque me habéis hecho favor tanto
de usar conmigo de piedad tamaño
y porque esperaré, no en vanos bienes,
no en faustos, en haberes y potencias
(amadas vanidades) sino alegre
en vuestro nombre misericordioso,
amable cuanto grato a vuestros santos,

de su bondad favores y clemencias,
lleno de gozos como de experiencias.

PSALMO LII

DE LA OBSTINACIÓN DE LOS PECADORES

Por arrojarse desbocadamente
al sacrilegio, al logro,¹⁴ a la torpeza,
a la gula, al engaño, al latrocinio,
perdiendo a Dios el miedo y el respeto.
Dijo en su loco corazón el loco:
«No es posible que hay Dios que en esto mire!
(¡Qué grande ceguedad, qué error tan grande!).
No se atrevió a tomarlo, no, en la boca,
temiendo, conjurados en su daño,
para acabarle no se conjuraran
el Cielo, el fuego, el aire, el mar, la tierra.
Oyéronlo, aplacidos, otros necios
y aplaudieron sus ciegos desvaríos,
con lo cual sus costumbres depravadas
tan perniciosamente corrompieron
con tan enormes culpas que a los Cielos
se hicieron torpemente abominables,
aborrecibles cuanto aborrecidos,
ninguno hay que bien haga ni bien viva.

Desde su Alcázar de estrellados muros
el que todo lo ve y es ojos todo
miró como Juez y rey eterno
los miserables hijos de los hombres,
examinando si entre tantos locos
hubiese alguno cuerdo que tratase
de buscarle, de amarle y de servirle
y halló que todos, sin faltar ninguno,
ennubecidos en errores ciegos,
volvieron a sus leyes las espaldas,
torciendo del camino verdadero
y siguiendo el errado de los gustos,
viven de balde, número hacen solo
sin ser de algún provecho para nada,
sin haber uno entre ellos que bien viva.

¿Cuándo en sí volverán? ¿Cuándo en sí vueltos
sabrán (pues no lo saben) lo que deben

14.—El 'logro' vale aquí por la ganancia obtenida por medio de usura.

saber, estos que viven licenciosos
sin Dios, que hay Dios que premia y que castiga,
libres perpetradores de maldades,
estos que comer quieren a bocados
mis pobrecitos, mis menesterosos,
con tantas ganas como hambriento suele
comer el pan, si duro, deseado,
como el pan que, comido, nunca cansa,
que con afectaciones pretendidas,
ni a Dios llamaron ni le conocieron
y, por no conocerle ni llamarle,
temblaron, temerosos y turbados,
con temblores se helaron pavorosos
sin ocasión para temer ninguna,
pero ¿qué mucho que sin temor teman,
pues es, sin duda, bien considerado,
toda temores una mala vida?

Enflaqueció el Señor sus poderíos
y quebrantó sus nerviosas fuerzas,
brumándoles los huesos miserables
y esparcirlos despreciadamente,
porque a los hombres solamente agradan
con sus antojos contemporizando
por sus respetos y sus pretensiones
y veranse afrentados y corridos
viendo que Dios los mira con desprecio
sin hacer caso de ellos ni sus cosas.
¿Quién, pues, vendrá de la Sión celeste
a libertar y redimir su pueblo
y a darle la salud que necesita?
¿Quién sino Dios, que de la servidumbre
dura le libraré y, seguro y libre,
a su primero estado reducido
le hará, con su rescate, venturoso?
¡Ay, plega a Dios que acelerado venga
a redimirle, honrarle y socorrerle,
que Jacob, lleno entonces de alegría
y gozoso Israel en bienes tantos,
no cabrán de placer, dándole gracias,
libres de desafueros y desgracias.

PSALMO LIII

ORACIÓN EN LA PERSECUCIÓN

Salvadme en vuestro nombre poderoso
y en vuestro omnipotente poderío,
poderoso Señor, que alevemente
me han querido vender a mi contrario
en vuestra virtuosa fortaleza.
Libradme, eterno Dios, juzgad mi causa,
guardadme, pues la tengo, mi justicia,
dadme venganza de quien mal me quiere.
Oíd mis oraciones y mis ruegos
y no os dificultéis a mis querellas.
Pues que sabéis que hasta los extranjeros,
los soldados, Señor, de otras naciones,
contra mí amotinados se levantan,
los magnates del pueblo me persiguen,
los bravos del ejército me espían,
tan sin temor de Dios que aun no se acuerdan
que haya Dios que lo mira y juzga todo.
Mas entre tan amargos desconsuelos
veis aquí donde Dios, puesto a mi lado
(que nunca falta Dios a quien le llama)
en mi socorro vino y mi defensa,
sacome a paz y salvo de sus manos
siendo amparo y defensa de mi vida.
Revolved, pues, sobre ellos, rey eterno
y airado perseguid mis enemigos
y todo el mal que hacerme procuraron
sobre ellos llueva y se resuelva en ellos
y, conforme, Señor, a las promesas
vuestras, tan verdaderas como vuestras,
que todas son certísimas verdades,
perseguidlos, mi Dios y, perseguidos,
perezcan asolados para siempre.

Veréis las buenas ganas con que os sirvo,
la buena voluntad con que os ofrezco
mis sacrificios en acción de gracias:
confesaré el divino nombre vuestro
y alabaré diciendo que es alegre,
todo bondades y clemencias todo,
porque de todas mis tribulaciones,
angustias y aflicciones me librástes
con que, favorecido y amparado,

con desprecio miré mis enemigos
pareciéndome pocos y cobardes
en la venganza justa que tomaba,
con que de mis injurias me vengaba.

PSALMO LIV

ORACIÓN EN LA PERSECUCIÓN

Poderoso Señor, clemencias todo,
oíd mis lastimeras oraciones,
no despreciéis mis ruegos, aunque indignos,
la persona atended que os lo suplica,
aplicad el oído a mis querellas,
dad a mis memoriales grata audiencia
y entienda que entendéis mis desconsuelos.

Que triste, melancólico y lloroso,
fluctuando vivo entre encontrados vientos,
confiriendo conmigo mis miserias,
aun en los ejercicios virtuosos,
temiendo, cada día amenazado,
entre angustias del alma la orgullosa
y descompuesta voz de mi enemigo
y la del que, arrogante, me amenaza,
penas, pesares y tribulaciones
haciendo estremecerme y conturbarme
con su desmesurada vocería.

Echábanme la culpa de las tuyas,
levantábanme falsos testimonios,
afrentas me decían y baldones,
mi opinión y mi fama mancillando,
desmesurados, licenciosamente
y airados contra mí y enfurecidos,
me perseguían y me molestaban
granizando maldades en mi daño.

Caído el corazón en todo el pecho,
de pena conturbado, no cabía
la trabazón de nervios y de huesos
se desenlabonaba, fría y helada;
al ojo vi la muerte y tan presente
que la temblaba, horrible y espantable,
con la segur¹⁵ sangrienta, con amagos
medrosos sobre mí, anudado el cuello

15.—La segur es el hacha de doble filo.

entre sombras, asombros y congojas.
El temblor y temor de mano armada
salieron en mi alcance conturbado,
temblaba y trasudaba temeroso,
mis ojos tristes se entenebrecieron,
huía la luz, la soledad amaba,
hallando en las tinieblas compañía
si bien de horrores y temores llenas,
que inconsolablemente me cercaban.
Y dije: ¡Ay, Dios, ¿quién argentadas plumas
me diera de paloma fugitiva,
de bien templado halcón que la da caza?
Con las alas rompiendo en vez de remos,
con ruidoso batir las claras ondas
del transparente mar, del aire zarzo
hasta llegar al abrigado puerto
volara, retirado del bullicio
mil leguas de la corte engañadora
a selva espesa o escondida gruta
donde alentara en mis persecuciones
y en mis tribulaciones descansara.
Mas ya que no las tuve, como un gamo
con voladores pies me puse en cobro,
lejos, si hay lejos de las malas lenguas
a donde en el desierto no envidiado
gocé de asiento su inmunidad santa,
no siendo para mí fieras sus fieras
respecto de las fieras de la Corte.
Donde esperé, con ansias fervorosas,
a Dios, que me libró y que puso en salvo
mi alma triste, del temor cobarde
que concebí en las roncadas avenidas
de la deshecha tempestad de penas,
trabajos, desconsuelos y aflicciones.
Poderoso Señor, Dios justiciero,
con ellos acabad, precipitadlos,
sus lenguas dividid, como en la torre
audaz al Cielo en confusión errada
porque la ciudad toda, toda es culpas,
toda maldades, injusticias toda,
porfías, encuentros, temas, disensiones,
concordes en pecar chicos y grandes,
si bien discordes en el modo y formas.
De posta la maldad sobre los muros

de la ingrata ciudad, la ronda y vela
de día y de noche con desvelo eterno
rodeando y guardando sus murallas,
el trabajo mayor de sus trabajos,
su mayor opresión, mayor desdicha,
del corazón le vino del Senado,
del mal gobierno de los senadores
en quien la sinjusticia predomina,
la avaricia, la fuerza, el amor propio;
por las calles y plazas se cometen
sin vergüenza mil públicos pecados,
logros, usuras, hurtos, fraudes, trampas,
sin que haya vicio desvalido entre ellos
y en especial, hablando de mis cosas,
si fuera mi enemigo declarado
el que me maldijera y malsinara,
tuviera en mis agravios sufrimiento;
si dijera de mí mil insolencias
quien yo supiera que me aborreciera
llevara con paciencia mis agravios,
hurtara el cuerpo a sus arrojamientos,
de él me guardara sin tomar venganza,
mas ¿del amigo, del privado mío?
Tan conformes los dos que parecíamos
que un alma a los dos cuerpos alentaba,
a quien honré con título de Duque,
mi capitán, mi guarda, mi gobierno,
conocido de mí por el querido,
mi <mayor> familiar, mi más privado.
¡oh ingrato Aquitofel, parte del alma
que, sentado a mi lado y a mi mesa
comías conmigo de mi mismo plato
dándote los bocados más sabrosos
sin que me entrase cosa en buen provecho
el día que faltabas de mi mesa!
Al templo te llevaba y a mi lado
parte te daba en todos mis secretos,
tan respetado como mi persona
consintiendo, gustoso, que te honrasen
por lo bien que te amé, como a mí mismo.
Sobre tan malos hombres plega al Cielo
venga la Muerte arrebatadamente,
vivos la tierra se los trague y sorba
y en alma y cuerpo, en torbellino oscuro,

entre humos negros bajen al infierno.

Hombres que sin empacho y sin vergüenza
dentro en sus casas a lo mesurado
fomentan y sustentan las maldades.
¿Qué es en sus casas? En sus corazones,
en medio de ellos con rencor callado.

Contra estos tales, contra sus injurias
de Dios me valgo y llámole, lloroso,
con incesantes ruegos y clamores,
seguro de que tiene de librarme.
Y para que obligarle más le pueda,
cuando la Aurora restituya al mundo
la perdida belleza que la noche
le hurtó, envidiosa, cuando el Sol las cumbres
pise del cielo con rosadas plantas
ejercitando su luciente imperio,
cuando descienda a las saladas ondas
del lisonjero mar y revestida
de luces rubias la etiopisa noche
del trabajo común, común descanso
a darle vuelva al mundo en pardas nubes,
a Dios referiré, aunque Dios lo sabe,
los trabajos que paso injustamente,
las injurias que humildemente sufro,
con esperanzas que mis tiernos ruegos
moverán a clemencia sus oídos
y que redimirá con piedad noble
mi vida, de estos hombres inhumanos,
restituirame a mi primer sosiego,
sacarme ha a paz y salvo de las furias
de los que más de cerca me acosaban,
libre de los traidores que solían
conmigo militar, entre otros muchos
siendo de los primeros, entre todos,
que más se señalaban en mi ofensa;
eran mil contra uno, mas en vano,
pues si bien eran tantos enemigos,
conmigo estaban en defensa mía
soldados muchos más y más valientes,
enviados del Cielo en mi socorro,
porque en fin me oyó Dios, juez eterno,
que los desbarató afrentosamente
su altivez abatiendo y su jactancia,
que porque sus costumbres no enmendaron,

ni mudaron de vida, ni temieron
a Dios, a quien temer y amar debían,
levantará su mano poderosa
y les dará el castigo merecido,
dando iguales las penas a las culpas.
Mancillaron el pacto confirmado
entre ellos y entre Dios con sus ofensas,
su Ley santa violando inicualemente,
por esto, pues, desbarató esparcidos
sus escuadrones en su rostro airado,
los malos dividiendo de los buenos,
como labrador suele paja inútil
del confuso montón del útil grano,
traidores que simulan halagüeños,
con gratitud modesta y faz risueña
el rencor interior y intención mala,
trazando en sus alevés corazones
cómo acercarse a mí para acabarme.

Tenían unas palabras amorosas,
más que oloroso bálsamo suaves,
más que la cera blanda regaladas
y en cada una, a lo disimulado,
iba una flecha que clavaba el alma.
Esfuerza, corazón, ánimo cobra,
pon en Dios tus cuidados y tus penas,
fíale tus defensas y venganzas,
que no habrá madre enternecida tanto
con el hijo, abrigado entre sus pechos,
que así le críe, le sustente y guarde
como contigo Dios, que siempre cuida
de tu defensa, educación y amparo,
que aunque tal vez el justo combatido
de vientos rotos de tribulaciones
permite que fluctúe, no permite
que le arrebaten bramadoras ondas,
mas en brazos le saca consolado
al puerto del descanso pretendido,
porque Vos, Dios eterno, a éstos traidores
despeñaréis con precipicio eterno
al lago oscuro de la muerte horrenda.
que rara vez sangrientos homicidas
ni engañadores de sencilla gente
a la mitad llegaron de los días
que pensaron vivir, ni que vivieran

según sus concertadas complexiones
que muere a hierro quien a hierro mata,
muerte violenta quien la dio violenta,
pero yo tengo en Vos mis confianzas,
seguro en vuestra guarda y vuestro amparo,
que he de gozar la luz del cielo claro.

PSALMO LV

ORACIÓN EN LA TRIBULACIÓN

Lastimen os, Señor, trabajos míos,
mis desconsuelos y persecuciones
y usad conmigo de clemencias largas,
si sois mi Dios, ¿permitiréis que un hombre,
un hombre que he obligado tantas veces,
siendo su bienhechor, siendo su amparo,
que me es deudor de tantas buenas obras,
me traiga entre los pies y me atropelle?
Pisado, como suele, en lagar tosco
uva exprimida de groseras plantas,
acosado y ahogado todo el día,
de comerme a bocados codicioso
y de beberme la inocente sangre,
declarado por público enemigo
y con él, los demás, por complacerle,
mancomunados sin perdonar día,
de día y de noche con rencor sangriento,
tratan de atropellarme y me atropellan,
intentan perseguirme y me persiguen,
quieren hacerme guerra y me la hacen
¡contra uno solo y desarmado, tantos!
Véome rodeado de peligros,
de todos temeroso, aunque más temo
los que me acosan más entrado el día,
que son más declarados y mayores
porque se juntan a tratar mis males
los poderosos más los más validos,
con más poder y con mayor esfuerzo
y temo, después de esto, cuando miro
que más me aprietan de las partes altas
sin cesar la mayor parte del día,
si bien espero en vos constantemente
que solo me podéis librar de todos.
Palabra me habéis dado, en ella espero,

dándoos por ella eternas alabanzas
y en fe de ella me animo y digo a voces:
¿Qué mal me puede hacer hombre nacido?
¿Qué tengo que temer a ningún hombre
si todos flacos son y miserables
y Dios es Dios, que me defiende y guarda?
Mirábanme a la boca todo el día
sin que palabras hablase que no fuese
por ellos contradicha y censurada,
condenada por mala y perniciosa,
echando la mejor a la peor parte,
espiano mis pasos y mi vida;
sus mayores cuidados y desvelos
eran de hacerme mal y de ofenderme,
no pensaban jamás en otra cosa,
contra mí agavillados se juntaban
al rededor de mí con rencor ciego,
disimulando el odio concebido,
la mano esconden y la piedra tiran:
atienden dónde voy, de dónde vengo,
contándome los pasos y acechándome,
por lo cual, plegue a Dios que de la forma
que pretendieron y que desearon
mi bien y mi remedio, así le tengan
y pues que por nonada me afligieron,
Señor, de vuestra mano poderosa,
del modo que ellos, sin tenerme en nada
por acabar mi vida me insidieron,
teniéndolos en nada, en Vos confío
que no solo no habéis de socorrerlos,
pero que vengador y justiciero,
hechos polvos airado justamente,
pueblos enteros contra mí atrevidos
habéis de quebrantar hasta acabarlos.

Aunque veis, como Dios, mis desconsuelos
y la vida que paso lamentable
quise que, referida de mi boca,
Señor, me la escuchásedes piadoso
porque sé que tenéis siempre presentes
las lágrimas que vierto al referirlas,
que las guardáis como licor precioso
que os puede ser de gusto y de regalo
(que lágrimas hay, Dios, que bien os saben)
y siempre en vuestro libro de memoria

las escribís, haciéndoos de ellas cargo,
habiéndonos por ellas prometido
que oiréis clemente al que las llora humilde
y admitidas de vos y consoladas
entonces viendo los amparos vuestros
con afrentosa huída mis contrarios
volverán, confundidos, las espaldas,
que yo, de que os llamé y en todos tiempos
me oíste y amparastes humilmente
reconocido vivo y reconozco
que sois mi Dios, que me guardáis por vuestro,
de que vuestra palabra tengo en prendas
os doy mil merecidas alabanzas,
gracias os daré siempre, rey eterno,
agradecido siempre a favor tanto
de que en prendas me dais vuestra palabra.
En Vos esperaré, no temeroso
que me pueda hacer mal hombre viviente.
También tengo presentes las promesas
y los votos que os hice, que no ingrato
os cumpliré, con santa acción de gracias,
porque me redimistes de la muerte
que ya me amenazaba, encruelecida,
en mano aleve de enemigo astuto
y guardastes mis pies que no cayesen
ni miserablemente se enredasen
en tantos lazos, daños ni peligros
como armados hallaba a cada paso
para que así os agrade y viva siempre
en vuestra gracia, alegre a la serena
luz que gozan los vivos con mil ansias
tras ella, de las bellas de esos ojos,
océano eterno de esplendores rojos.

PSALMO LVI

DEL SOCORRO DE DIOS EN LA TRIBULACIÓN

Misericordia, Dios, misericordia
una vez y otra, que en vos solo el alma
espera confiada y animosa
y no hay, después de Dios, en quien espere
ni quien después de vos pueda librarme.
A la sombra, Señor, de vuestras alas,
inmunidad segura de mis penas

esperaré amparado y defendido
que pase el aguacero de mis males,
la oscura lluvia de tribulaciones,
de acechanzas, de insidias y calumnias
de tantos enemigos concitada
como el polluelo tímido se vale
de la erizada pluma de la madre
contra el ladrón milano que le mira
con insidiosos, cuanto alevos ojos,
haciendo puntas con dañosos cercos;
así, Señor, de vos llego a valerme
contra la ingratitude que me persigue.
La voz levantaré constantemente,
llamaré a Dios que aunque sobre los Cielos
retirado se encumbra, oirá mis voces;
a Dios, mi bienhechor, que bienes tantos
y mercedes me ha hecho y hace siempre.
Apenas le llamé cuando, piadoso,
me envió, de su trono de luceros,
ángeles en mi guarda y mi custodia,
con que hizo avergonzar debidamente
los que me atropellaban y oprimían.
A dos manos jugó desde su Cielo
de su justicia y su misericordia
haciendo verdaderas sus palabras,
mi vida defendiendo con la una,
con la otra defendiendo mis contrarios
arrebató mi vida de las garras
de los soldados, que como cachorros
me tenían cercado y oprimido
y abrasado con chismes y malicias
y aunque libre me vía, eran mis sueños
con sobresaltos y con pesadillas
(que el descanso, aun en sueños, me faltaba),
porque son estos hijos de este siglo
más fieras que las fieras, pues las fieras
tienen de fieras los sangrientos dientes,
agudas garras, lenguas venenosas
con que ofenden de cerca, no de lejos,
pero los dientes de éstos son saetas,
herradas lanzas que a ninguno yerran
y sus lenguas, cuchillos de dos filos
con que de lejos y de cerca hieren.
Tomad de ellos, Señor, justa venganza,

ensalza vuestro nombre poderoso
sobre los cielos que le adoran y aman
y la gloria inmortal de vuestros triunfos
vuela por todo el Orbe victoriosa,
Hallaba a cada paso un traidor lazo
disimulado por mis enemigos
y ya de forma me tenían brumado
de sus persecuciones con la carga
que agravado mi cuerpo me rendía
y en él, rendida el alma, flaqueaba.

Puedo decir que vi la muerte al ojo
en cueva que labraron engañosa
donde precipitarme descuidado;
fue para mí, pero cayeron ellos,
hallaron en mis daños sus peligros.
Por lo cual, ¡oh, Señor!, constantemente
en vos resigno el corazón humilde,
resigno el corazón, siempre sujeto
a vuestra voluntad subordinado,
dándoos con él las merecidas gracias
con himnos y con salmos repetidos,
al son cantados de instrumentos varios.

Para cantar sus dignas alabanzas
despierta, pues, despierta, oh alma mía,
mi gloria y mi decoro alegremente
levántate a cantar y alegre canta,
levántate, psalterio placentero,
levántate también, harpa sonora,
entristecidos cuanto arrinconados,
llenos de polvo y de melancolía,
conmigo os alegrad, sonad alegres,
llevad el canto llano a mis consuelos,
que yo he de madrugar con el Aurora,
que el Aurora es amiga de las musas,
a dar cantando una alborada al Cielo.
A daros, Dios eterno, eternas gracias
en presencia de todas las naciones
cantando salmos, predicando alegre
de gente en gente vuestras alabanzas,
porque vuestra real misericordia,
vuestra benignidad ilimitada,
hasta los Cielos llega y no la ciñen,
vuestra verdad, en las promesas cierta,
vuestra fidelidad en las palabras

las nubes rompen, pasan de los Cielos.
Ensalzad vuestro nombre majestuoso
sobre los capiteles estrellados
que vuestra Majestad interminada
por todo el Orbe alabaré ensalzada.

PSALMO LVII

DE LOS MALOS HOMBRES

Pues tanto blasonáis, oh, senadores,
caballeros, repúblicos, jueces,
de que tratáis verdad y hacéis justicia,
que el bien común miráis con justo celo,
cada uno cumpliendo con su oficio
conforme debe y como está obligado,
su derecho guardando a cada uno,
haced lo que decid que hacéis, hacedlo:
tratad verdad, guardad, guardad justicia,
rectamente juzgad, que es bueno y santo.
Mas, ¡ay de mí!, que lo contrario siento,
pues corrompidos vuestros corazones,
vuestra mala intención ponéis por obra,
con que abrasáis injustamente al mundo,
con que asoláis la tierra injustamente;
sois malos y queréis parecer buenos
y buenos parecéis, siendo tan malos:
vuestras manos revierten injusticias
si bien en vano procuráis dorarlas;
no podéis solapar los pesos falsos,
lleváis siempre de más y dais de menos,
quitando a unos para dar a otros,
nunca pesando con igual balanza,
una culpa con otra eslabonando,
daño añadiendo a daño, culpa a culpa.
Mamáronlo en la leche, no me admiro.
Pero ¿qué es lo que digo? Desde el vientre
de su culpada madre lo aprendieron;
de sus vientres salieron enseñados
en las mentiras y en las falsedades,
de todo bien y de virtud ajenos,
errados siempre en el camino errado,
haciendo en fin como hombres mal nacidos:
si se enfurecen, son unas serpientes,
unos dragones, unos basiliscos

que matan con las lenguas y los ojos;
éstos con fuego, con ponzoña aquellos,
en sus iniquidades obstinados,
en su astucia y dureza semejantes
al áspid, que ensordece de malicia,
que cose la una oreja con la tierra
y la otra oculta con la extrema parte
por no escuchar la voz que suavemente
murmura, encantador, para amansarle,
ni el blando halago de hechicero sabio
que susurrando versos le entornece
y obliga a que deponga sus venenos,
mas sin embargo de dureza tanta
Dios los sacudirá a puño cerrado,
haciéndolos saltar hechos menuzos
los dientes de la boca, en sangre envueltos,
las muelas romperá de estos leones
desquijarando su feroz braveza.
Perecerán con triste acabamiento
como suele creciente repentina
precipitada con ruidoso estruendo
de montes castigados de las nubes
de tempestad, cuanto violenta breve,
tan brevemente desaparecida
que se puede pensar que abrió la tierra
para sorberla sus sedientas bocas
cuando flecharen los dañosos arcos,
rompidas sus saetas por los aires,
sin conseguir efecto, se enflaquezcan,
sin virtud y sin fuerzas quebrantados,
que Dios el suyo flechará certero
hasta que se le rindan temerosos,
pálidos de temor y conturbados.
Derretiralos como a fácil cera
que el Sol deshace o que consume el fuego,
andarán arrastrados, como suele
caracol que se exhala armado en vano,
pues al fuego indignado de su ira,
que sobre ellos bajó en ardientes cercos
deslumbrados y ciegos juntamente
a los rayos del Sol, al sol no vieron,
más que la talpa¹⁶ ciega entorpecidos,

16.-La 'talpa es el topo.

más que niño abortado, a quien el Cielo
en el vientre negó la luz primera,
antes, el triste, muerto que nacido.
Antes que las espinas no cuajadas
vuestras crezcan y formen punzadoras
endurecidas y espinosas zarzas,
duros espinos que envejece el tiempo
y puedan lastimar y ofender puedan
os tragarán sus iras vengadoras
vivos, os tragarán con daño eterno,
seréis como la olla que a la lumbre
de las secas espinas hervir suele,
que por la falta de la breve llama
no su pudo cocer y medio cruda
hambre pudo aplacar inaplacable
de hombre que engullendo la devora,
así os engullirán sus justas iras,
no solo medio crudos, medio vivos;
vivos os tragarán, como la tierra
o el mar suele tragar vivos los hombres.
Alegrarse el justo en su venganza
por ser ejecución de su justicia,
por verse en salvo, donde alegre goza,
libre de sus pecados, de su gracia
y lavará sus manos en su sangre,
sus pies lavará en ella victorioso,
porque correrán de ellas turbios ríos
sirviéndole su sangre de escarmiento
y de baño que mas le purifique,
lavado más y más, mas cuidadoso,
más enmendado en el castigo ajeno.
Entonces dirá el hombre: grandes frutos
son los que el justo, merecidos, goza,
que bien logrados mira sus trabajos.
Gran cosa es ser un hombre justo y bueno,
pero ¿qué mucho si con igual vara
juzga Dios justamente al bueno y malo,
dando a los malos las debidas penas
y los debidos premios a los buenos,
conforme a lo que obraron en la Tierra,
culpas viciosas o virtudes santas?
Que hay Dios que juzga, de pasión ajeno,
al malo condenando, honrando al bueno.

PSALMO LVIII

ORACIÓN EN LA PERSECUCIÓN

Socorredme, Señor, Señor, libradme,
que solo Vos podéis y de Vos solo
espero mi socorro y mi remedio,
que en la casa y palacio de mi esposa,
donde pensé ocultarme, me han sitiado
escuadras de soldados enemigos
que contra mí sin causa se levantan,
todos armados, conjurados todos,
ansiosos de prenderme y de matarme.
Mirad que todos son facinorosos,
sanguinolentos, fieros, desalmados,
en el lazo he caído, ya mi vida,
si no me socorréis, está en sus manos,
más que las de la Muerte inexorables
y si no me libráis, es imposible
ni huirme, ni escaparme, ni esconderme
porque los bravos más, los más valientes
y los más arriscados del ejército,
con ímpetu orgulloso me rodean,
me buscan y me cercan y acometen,
agavillados en ofensa mía.
Sin darles ocasión, sin darles causa,
sin culpas ni pecados, que me acuerde
con que ofender pusiese al menor de ellos.
sin ofensa de nadie, la carrera
pasaba de mi vida, cuidadoso
de enderezar mis pasos sin que nadie
se quejase de mí ni se ofendiese.
Despertad si dormís, que lo parece
(aunque nunca dormís en mis socorros)
y al encuentro salid a mis cuidados,
a mi lado os poned y en mi defensa
pues sois mi Dios y Dios de las batallas,
Dios de Israel, que es pueblo y gente vuestra.
Estad atento y visitad severo
a <aqu>estos insolentes desgarrados,
gente, señor, en fin Dios, sin alma
y a todos los que buscan mi ruina,
indignos del perdón que se prometen;
no se les deis, mi Dios, porque en sus culpas
con porfía obstinada perseveran.

Cuando vecino el Sol entre follajes
de nácar y oro, al mar donde descansa
en cama de corales y de perlas,
dando lugar a la morena noche,
parte de ellos, sitiado, me rodean,
todos puestos en arma, alerta todos
para que no me escape de sus manos
y parte de ellos por la Ciudad rondan
dando una vuelta y otra, como perros
con hambre encarnizada de mi vida,
sin dejar muro, puerta, ni portillo,
públicas plazas ni secretas partes
por donde pueda entrarme algún socorro
para impedirle, con violentas armas,
muriendo por matar a quien hallaren.
Con susurro mordaz de mí murmuran,
de mí diciendo cuantos males pueden,
hablando de mi muerte con recato,
siendo, Señor, sus labios mis cuchillos,
lazos, espadas, dardos, fuegos, muertes,
cuanto se les escucha es vino y armas
y pensando que nadie los escucha
dicen: ¿Quién nos oirá lo que trazamos?,
sin acordarse que lo escucháis todo.
Como todo lo veis, que de sus trazas
escarnecéis, dejándolos burlados
y con ellas a ellos, pues si el mundo
con ellos en mi daño se juntase
las volveréis en humo, en sombra, en nada,
y así, en vuestros socorros alentado,
desahogado diré que la osadía,
la robusticidad, la fortaleza
con que pude emprender hazañas grandes,
como vuestras, Señor, las reconozco,
de Vos las recibí y a Vos las vuelvo,
por que estén más guardadas y seguras,
que sois Dios, sois mi Dios y amparo mío,
cuya misericordia generosa
madrugó en mi favor y anticipada
me acompañó desde mis tiernos años.
Diome venganza de mis enemigos
viendo, por estos ojos, la venganza
en los justos estragos que padecen:
no mueran de una vez, sino de muchas,

aserradlos con sierra de madera,
viviendo mueran y muriendo vivan
con muerte dilatada y espaciosa
para que sirva de escarmiento justo
y de triste recuerdo a mis vasallos.
Esparcidlos con diestra vencedora
en la virtud de su valiente esfuerzo,
sin tener hogar cierto, vagabundos
peregrinando ajenos horizontes,
deponedlos, mi dios, de su grandeza
para que así oprimidos y humillados
os reconozcan por protector mío.
Todo, Señor, por sus malvadas lenguas
y injuriosas palabras, pues ninguna
saben hablar que no sea culpa grave;
acaben, pues, en su arrogancia misma
tristemente confusos y humillados,
y de sus maldiciones y blasfemias,
lamenten sus perjurios y sus falsedades,
por Vos públicamente convencidos
sean escarnio y fábula del pueblo.
Alabaré su acabamiento el mundo
(de vuestra ira acción justificada)
que su sañudo ardor disimulando
los ira lentamente consumiendo
hasta que miserablemente mueran.
Conocerán entonces, doloridos.
perseguidos, vagando por el mundo,
que es Dios universal, señor y dueño
no solo de Jacob, su pueblo amado,
mas de los fines últimos del Orbe,
del Polo nuestro al contrapuesto Polo.
Los cuales, de prenderme y de matarme,
porque Vos me guardáis, desconfiados,
a la puesta del sol encruelecidos
se volverán, como rabiosos perros
con <la> hambre insaciable de mi vida,
rondando la ciudad con iras ciegas,
ladrando contra mí, mi honor mordiendo
y por diversos barrios derramados
la cena buscarán de puerta en puerta,
como bribones, como bordoneros
y en no comiendo destempladamente
como bestias hartándose, glotones,

murmurarán de Dios y de sus santos,
acostaránse hambrientos y rabiosos.
Mas yo, Señor, con gozo agradecido,
antes que el sol madrugaré a alabaros,
cantaré vuestra invicta fortaleza
y ensalzaré vuestra misericordia,
porque estáis hecho siempre mi defensa,
mi protector, mi amparo y mi refugio,
en los días, mi Dios, más apretados
de mis angustias y tribulaciones.
A vos, pues, oh señor y amparo mío,
cantaré dulces himnos de alabanzas,
que me habéis recogido en vuestros brazos,
sagrado inmune donde estoy seguro,
dareos las gracias en canciones graves
diciendo al mundo cuán piadosamente
sois para mí, por soberano modo,
todo misericordia, piedad todo.

PSALMO LIX

IMPLORA LA CLEMENCIA DIVINA

Merecimos, Señor, vuestros desdenes,
vuestros desvíos, vuestras sequedades,
indignado, de Vos nos apartastes,
con justificación nos afligistes
con severa opresión, que nuestras culpas
más rigurosas penas merecieron,
pero en fin os venció vuestra clemencia,
que no podéis no usarla y la tuvistes
de nuestro lamentable desconsuelo.

Conmovistes, Señor y conturbastes
con enemigas huéspedes vuestra tierra
con triste estrago de sus moradores,
como con repentino terremoto
suele temblar estremecida tierra
que gime y brama, en varias partes rota;
mas reparad sus quiebras, Dios piadoso,
que vacila, turbada y pavorosa,
ruína peligrosa amenazando,
mirad su turbación y sus peligros.

Enseñastes, airado, a vuestro pueblo
a padecer persecuciones duras,
trabajos, desconsuelos y miserias,

espectáculos vieron miserables:
dístenos a beber amargo vino
de angustias pavorosas y de horrores,
de sustos, turbaciones y congojas
con que, como embriagados, vacilamos
con vehemente dolor de nuestras culpas.

Como en tiempo, Señor, más venturoso
a vuestros justos temerosos distes
cierta señal, bandera enarbolada
debajo de la cual se defendiesen,
militando, seguros, a su sombra
para huir de las puntas homicidas
de las saetas amenazadoras
flechadas en los arcos enemigos;
vea, Señor, en este que los justos
de Vos armados, de peligros tantos
los libráis y salváis piadosamente;
libradlos, Dios, con mano poderosa,
oíd mis votos, aceptad mis ruegos.
Promesas tengo vuestras y palabras
dadas por boca del profeta vuestro,
de vuestra santidad divino oráculo,
de que gloriosamente de Samaria
dividiré los bélicos despojos,
dividiré los abundosos campos
del valle del Sochót, donde escondido,
Jacob huyó del enemigo hermano
y armó sus tiendas y sus pabellones
con igual cuerda y con medida justa
se las distribuiré a las bien nacidas
tribus, dándoles parte de sus bienes.

Mío es el monte de Galaad, adonde
Labán hizo las paces con su yerno,
también poseo a Manasés por mía,
de esotra parte del Jordán sagrado
Efraín es la fuerza de mi reino,
más pertrechada, más segura y fuerte,
de mi cabeza y de mi vida guarda.
La región de Judá también es mía,
llamada así del hijo primitivo
de Jacob, Judas, cuyo regio cetro
es y será la gloria de mi casa
y de mis venturosos sucesores,
que el primero lugar tiene del pueblo;

por mis esclavos tengo a los Moabitas
en quien tengo segura mi esperanza
para servirme en los oficios bajos
de los acostumbrados lavatorios,
humildes y obedientes a mi gusto.
Dilataré mi reino hasta Idumea,
pisarela con plantas victoriosas,
a mi obediencia están los Filisteos
(si bien de mi fe extraños) humillados,
pero ¿qué capitán o qué caudillo,
después de las ciudades que poseo,
me podrá encaminar a la opulenta
más que todas y más fortificada,
más guarnecida de armas y de gente,
metrópoli y cabeza de Idumea?
¿Quién nos podrá ayudar y dar socorro,
sino quien, cuando quiere, nos le quita?
Que de sí nos aparta cuando quiere
y cuando quiere a campear nos sale
y cuando no, no sale a campear nos,
desamparando nuestros escuadrones
porque lo desmerecen nuestras culpas?
Quién, sino Vos, caudillo nuestro,
saldrá en campaña a gobernar el campo?
Pues que solo podéis, de Vos nos venga
tanto socorro para empresa tanta,
libradnos de tamaños desconsuelos,
porque sin Vos no hay nadie, no, que pueda:
toda esperanza sin la vuestra es vana
y más quien de otro la salud confía
y orgullosos, valientes y gallardos,
los enemigos acometeremos,
seguros de que a cuantos nos persiguen
pisaréis con desprecio generoso,
aniquilando su poder odioso.

PSALMO LX

ORACIÓN DE UN AFLIGIDO REMEDIADO

Dios poderoso cuanto Dios clemente,
mi voz oíd, acostumbrado a oírla.
atended a mis ruegos sin cansaros,
dad a mis oraciones grato oído,
con clamor hechas y encendido afecto.

Aquí, al cabo del mundo desterrado,
en los últimos fines de la Tierra,
lejos de vuestro templo y vuestra casa,
a Vos invoco y llamo, que glorioso
los fines habitáis de vuestro Cielo,
distancia de mí a Vos inmensurable;
a Vos llamo y invoco, rodeado
el corazón de angustias y congojas,
con fe segura y cierta confianza
que, lastimado de mis desconsuelos,
como quien sois, habéis de arrebatarme
y colocarme en defendida roca
donde llegar no pueda mi enemigo,
donde fuera imposible por mí solo
subir de ningún modo ni valerme.
Fuistes mi capitán, fuistes mi guía,
sois mi bien todo y toda mi esperanza,
mi Alcázar fuerte, inexpugnable torre
al impetuoso ardor de mi enemigo.
Volveré, agradecido, a vuestra Casa,
donde viva de asiento y os alabe
favorecido generosamente,
con paternos amparos defendido
como polluelo tímido a la sombra
(águila real), de vuestras nobles alas.
Oiréis allí mis justas oraciones
y a los que, humildes, os reverenciamos
con temor santo y culto religioso
en posesión pondréis dichosamente
de mi tierra y mi reino, heredad vuestra
y después de él, del reino eterno vuestro.
Y de este vuestro rey, con largo aumento
haréis las voladoras horas, días,
los días, meses y los meses, años,
estos, edades, las edades, siglos
con sucesión continua de herederos,
de siglo en siglo, de una en otra gente,
para que eternamente permanezca
en vuestra gracia hasta llegar al Cielo,
después que os sirva aquí, donde allá os goce.
Si esto consigo ¿quién habrá que pueda
medir ni escudriñar de ningún modo
vuestra misericordia generosa,
pródiga siempre en perdonar pecados?

¿Y quién podrá apear la verdad vuestra,
siempre en vuestras promesas observada,
en mí experimentadas, una y otra,
de una y otra guardado y defendido?
Por lo que, agradecido y obligado
a tantos beneficios y favores,
psalmos os cantaré perpetuamente,
ensalzaré vuestro divino nombre
con himnos dulces en acción de gracias,
los días, aunque largos, de mi vida
breves juzgando para lo que os debo,
cumpliendo con mis votos y promesas
todos los días, sin faltar ninguno,
en vuestro Templo, en vuestras aras santas,
hechas por bienes y piedades tantas.

PSALMO LXI

DE LA ESPERANZA EN DIOS NUESTRO SEÑOR

¿Cómo podrá no estar siempre sujeta
con redimient¹⁷ noble a Dios mi alma
si de él depende mi salud y vida?
En él espero con fiadamente
porque es Dios mío y es mi salud toda,
todo mi amparo, toda mi defensa
en esta vida para defenderme
y en la otra vida para coronarme,
y aunque fluctúe peligrosamente
entre olas de congojas y aflicciones
con esfuerzo mayor en mis peligros
sin moverme jamás, constante y fuerte
viviré en mis alientos y esperanzas.
Y si esto conocéis, hombres ingratos,
¿hasta cuándo, con ímpetu sangriento,
queréis atropellar a un hombre solo
que con la Ley de Dios vive ajustado?
Conjurados tratáis de darme muerte,
buscando el modo en todas ocasiones,
arremetéis a derribarme juntos
como a pared gastada de los años,
a los soles expuesta y a las lluvias,
desmoronada de sus inclemencias

17.-Sustantivo derivado del verbo 'redemir'.

y como a tapia de lodosa tierra,
de cansada vejez resquebrajada,
llena de quiebras, llena de aberturas,
de quien todos se guardan, porque temen
la ruina cercana que amenaza,
cruelles ayudando a mi caída
juzgándola por fácil; tal me vistes
de triste, perseguido y acabado.
Trataron con malicia y con astucia
de quitarme la honra, que fue siempre
en mis ojos la cosa de más precio,
de más estimación y más lucida;
el cuerpo quise hurtar a sus injurias,
eché a correr con tanta ligereza
y corrí tanto trecho que, encendida
la sed me acometió impacientemente
y tras verme de polvo y sudor lleno
aun respirar apenas me dejaban.
Muy a fuer de la Corte me trataron,
hablando bien de mí por ceremonia,
mis cosas alabando y bendiciendo,
sus labios desmintiendo a sus entrañas
porque en los envidiosos corazones,
con arraigados aborrecimientos
hablando sin hablar me maldecían,
sin poder murmurar me murmuraban,
mas, alma, vos en todas ocasiones
estad a Dios con humildad rendida
y esperad, si sujeta, confiada,
que me ha de dar paciencia y tolerancia
para esperar en él constantemente
en mis adversidades y aflicciones,
porque es mi Dios mi piedra de refugio,
mi salvador y todo mi remedio;
y siéndolo, no haré jamás mudanza
del lugar en que estoy, ni vacilando
temeré mis armados enemigos.
En Dios digo que está mi salud toda,
mi salvación, mi gloria, mi esperanza,
de mi fama y mi vida la defensa,
que es en mi amparo roca inexpugnable.
Visto lo cual, con ánimo alentado,
del mayor al menor y juntos todos
poned en solo Dios las esperanzas,

en las adversidades y las dichas
derramad, tiernos. vuestros corazones,
a sus piadosos ojos derramadlos,
llorados por los vuestros, sin que quede
en ellos cosa no manifestada;
mostradle las entrañas sin rebozo,
ved que es Dios vuestro y que las tiene buenas,
fiadle vuestras causas y cuidados,
que de ayudarnos como Dios le tiene,
que es y será nuestra esperanza eterna.
Pero no la pongáis en ningún hombre
alto ni bajo, ilustre ni plebeyo,
que todos vanos son y mentirosos,
todos vanidad son, todos mentira,
llegadlos a pesar a todos juntos
amontonados en una balanza,
ricos y pobres, nobles y vulgares
y en otra sola la vanidad vana,
veréis que pesa más que todos juntos,
veréis que son más vanos que la nada
y que ellos suben y hacen que ella baje,
veréis desengañados sus engaños
y tras serlo en sus pesos y medidas
con que pesan y miden la fe santa,
la verdad justa y la justicia recta,
son falsos como ellos y engañosos.
No os fieis tampoco en la maldad aleve
ni codiciéis hacienda mal ganada,
por hurtos, por usuras y por fraudes
y, dado caso que por buenos medios
se os entren las riquezas por las puertas
y el río de la plata se dilate
y ande rodando por la casa el oro
y nadando los bienes y riquezas,
no consintáis que al corazón se os peguen,
que son, cuanto nocivas, pegajosas
y os mandarán, debiendo obedeceros,
seréis esclavos, los señores, ellas
y para que alentados y animosos
despreciéis las pomposas vanidades,
vanas riquezas, bienes burladores
y esperéis solo en Dios, que es el bien todo
y el que los distribuye y los reparte,
atended, que una vez habló Dios sola

y que una basta para eternos siglos,
que permanece eterna su palabra
y una vez y otra oí de sus profetas
estas dos cosas que me animan mucho:
una, el poder de Dios incomprensible,
que se dilata a todo cuanto quiere;
otra, Señor, vuestra misericordia
incomprensible como inmensurable
con que al bueno y al malo justamente
distribuyó los premios y castigos,
que en unos menguan como en otros crecen,
como os los desmerecen o merecen.

PSALMO LXII

DEL DESEO DEL CIELO

Cuando la Aurora, con escasas luces
esparcidas las hebras de oro puro
por el jardín florido de su cara,
los aljófares cuaja del rocío
y con el canto de lasavecillas,
madrugadoras cuanto enamoradas,
de rama en rama, al son de los susurros
de las hojas y el aire, a la morena
noche despierta y perezosamente
hace que se levante y que se vaya
por que el sol de sus ojos no la vea,
Dios y Dios mío, con desvelos gratos
madrugo yo, madrugo a bendeciros
y aunque con sed el alma de trataros,
que crece más mientras que más os trata,
el cuerpo con más sed y más ardiente
sus ansias multiplica y sus deseos
porque más dilatados los contempla
en esta tierra yerta, seca, estéril,
desierta, no pisada, a quien las nubes
desfaborecen, si quizá no olvidan
negándola las lluvias deseadas
que enriquecerla y fecundarla pueden,
negándola las fuentes sus cristales
que entre sierpes de yelo la fecundan
a Vos presente, como si estuviera
en vuestro Templo santo, en vuestro Cielo
me pongo a contemplar calladamente

la fortaleza vuestra incontrastable,
Señor, y vuestra gloria incomprensible,
hechos lenguas, mis labios os alaban
y os echan mil debidas bendiciones
y dicen que más vale y que más quieren
una gota, si hay gota en lo infinito,
de vuestra liberal misericordia
que la vida que tengo y que mil vidas
y así os alabaré dándoos mil gracias
todos los días de mi vida breve,
las manos levantando a vuestro nombre.
santa señal de culto religioso,
por él y en él pidiendo vuestro amparo.
Pidiéndoos que mi alma enriquecida,
llena de la grosura de la gracia,
medre dichosa y que, medrada, crezca,
alegre os sirva y fervorosa os ame
y con una, Señor, boca de risa
por los labios vertida, os magnifique,
bendiga siempre y sin cesar alabe,
que deseo acertar tan codicioso
que aun en la cama lo solicitaba
y en ella os alababa y bendecía;
pues si en el lecho, con recuerdos vuestros,
hurtando al sueño las gustosas horas,
en vuestras alabanzas desvelado,
y en vuestras bendiciones repetía
las unas y las otras, sin cansarme,
mejor lo haré al romper de la mañana,
contemplando, si humilde, agradecido,
que fuistes y que sois todo mi amparo.

Favorecido a la segura sombra
de vuestras alas, defensoras mías,
de águila ennoblecida que me esconde
con tutelar abrigo, del contrario
y a beneficios tantos obligada
mi alma, en vuestro amor divino ardiendo
se va tras vos, cosida a vuestras huellas,
unirse deseando a lo que ama
porque, abiertos los brazos, la acogistes
amándola primero que os amase
y haciendo que os amase con amarla.
Por lo cual, confiado en vuestro amparo,
el temor perderé a mis enemigos

que, codiciosos, con presunción loca.
sin darles ocasión, sin darles causa
en vano me buscaron y qué en vano:
buscáronme debajo de la tierra,
mirándome en las cuevas y en las grutas,
mas ellos bajarán a las eternas
donde padecerán eternos siglos.
Vengarme ha Dios con sus castigos justos:
en las manos caerán de sus contrarios,
pasarán a los tristes a cuchillo
y, muertos en el campo, serán cebo
y miserable pasto de las fieras
y hasta las raposillas, de que abunda
esta tierra, tendrán en ellos parte.
Alegrarse en Dios este rey suyo,
que es suyo y lo hizo rey sin merecerlo
y alabarán sus dichas los que juran
su Santo Nombre en religioso culto,
gozosos de mirar que a piedra lodo
cerró las bocas de sus enemigos
que murmuraban de él inicualemente,
que le injuriaban y le escarnecían
y con descaramiento le ofendían.

PSALMO LXIII

DE LA PASIÓN Y RESURRECCIÓN DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Oíd, oíd, Señor, la oración mía,
si repetida porfiadamente,
que os ruego, cuanto humilde, confiado:
libradme del temor que me acobarda,
de las amenazadas tiranías
con que me atemoriza mi enemigo.
No tema quien os teme y quien os ama.
Como hasta aquí, Señor, me defendistes
me defended agora que en mi daño
juntan concilios maliciosamente,
con astucia callada y pasión ciega,
conjurados con riesgo de mi vida
y agavillados de tropel inventan
estos facinorosos desalmados,
sin culpa ni razón darme la muerte.
Afilaron las lenguas deslenguadas,
agudamente cortan, no hay cuchillos

amolados más prestos y sutiles,
sus palabras son flechas venenosas,
con amarguras mil flechan los arcos,
lastiman y asaetean con razones
no menos desabridas que injuriosas,
no perdonan a nadie sus saetas
(¡Oh. amargura cruel, crueldad amarga!)
y a lo disimulado pretendieron
clavar a un hombre como yo inculpable
que no les mereció tantos agravios,
pues cuando menos yo me lo pensaba,
cuando más descuidado y desatento
dispararon las flechas de sus lenguas
sin tener miedo a Dios, que lo ve todo,
para pasarme el descuidado pecho,
pues con resolución determinada,
si una vez se les puso en la cabeza,
al que vive mejor, al más seguro
le dirán, insolentes, una injuria,
una infamia que el alma le lastime.
Juntáronse en secreto a darse cuenta
unos con otros necios, confiriendo
cómo encubrir los engañosos lazos
diciendo: ¿quién habrá que los penetre?
¿Quién los verá, por más lince que sea?
Trataron, estudiosos, mil maldades,
en vano todas, pues al mejor tiempo
trazas y prevenciones les faltaron;
mientras más las pensaban, más confusos
contra sí se volvieron sus saetas,
sus trazas les salieron a los ojos.
pues todos de sus cosas mal hablaban,
murmuraban, fisgaban y reían.
Llegaba alguno de ellos confiado,
después que lo pensó profundamente,
con sumo estudio en su corazón zaino,
de sus altos consejos satisfecho,
pero Dios sobre todo (como dicen)
sus máquinas y enredos deshacía,
por el justo volviendo honrosamente,
su opinión ensalzando y su persona,
de sus engaños siempre victorioso,
hiriéndolos con flechas homicidas,
tan sin defensa como desarmada

podiera escuadra de no expertos mozos
y las duras saetas de sus lenguas
con que hasta el corazón llegar pensaron,
a las que tiran fueron semejantes
los muchachuelos en sus ballestillas,
hechas sin arte para cazar moscas
de un alfiler con cera en una aldiza,
de otra aldiza formado el pueril arco
que ofende poco cuando a caso hieren,
sus lenguas con descrédito afrentoso
de su reputación se enflaquecieron,
cuanto decían siendo en daño suyo.
Los que los vían, con turbación muda,
escarmentaban en cabeza ajena.
A todo hombre le tembló la barba
y encogiendo los hombros, alababan
los prodigios de Dios maravillosos,
porque sus maravillas hazañosas,
hasta allí no entendidas, entendieron.
Alegrarse, vencedor, el justo,
gozoso de tener un Dios tan bueno
y en él esperará confiadamente
y los hombres de cándidas entrañas
y rectos corazones, consolados,
se afanarán y alabarán contentos
de ver seguros sus acertamientos.

PSALMO LXIV

DE LA IGLESIA SIGNIFICADA POR LA TIERRA

A Vos, Dios mío, a Vos, Señor, se deben
sonoros himnos y canciones graves,
en dulces versos, en acción de gracias,
dando alabanzas sumas al Bien Sumo
en vuestro Monte de Sión sagrado,
monte donde por Dios sois conocido,
sacras aras tenéis y templo regio,
a Vos las alabanzas, Dios, se deben,
mas para no alabaros como es justo
el silencio será vuestra alabanza,
porque las grandes, mal decirse pueden
y de Jerusalén en vuestro Templo
gozosos cumpliremos nuestros votos,
donde se lograrán nuestros deseos.

Oíd, oíd, Señor, la oración mía,
que si la oís, los pueblos y naciones,
los hombres todos, gratos cuanto humildes,
vendrán rendidos, como yo, a alabaros.
Las malas obras de los dueños nuestros
en tanto cautiverio recibidas,
malas palabras con las malas obras
nuestras fuerzas rindieron, trabajadas
de la esclavitud dura al yugo esquivo,
mas Vos, clemente Dios, propicio y blando,
de nuestras graves culpas condolido
nos las perdonaréis, satisfaciendo
a Vos, Dios riguroso, dios clemente.
Dichoso por lo cual el que escogistes,
que escogistes, Señor y que amparastes,
no solo en el descanso de la patria,
pero de vuestra Casa en el descanso,
donde os sirva y os goce de más cerca,
aunque consuela nuestras aflicciones
pensar que vendrá tiempo en que volvamos
(¡ay, Dios! ¿Cuándo será?) a la patria amada
donde gocemos los amables bienes
de vuestro real Palacio a manos llenas,
del Templo santo que santificastes
en quien con suspensión maravillosa,
con igualdad de Dios hacéis justicia.
Oídnos, pues que sois la salud nuestra,
libradnos del prolijo cautiverio
y reducidnos a la patria ausente,
pues que no solo sois nuestra esperanza,
mas de aquellos que habitan esparcidos,
los términos extremos de la Tierra,
las islas de los mares más remotos,
que de vuestra potencia rodeado
los montes encumbráis hasta las nubes
en fe y virtud de vuestro brazo fuerte.
Cuando queréis, embravecéis los mares
de blanca espuma, montes levantando,
con rugidos ruidosos, hasta el Cielo;
parece que arrimando al Cielo escalas
de las cajas al son y las trompetas,
de los roncós bramidos de las ondas
para asaltarle, entrarle y saquearle
y al mismo punto, solo a un mover de ojos

tocáis a recoger y en un instante
sus olas enfrenáis desenfrenadas,
pacificáis sus cóleras briosas
restituidas a su mansedumbre
y de la misma forma los tumultos
amansáis de la plebe mal sufrida.
Cuando queréis, con mano omnipotente
las gentes que los fines de la tierra
habitan, pavorosas y turbadas,
de miedo hacéis temblar a las señales
en el aire y el Cielo aparecidas,
cometas, nubes, fuegos, truenos, rayos
y tras esto alegráis con mil recreos
al mundo triste con dorada llave,
la puerta abriendo para que el Sol salga
del Oriente de nácares y rosas
con alegría común y común gozo,
pasada su carrera a breve espacio
con pavonada llave abrir las puertas
de la habitación parda de la noche,
que sale, si morena, hermosa y rica,
con basquiña de estrellas luminosas,
con ropa de la Luna, interpolados
con arte celestial claros luceros,
sus cabellos sembrados de diamantes
con que la adornan lúcidas estrellas.

La Tierra visitáis con ricos dones
de las preñadas nubes, que destilan,
para embriagarla, néctares suaves,
multiplicando con llovidos bienes,
sus hierbas, sus ganados y sus frutos,
con largueza de Dios enriqueciéndola.
Vuestro Jordán, Señor, sagrado río,
haciendo que revierta provechoso
por sus márgenes verdes sus cristales
en sus copiosos riegos previniendo
el sustento, al hombre y a las fieras,
santamente por Vos así ordenado.
Bañad, bañad, hasta que se embriague
la tierra fértil, por los breves surcos,
multiplicad sus árboles y plantas,
sus hierbas, flores, frutos y ganados,
que en las útiles lluvias fecundada
producirá, con risa de los prados,

llena de gozos mil ,mil hermosuras.
Bendeciréis, piadoso, las cosechas,
de la clemencia vuestra efectos largos
cuando el círculo cierre al año opimo,
merecedor de verse coronado
del acanto, jazmín, clavel y rosa,
por hermoso, galán, rico y alegre,
abundarán vuestros floridos campos
en arroyos de leche mantecosa,
de las preñadas ubres destilada
de cabras libres y de vacas gruesas
y de blancas ovejas que los pacen,
las niñas hierbas y las tiernas flores
con el grato retorno de su pasto,
viciosas crecerán sin tener vicio
con la leche en los labios de sus hojas.
Los estériles campos, los desiertos
de celestial rocío aljofarados,
medrados se verán en su grosura,
hermosos cuanto alegres y lozanos;
los collados incultos, con libreas
de variedad de flores revestidos
emulación harán a los Jardines,
sin que disimular puedan la risa,
porque no les cabrá dentro del cuerpo
y les saldrá a la cara alegremente.
Con largos vellocinos, los carneros
no temerán el repetido esquilmo,
que abundará la lana en tanta copia
que no los privarán de las guedejas
de sus vellones, siempre renacidos;
los valles rubios, con el fruto hermoso
de las blancas espigas desgranadas
montes se volverán en parvas de oro
del útil trigo que lozanamente
coronarán tomillos y romeros
y todo junto, Cielo, mar y Tierra,
los hombres, nubes, plantas y animales.
campos, arroyos, huertas, flores, frutos
os darán voces y en sabrosos himnos,
y en especial en las cosechas largas
los ganaderos y los labradores
alabarán, Señor, vuestra grandeza,
gratos a vuestra liberal largueza.

PSALMO LXV

DE LAS OBRAS DE DIOS

Todos los moradores de la Tierra,
de Polo a Polo cuantos ronda el Cielo
de día y de noche con amor celoso
y amantes celos de que de él se olviden,
con júbilos gozosos, con alegres
demostraciones celebrad festivos
con diferencia de instrumentos varios,
cantad a Dios canciones numerosas
en alabanza de su eterno nombre,
dad el debido honor a su alabanza
y gloriáos de alabarle y bendecirle,
glorificadle todos alabándole.
Decir a Dios: Señor, ¡cuán estupendas
vuestras hazañas son, cuán admirable
la muchedumbre de grandezas vuestras!
Desmentir pude a vuestros enemigos
que, ingratos y blasfemos, la negaron
y necios y confusos los dejastes
porque atrevidos, cuanto mentirosos
engañar pretendían, engañados
con culto falso al que es la Verdad Suma,
si bien se os rendirán con servil miedo.
Dejados éstos, pues, para ignorantes,
cuanto el mar baña, cuanto el Sol rodea
os adore, os alabe y os bendiga
y cante mil canciones de alabanzas
a vuestro nombre, siempre engrandecido.
Venid todos, veréis cuán prodigiosas
son las obras de Dios, tan admirable
en sus altos arbitrios y consejos,
en sus juicios, cuanto rectos, santos,
juzgados de los hijos de los hombres
como entendidos mal, por rigurosos.
No solo porque el mar, en montes de aguas
que heló a sus voces, levantó a las nubes
con suspensión de la Naturaleza,
no solo porque a ver la luz salieron
del Sol no visto las arenas rubias
y por él abrió calles no sabidas
por ellas dando paso al pueblo amado,
secas, como si fueran tierra firme,

no solo porque echó del Jordán claro
grillos de plata a los cristales puros,
no dejando que un solo paso diese,
hecho muro de vidrio de sí mismo,
enfrenando sus aguas suspendidas
para que no pasasen adelante
hasta que el pueblo, con enjutas plantas,
seguro le pasase y admirado,
alegres todos en un dios tan bueno,
tan generoso, omnipotente y pío,
mas porque por su eterna fortaleza
es de todos temido y adorado
con general dominio en Tierra y Cielo,
mas porque por sus ojos, soles todos,
miró sin pestañear todos los hombres,
por lo cual ¡ay de aquellos que le enojan
o le exasperan, que de ningún modo
alabando se irán de ocasionarle,
porque jamás podrán alzar cabeza
por mucho que presuman de sí mismos.

Echad, pues, a tal Dios mil bendiciones,
ensalza su virtud y sus grandezas,
haciendo que resuenen por el mundo
las altas voces de sus alabanzas,
que mi vida libró de mil peligros
puedo decir, que me la dio de nuevo,
sin permitir que en tantas ocasiones
volviese atrás el pie ni le torciese.
Verdad es que, primero, ¡oh, Señor mío!,
nos quisistes probar en los trabajos
y con el fuego de las tentaciones
examinar, como a la plata el fuego,
nuestra fe, nuestro amor, nuestra esperanza.
Permitistes que diésemos de ojos
en los lazos y redes enemigas,
entre trabajos y tribulaciones
del triste y lamentable cautiverio,
cautivos y cargados de cadenas:
como a bestias de carga nos trataban,
las espaldas, brumadas y oprimidas,
lentos de penas y de desconsuelos,
haciéndonos hacer oficios bajos
hasta ponernos, como en altos triunfos
suelen los vencedores con desprecio

las cabezas hollar de los vencidos,
el pie sobre el pescuezo victoriosos
Pero venciendo en fin mares y fuegos,
sin que nos anegasen y abrasasen,
antes más remozados y más puros,
nos sacastes, Señor, a salvamento,
adonde, alegres, nos refrigerastes
en el regazo de la dulce Patria.
Y yo, en particular, agradecido
a favor tanto, en vuestro santo Templo
con sacrificios os daré las gracias
y humildemente cumpliré los votos
que a voces prometí por estos labios
en los trabajos y los desconsuelos.
Lo que eché por la boca, atribulado,
ofreceré, Señor, en vuestras aras,
holocaustos serán pingües y gruesos
de las reses a Vos más agradables,
cebo serán de vuestras sacras llamas
entre las pardas nubes de las carnes,
entre montañas de precioso incienso
que, olorosas, aplacan vuestras iras,
carneros de vellones plateados,
novillos oscos y cabrones rubios.
Llegad a oírme los que, temerosos,
reverenciáis a Dios, que decir quiero,
si es que decirse pueden las mercedes,
los beneficios, bienes y favores
que me ha hecho siempre y siempre reconozco.
Llamele con el alma y con la boca
su clemencia en mi lengua me alentaba
para sus alabanzas repetidas,
mezclé las alabanzas a los ruegos,
gozoso de alabarle y de rogarle.
Esto, con corazón no mancillado,
pero ajeno de culpa, que con ella
no quisiera aceptar mis oraciones.
Por lo cual me escuchó con grato oído
atendiendo a las voces de mis ruegos
y mis cortos servicios aceptando.
Bendito sea mil veces Dios tan bueno
que el rostro no torció a mis oraciones,
mas antes las miró con buenos ojos
ni me apartó de sus misericordias,

pues las usó conmigo sin medida
con gananciosas medras de mi vida.

PSALMO LXVI

DE LA GRACIA DE NUESTRO SEÑOR DIOS POR JESU-CHRISTO

 Apiádese Dios ya de nosotros,
de su benignidad use piadosa,
bendíganos clemente y aplacido
mostrándonos su rostro alegre y fácil,
sereno y claro con que nos alegre,
dándonos, liberal, no breves dones
con grata risa de floridos años,
tenga misericordia de nosotros,
para que descubramos en la Tierra
tenebrosa el camino de los Cielos,
que a Vos con claridad nos encamine,
por Vos guiados en los malos pasos,
y de todas las gentes y naciones
sea, como adorado, conocido,
Christo, vuestra salud Salvador nuestro.
Por Dios los pueblos todos os confiesen,
os confiesen, adoren y bendigan,
os confiesen por Dios, Dios verdadero
todos los pueblos, ya desengañados,
los falsos dejen que adoraban ciegos.
Y báñense las gentes de alegría
de que juzgáis con igualdad al mundo,
discerniendo los premios y las penas,
honrando al bueno y castigando al malo,
guiándonos por sendas no torcidas
de la Ley vuestra al Reino de los Cielos.
Confiesen os por Dios los pueblos todos,
os confiesen, adoren y bendigan,
pues nuestra tierra germinó su fruto,
no ya, como otra vez, cardos y espinas,
sino el lirio entre espinas y entre cardos,
el Pan del Cielo que bajó del Cielo
y el vino que de amores embriaga.
Al Salvador Mesías producido
de tierra a quien jamás tocó el arado,
no manchó culpa ni violó deleite,
virgen antes del parto y en el parto,
virgen después del parto y siempre virgen.

Dios, pues, a manos llenas nos bendiga,
Dios y Dios nuestro, Dios a manos llenas
nos eche bendiciones reiteradas,
que aunque tres veces dios, no son tres dioses,
sino un dios solo, un dios en tres personas
a quien adoren siempre y reverencien,
amen y teman con debido culto
cuantos el Cielo no cansado alienta
y hecha la Tierra, pechos alimenta.

PSALMO LXVII

DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE LA IGLESIA

El Señor se levante, que parece
que duerme y, pues no duerme, se levante,
salga en nuestra defensa a la batalla,
rompa los enemigos escuadrones,
las espaldas le vuelvan vergonzosos,
huyan de su presencia victoriosa,
huyan de sus severos esplendores
los que obstinadamente le aborrecen,
huyan vencidos, huyan destrozados,
y como el humo se evanece al viento
resuelto (siendo casi nada) en nada,
así, en nada resueltos, se evanezcan
a los rigores de sus sañas justas
y como blanda cera se desliza,
vecina al fuego, y se consume y gasta,
al fuego de su rostro derretidos
se deshagan, resuelvan y consuman.
Pero los justos siéntense a su mesa
donde, espléndidamente regalados,
coman gozosos cuanto agradecidos
y en sí no quepan del placer gozoso,
gozando siempre de su real presencia.

Cantad, pues, ¡oh, primicias de las gentes!,
a Dios bien merecidas alabanzas,
su nombre engrandeced con dulces versos
y como a Emperador que victorioso
vuelve, entre parabienes y entre aplausos,
cantad la gala al triunfador divino;
haced plaza, haced plaza, que glorioso
en carro hecho de nubes, de oro y nácar,
triunfa de las tinieblas de la noche,

a sus pies vencedores, la orgullosa
Muerte aherrojada y por sus manos muerta.
Alegraos y cantad alegres versos
al Señor, que Señor tiene por nombre
el que es Ser por esencia y Ser de todo,
Señor universal de Tierra y Cielo,
que, omnipotente, todo lo gobierna.
Los que a Dios tan en gracia habéis caído
alegraos santamente en su presencia
y los malos, confusos y turbados
huyan y teman el severo rostro
de este Señor, que es padre de los huérfanos,
que los guarda y socorre como Padre
y es Juez vengador de las viudas,
que defiende sus causas y las hace
del pobre, abrigo y del pequeño, amparo.
El cual, desde su Cielo, donde habita
todo lo mira y lo conoce todo
y hace que en una casa vivan juntos,
con una misma fe y unas costumbres
unánimes, los hijos de la Iglesia
con propagación santa de herederos,
que fecundó al estéril felizmente
con grata copia de gustosos frutos.
Que libertó, con brazo poderoso,
con número feliz de hijos amados,
aprisionados con cadenas duras
de la culpa cruel los delincuentes
(como en entrada de triunfante príncipe
franquear suelen la cárcel a los presos)
y los sacó de la asquerosa cárcel,
del calabozo oscuro del pecado
a lo claro del Cielo de la gracia
una cárcel perpetua mereciendo;
sacó a la luz los prisioneros padres
de la prolija detención del Limbo;
sacó también con mano no vencida
los que obstinadamente porfiaron
en sus pecados, dando a Dios en rostro
(sin reparar en sus enojos justos),
sacolos ,el un pie en la sepultura,
desahuciados por su rebeldía
y muertos a su gracia por sus culpas.
Sacolos de sus culpas a su gracia,

porque no es nuevo en Vos librar cautivos,
pues que del pueblo vuestro en la salida
del bárbaro Gitano victorioso,
íbad, dios consolador, delante,
sus fugitivos miedos animando,
siendo su capitán por el desierto
sin perderos de vista en el camino
domesticando sus dificultades.

Estremeciose de pavor la Tierra
a la presencia vuestra conmovida,
cuando en el Monte Sinaí <entre> helados
truenos, rayos ardientes, ciegas luces,
distes la Ley, en dura piedra escrita:
los Cielos destilaron mansamente
blanco rocío de maná gustoso,
del Dios amado de Jacob llovido
para todos los gustos sazonado.

Y como distes esta en el desierto
tenéis guardadas más felices lluvias
que dar a vuestro pueblo, a vuestra iglesia,
heredera, Señor, de vuestros bienes
cuando cayere voluntariamente
como a pedir de bocas y deseos,
del Neuma sacrosanto el agua viva
para su tiempo santo reservada,
liberal aplicando a sus dolencias
saludables remedios, con que quede
de flaca, fuerte, de doliente, sana,
perfectísimamente sana y buena.

En cuyas heredades abundosas,
campos amenos, fértiles dehesas,
vuestros ganados morarán seguros
gozando de sus pastos deleitosos;
prevenistes también mesa opulenta,
llena de dulces, llena de regalos,
al pueblo pobre que la necesita,
donde, dada por Dios dichosamente
se servirá su celestial palabra,
la sacra ley del Evangelio sacro
por manos de apostólicos varones
que, con virtud y fuerza poderosa
de obras maravillosas y milagros
siembren las buenas nuevas por el mundo

y el mismo Dios y rey de numerosos
ejércitos formados de soldados
del pueblo amado suyo, de su pueblo,
del siempre amado y amoroso Padre,
del Verbo amado suyo, del amado
Christo hijo suyo, con finezas caras,
Christo amado de Dios y de los hombres,
concederá para el decoro hermoso
esplendor y hermosura de su Casa,
de su Casa, la Iglesia, que divida
los gloriosos despojos de las gentes
al leve yugo de su Ley sujetas
por la predicación de sus ministros,
del Evangelio santo sembradores.

A vosotros me vuelvo, ¡oh, venturosos
hijos amados de la Iglesia santa!,
los cuales, si hasta aquí desamparados,
curtidos de trabajos y de penas,
ennegrecidos más que el hollín negro,
a dormir os echastes, fatigados
entre las negras ollas y calderos,
de las alhajas pobres reservadas
en parte humilde, entre ascos y pobreza;
de hoy más seguros dormiréis y ufanos,
cercados de acechanzas y peligros
en medio de enemigos escuadrones,
al cuello el lazo y el puñal al pecho,
echado el dado, echada ya la suerte
sobre el dueño que tiene de llevaros:
levantareis con quietudes mansas
y excederéis en gracia y hermosura
las argentadas alas de paloma,
de vislumbres hermosas, que compiten
con las plumas al Sol de tornasoles,
en quien refleja nacarados visos
cuyo cuello y cervices hermosea
color brillante del metal precioso
y cuando Dios, con pródigo gobierno
por la pequeña iglesia distribuya
príncipes que la rijan y gobiernen,
sabios gobernadores que la juzguen,
desvelados pastores que la guarden,
los que a su inmunidad se recogieren,
si estuvieren más negros por las culpas

que los que tuesta el sol en Ethiopia,
renacerán más blancos y más puros
que el monte de Selmón, cuya cabeza
corona (con desprecio de la plata)
del campo intacto de la nieve pura.
Monte que Dios por suyo favorece
con repetidas siempre amenidades,
con abundancias de copiosos frutos,
monte como cuajado de otros montes
como en el entremijo blanco queso
tan abundoso y rico de ganados
que por sus faldas deleitosas corren
ríos sabrosos de manteca y leche
de las fértiles ubres destiladas
de dones y de bienes celestiales,
siendo, como es así, desconocidos
herejes ciegos y gentiles rudos
¿cómo os pudo llegar al pensamiento
que haya montes más gruesos y abundosos,
más cuajados de bienes que este monte?
Que escogió Dios para morada suya
el monte incontrastable de su Iglesia
en quien habita, alegre y agrado,
y habitará mientras durare el mundo.
Si en carro de oro de ángeles hermosos,
en él arracimados a millares
tirado alegremente (sus cervices
al yugo humildes) vino en otro tiempo
Dios al Monte Siná, sagrado monte,
de alados escuadrones rodeado
en el triunfo pomposo, en la dichosa
victoria de la muerte y del infierno
el hombre Dios subió al Impíreo trono,
subistes a los cielos, rey de gloria,
subistes rodeado de despojos
cautivando de nuevo los cautivos
detenidos en cárcel tenebrosa,
de la luz careciendo deseada,
subísteslos con Vos a vuestro reino,
donde de vuestro Padre recibistes
del Paracleto Amor copiosos dones,
que al mundo repartistes manirroto,
parte alcanzando de <tan > largos bienes
hasta aquellos que incrédulos vivían

de que habitaba Dios el Monte Santo
de la Iglesia que eterna permanece.
Alabemos a Dios todos los días
sin ninguno olvidar sus alabanzas,
sea ensalzado y bendito eternamente,
que él nos dará sin duda buen viaje
y en los caminos prósperos sucesos,
que es nuestro Salvador y Dios, que solo
es Dios de la salud y de la vida
y que solo da vidas y saludes.

Es tan buen Dios que por oficio tiene
salvar los hombres con tan gran desvelo
como si otro no hubiera en que ocuparse,
oficio que ejercita y sabe él solo,
que es propio de este Dios y rey divino
saber librar los hombres de la muerte
y ordenar cómo de ella y sus dolores
puedan por él tener buena salida.
Empero a los rebeldes enemigos
romperá, vengativo, las cabezas
y a los que perseveran en sus culpas,
por ellas paseándose gozosos,
reiterando sus vicios y torpezas
con desprecio arrogante y con soberbia,
los cascos romperá y las coronillas
hasta los remolinos del cabello.
Cumplirá sus promesas y palabras
que dio el Señor, diciendo en esta forma:
Como de la ciudad de Basan fértil
hice otro tiempo levantar el cerco,
muerto el rey Og, desbaratado el campo,
como volví por mi cautivo pueblo
y libré de la dura servidumbre,
en las profundas aguas al rebelde
Rey anegué con su arrogante escuadra,
así te ampararé, mi pueblo amado,
haciendo en tus contrarios tal matanza
que en las turbias corrientes de su sangre
laves tus pies y mires que tus perros
lamen la de los muertos miserables.

Visto lo cual los justo repararon,
Señor, gozosos en las invencibles
hazañas vuestras y triunfales pompas,
en las entradas vuestras, las entradas

que hicistes en la Tierra y que, glorioso,
habéis de hacer en vuestro hermoso cielo,
que son en fin de Dios, Dios y rey mío,
que el Cielo mora y que en su templo habita.
Para las cuales miro que os previenen
los príncipes del reino alegres fiestas
y que se mezclan con placer gozoso
a los cantores que la gala os cantan,
a los coros y bailes de las mozas
que os van tañendo alegres y cantando
los ángeles, las almas y los hombres,
diciendo: Engrandeced al Señor mío,
engrandecedle con sonoros himnos
en la Iglesia y <en> todas las iglesias
a la santa Matriz subordinadas.
Alabadle, los nobles descendientes
del ilustre Israel originados,
de su fe santa y sangre generosa,
fuentes de toda la nobleza vuestra,
entre los cuales cante el pequeñuelo
tribu de Benjamín, aventajado
en ingenio y en claro entendimiento
y en la agudeza con que excede a todos.
Canten los principales de la Tribu
de Judas, patriarca, capitanes
del pueblo del Señor, canten los nobles
de la de Zabulón, canten con ellos
de la de Nephtalín los más lucidos,
valientes y galanes, adornados
de galas a tal triunfo convenientes
y digan todos, en conformes versos:
Señor, como hasta aquí con fuerte diestra
fuistes nuestra defensa y nuestro amparo
de hoy más nos amparad gloriosamente,
a vuestra fortaleza previniendo
con orden, que nos guarde y nos defienda
confirmando las obras hazañosas
que hacéis y que habéis hecho en favor nuestro.

Que agradecidos, como antiguamente
en vuestra casa, en vuestro templo ilustre
donde en Jerusalén os ofrecían
vuestros ministros sacrificios gratos,
en el de vuestra iglesia más aceptos,
dones y ofrendas os darán los reyes,

los reyes de la Tierra y Sacerdotes
y en las contradicciones que nos cercan
los escuadrones reprimid armados
y los orgullos oprimid briosos
de nuestros enemigos, que ejercitan
con destreza las picas y los dardos,
que en los cañaverales como fieras
morán cabañas de carrizos pobres
y como toros en el celo bravos
con las lascivas vacas, cuando gruesas
de los pueblos que siguen sus pisadas
expeler quieren con sangrienta mano
de su reino y sus casas a los vuestros,
acrisolados en las aflicciones
como en el fuego la acendrada plata.
Rendidlos de manera que os tributen,
como a supremo rey, el vasallaje,
desbaratad las arrogantes huestes
que mueven guerra a vuestro pueblo amado.
Vendrán de Egipto entonces, rey eterno,
embajadores a tratar de paces
y a daros, humillados, la obediencia,
con los vuestros, Señor, confederados,
la atezada Etiopía prevenida
de anticipadas velocidades¹⁸
rendidamente cruzará las manos,
cierta señal de sujeción hidalga,
dándoos con culto humilde ricos dones.
Ea, todos los reinos de la Tierra
conoced y cantad al Señor nuestro,
benedicidle y honradle en dulces versos,
cantad a Dios, que sube en carro de oro
sobre el Cielo, del Cielo rodeado
de escuadrones de espíritus celestes
a sentarse a la diestra de su Padre
(del Cielo Oriente y de la Luz principio)
adonde, sin principio, estuvo siempre.
Y atended, que dará, dende su trono,
voz y fuerza a la voz de su Evangelio
y el día temeroso del Juicio
su poderosa voz por todo el Orbe
se oirá de todos con común espanto:

18.-Falta una sílaba para completar la medida. La enmienda más económica es introducir 'sí' antes de 'velocidades'

Glorificad a Dios, honradle todos
por tantos beneficios y mercedes
como ha llovido sobre el pueblo suyo,
cuya magnificencia resplandece
en las nubes lucidas en que suben,
siguiendo sus pisadas, los dichosos
que le acompañan, la sentencia dada.
Dad voces y decid cuán admirable
es, en sus santos, Dios y cuán glorioso
es el Dios de Israel, bendito él sea,
que entonces a su pueblo regalado
dará virtud y eterna fortaleza,
cuando inmortales gocen y impasibles
la plenitud de perdurables bienes:
mil veces sea bendito y alabado
y en sonoros versos ensalzado.

PSALMO LXVIII

DE LA PASIÓN DE CHRISTO NUESTRO SEÑOR

Padre y Señor, ¡socorro! (¡Ay, Dios!), socorro,
que asido al mástil de la Cruz me anego
entre olas de pasiones y de culpas,
unas crueles y sangrientas otras:
el navío hace agua por los ojos,
roto y abierto por cinco mil partes:
¡Socorro, que me da el agua a la boca
y entran sus amarguras hasta el alma!
Tan hondo voy que el légamo profundo
pegajoso me traba y me detiene,
no hallo donde hacer pie ni donde estribe.
Unas olas bramando me arrebatan
hasta las nubes, que rompidas gimen,
otras, impetuosas, dan conmigo
en la lama asquerosa y cieno inmundo.
La tormenta deshecha, arrebatado
del mar, en los abismos me sepulta.
Trabajé dando voces y alaridos,
canseme y descansado enronquecime,
anudada de ronco la garganta,
secóseme la lengua, hablar no puedo,
la vista conturbada de los ojos
enflaquecida de mirar al Cielo,
mientras de Vos espero mis amparos.

Crecen mis enemigos en mi ofensa
y los que me aborrecen y persiguen,
sin darles ocasión, sin darles causa,
son más que pelos tengo en la cabeza,
aunque no cuente los que me arrancaron
remesando mis barbas y cabellos.

Toman fuerzas de nuevo cada día,
contra mí injustamente encarnizados,
pagué lo que no hice, aquí es muy propio
que pagó el justo por los pecadores;
lo que yo no robé, pagar me hicieron,
pagué por todos no debiendo nada.
Bien sabéis, Dios eterno, mi inocencia,
pues de achaques de culpas jamás supe
bien sabéis si hice cosa neciamente,
si soy culpado, pues que lo veis todo
y esconderseos no puede culpa alguna,
mas pago las ajenas como mías.

No se avergüencen los que en Vos esperan,
Señor mío y Señor de las batallas,
de mirar que me habéis desamparado:
¿qué dirá el siervo, viendo al hijo herido?
Y si a mí no me oís, ¿tendrá esperanza
que habéis de oírle a él y socorrerle?
No se avergüencen, no, ni se confundan
los que os buscan ansiosos y os desean
Protector Fido de Israel amado.
Mirad que estas afrentes a ignominias,
que no por mis pecados las padezco,
sin por vuestro honor, por vuestra gloria
y por obedecer vuestros mandatos
hasta cubrirme el rostro de vergüenza,
escupido, afrentado, escarnecido.

Mis deudos como a extraño me trataron,
mis más cercanos me desconocieron,
mis hermanos, los hijos de mi madre,
me miraron como a hombre advenedizo
y como a peregrino de otra patria,
desconocido de ellos en la mía,
porque vieron en mí que el celo ardiente
y ardor celoso del honor debido,
a Vos y a vuestro Templo profanado
me abrasaba y roía las entrañas,
reputando por propias las injurias

y oprobios que atrevidos, os hacían,
que la afrenta del Padre al Hijo toca
y cayeron en mí como llovidas,
las mías sintiendo menos que las vuestras.
Maceraba mis carnes con ayunos,
llorando amargamente sus pecados,
dábanme en rostro con palabras feas
mis ayunos y lágrimas físgando.
Vestiduras tan ásperas usaba
que algún cilicio lo parece menos,
vestido andaba de cilicio y saco
y era por esto fábula del pueblo,
escarnecido en cuanto bueno hacía.

De mí se hablaba y contra mí en las puertas
de la ciudad, donde los tribunales
se frecuentan en públicas audiencias;
también hacían platillo de mil cosas,
cantando en los convites mis sucesos,
escuchados con mofa y con escarnio,
después de haberse enseñoreado el vino
de sus cabezas, con gustoso imperio,
hacíanme los muchachos seguidillas
yendo por vino, yendo a los recaudos.

Mas yo, Señor, a Vos humildemente
hago oración y en Vos, seguro, espero;
ya es tiempo, tiempo es ya, si sois servido
en que mostréis agrado de mis cosas,
pues llegó el decretado de mi muerte,
tiempo es de oírme ya y de consolarme.
Oídme por la eterna muchedumbre
de las piedades y clemencias vuestras,
cumpliendo, verdadero, la palabra
de darme la salud que en Vos espero.
Sacadme de este cenagal lodoso
antes que en él acabe de atollarme;
libradme (¡ay, Dios!) de los que me aborrecen
antes que en mí ejecuten sus deseos.
mirad que hay sobre mí tempestuosas
montañas de aguas de mis aflicciones,
embravecidas para sumergirme,
que crece la borrasca bramadora
y temo que me esconda en sus abismos
y que me trague de encontrados vientos,
olla del mar que hierve y remolina

como pozo sin suelo boquiabierto.
Oídme, Dios y oídme, padre mío,
pues tras que siempre hacéis misericordia,
siempre es benigna, dulce, suave y blanda,
miradme (¡ay, Dios!) según la muchedumbre
de las clemencias y piedades vuestras
y pues clemente las usáis con todos,
conmigo las usad, conmigo, Padre.
No me torzáis, airado, vuestro rostro,
pues soy, si siervo vuestro, vuestro Hijo,
aunque me anonadé por bien del hombre,
ved que me ciñen porfiadamente
los desconsuelos y tribulaciones;
oídme, Dios, y apresurad el paso;
por mi vida mirad y mi remedio
y de tantos peligros rescatadme,
si no por mí, por los que mal me quieren,
no se venguen de mí, ni se gloríen
de verme en tan amargas aflicciones.
Bien sabéis Vos, Señor, cómo me tratan,
los baldones y oprobios que me dicen,
las injurias y agravios que me hacen
que estoy corrido, cuanto avergonzado,
de mirar que el respeto me han perdido.
Tan atrevidos como desalmados
que se os ponen delante de los ojos,
sabiendo que sabéis sus insolencias:
no temió menos el corazón mío
ni aguardó otros regalos y favores
que injurias, que miserias y trabajos.
Esperé a ver si por algún camino
hubiese quien de mí se condoliese
y se compadeciese de mis penas
conmigo triste, triste y lastimado,
y no hubo nadie que me socorriese,
busqué, con diligencia cuidadosa
algún amigo que me consolase:
no pude hallar amigo ni consuelo.
Muriéndome de sed, pidiendo a voces
un jarro de agua, la garganta seca
(¿a quién jamás se niega un jarro de agua?),
me dieron a beber hiel venenosa
mezclada con brebajos tan espesos
que pudieran comerse, no beberse

y un vinagre más recio que mil peñas,
por lo cual, cuando la hambre mal sufrida
los necesite de la mesa alegre
hallen en ella el engañoso lazo
y coman la comida que me dieron:
hiel y vinagre todo se les vuelva
y sírvalos de lazo y de tropiezo.
Cómense amargamente unos a otros,
rabiosos maten y rabiando mueran.
Pierdan la vista amada de sus ojos,
no vean la luz del Cielo deseada,
ciegos, tropiecen, tropezando, caigan,
háganse las narices y los ojos,
hagan espaldas a las desventuras,
cargados de trabajos y aflicciones
y vivan agobiados de oprimidos
sin que al Cielo levanten la cabeza,
su altivez castigada y su arrogancia.

Sobre ellos derramad vuestros enojos,
lloved sobre ellos, lazos, fuegos, muertes
y del justo furor de vuestras iras
no se escape ninguno, todos mueran.

Su ciudad tristemente se despueble,
en páramo desierto convertida,
no hallen quien morar quiera sus casas,
como apestadas huyan de ellas todos,
no tengan sucesor que las habite,
hierbas nazcan en ellas sin provecho,
porque al que heristes, Dios, al que llagastes,
por culpas propias no, mas por las suyas,
han perseguido y sin cesar persiguen,
Vos por justicia y ellos por venganza,
añadiendo al dolor de mis heridas,
con que me las renuevan, dolor nuevo,
heridas y dolores aumentando.

Acumuladlos todos los procesos
y permitid que caigan por sus culpas
pricipitados de un pecado en otro
y deles la Justicia con las puertas
en los ojos, airada, sin que lleguen
al Tribunal de la Misericordia.

Bórrense sus memorias para siempre
sin que de ellos se acuerde hombre nacido,
como libros vedados se prohíban,

no los escriban de los hombres justos
en el Pío catálogo, ni tengan
lugar en los cuadernos de la Vida.
Yo, pobre soy, y pobre lastimado
y pues los que lo son hallan consuelo
en Vos, salud de todos no me falte;
no haré, que ya me veo bueno y sano
y que dádome habéis vida dichosa,
amparado de Vos y defendido.
Alabaré con himnos y canciones
vuestro divino nombre, engrandeciendo
su bondad con perpetuas alabanzas,
las cuales os serán más agradables
que de un año, Señor, el becerrillo
que a pitonar comienza, cuyas uñas
con el tiempo se van encalleciendo,
en las aras ardiendo en sacrificio.
Alegraránse, viéndolo, los pobres,
los fieles vuestros, cuanto humildes, mansos
y dirán: Si queréis vivir seguros,
que el alma espere, el corazón respire,
buscad a Dios, que en él está el bien todo,
buscad a Dios, que en él está la vida
que es fuente de las vidas y los bienes
y todo lo hallaréis en él hallado,
porque oye a los humildes y a los pobres,
sin despreciar a los encarcelados,
antes los mira con serenos ojos.
Alábenle y bendíganle los cielos,
la tierra con sus varios animales
y el mar con sus pescados nadadores:
cielos, ángeles, hombres, fieras, peces,
por salvador universal de todos,
especial de Sión, su nueva iglesia
a cuya devoción nuevas ciudades
se fundarán, con santos edificios,
subordinadas a la Madre Iglesia
con viva confesión de su fe viva,
todas con ella en una fe concordes,
como de eterna fuente derivadas
y de abuelos a nietos procedida,
cuyos más que dichosos sucesores,
si siervos suyos, santos herederos
la poseerán con títulos gloriosos

y los que adoran su inefable nombre,
los que le llaman y los que le temen,
igual a sus deseos la ventura
siempre la habitarán en paz segura.

PSALMO LXIX

ORACIÓN EN LA TRIBULACIÓN

Apresurad el paso, Señor mío,
madrugad en mi amparo y mi socorro,
volad sobre las plumas de los vientos.
Los mal intencionados que me buscan
la vida y la calumnian, envidiosos,
las espaldas os vuelvan confundidos;
los que me quieren mal y mal me hacen
retírense corridos y afrentados,
sin dar paso adelante estos fisgones
que me gritan, afrentan y escarnecen
y me dicen mofando: Bueno, bueno,
y con santo placer se regocijen
los que os buscan, Señor, y en Vos esperan
y repitan que edades no medidas
seáis engrandecido y alabado,
que se os dé gloria y honra eternamente
los que aman y desean codiciosos
que los salváis con redención copiosa.
Que si bien pobre yo y necesitado
y de humano favor destituido
de Vos espero mi remedio todo:
ayudadme, Señor y socorredme.
Pues sois mi protector y mi defensa,
apresurad el paso en mis socorros,
no os detengáis acelerad el paso,
mirad que está el peligro en la tardanza
y que pende de Vos mi confianza.

PSALMO LXX

ORACIÓN EN LA PERSECUCIÓN

Si confiadamente en Vos espero,
¿veré, Señor, frustrada mi esperanza?
¿Viviré avergonzado y confundido?
No me avergüence, pues en Vos espero
lo que es justicia pido como gracia,

que será gracia que me hagáis justicia
y es acción de justicia usar clemencia
en quien en Vos a espera confiado.
Dadme por libre, pues justicia tengo,
libradme de tamañas aflicciones
y de tan declarados enemigos;
sin molestia me oíd, y con oírme,
pues sois mi salvador, Señor, salvadme;
sed Vos para con Vos protector mío,
castillo fuerte, inexpugnable roca
donde de Vos por Vos me libre y salve
y me defienda de mis enemigos,
que sois mi fortaleza y mi refugio,
ara de mi salud, lugar inmune.
Dios mío y mi Señor, dadme la mano
y redimidme de las vengativas
del obstinado que, por pecar, peca,
del perverso, que peca de malicia
contra la ley de vuestra mano dada.
Por Vos, Señor, pacientemente sufro
sus desafueros y sus demasías,
que sois mi sufrimiento y mi paciencia,
que paciencia me dais y sufrimiento
y de los dos, el fruto granjeado
con que espere de Vos vuestros socorros,
porque desde mis años juveniles
sois mi remedio y toda mi esperanza,
sois mi tutor seguro y mi tutela.
¿Qué digo? Desde el vientre de mi madre,
antes que las primeras luces viese,
me sustentaste con valiente diestra
y fuertemente me fortalecistes,
siendo mi protector, siendo mi amparo.
por lo cual, Dios, mis himnos y cantares,
todos serán en vuestras alabanzas,
de mis versos serán digno sujeto,
daréis voz a la lengua, aliento al harpa,
pues si hasta aquí fui un monstruo, fui un prodigio
de aflicciones, de penas y trabajos,
Vos, como protector valiente y diestro,
me defendéis y me guardáis de todos.
Repita a boca llena vuestros loores,
cante vuestra grandeza y vuestra gloria
desde que nace el sol hasta que muere

y desde que el sol muere hasta que nace.
Sea alabaros todo y bendeciros,
si bien siempre será menos que debo.
No me apartéis de vos, rey soberano,
ni me dejéis en mi vejez cansada,
que la virtud gastada desfallece,
falta voz a la voz, vista a la vista,
salud a la salud, vida a la vida,
los males sobran y las fuerzas faltan,
tiempo de Vos el más necesitado.
Porque hablan mal de mí mis enemigos,
hablan y sienten mal de mí y mis cosas;
mancomunados en ofensa mía
mi vida acechan, mis acciones notan,
mis pasos cuentan y concilios juntan,
todos conformes en descomponerme.
Dicen: Dios le ha dejado de su mano,
ya no le favorece ni le ampara
y si Dios no le ampara ¿en quién espera?
Seguidle y perseguidle y acosadle,
prendedle, no se os vaya y se os escape,
prendedle, pues que nadie le socorre
ni tiene quien le valga y le defienda.
Señor mío, no salgan verdaderos,
no os alejéis de mí, favorecedme,
en mi defensa apresurad el paso,
mirad mis cosas con benignos ojos.
Avergonzados queden y corridos,
falten, envanecidos, en sus trazas
los consejeros, los aconsejados,
los que calumnian, tercos, mis acciones,
turban mi vida con sus acechanzas,
de confusión se cubran y vergüenza
los desvelados en buscar mis males,
que yo a lo menos, siempre confiado
cuanto animoso, esperaré seguro
en Vos, eterno Dios, y agradecido
añadiré alabanzas a alabanzas,
aunque sé que por más y más que diga
no es posible que diga las que debo
ni las que os son debidas, señor mío.
Mas no se cansará jamás mi lengua
ni se hartará de publicar a gritos
vuestra justicia en castigar culpados,

vuestra misericordia en salvar justos.

Que como de letrado no me precio
ni hay letras para Vos, pues las mayores
son ignorancias y bachillerías
me acojo a vuestra eterna providencia,
la más alta razón de vuestras obras,
porque ¿quién contará lo inmensurable
y quién podrá medir lo sin medida?
Por lo cual solamente haré memoria,
solo, Señor, de la justicia vuestra
que al bueno premia y que castiga al malo,
Por mi Maestro, Dios, os he tenido:
desde mis años mozos me enseñastes,
infante, niño, joven, varón, viejo,
hasta la edad a que llegado anciana
y siempre he dicho lo que ahora digo
y siempre lo diré: que vuestras obras,
vuestras hazañas, vuestras maravillas,
aunque se digan más, son indecibles,
pero qué diré de ellas cuanto pueda,
si bien cuanto yo puedo será poco;
puedo empezar, mas acabar no puedo.
No me dejéis, Señor, en los turbados
años de la vejez, dolencias todos,
cuando el entendimiento titubea,
se enturbia la razón, ciega el discurso.
No me dejéis mientras que doy noticia
a la posteridad, de gente en gente,
del vencedor poder de vuestra diestra,
ya en Psalmos por mi boca repetidos,
ya escritos, divulgándolos al mundo
para que haya de Vos memoria eterna
por sucesión de edades y de tiempos.

Alabaré la omnipotencia vuestra,
vuestra justicia, nunca sobornada,
levantaré las voces hasta el Cielo
y ensalzaré las obras hazañosas,
hazañas grandes y grandiosos hechos
que obraron en el Cielo y en la tierra
vuestra justicia y vuestra omnipotencia,
que del Cielo los límites exceden
y admirados conmigo tierra y cielo,
dirán: ¿Quién hay que igual a Vos ser pueda,
no solo digo igual, mas semejante

en poder, en justicia y fortaleza?
Pongo el ejemplo en mí que, si indignado
entre tribulaciones permitistes
que me viese, Señor, tales y tantas,
tan apretadas y tan peligrosas,
de todas, poderoso, me librastes.
Vuelto a vuestras clemencias no olvidadas,
sacándome a la amada luz de nuevo,
dándome vida casi en el sepulcro,
libre de los cerrojos de la Muerte
y de las puertas del horrible abismo,
multiplicastes penas y favores,
hicístesme castigos y mercedes,
vime afligido, vime remediado,
que a mí os volvistes y me consolastes.
Por lo cual, como debo, agradecido,
correspondiendo en parte a lo que debo,
al son suave del psalterio alegre
y al dulce son del harpa sonora,
al son de bien acordes instrumentos
alabaré, cantando versos míos,
vuestra fidelidad, vuestra justicia,
Dios santo de Israel, por quien es santo,
bañaránse mis labios de contentos
sirviendo de instrumento a vuestros loores.
No cabrá de placer cuando los cante
mi alma, que os alaba redimida
y mi lengua hecha lenguas sin cansarse,
todos los días cantará acordada,
ejercitada en alabanzas vuestras,
vuestra justicia santa, viendo alegre,
confundidos, Señor, y avergonzados
los que mis daños buscan y desean
y siempre en procurarmelos se emplean.

PSALMO LXXI

DEL REINO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Ya es tiempo, y si no es tiempo, aceleradle,
Señor, ya es tiempo que la Judicaria
potestad concedáis al Hijo Eterno
y que al hijo del Rey, a vuestro hijo
en cuanto Dios, y mío en cuanto hombre,
Rey pacífico y sabio, verdadero

Salomón, al primero preferido,
le deis, pues de derecho se le debe,
por hombre y Dios, la vara de justicia,
para que la haga y guarde a vuestro pueblo
y defienda las causas de los pobres,
con él yendo seguros a juicio.
Los montes eminentes de ignorados
y intrincados caminos y los valles
de secretas honduras y cavernas,
cuevas de forajidos y ladrones,
escuras grutas de voraces fieras,
si hasta aquí al caminante peligrosas,
con su venida quedarán seguros
porque entrará, allanando los caminos,
justicia haciendo de los salteadores,
habrá paz en los montes de los Cielos
y bajarán los ángeles al mundo
publicando las paces con los hombres;
en los collados pobres de la Tierra
justicia abundará y los pequeñuelos
la alcanzarán sin ruegos y sobornos.
Los pobres juzgará piadosamente,
defenderá <a> los hijos de los pobres
porque es padre de pobres y abogado
y a los que los oprimen y calumnian
condenará, sin aceptar personas.
Mientras el Sol, con alternadas luces,
a los dos medios mundos alumbrare
y la Luna de nieve sus tres rostros
manifestare y descubriere al mundo
por sucesión de edades y de tiempos,
su reino durará siglos de siglos
y al gremio intacto de la intacta Virgen
descenderá, como callada lluvia.
en vellocino de rizada lana
o como por abril manso rocío
(hermosura y riqueza de los campos)
suele caer sobre sedientas hierbas,
mustias dehesas y marchitas flores
descenderá con tanta mansedumbre
como de las goteras se destilan
de aljófara transparente gotas breves
una tras otra, con sosiego blando,
fecundando la tierra pedigüña.

En sus dichosos cuanto alegres días
nacerá al mundo la justicia santa,
volverá al mundo la incorrupta Astrea,
que con igual balanza le corrija
la desarmada paz, pródigamente,
que nacerá con él, sus abundancias
derramará con siempre abiertas manos,
mientras la Luna, vida de la Noche,
la hermoreare con la luz ajena,
durando más que el sol y que la Luna.
Mandaré con imperio no abreviado
desde el mar de Levante al de Poniente,
de mar a mar será señor de todo,
desde el fértil Jordán al Océano
que termina los términos del Orbe.
Postrarse han a su pies humildemente
los incultos y bárbaros Etiopes,
la tierra que pisare no forzados,
pecho por tierra, besarán alegres,
rendidos a su Ley sus enemigos.
Los reyes de Tharsís¹⁹ y las remotas
islas que abundan de oro, plata y perlas,
dones le ofrecerán reconocidas,
también los reyes del Arabia Félix,
los de Sabá, de aromas abundantes,
dones tributarán a su grandeza,
preciosos todos: oro, incienso y mirra
y en fin todos los reyes de la tierra
adorarán al rey, rey de los reyes,
todas las gentes, pueblos y naciones
le servirán, sujetos y obedientes.
Porque al menesteroso y afligido
del rico libraré y del poderoso,
será del pobre más desamparado
único amparo y único consuelo.
Perdonaré al pequeño, al pobrecillo,
graciosamente cuantas deudas tenga,
vida dará a la vida de los pobres
librándolos de todos sus afanes,
de sus agravios y sus opresiones.
Rescataré con diestra vencedora
de las usuras tristes de la culpa

19.—Hay que hacer pronunciación oxitona para el acento en sexta. Un acento en quinta arruina la estructura del endecasílabo.

(a quien más pagan siempre que reciben)
las almas obligadas al demonio
y de las culpas más abominables
y su nombre, hasta entonces mal oído,
en su real presencia será honrado.

Dichoso vivirá siglos dichosos
y ofreceránle de la Arabia rica
el oro puro en abundante copia
y lo mejor de lo mejor del mundo,
rogando por sus prósperos sucesos,
adoraránle con religión santa,
del respeto nacido a su grandeza;
el culto religioso eternamente
será de todos cada día ensalzado,
lleno de bendiciones y alabanzas.

Por las silvestres cumbres de los montes
lozanas ondearán rubias espigas
que con los soplos de los frescos aires
con que retozarán unas con otras,
emularán de los hojosos cedros
del eminente Líbano el susurro,
cuyas doradas parvas, con exceso
vencerán su cabeza descollada.

Y como de heno y grama el campo abunda
sobre quien baja desgranada nube
abundará de ricos ciudadanos
la ciudad que de tal rey gobernada
florecerá con prósperos aumentos.

Mil veces sea su nombre engrandecido
de siglo en siglo, de una gente en otra,
rejuvenezca como el sol su nombre,
que sin envejecerse se renueva.

Que antes que el Sol con claros resplandores
naciese al mundo, el nombre majestuoso
de Hijo de Dios con él había nacido,
eterno nombre como el dueño eterno.
Serán con él benditas y ensalzadas
todas las tribus, gentes y naciones
y las naciones todas, gentes, tribus,
le ensalzarán con dignas alabanzas.
Sea el Dios de Israel siempre bendito,
engrandecido sea y alabado
que solo obró tan altas maravillas
y solo pudo obrar tantas grandezas.

El nombre sea mil veces ensalzado
en que su Majestad más resplandece,
por círculos de edades no medidas
y llénese del nombre esclarecido
y de sus beneficios todo el mundo,
de sus dádivas ricas y sus bienes
decid todos: amén y mil amenes.

PSALMO LXXII

DE LOS BUENOS Y LOS MALOS

Supuesto lo primero, lo que creo,
que Dios es justo y bueno sumamente,
para su pueblo de Israel benigno
y más para los bien intencionados,
para los de alma y corazón sincero,
que es la misma Bondad y la Justicia,
a cuya irreprehensible providencia
con el dedo en la boca encojo el hombro,
tal vez viendo las dichas de los malos
parece que, perplejo, titubeo,
que dudo sin dudar y divertido
los pies tropiezan por lo enladrillado,
no sé dónde los pongo que resbalan
si bien no caigo porque humilde creo.
Celoso miro sus prosperidades,
abrasado acá dentro y carcomido
como envidioso de la paz que gozan,
de sus descansos y sucesos buenos,
envidiando a los necios que no sienten,
por no sentir lo que en el alma siento.
No tienen más respeto con la muerte,
ni de sus penas y sus amarguras
hacen más caso que si no la hubiera,
pues cuando viene, como temerosa
parece que llegarse no se atreve
y llega menos dura y más tratable,
con que pierden el miedo a sus congojas;
si está a caso enfermos, sus dolencias
unos achaques son sin fundamento,
cúranlos con caricia y con regalo
(porque donde hay riquezas, todo sobra)
mejoran presto, tarde se levantan,
gozan viciosamente de la cama,

salen más gordos que lo estaban antes.
No saben qué es desgracia ni trabajo,
hambre, necesidad, calor ni frío,
como si hombres no fueran que sujetos
nacieron al trabajo y la desgracia,
al frío y al calor, hambre y cansancio,
no saben nunca a qué el azote sabe
de la mano de Dios, ni le conocen,
como los que le besan y le temen
por horas y momentos castigados,
por lo cual, entonados y altaneros,
a los desconsolados desestiman,
desfavorecen a los desvalidos,
cubiertos, de los pies a la cabeza,
de la impiedad con que hasta a Dios se atreven,
de la maldad de que usan ya por gala.
De la abundancia de los ricos bienes
parece que revientan y no caben
en sí de gordos, y de estarlo tantos
su maldad toma fuerzas atrevidas;
rompen con todo por hacer sus gustos
y cuanto afecta el corazón alcanzan
como lo pintan, todo se les hace
a la medida de sus pensamientos.
No piensan otra cosa que maldades
y lo que piensan, hablan atrevidos.
Con los gritos que dan llegan al Cielo,
hablan públicamente mal de todos
y el mismo Dios no está de ellos seguro,
que murmuran de Dios y de sus santos.
Hasta los enterrados desentierran,
sin perdonar los vivos y los muertos,
por lo cual temo que este pueblo mío
se les inclina, viendo sus venturas,
entre turbadas dudas vacilando
viendo que viven años numerosos,
días llenos de gustos y regalos,
abundantes de bienes y riquezas
y, como flacos y escandalizados,
dicen: ¿Esto ve Dios?, ¿por esto pasa?
Parece que lo ignora, aunque lo sabe
y que no hay ciencia en él, siendo infinita.
Pues lo ve Dios ¿por qué no lo remedia?
Los malos son los solo poderosos,

los solo ricos, los que en larga copia
abundan de riquezas y de haberes,
solos a su placer gozan de todo,
por lo cual dije a solas en mi pecho:
si esto así pasa, en vano me fatigo
en ajustar el corazón inquieto
a las leyes de Dios y a sus justicias,
para justificarme y ser un santo;
en vano cuido de lavar mis manos
y de vivir tan inocentemente
como un niño inocente, puro y limpio.
Todos los días para mí amanecen
llenos de penas y de desconsuelos:
¿de qué sirve afligirme y azotarme,
mortificarme con castigos tantos
si nunca conocí solo un buen día,
si nunca salió el sol que no saliesen
mis castigos con él, mis aflicciones?
¿Si daré cuenta de mis sentimientos?
Decía entre mí: Mas no, porque los justos
que con paciencia sufren y padecen
serán por miserables reputados
y su opinión reprobaré aprobada,
desluciré su vida virtuosa.
Iba y venía en estos pensamientos
mas era todo trabajar en vano
y lo será mientras que los secretos
de Dios, allá en su Cielo, no alcanzare,
por lo cual, de alcanzarlo me despido
hasta ver de estos las postrimerías,
sus fines tristes y sucesos malos.
Mas Vos, por los engaños, Señor mío,
que usaron en sus gustos deleznable,
en sus buenas andanzas y riquezas,
otros lazos ocultos los armastes
en sus mismos engaños encubiertos,
mientras en sus venturas engreídos
y en sus prosperidades ensalzados
su rueda deshicistes espejada,
dando en tierra con ellos tristemente:
tras breves bienes, perdurables males.
Advertid, hombres, su fatal ruina,
que a solo un volver de ojos perecieron,
a manos de sus culpas acabaron

con impensada, cuanto triste muerte.

Comparo yo, Señor, las dichas de éstos,
a las que el sueño burlador compone:
sueñase un pobre rey, con el temido
precioso cetro y la corona de oro,
con la púrpura real, real aparato,
grandezas majestuosas ostentando,
con admiración visto y con respeto,
tras sí los ojos y los corazones,
rodeado de Príncipes y Grandes,
guardado de cuchillas y alabardas,
en el leal caballo, que parece
que de la carga real se lisonjea,
haciendo Grandes, Títulos haciendo
repartiendo bastones, Virreinaos,
Presidencias, Gobiernos, Ropas, Varas,
haciendo a unos, deshaciendo a otros,
sueñase entre las cazas y jardines,
saraos, músicas, fiestas, mesas, juegos,
gustos, bienes, deleites y tesoros,
todo gozado como lo desea
(que lo honra todo el rey con desearlo,
que lo honra todo el rey con poseerlo)
y acaso cantó el gallo o lloró el niño
o el sueño huyó con voladoras alas
y huyeron con el sueño sus venturas
y hallose con nonada entre dos platos
y levantose más que estaba pobre,
querelloso de ser lo que había sido
y triste de no ser lo que soñaba,
pobre de todos sus soñados bienes,
porque en la ciudad vuestra, en vuestro reino,
todo felicidades verdaderas,
las de éstos ricos son como soñadas
y así consideradamente pienso
que las sueñan despiertos y despiertan
después del breve sueño de la vida,
por su mal, a las veras de la Muerte,
de Vos tan olvidados que aun pintados
no queréis verlos en la ciudad vuestra
ni que quede memoria de su nombre,
los que eran nada, en nada convertidos.
Yo confieso mi culpa, que abrasado
tuve mi corazón en sus venturas,

turbados mis afectos interiores,
cocidas las entrañas de celosas
como deshecho de pesar y enojo,
deseando casi de seguir sus sendas.

Yo confieso mi culpa y mi ignorancia:
una necio fui. ¿Qué es necio? Fui una bestia
en querer penetrar vuestros secretos;
bien es verdad que en fin, me tuve en buenas
y me atuve a creer que es lo acertado
y lo mejor, lo que ordenáis, Dios mío,
y así de vuestra parte estoy y estuve.
Porque de vuestra mano me tuvistes,
si tropecé, para que no cayese:
asistes y tirastes de mi diestra
por vuestra voluntad, porque me amastes
hasta ponerme, honrado, en vuestros brazos.
Por lo cual diré siempre, agradecido,
que no hay, fuera de Vos, en todo el Cielo
cosa digan, sin Vos, de ser querida
con todos los afectos de mi alma
que pueda atarme ni satisfacerme
ni llenar de mi alma los vacíos,
y que no se hallará en toda la tierra
cosa, de hoy más, que quiera ni codicie
porque sin Vos ninguna lo merece.
Y arrebatado en Vos, que sois Dios mío,
solo merecedor de ser amado,
solo digno sujeto a mis empleos;
desalentado el cuerpo desfallece,
desmaya el corazón enamorado,
Dios de mi corazón, corazón mío
y dice entre amorosas mil finezas
amores dulces y dulzuras tiernas:
¡Ay Dios, parte del alma sois querida,
parte sois de mi alma, parte y todo;
todo el bien suyo sois, todo sus bienes,
dichoso yo, que os tengo de mi parte
y más que por mi herencia me cupistes,
para que de Vos goce eternamente,
porque los que de Vos, Señor, se apartan,
los que de Vos se apartan (¡qué locura,
apartarse Dios!), dadlos por muertos,
dadlos por muertos y por condenados,
que aborrecéis y condenáis a aquellos

que aman sin Vos desenfadamente
cosas que no merecen ser amadas
y que merecen ser aborrecidas.
Por lo cual vi, mi bien, cuánto me importa
siempre asirme de Vos., con Vos unirme
con fe invilada y con amor constante,
procurando con Vos ser una cosa,
fundando en solo Vos mis esperanzas,
mi Dios y mi Señor, bien de mi vida,
para que, rico de favores tales,
mercedes tantas, tantos beneficios,
predique y cante vuestras alabanzas
a las puertas, Señor, de la abundante
Jerusalén, ciudad de Vos amada
en las públicas juntas y concursos,
siendo siempre sujeto a mis discursos.

PSALMO LXXIII

DE JERUSALÉN EN FIGURA DE LA IGLESIA

¿Que ' causa puede haber, Oh, pastor bueno,
para desamparar vuestro ganado
y dejarle en las últimas miserias?
Pues encendido vuestro furor justo,
tras subírseos el humo a las narices,
vibra y arroja fuego por los ojos,
contra ovejas, Señor, que apacentastes
con desvelos de padre cuidadoso
en dehesas gruesas, en herbosos prados
de arroyos ricos de sonora plata,
descarriadas del amparo vuestro
y en las sangrientas garras de los lobos.
Acordaos, acordaos de vuestro pueblo,
vuestro, Señor, desde que el mundo es mundo,
de Vos como de dueño poseído.
Acordaos, acordaos, que redimistes
el Cetro Real de vuestro pueblo amado,
vuestra heredad, en quien tenéis los ojos,
la vara que los campos dividía
con justicia y verdad entre los vuestros,
del Monte de Sión, que es la cabeza
del Reino en quien tenéis de asiento casa.
Acordaos, señor nuestro, porque agora
parece que, las manos en el seno,

los dejáis padecer, sacad las manos,
levantadlas, Señor, en su defensa
contra las osadías arrogantes
de los que injustamente los ultrajan:
mueran, sin que jamás alcen cabeza,
llegue el castigo de ellos merecido
a la soberbia de sus pensamientos:
mirad el Templo Santo profanado,
violado y ofendido con desprecio
de la impiedad feroz del enemigo.
Mirad que, envanecidos se glorían
contra Vos, orgullosos y arrogantes
los que bárbaramente os aborrecen
en las solemnidades más festivas,
en medio de las fiestas más solemnes
usando atrevimientos descarados,
fealdades torpes y torpezas feas.
Levantaron, soberbios, los pendones
en señal de victoria, apellidando
victoria, dando voces: 'Mueran, mueran'
de su profano error con ignorancia,
sin conocer que las victorias suyas
eran castigos nuestros, enviados
por vuestras manos, con razón sangrientas,
y ya, como acabada la batalla,
entrada la Ciudad, vencido el campo,
en lo más alto del real Alcázar,
sobre las puertas, entre las almenas,
banderas victoriosas arbolaron
a la salida de la ciudad triste,
con sacrílegas hachas y segures,
como si selva espesa desmontaran
de encinas secas y de robles duros,
todos conformes, conjurados todos,
del Templo Santo las sagradas puertas,
con sus molduras, cuanto hermosas, ricas,
rajas hicieron, dándonos los golpes
en medio el corazón, en medio el alma,
dando con todo tristemente en tierra.
Pegaron fuego al sacrosanto templo
con las llamas subiendo los clamores
acompañados de lamentos tristes,
la hermosura arrasando con la terra,
del templo que en la tierra os agradaba,

mancillando con torpes indecencias,
Señor, el Tabernáculo divino
a vuestro eterno nombre dedicado.
Resolución tomaron y dijeron
dentro en sus corazones: Mueran todos,
acabemos con esta mala casta,
no nos quede piante ni mamante,
acabemos con todos, mueran, mueran.
Descansen ya de sus solemnidades,
no celebren más fiestas al dios suyo,
cesen, cesen sus fiestas, arda todo
y lleno el Templo de los dioses nuestros,
sean en él servidos y adorados.

Y nosotros lloramos, que no vemos,
no vemos las señales que solíamos,
las maravillas y obras hazañosas
en nuestro favor hechas, no parece
que hay señal de remedio en nuestros daños;
ni tenemos señales, ni un Profeta
que nos consuele, ni nos asegure
del remedio que tristemente tarda
y Dios parece que nos desconoce
y que nos desampara para siempre.

¿Hasta cuándo, Señor, tantos pesares?
¿Hasta cuándo, Señor, nuestro enemigo
nos dará en rostro nuestros desconsuelos,
escarneciendo nuestros desamparos?
Atended que os provoca y os irrita
con injurias, desprecios y baldones,
que mofa (¡ay, Dios!) desmesuradamente
vuestro nombre divino. ¿Por ventura
hasta los fines durarán del mundo?
¿Hasta cuándo, Señor, si a vuestro pecho
unidos nos miramos y abrazados,
de los paternos brazos defendidos,
de verlos descruzados lloraremos
y de que. desunidos nos echastes
de vuestro pecho, como a ingratos hijos?
¿Hasta cuándo, Señor, en daño nuestro
podréis estaros, mano sobre mano?
¿Será hasta el fin del mundo, por ventura?
Pues sois Dios nuestro y Rey que ante los siglos
lo fuistes y seréis eternamente
y Dios que obró con mano poderosa

nuestra salud en medio de la Tierra,
a vista de la tierra y de los Cielos,
en la salida del tirano Egipto
camino de la Tierra Prometida,
donde, con virtud propia levantastes
en el Bermejo mar muros de plata,
sus ondas alteradas congelando,
fortificadas en defensa nuestra
y donde, con glorioso vencimiento,
las cabezas turbadas aturdistes
y rompistes, airado, justamente
de los fieros egipcios en sus aguas
locamente anegados, semejantes
a los fieros dragones en sus iras.
Quebrastes las cabezas del sangriento
Leviatán, bestia de cabezas varias,
Faraón orgulloso y obstinado
a quien hicistes pasto de los cuervos
y escarnio y mofa de los Etiopes,
que en su orilla los muertos anegados
despojaron de joyas y riquezas.
De las peñas formastes fuentes claras,
de arroyos, cuanto dulces, caudalosos,
secastes el Jordán, río que vale
por muchos ríos, preferido a todos.
Vuestros es el día, Señor, la noche es vuestra,
que solo hacéis los días y las noches
porque hacerlas sabéis y deshacerlas;
la Aurora vergonzosa fabricastes,
ojos azules, labios de claveles,
mejillas de carmín, frente de plata,
cabellos de oro, manos de jazmines;
al no cansado Sol, alma del mundo,
pues en su ausencia muere y con él vive.
Señalastes los términos distantes
del Orbe, en cuatro partes dividido,
el claro Oriente, el Occidente oscuro,
el Aquilón severo, el Mediodía,
formastes la rosada Primavera,
pintora de los campos y jardines,
por varia, cuanto bella, deleitosa
que de tapetes de olorosas flores
en varios cuadros mil, alfombra el suelo
divertidora de melancolías,

formastes el Estío caloroso
que sazona las mieses y los frutos,
sustento de los hombres y regalo
que enriquece los silos avarientos
y que alegra las plazas y las mesas.

Acordaos que, blasfemo, el enemigo
habló de vos, Señor, dándoos en cara,
como si verdad fuera, neciamente
con el poder y providencia vuestra
y que con él el ignorante pueblo
provocó vuestro nombre soberano.

No entreguéis, no, mi Dios, de los que os aman
y os confiesan por Dios, las tristes vidas
(tortolilla que gime dolorosa)

a nuestros homicidas enemigos,
que entregarlos será como a unas bestias,
a unos brutos y fieras implacables;
no olvidéis vuestros pobres, que llorosos
a vuestras puertas su socorro esperan.

No os duren los enojos para siempre
y no los olvidéis desamparados.

Y ya que esto, Señor, no os enterezca,
ni queráis, por quien somos, socorrernos,
volved los ojos al concierto y pacto
hecho por Vos con los antiguos Padres,
de ser Dios nuestro, nuestro amparo y guarda;
mirad que esta canalla embravecida,
gente baja y de oscuro nacimiento,
gozan a su placer a manos llenas
dentro de nuestras casas, poseídos
con tirana crueldad, nuestros haberes,
todas nuestras haciendas y riquezas.

No permitáis que vuestro amado pueblo
vuelva de la oración manivació,
avergonzado de que sus clamores
y ruegos no enterezcan vuestro pecho,
mirad que el pobre y el menesteroso
son los que alaban vuestro santo nombre,
de quien a penas ni aun se acuerda el rico.
Levantaos, Dios eterno, levantaos
y defendednos, pues es causa vuestra
litigad vuestra causa y vuestro pleito,
no olvidéis los denuestos y baldones,
dichos en nuestro oprobio, de estos necios,

descarados con Vos todos los días.
No olvidéis, no, las voces y blasfemias
de vuestros arrogantes enemigos,
mirad que la soberbia se embravece
de los que mal os quieren y sufrida,
se atreverá a escupiros en el rostro,
se os subirá a las barbas, derribadla
y en calabozo eterno encarceladla.

PSALMO LXXIV

DEL JUSTO JUICIO DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Por nuestro Dios, Señor, os confesamos,
os confesamos y os confesaremos
con religioso culto y fe constante,
con himnos y canciones celebrando
con bendiciones y con alabanzas,
invocando animosos vuestro nombre
en todos tiempos, prósperos y adversos.
Referiremos vuestras maravillas,
vuestras hazañas y prodigios raros
y en nuestro amparo las justicias vuestras,
pues que dijistes: tiempo vendrá, tiempo
cuando su curso rápido suspenda,
si bien disimulando sufro agora,
en que juzgue los vivos y los muertos,
dé eternos premios a los virtuosos
y a los viciosos perdurables penas;
lo que parece agora justo y bueno
entonces se verá si es bueno y justo,
que calificaré las buenas obras
probaré su valor y sus quilates.
Y cuando venga a hacer de ellas juicio
la Tierra, adolecida a tanto asombro
verá desfallecerse y conturbarse,
los hombres, de temor descoloridos,
mustios marchitos y desanimados,
padecerán, turbados y medrosos ,
que si zanjé hasta el centro sus cimientos
y inmovibles columnas cargué en ellos,
no me será difícil sacudirlas
ni hacer que tiemblen de mi airado rostro,
pues puedo deshacer lo que hacer pude
y lo que nada fue, volver en nada.

Por lo cual prediqué y dije a los malos:
Necios (aunque ni pecan de ignorancia).
mirad cómo vivís, ¡ay de vosotros
los que vivís precipitadamente!
No viváis mal, ni mal hagáis a nadie,
y a los que pecan por pecar: ¡Ay, tristes,
no os queráis alabar de haber pecado,
ni, con crestras erguidas contra el Cielo
os ensoberbezcáis en vuestras culpas!
Locos, no os engriáis vanagloriosos
ni os levantéis con presunción soberbia,
mirad que lo ve todo y lo castiga,
no habléis de Dios irreligiosamente
ni blasfeméis sus obras ni su nombre.
Mirad que no hallaréis quien os defienda
de su justo furor y saña justa,
si le buscáis del uno al otro Polo,
desde donde en<tre> cercos de oro y nácar²⁰
nace el día en los brazos de la Aurora,
hasta el mar, donde en pálido sepulcro,
su luz escurecida ahogada muere,
no en los ocultos montes donde el ábrego
con sus húmedos soplos, nubes cuaja,
porque es Dios el Juez que lo ve todo,
todo lo alcanza, todo lo escudriña:
no os valdrá huir a las remotas partes
que el Sol alegra con su luz primera
ni que con su luz última entristece
a los desiertos menos habitables,
porque a sus ojos todo está patente.
Humilla, poderoso, los soberbios
y levanta, piadoso, los humildes,
tiene en su mano un cáliz de amargura,
lleno de vino puro, atosigado
con mixtura de hierbas venenosas,
vaso de su furor y de su ira,
con que los que de él beben se embriagan,
rodando, entorpecidos, por el suelo.
El vaso mueve de una parte a otra,
dando a beber a todos los culpados:
bebieron de los ciegos Sodomitas,
los soberbios Caldeos, los Egipcios,

20.-Este verso está mal transmitido: no puede haber un endecasílabo con acentos en primera, tercera y quinta y al que, además, le falta una sílaba. Enmiendo conforme a esto.

Antíocos, Nabucos, Faraones
y aunque tantos bebieron de sus penas,
de sus iras, sus sañas y furores,
para el tremendo día del Juicio
ha dejado las heces más espesas,
mayores amarguras y venganzas,
para los pecadores de la Tierra:
todos beberán de él, aunque les pese.
Por lo cual os predico sus justicias
y las predicaré de siglo en siglo
y anunciaré y anuncio sus clemencias
y alegre cantaré al Señor Eterno, el
dios de Jacob, mi abuelo generoso.
Al Dios que dijo: romperé la frente,
quebrantaré las poderosas puntas,
la potencia ostentada de los locos,
de estos toros soberbios y arrogantes
que se atreven, ingratos, a los Cielos
y ensalzaré de los varones justos
la humildad santa y fortaleza humilde.
premiando y coronando sus cabezas
del siempre hermoso Sol con las bellezas.

PSALMO LXXV

DEL AMPARO DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Con usurpado culto, con fe vana
el idólatra adora erradamente
deidades ciegamente persuadidas
que inventó la mentira y el engaño,
el amor propio, la pasión errada,
cada cual a su dios como le quiere,
a la torpe embriaguez, a la torpeza
hermosa <y ebria>, a la riqueza hinchada,
al vedado deleite, al furor ciego,
al ladronicio, a Júpiter y Marte,
Juno envidiosa, Palas pendenciera,
lascivos hombres y mujeres flacas,
al Sol, la Luna, al agua, fuego y aire,
hasta los animales y las fieras,
falsedad todos, como verdad solo,
solo verdad y solo verdadero
el Dios que es en Judea celebrado
con religiosa fe y sagrado culto,

con fuegos sacros, oloroso incienso,
víctimas, sacrificios y holocaustos,
devotos psalmos y sagrados himnos,
voces piadosas y instrumentos varios,
siendo su nombre en Israel famoso
y en él famosamente engrandecido,
engrandecido siempre y celebrado.
Dios, que escogió para morada suya
la ciudad de Salén, ciudad llamada
Visión de paz, que es de la paz amante
y para habitación el monte santo
de Sión, donde habita y donde mora
con especial cariño y asistencia.
Donde rompió las flechas crujidoras
de los ligeros arcos despedidas,
los escudos, las lanzas, las espadas
y todo el aparato de la guerra
hasta vencer, valiente, la batalla.
Vencístelos, Señor, y tras vencerlos,
como sois luz que hermosamente alumbra
y nos veis rodeados de tinieblas,
en negras nubes de temor envueltos,
de esos montes de estrellas coronados
con admirables rayos y esplendores
nuestras escuridades alumbrastes
por ayudarnos y por socorrernos,
sucediendo al quebranto la alegría,
a cuyos globos de impensadas luces,
ciegos y deslumbrados se turbaron
los que en sus corazones. neciamente
vencernos y matarnos presumieron
de los amparos vuestros descuidados
y durmieron el sueño de la Muerte,
sueño pesado y todo pesadillas
y las riquezas en quien confiaban,
el orgullo, las fuerzas y bravezas
en ellas poderosos, despertando
en la otra vida, vida muertas toda
hallaron sin hallarlas, que ligeras
volaron de sus manos engañadas,
con nonada se hallaron en las manos.
Y ¿qué mucho si así, severamente,
Dios Santo de Jacob, os enojastes,
os enojastes y los reprehendistes

y los vencistes con valiente diestra,
haciendo, sabiamente poderoso,
que de los carros en que confiaban,
tirados de caballos no domados,
de agilidad feroz y ligereza,
como dormidos se precipitasen
y que, amarillos, en la sepultura,
cual sueño vano desapareciesen?
Porque os embravecéis terriblemente
y si se os sube el humo a las narices
¿quién os resistirá? Si vuestra ira
resuelta se encarniza en la venganza
¿quién se os atreverá a poner delante?
Que así como del Cielo sonó al mundo
vuestro justo juicio en nuestro amparo
de vengarnos resuelto y defendernos,
tembló la tierra como un azogado
y arrinconada no chistó de miedo,
sus moradores pálidos y mustios
mirándoos levantar, embravecido
a juzgar a los malos, que impiamente,
a los buenos, Señor, tiranizaban
y a librar de su injusta tiranía
a los que con humilde mansedumbre
viven a vuestras leyes ajustados.
Por lo que discurrir en los juicios
de esta justa venganza, esta justicia
hecha en amparo de los justos vuestros
es dar materia a vuestras bendiciones,
a vuestras bendiciones y alabanzas
y la memoria de ellas procedida
(de esta imaginación reliquias santas)
servirá de recuerdo con que todos
os hagan fiestas en acción de gracias
cantándoos himnos por favores tantos.
Y pues veis esto, nobles israelitas
que al derredor andáis de sus altares
siempre delante de su real presencia
en el sagrado Templo donde habita
y le ofrecéis alegres, ricos dones,
nuevos votos haced al Señor nuestro,
a nuestro Dios hacedle nuevos votos,
y hechos, se los cumplid, agradecidos.
Al Dios terrible, de quien tiembla el Cielo

y que el ánimo quita y la braveza
 y las vidas también, cuando importare
 a los temidos príncipes que os buscan,
 al Dios terrible, cuanto formidable,
 de quien tiemblan los reyes de la Tierra,
 porque es amado en paz, temido en guerra.

PSALMO LXXVI

DEL AMPARO DE DIOS EN LA TRIBULACIÓN

Llamé al Señor con voces lamentables
 A Dios llamé con voces dolorosas,
 levántelas al Cielo, lastimado,
 no quise hablarle, no, por memoriales,
 quise pedirle a boca mi remedio
 y apacible escuchó mis peticiones.
 En el día, afligido y conturbado,
 de mi tribulación, en la continua
 guerra, contra mí mismo peligrosa
 a donde el vencedor es el vencido
 le busqué, ansiosamente cuidadoso
 en el silencio de la muda noche,
 las manos extendidas atentaba²¹
 como ciego que no halla lo que busca,
 para cogerle y que favor me diera:
 orando al Cielo levanté las manos;
 no se frustraron, no, mis esperanzas,
 lucióseme mi buena diligencia,
 sus dulzuras probé, probé sus gustos.
 Y di de mano a cuanto el mundo tiene,
 no hallé consuelo, ni le quise en nada,
 acordeme de Dios dichosamente
 (y quien se acuerda de Él, todo lo olvida)
 ¡ay, Dios!, cuánto es gustosa su memoria,
 con ella entretenía, alegre, el tiempo
 y en estos soberanos ejercicios
 desfallecía el alma enamorada
 y en Vos, Señor, mis ojos desvelados,
 se la ganaban a las centinelas
 que rondan la ciudad y están de posta;
 parece que me habían puesto guardas,
 como acontece a enfermo que se duerme

21.-'atentaba', es decir, 'buscaba a tientas'

para que no se duerma con la purga
eché seso a montón en los juicios
de Dios (¡Ay, Dios, qué grande grosería!)
y enmudecí, turbado en sus grandezas;
volví el discurso a los pasados tiempos
que siempre son tenidos por mejores
y vi que, aun no venidos, se pasaron;
volví luego a los siglos venideros
donde vi eterno premio y pena eterna,
eternidad de bienes y de males.
Y en el sosiego de la amiga noche,
dentro en mi corazón atentamente
con santos ejercicios meditaba,
gustos pasados y presentes penas,
daba una vuelta y otra a mi conciencia
miraba y remiraba sus rincones
como moza que barre, diligente,
los últimos rincones de la casa,
sin dejar ni aun un polvo de basura,
procuraba limpiarla y componerla
y, como suele diestro jardinero
el jardín escardar para que medren,
las inútiles hierbas arrancando
por que no ahoguen a las provechosas,
diligente, escardaba mi conciencia
y decía entre mí: ¿Será posible
que acabe Dios con la condición suya,
que le dure el enojo para siempre
y que nos deje en tanto desconsuelo?
¿Será posible que consigo acabe
de no añadir mercedes a las hechas,
que no se muestre más propicio y blando,
más apacible y menos riguroso?
¿Cortará el hilo a su misericordia
de unos siglos en otros dilatada?
¿Podrá olvidarse Dios de sus clemencias
si *ab aeterno* las tiene de memoria,
si se ocupó y se ocupa en ellas siempre?
¿Podrá olvidarse de lo que está haciendo?
¿Por ventura su enojo no aplacado
podrá oponerse a sus misericordias?
¿Podrá enclaustrar o represar su ira
los ríos de avenidas caudalosas
de sus largas clemencias y piedades

sin que sus presas rompan, mal sufridas,
llevándolas tras ellas arrastrando?
No podrá contenerse de no usarlas,
no, no, y más que empiezo libro nuevo
y dije: ahora empiezo nuevamente
a respirar, seguro y animoso
en la mudanza de su eterna diestra,
que sin mudarse, muda en nuestro amparo,
de sus enojos en misericordias,
de las indignaciones en clemencias,
de sus justicias en sus mansedumbres.
Respiraré, alentado en mis recuerdos
de las obras de Dios maravillosas,
siempre me acordaré de sus grandezas,
desde que el mundo comenzó, admirables.
Como meditaciones fervorosas,
Señor, celebraré las obras vuestras,
las de naturaleza y de la Gracia:
piedad, justicia, amor, sabiduría
y ejercitando todas mis potencias
admiraré las nuevas invenciones
que sacáis cada día, atento solo
a usar clemencias y misericordias
poniendo en ellas todo vuestro estudio.
Vuestros caminos son por esos cielos,
vuestras acciones, santidad son todas,
todo sois santidad, todo sois santo:
¿que Dios hay, pues, competidor al nuestro?
¿Qué dios hay grande, entre los dioses ciegos
que fingió la pasión y la lisonja?,
ni todos juntos, cuando dioses fueran,
a nuestro Dios pudieran compararse.
Vos sois, Dios nuestro, el verdadero solo
que siempre hacéis hazañas prodigiosas,
manifestastes vuestro poderío
a los pueblos rebeldes y naciones,
con plagas castigando a los Egipcios
y escarmentando a los que las oyeron,
redimiendo, con brazo poderoso,
con señales divinas y portentos
Vuestro Pueblo, Señor, originado
de Jacob noble y del Joseph hermoso,
sustentado en Egipto y socorrido.
Las aguas del Bermejo Mar a penas

os vieron cuando heladas se quedaron;
cortáronse de veros suspendidas
u del profundo seno los abismos
a ver el Sol salieron conturbados,
dando seguro paso a vuestro pueblo.
Luego, dismanteladas las murallas,
de vidro congeladas transparente,
se dejaron caer impetuosas
sobre el rebelde rey y sus escuadras;
las nubes, entre turbios aguaceros,
bramaban, con tronidos espantosos
entre granizo en tempestad deshecha.
Culebreando los tremendos rayos
(flechas de vuestro enojo disparadas)
sobre ellos abrasados discurrían;
los truenos de las nubes bramadoras
conturbaban las ruedas de los carros
huyendo, sin huir de sus asombros,
en las revueltas ondas anegadas.
Los resplandores ciegos de los rayos,
de uno y otro relámpago los fuegos,
la redondez del Orbe conturbaron,
que llegó a su noticia la victoria;
estremeciéronse sus moradores
y temblaron de ver vuestras justicias.
Camino abristes por el Mar bermejo
y sendas que pasaron a pie enjuto
con poder, admirando al pueblo amado,
dividiendo las aguas de las aguas
con tal primor que los que los seguían
descubrir no pudieron vuestras huellas
ni las pisadas de los fugitivos
en el camino real que los hicistes.
Sacástelos, guiando a vuestro pueblo,
como rebaños fáciles de ovejas
al pasto de la tierra deseada,
de verdes prados y regalo fértil,
pastoreados con desvelo atento
en fe de vuestro amparo soberano
por el pastor Moysén y Aarón, su hermano.

PSALMO LXXVII
DE LAS OBRAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Escucha atentamente, ¡oh pueblo mío!,
mis consejos y avisos y procura,
como si fuesen leyes, observarlos.
Mira que son de un rey y padre tuyo
que tu bien busca porque bien te quiere:
inclinad todos gratos los oídos
con humildad atenta y obediente
a las graves palabras de mi boca,
advertid que he de hablar por semejanzas,
metáforas, figuras y proverbios.
Cosas he de decir casi increíbles
que en los primeros siglos sucedieron,
en enigmas, si bien escuramente.
Cuantas de inmemorial tiempo sabemos
y conocidamente veneramos
por verdaderas y verdades santas
de nuestros Padres santos referidas
(patriarcas nobles y profetas sabios,
desde niños mamadas en la leche)
y de sus descendientes no ignoradas,
mas de padres a hijos traducidas
por numerosa sucesión de edades.
Estábamos colgados de sus bocas,
la narración oyendo verdadera
entre mil repetidas alabanzas
de las obras de Dios maravillosas,
hechos gloriosos y altas maravillas
con virtuoso esfuerzo ejecutadas
en honra y gloria de la nación nuestra.
Fue la primera hazaña misteriosa
la Ley establecer y los preceptos
de Jacob a los caros descendientes
y intimarla a los nobles israelitas,
con la ley positiva despertando
los que dormían descuidadamente
de la ley natural en la observancia,
mandando que los padres a los hijos
de siglo en siglo se la notifiquen,
de los unos los otros la aprendiesen
y los que la aprendiesen, la enseñasen
a la posteridad, de gente en gente

y que todos la guarden cuidadosos,
donde en memoria persevere eterna
para que, su Ley santa conocida,
sus divinos mandatos y preceptos
pongan en solo Dios las esperanzas
y, no olvidados de sus maravillas,
diligentes y atentos, soliciten
el cumplimiento de sus mandamientos
por que no imiten sus ingratos padres,
hombres, parece que de mala casta
y de mala intención que exasperaron
la Justicia de Dios con sus ofensas;
generación infiel, mal inclinada,
que el corazón descaminó del Cielo
por torcidos caminos caminando,
contra lo que el Señor los condenaba,
que nunca en Él de corazón creyeron,
no fiando de él como fiar debían.
De Efraín a los hijos semejantes,
prácticos en flechar los corvos arcos
y en disparar las voladoras flechas
que, después de haber, bravos, blasonado
de su destreza y de su valentía,
vuelven al mejor tiempo las espaldas
al enemigo, que el alcance.
Así esta gente infida y pueblo ingrato
a Dios con pacto eterno prometiendo
la observancia inviolable de sus leyes,
lo que le prometieron no guardaron
ni quisieron vivir conforme a ellas,
no se acordaron más (Oh, olvido ingrato!)
del bienhechor y de las buenas obras
que si no las hubieran recibido:
totalmente perdieron la memoria
de las proezas y las maravillas
hechas a vista de sus propios ojos.
Después que en la presencia de sus padres
obró en Egipto milagrosas cosas
por Aarón y Moisés ejecutadas
en la espaciosa vega de Taneos,
ciudad que es la metrópoli de Egipto,
con las terribles cuanto horribles llagas,
al reino lamentable y rey rebelde
por quien el Nilo lágrimas de sangre

tristemente lloró desconsolado,
dividió el Mar en congeladas calles
de plata pura y de cristal travieso,
sus olas coacerbando bramadoras
(montañas de aguas y espumosos senos),
a lugar corto, cual si le ciñera
con divino poder en zaque breve.
Guiolos y siguiéronle animosos,
a pie enjuto pisando sus arenas:
guiábalos de día nube parda,
hecha al sol quitasol de sus ardores
y de noche, de fuego una coluna,
de paje de hacha haciéndoles oficio,
las oscuras tinieblas desterrando
en la sed fatigada del desierto
rompió las venas de la piedra dura,
hecha lanceta la imperiosa vara,
saltó, no sangre, pero en larga copia,
puro cristal que refrescó su sangre,
los risueños arroyos esparcidos
satisfacieron hombres y ganados,
ensanchando sus márgenes noveles
como avenidas suelen desatadas
de montes que compiten con las nubes,
salir ruidosos por profundos valles
a esparcirse por fértiles llanuras;
a una piedra, a una piedra, hizo dar agua,
agua y aguas, que en brazos divididas,
ancianos ríos envidiar pudieron.
No contentos con esto, descarados,
ofendieron a Dios porfiadamente
irritando su saña vengativa
cuando en la soledad desapacible
de sus socorros más necesitaban.
Incrédulos allá en sus corazones
tentaron su poder y su paciencia
y a pedirle, dudosos, se atrevieron,
manjares y sainetes regalados,
no de necesidad, sino de vicio
para darse a su gusto mejor vida.
Lo que pensaron en sus corazones
a tomarlo en la boca se atrevieron:
hablaron mal de Dios unos con otros
y dijeron: ¿Podrá, quien tanto puede

hacernos mesa franca en el desierto?
¿Haranos plato regaladamente?
Porque herir una piedra y dar, herida.
aguas cuyas corrientes caudalosas
esos campos inunden, no fue mucho,
parece que cualquiera se lo hiciera,
que la piedra quizá disimulaba,
ignorada la fuente de nosotros,
y sabida, fe fácil descubrirla,
que aquí nos diese, aunque comunes panes,
mesa pusiese y nos hiciese el plato
sería manifestar su omnipotencia:
¿Esto podralo hacer Dios, por ventura?
Oyolo Dios, que lo oye y lo ve todo
y mirolos, ceñudo y enojado,
de sus caricias desfavorecidos,
el bien que les hacía difiriendo
y la entrada en la tierra deseada,
vueltos justos enojos sus favores,
bajó del Cielo fuego irreparable
entre el justo furor de sus venganzas,
con que quitó la vida a muchos de ellos,
porque después <de> tantas maravillas,
necios dudaron de su omnipotencia
y incrédulos a tantos beneficios
desconfiaron que de tales manos
les pudiera venir todo el remedio.
Y para convencer los que quedaron
de que es Dios, cuanto justo, poderoso
(si bien, como quien es, hace bien siempre)
mandó a las nubes que, sus senos rotos,
diesen lugar del Cielo a los favores,
cuyas puertas abrió, por que, abundantes
para regalo suyo descendiesen.
Maná sabroso en cándido rocío
menudos granos de cuajado aljófara,
las nubes blandamente destilaron
trigo escogido que los regalase,
de las trojes y silos de los Cielos
y en él todos los gustos y favores.
Y siendo hombres, nietos de la nada,
tierra, ceniza, polvo, sombra y humo,
un pan comieron que los mismos ángeles
no le hallaran mejor, si pan comieran,

parece que amasado de su manos
y con el pan, con largas abundancias
les envió mil dulces y regalos,
manjares a medida del deseo.
Hizo mudar el aire que corría,
que era el Ábrego blando, y que corriese
el Poniente y que hiciese de sus alas
redes y lazos a las codornices
y que de la otra parte del Bermejo
Mar, donde, libres, vuelan a bandadas,
las pasase volando hasta el desierto,
que suele cazador la caza viva,
presentada traer a quien le ordenan.
Carnes los envió, como llovidas,
densas nubes de polvo levantando
que la dorada luz ennubecieron
como átomos del sol en abundancia;
las arenas del mar contar pudieran
antes que los alados pajarillos.
Por los cuarteles de los escuadrones,
no tímidas, caían a millares
que entre los pabellones y las tiendas
y entre los pies, domésticas, volaban.
Comieron y engulleron hasta hartarse,
comiendo más y más, nunca pensando
verse hartos, ni cumplidas sus codicias;
en sus manos les puso sus deseos
y en fin comieron cuanto desearon,
sus desos hartando y sus antojos.
Mas, desdichados de ellos, que la ira,
la justa ira de Dios que provocaron
con el bocado los cogió en la boca,
pues a medio engullir las codornices,
llegó la Muerte, atosigó sus gustos,
echó letal veneno en sus regalos,
comían su muerte en lo que deseaban
(si bien nunca la muerte desearon),
quitó la vida a los que broncamente
rellenaron los vientres avarientos,
trabados acabaron de la gota,
de apoplejías súbitas murieron
lo escogido del pueblo, lo granado,
los regalados, ricos y valientes
y mirando, atrevidos, por sus ojos,

matanza tal y tal carnicería
no solo no trataron de la enmienda,
mas de añadir pecados a pecados
sus obstinadas culpas repitiendo,
incrédulos a tantas maravillas,
temiendo en ellas engañosos lazos.
El tiempo malgastaron, que pudieran
aprovechar en ocio sin provecho,
sus días huyeron, nunca reparados,
los años, sin sentir, en alas leves
con presteza invisible se escondieron
sin que emprendiesen una honrosa hazaña
ni hiciesen cosa digna de memoria.
Viendo la muerte al ojo, atribulados,
a la garganta el lazo y el cuchillo,
a Dios buscaban y le hacían promesas
y largos votos de enmendar la vida
y se volvían a él con diligencia
madrugadora, a ver si se aplacaba.
Y como el loco por la pena es cuerdo,
si bien ingratos a sus beneficios,
se acordaron de Dios, su cierto amparo,
que excelso y poderoso, de la dura
esclavitud los redimió de Egipto.
Y con virtud fingida y fe engañosa,
penitencia aparente, lisonjeros
decían que le amaban y temían,
rindiéndole alabanzas mal seguras,
pero no les pasaban de los dientes,
porque la lengua, mal acostumbrada,
mentía falsamente, procurando
engañar a quien serlo nunca puede,
prometiéndole la enmienda y la obediencia.
Su corazón no andaba, no, derecho
en sus promesas y en sus intenciones:
uno pensaban y otro prometían,
ni creían en Él, ni se fiaban
de sus palabras ni de sus promesas,
ni guardaban la fe que le debían
ni el pacto que le hicieron, ni sus leyes.
Mas Dios, en todas estas sinrazones,
groserías, injurias y pecados,
disimular no pudo sus clemencias,
ni dejar de mostrar, piadosamente,

que es sumamente misericordioso.
Sus hidalgas entrañas se ablandaron,
enterneciose y con propicio rostro,
miró, si no las culpas, los culpados,
cesó el enojo y envainó la espada
y no pasó adelante en los castigos,
mas perdonó la vida a muchos de ellos
(¿quién de tan manso Dios no lo jurara?).
Pareció demasía en cierto modo
de su suma piedad no castigarlos,
que se hizo fuerza en mitigar sus iras,
suspender el castigo y la venganza;
no mostró en ellos toda su braveza
ni todo lo que pudo embravecerse,
que echó de ver, con natural blandura
que eran de carne miserable y flaca,
que su vida, en sus sendas deleznable
pasa de la niñez a la puericia,
de esta a la juventud mal inclinada,
de esta a la edad viril fuerte y robusta,
de la viril edad a la achacosa
vejez, si bien discreta, mal sufrida
y a la decrepitud últimamente,
no enfermedad, mas toda enfermedades,
vecina de la muerte y tan vecina
que participa de sus amarguras,
de sus angustias, bascas y congojas,
tristemente muriendo, sin que pueda
dar paso atrás en el forzoso paso,
que su espíritu, fácil a las culpas,
volver no puede a la perdida gracia
si no le vuelve su misericordia.
¡Oh, cuántas veces atrevidamente
en el desierto a Dios exasperaron
y cuántas irritaron su justicia!
Nuevamente, después de arrepentidos,
a repetir volvieron sus maldades,
volvieron a enojarle y provocarle,
siendo mucho peor la recaída,
pues, desagradecidos, se olvidaron
del día, cuanto alegre venturoso,
que de la dura esclavitud tirana
a donde atribulados padecían
de mano impía el riguroso azote

los redimió con poderosa mano.
Ingratos a las obras hazañosas
y maravillas altas que a sus ojos
obró en la vega llana de Taneos,
donde del Nilo los cristales puros
vieron mudar en denegrada sangre
las cisternas y aljibes reservados,
por que el agua faltase al enemigo
cuando beber quisiese, sangre turbia
bullían con asombro de sus ojos.
Envió sobre ellos de caninas moscas
que los hiriesen, negros escuadrones,
escuadras mil de verdinegras ranas
que los mordían asquerosamente
y los hacían nadar al retortero
bajó pulgón sobre los rubios frutos
que se los abrasaba y consumía,
sobre las mieses canas descendieron
lluvias inagotables de langostas,
perdiendo con el fruto su trabajo.
Sobre las vides que amorosamente
los regalados hijos amparaban
entre sus verdes brazos negras nubes
dispararon saetas de granizo,
rompiendo, derribando y desgajando
el fruto opimo, en vano descendido
y las hojas, en vano defensoras,
los morales perdiendo sus provechos
al rigor seco de impaciente helada
que heló sus hojas y abrasó los frutos.
Sus ganados, mayores y menores,
bestias del campo con bramidos tristes
heridas de la piedra irreparable
y de los rayos que culebreando
los aires discurrían no culpados,
pagaban por las culpas de sus dueños,
ardían sin piedad los edificios,
sin perdonar el licencioso incendio
los templos, las haciendas y las vidas.
Desató Dios su vengativa saña
y envió sobre ellos poderosamente
por mano de sus ángeles celosos,
tribulaciones, penas, desconsuelos,
indignaciones, cóleras, venganzas,

mal haciendo a los malos siendo buenos,
púsose en medio su misericordia
por que no ejecutase su justicia,
pero rompió, colérico, con todo
y su ira por ella abrió camino
sin perdonar a hombres ni ganados,
de pestilencia heridos lamentable.
Hirió los primogénitos de muerte
para quien desvelados afanaron
(de sus trabajos primitivos frutos)
y en una noche se los mató a todos,
lamento triste para los egipcios
descendientes de Cam y imitadores
de su impiedad, pues vieron en sus casas
los mayorazgos de sus casas muertos
cuya muerte, que fue la última plaga,
al Rey rebelde conturbó amarilla
y dio licencia que saliese el pueblo.
Sacole Dios (como de entre las garras
del lobo hambriento suele pastor fido
librar las temerosas ovejuelas)
y con seguridad por el desierto
las guió, apacentándolas seguras.
Sacolos por el mar, confiadamente,
animosas en Dios sus esperanzas,
sin temor de los muros levantados
de una lado y otro, de marinos hielos,
desde la orilla con gloriosos ojos,
viendo anegar, con lamentables gritos,
inconsolablemente los contrarios,
desatadas sobre ellos las montañas
del mar devorador, que inexorable,
escuadras de hombres se tragaba enteras.
Metiolos a la Tierra Prometida,
montuosa, sí, pero santificada
para su habitación y sacro culto,
ganada por sus puños y sus brazos,
por sus hazañas y sus maravillas,
de quien fue Josué vivo instrumento.
Quitó la posesión, como absoluto
señor de todo, a sus habitantes,
que por su voluntad la poseían,
los naturales de ella desterrando
y introduciendo los advenedizos,

distribuyendo con igual medida
lo que por suerte a cada cual tocaba.
Hizo de las ajenas, casas propias
que de Israel las tribus habitasen.
Pesadamente desagradecidos
volvieron contra Dios a rebelarse
y a exasperar su vengadora saña
tentando su justicia y su paciencia,
la obediencia negando a sus preceptos,
en que tenían ciertos testimonios
de su bondad y voluntad divina.
Volvieron, descorteses, las espaldas,
el prometido pacto no cumpliendo
que con él asentaron, de adorarle:
más bien tuvieron a quien parecerse,
que eran hijos en fin de tales padres,
al arco semejantes que, torcido,
el tiro desacierta disparado,
apuntando a una parte y dando en otra,
siendo rotpido daño de su dueño
apuntaron a Dios con sus promesas
y dieron en los ídolos errados
y fue matarse con sus mismas armas.
Provocaron a Dios acedamente,
en los bosque frondosos y collados
aras a ajenos dioses erigiendo,
idólatras inciensos, fuegos impios
ofrecidos a estatuas insensibles
de dioses falsos y viciosos hombres
con que celosamente le irritaron,
que tiene celos Dios y en cierto modo
envidia de que adoren sus criaturas.
Oyó y miró, con ojos indignados
las culpas que irritaron sus venganzas
y trato los con tanto menosprecio
que los puso en las últimas miserias
vuelto casi al principio de la nada,
grandemente oprimidos y acabados
por las victorias de sus enemigos.
De Silo el Tabernáculo, en que daba
respuestas como oráculo sagrado,
morando entre los hombres apacible
dejó, si no afrentado, embravecido
dejándolos sin Dios (¿qué mayor daño?),

dejándolos caer en las sangrientas
manos del enemigo victorioso.
Toda su fortaleza y confianza,
rendida en lamentable cautiverio,
el Arca Santa de su Testamento,
honor del pueblo, ornato y hermosura,
tristemente dejó llevar cautiva.
Concluyó con el pueblo mal sufrido
pasándole a cuchillo con desprecio,
aborrecido, aunque era hacienda propia.
El ardor implacable de la guerra,
de la juventud verde en el orgullo,
los mozos más gallardos y valientes
consumió, así como si el mismo fuego
por mandado de Dios se los tragara,
las desposadas vírgenes llorosas,
desgreñadas las hebras de oro fino,
no hallaron quien con ellas endechase
de sus esposos las tempranas muertes,
ni quien, en su afligido cautiverio,
lamentase sus robos y violencias,
su opresión y sus muertes miserables.
Ensangrentaron las lucientes armas
en las cervices de los sacerdotes,
entre el polvo y en sangre revolcados,
las viudas tristes, en tamañas cuitas
quien llorase con ellas no tuvieron
la desgracia fatal de sus maridos
ni quien a bien morir las ayudase,
cada cual en sus penas ocupado,
en sus lamentos y sus desconsuelos,
necesitados de consuelo todos.
Pasados los castigos rigurosos
ejecutados por los Filisteos
en el ingrato pueblo, justamente
despertó Dios, como quien duerme el vino,
de su ardor atrevido trastornado
rendido al sueño poderosamente
(no porque duerma Dios ni se embriague,
que es el desvelo sumo y la templanza),
mas porque en sus enojos lo parece,
en sus cóleras justas y en sus iras,
porque lo que permite disimula
como que no lo ve, viéndolo todo,

y hirió, con ignominia permanente
de su justicia a los ejecutores
en partes que ocultó Naturaleza,
haciendo que también desbaratados
a los suyos volviesen las espaldas,
que usa Dios de los impios en las penas
que da a los que castiga, pero luego
a los impios castiga riguroso.
Tras esto dio de mano a la morada
santa que tuvo en Silo, ciudad fuerte
del tribu de Joseph, ni quiso, airado,
que en la elección de Rey tuviese voto
el tribu de Efraín, copioso en gente,
mas escogió, con acertado acuerdo,
el de Judas, que fue el mayor hermano,
y para su morada el Santo Monte
de Sión, de él amado tiernamente,
que había de ser cabeza de su reino
y donde estuvo el Templo con el Arca
y aceptó, grato, humildes sacrificios.
Casa santa fundó, que en fortaleza
fuese un Rinoceronte incontrastable
con quien el Real Alcázar compitiese,
esplendor de su pueblo y ornamento
por edades de siglos no medidos.
Y a David escogió, pastor sincero
de abarca tosca y caperuza parda,
al admirado cetro y la corona,
pastoreando tras las ovejuelas
preñadas, de sus partos cuidadoso,
siguiendo, manso, al manso ganadillo.
Para Pastor, de ser pastor sacole,
hombres apacentando, en vez de ovejas
(que es ser Pastor y Rey un mismo oficio),
escogiole por Rey, que gobernase
al pueblo de Jacob, que le servía,
al pueblo de Israel, heredad suya
y, como suya, tiernamente amada.
Apacentole cariñosamente
con sencillez de corazón humilde,
cándido, manso y bien intencionado.
Gobernole prudente y detenido
antes de ejecutar las ocasiones
regulándolas, cuerdo, consultando

las manos, los discursos y pidiendo
sabios consejos a su entendimiento
y este al Señor, con noble rendimiento.

PSALMO LXXVIII

DE LOS ENEMIGOS DE LOS FIELES

Piedad, piedad de nuestras aflicciones,
de nuestro acabamiento miserable.
Mirad, Señor, pues que lo miráis todo,
mirad que entraron en la heredad vuestra,
vuestra heredad, por vuestra, poseída
y por vuestra, querida y regalada,
huestes armadas de enemigas gentes
que intentan, siendo vuestra, echaros de ella,
poseyendo por suyo lo que es vuestro,
más que profanamente mancillando
el Templo santo vuestro, vuestro Templo,
donde adorado sois y sois servido.
Ved a Jerusalén, ciudad sagrada,
tan arruinada (¡ay, triste!) que parece
choza de melonar, pajiza choza
que solo dura lo que el fruto dura
y, cogidos los frutos, se deshace,
desierta a la inclemencia de los tiempos.
De los vuestros mirad los cuerpos tristes
con < > humildad, por esos campos
ser pasto de las aves de rapiña,
del cuervo graznador, del voraz buitro
y en los de vuestros sacros sacerdotes
que se echaban las fieras y los brutos,
el León sangriento y carnicero lobo.
Alrededor de la ciudad inunda
de la sangre vertida tanta copia
que foso pudo hacer a sus murallas,
en abundancia tanta sus corrientes
como si de aguas despeñadas fueran,
sin que quedase quien, piadosamente
diese a los muertos el postrero 'vale',
ni el hijo al padre, ni el padre al hijo,
a marido, mujer, a hermano, hermano,
al amigo mayor el más amigo,
ni quien les diese, porque no podían,
la siempre religiosa sepultura.

Somos escarnio a los circunvecinos,
fábula y risa de los comarcanos.
¿Hasta cuándo, señor, vuestros enojos
durarán indignados y sangrientos?
¿Hasta el último daño, hasta la muerte?
¿Encenderase vuestro justo celo
y llevará las cosas por el cabo,
quemando, como fuego irreparable,
Templo opinión, ciudad, haciendas, vidas?
Mostrad, mostrad, Señor, vuestra pujanza
y mares derramad de vuestra ira
en los que no os conocen y veneran,
en los que no apellidan vuestro nombre
ni militan debajo de su amparo,
en los reinos, Señor, que no os conocen,
merecedores del castigo vuestro
porque fían de sí y de Vos no fían.
En éstos, que parece que a bocados,
parece que a bocados se han comido
de Jacob los ilustres sucesores
de la ciudad que gloria fue del mundo,
con el suelo arrasando las riquezas,
sus torres altas, nobles edificios,
teatros, fortalezas y murallas,
su esplendor todo, todo su ornamento.
No os acordéis de culpas que pasaron,
así de nuestros padres como nuestras,
pagadas unas y lloradas otras,
mas con piedad nos socorred clemente,
mirad que en la tardanza está el peligro
y que es el daño cierto: prevenidle
anticipando las clemencias vuestras,
que estamos en las últimas miserias
de haciendas pobres y de fuerzas faltos.
Socorrednos, pues sois salvador nuestro,
ved que, por serlo, la defensa os toca,
mirad por nuestra causa, pues lo es vuestra
y si, por ser quien somos, que las culpas
pueden (que muchas son) desobligaros,
oblígueos ser quien sois, vuestras clemencias,
vuestra reputación y vuestra honra,
que es honra vuestra defender los vuestros,
por la gloria, Señor, de vuestro nombre
nos librad y amparad piadosamente;

propicio y manso os hallen nuestras culpas;
ved que llorosos os las confesamos
y confesadas, el perdón pedimos
(¿y a quién le negáis Vos, si veis que llora?).
Perdón, perdón, por vuestro santo nombre,
no digan los incrédulos, burlándose,
¿dónde está el Dios que adoran y veneran,
el Dios que llaman y que no les oye,
de quien blasonan que los quiere y ama
y que es tan poderoso como suyo?
Y suyo y poderoso sumamente
y blasfeman de Vos y a vuestros ojos
pase de gente en gente la palabra
hablando mal de vuestra omnipotencia,
desconsolados, en blasfemias tales,
de no poderlas castigar corridos.
Y lleguen, Dios, a vuestra real presencia
los llantos y gemidos lastimeros
dados al ronco son de las cadenas
y de los grillos de los presos tristes
y la sangre vertida injustamente
de vuestros siervos, rompa vuestros cielos
y entre al Tribunal vuestro dando voces,
la venganza pidiendo merecida,
y en virtud de la fuerza poderosa
de vuestro brazo altísimo, amparadnos
en vuestra posesión por herederos,
reliquias vivas de los muertos santos
a muerte tristemente condenados.
Ved el proceso, examinad la causa
y en los vecinos nuestros, que escarnecen
nuestras miserias y se mancomunan
con los que nos persiguen y abominan,
la venganza tomad, paguen sus culpas
con las setenas tristes, confesando,
cuando la mano metan en el seno,
que merecieron más severas penas;
paguen los desacatos injuriosos
con que vuestra justicia exasperaron
y las blasfemias torpes que dijeron
sean sus mismas penas y castigos.
Y nosotros, Señor, favorecidos
por pueblo vuestro y por heredad vuestra,
con vuestra marca, ovejas obedientes

de los rebaños y los pastos vuestros
os confesamos por eternos siglos
por Dios y Señor nuestro y demos gracias
por las que nos hacéis, siempre piadoso.
De gente en gente y de una edad en otra,
vuestros divinos loores predicando
y las clemencias vuestras ensalzando.

PSALMO LXXI

DE LOS ENEMIGOS DE LOS FIELES

Desvelado pastor, que a vuestro pueblo
de Israel y Joseph originado,
pastoreáis como a rebaño breve
de ovejas mansamente gobernadas,
ganado que Joseph guardó en Egipto
en el estéril tiempo apacentado
la hambre desmintiendo mal sufrida
y que Vos, como padre sustentantes,
oídnos y sea oírnos socorrernos.
Vos, que sentado en alas de querubes
con presteza acudís a los socorros,
que de asiento voláis en nuestro amparo
y en los del Arca del Propiciatorio
que os sirven de dosel, donde invisible
al pueblo repartís visibles gracias,
conmigo acabad ya de declararos,
manifestaos, Señor, en los efectos
de Efraín a los nobles sucesores,
a los de Benjamín y juntamente
a los de Mananés ilustres tribus
a quien precede el arca y siguen ellos.
Despertad, que parece que se duerme
en nuestro amparo vuestra omnipotencia,
despertad y venid en nuestro amparo:
será nuestra salud vuestra venida.
Y si la desmerecen nuestras culpas,
convertidnos a Vos, y convertidos,
que nuestra conversión a Vos depende
de Vos y Vos, Señor, con rostro fácil,
os convertid, benévolo, a nosotros,
que en solo ver el rostro hermoso vuestro
nuestro bien todo y salvación consiste.
¡Hasta cuándo, Señor, Dios de formados

ejércitos de ángeles y de hombres,
os veré a mi oración embravecido,
humo por las narices exhalando,
desabrido, colérico y ceñudo,
con dilación de nuestras esperanzas,
volviendo el rostro a mis humildes ruegos?
¿Hasta cuándo de pan amargamente
amasado con lágrimas y penas
nos daréis el sustento y beberemos
lágrimas tristes, mísera bebida?
De ellas tan lleno el vaso y tan colmado
que se revierte en abundante copia,
lágrimas siendo el pan de cada día
y la bebida, lágrimas amargas.
Los pueblos comarcanos y vecinos
se encuentran y contienden con nosotros,
nos contradicen y nos aborrecen
y ya nos consideran tan rendidos
que unos con otros riñen y compiten
sobre quién de ellos tiene de llevarnos
por sus cautivos y sus prisioneros
y fisgan de nosotros, mofadores,
con risa y mofa nuestros enemigos.
Por lo cual (¡oh, señor de las batallas!),
reducidnos, piadoso, a vuestro amparo,
a vuestra gracia, a la privanza vuestra
y enseñadnos, sereno, vuestro rostro
y veremos en él el Cielo abierto,
toda nuestra salud, todo el bien nuestro.
Mirad, Señor, que somos viña vuestra
y que de Egipto, agricultor divino,
la traspusistes con aviso sabio
a la tierra, si fértil, prometida
desmontando primero las malezas
de las gentes que, inculta, la ocupaban,
con medras trasplantándola dichasas.
Fuistes su capitán, fuistes su guía
en blanca nube y en luciente fuego
yendo delante de ella, en el camino,
todos sus malos pasos allanando;
con raíces y todo la plantastes
donde, arraigada venturosamente
propagada, llenó toda la tierra.
Las sombras de las hojas extendidas

la hacían a los montes encumbrados
y las vides, casadas con los cedros,
a engruñaldar llegaban sus cabezas
sobrepujando su mayor altura.
Ocupaban los pámpanos pomposos
de mar a mar con hojas y con frutos,
los renuevos verdosos marginaban
de Eufrates las orillas deleitosas.
Estas dichas gozó en aquellos tiempos,
mas agora, ofendido y indignado,
rompistes sus vallados y sus cercas
dando a los caminantes libre entrada
para que la disfruten y vendimien,
desluciendo su fértil hermosura,
pisando y destrozando sus riquezas,
dejándola cual viña vendimiada.
El colmilludo jabalí, impaciente,
las disfrutadas vides descepa
sacando las raíces de la tierra
la fiera singular, fiera silvestre,
de cerdas erizadas, con hocico
gruñidor, la acabó miseramente.
Ea, Señor y Dios de las batallas,
volved, piadoso, a las clemencias vuestras,
las ventanas abrid de vuestro Cielo,
mirad su acabamiento lamentable,
visitad por Vos mismo vuestra viña,
su asolamiento mísero os lastime,
Ver os lastime que es heredad vuestra.
Que Vos por vuestra mano trasplantastes,
reparadla, Señor y mejoradla,
restituidla a su primero estado
para que lleve sazonados frutos
y los ojos poned. poned los ojos
en el hijo del hombre, en vuestro pueblo
por serlo y frágilmente miserable,
que con vuestra virtud fortalecistes,
poned los ojos en el Hijo vuestro,
que es Dios de Dios, si bien hijo del hombre,
al cual desde *ab aeterno* preelegistes
y confirmastes con divino acuerdo
por sabio agricultor de vuestra viña,
de todas sus ruinas fido amparo.
Que con esto, Señor, por abrasada

que la dejen las llamas enemigas
 y por más que arrancada esté de cuajo,
 los sarmientos veréis que reverdecen,
 nuevas hojas brotando y nuevas flores
 y si vos la miráis con buenos ojos
 (pero ¿qué ojos más buenos que los vuestros?)
 los enemigos que la destruían,
 las vides abrasando y descependo,
 a la severidad de vuestro rostro
 reprendidos, de veros solamente,
 perecerán y huirán acobardados,
 Muéstrese vuestra mano poderosa
 sobre el varón, Señor, de vuestra diestra,
 de ella siempre amparado y defendido,
 si bien hijo del hombre en sus trabajos
 de Vos en vuestro amparo confirmado
 sobre el varón de vuestra fuerte diestra,
 que a vuestra diestra triunfará sentado,
 que es, siendo hijo de Dios, hijo del hombre
 que para Vos por vuestro confirmastes
 en sus amables prendas aplacido.
 Si esto nos concedéis, de Vos, Dios nuestro,
 no veréis que jamás nos apartamos:
 será como de nuevo darnos vida,
 será sacarnos de la sepultura
 y invocaremos vuestro santo nombre
 sin dar culto jamás a dios ajeno.
 Poderoso señor de las batallas,
 restituidnos a la gracia vuestra,
 mostradnos apacible vuestro rostro
 que mirados de vos piadosamente
 nos salvaréis, que solo con mirarnos
 socorrernos podéis, podéis salvarnos.

PSALMO LXXX

DEL CULTO Y FIESTAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Todos los hijos de su amado pueblo
 gozaos en Dios, gozaos alegremente
 en Dios, nuestra salud y nuestro amparo,
 con júbilos del alma bendicidle
 a Dios, dios fuerte de Jacob querido.
 A coros repetid himnos y psalmos
 alternados en varios instrumentos,

tocad, tocad las cajas y atabales,
dulces psalterios, harpas sonoras.
Tocad, tocad, levitas, las cornetas
en esta luna nueva de septiembre,
día solemne y de los más festivos,
fiesta que de precepto el pueblo aguarda
de que hay de Dios particular decreto,
que instituyó en recuerdo y testimonio
de cuando al pueblo libertó de Egipto,
que alimentó Joseph prudentemente
y agradecido estableció esta fiesta
Sacole Dios gloriosamente honrado,
de Egipto le sacó, donde escuchaba
otro lenguaje, del materno ajeno
y que extrañó en la dura servidumbre.
También cuando salió en el Santo Monte
la voz oyó de Dios, vio sus mercedes:
hizo que sacudiese de sus hombros
la carga del trabajo intolerable
con que servían para hacer adobes
llevando espuertas de una parte a otra
de tierra sin cocer y ya cocida,
cavando aquí y allí buscando paja,
aquí amasando barro, allí cociendo,
acarreando siempre y afanando.
En tu tribulación, ingrato pueblo,
dice Dios, lastimado me llamaste
y yo, más lastimado, socorrite;
escuchete, escondido en pardas nubes,
entre rayos, relámpagos y truenos,
escuchete, medroso, en la tormenta,
escondido de miedo de mi enojo
cuando en el mar, con invencible brazo,
te libré y anegué a tus enemigos.
Quise probar tu fe, ¿qué fe la tuya?
Junto a las aguas que brotó la piedra
y allí, con encontrados pareceres
en disputas pusiste mis hazañas,
de mi poder incrédulos dudando.
Óyeme. dije. escucha, pueblo mío,
mi palabra te empeño. mi palabra
y protesto cumplirla eternamente,
oh, Israel!, si obediente me escuchares
y cumplir quieres con mis mandamientos:

no tienes de adorar a nuevos dioses,
Dioses cuyos principios conociste,
del cincel y la escoda desbastados
por mano diestra de escultor valiente
o formados en fragua chispeadora
de oro, de plata, bronce, hierro o mármol,
no tienes de adorar dioses ajenos,
ajenos de deidad y diferentes
del que adoraron tus progenitores,
porque Yo solo soy el Señor tuyo,
soy Señor tuyo, Dios y señor solo
que de la dura esclavitud tirana
te redimí del bárbaro Gitano,
y si lo cumples, pueblo amado mio,
pide cuanto quisieres, confiado
el corazón dilata por la boca,
tu boca fía de mí, verla has medida
a medida de todos tus antojos.
Pide, que puedo hartarte tus deseos
que solo Dios es solo el que los harta,
nada sin mí podrá satisfacerte,
que solo llenar puedo el apetito.
Mas, tras tantas mercedes y promesas,
tantas protestas y palabras tantas,
no hizo caso de mí mi pueblo ingrato
ni quiso oír mis amonestaciones
ni dar atento oído a mis consejos,
ni obedecer mis leyes, de malicia.
Vista su obstinación y su dureza
dejelos de mi mano (¡tristes de ellos!)
¿qué podrán bueno hacer, si Dios les falta?
(que al que le falta Dios, le falta todo).
Dejelos despeñar tras sus deseos
desenfrenados tras sus apetitos,
ciegos siguiendo su voluntad ciega,
inventando malicias y pecados.
¡Ay, ojalá a mis leyes se ajustaran
y eficazmente oyeran mis palabras!
Que si me oyeran y me obedecieran
y obedientes siguieran mis caminos.
Quizá, y aun sin quizá, en un pensamiento
sin daño suyo y sin fatiga mía,
como quien no hace nada, destruyera
(que fuera, para mí vencerlos, nada)

destruyera sus fieros enemigos
y en los que los persiguen y atribulan
descargara mi mano vengadora
sin que volvieran más a alzar cabeza,
mas aunque obedecerle prometieron,
mintieron al Señor, éstos ingratos,
necios y simulados enemigos,
como si las mentiras no entendiera.
Quisieron engañarle y no pudieron,
fingiéronse obedientes y humillados,
obediencia fingiendo a sus consejos,
pero mintieron en sus corazones,
mas el tiempo vendrá del desengaño
que les ha de durar siglos eternos,
sus pecados pagando eternos siglos.
Y si cumplieran lo que prometieron
sustentáralos Dios con Pan del Cielo,
hecho de la flor blanca de la harina
y su anhelante sed satisficiera
con agua, de la piedra originada,
más dulce que la miel y más sabrosa
y las piedras enjambres abrigaran
que arroyos de miel blanda destilaran.

PSALMO LXXXI

DE LOS JUECES

Con alta vara en tribunal supremo,
en medio de los dioses de la Tierra
(que son dioses pequeños los jueces,
de Dios tenientes, que en su lugar juzgan,
que a los demás absuelven y condenan)
se sentó Dios para residenciarlos,
limpio de manos y de intención recta,
que Dios es el juez de los jueces
a quien no mueven dones ni sobornos,
y con severidad de juez eterno
le dijo: «¡Oh, jueces malos! ¿Hasta cuándo,
imitando a los otros pecadores,
juzgaréis con maldad y con malicia,
por respetos humanos y por ruegos,
por dádivas, sobornos y pasiones,
aceptando personas y cohechos,
a las manos mirando y a las caras

del rico y poderoso que litiga,
entereza mostrando en la apariencia
y juzgando después injustamente?
Juzgad, juzgad al pobre y al pupilo,
absolved al humilde y pequeñuelo,
librad, librad de la opresión injusta
al pobrecillo y al menesteroso
destituidos del favor humano,
del rico le librad que inicualemente,
tras robarle la hacienda, le persigue
con pleitos, con calumnias y con trampas.
Mas ciégaos la pasión y la avaricia,
ni del hecho sabéis, ni del derecho,
de malicia ignorando lo que os toca
y queriendo ignorar lo justo y bueno
y dais por las paredes ciegamente
como quien anda en noche tenebrosa,
entre tinieblas y entre escuridades
con que turbáis y con que hundís el mundo,
unas cosas con otras confundiendo,
que si es el fundamento la Justicia
y los jueces las columnas firmes
sobre quien el gobierno estriba y carga
y aquellas se desquician y éstas tiemblan,
¿qué mucho se estremezca y tiemble todo?
¡Ay de vosotros cuando el día postrero
tiemblen los fundamentos de la Tierra
y venga a juzgar Dios vivos y muertos!
Confieso que os llamé dioses del mundo,
en dignidad excelsos y en oficio
hijos de Dios, porque tenéis sus veces,
su autoridad y potestad sagrada
y con ella su nombre soberano:
sois dueños de la vida y de la muerte.
Mas en el día de la vuestra amarga,
hombres veréis que sois, y tristes hombres,
muriendo como el hombre más plebeyo
y, despeñados del dichoso estado
en que adorar os vistes como dioses,
caeréis, cual suele Príncipe ambicioso,
ayer tenido y hoy embalsamado,
ayer potestad suma, hoy humo y sombra,
caeréis a la desdicha irreparable
de los eternos daños del infierno,

como uno de los ángeles altivos
que contra Dios ingratos rebelaron.
Levantaos, pues, Señor y Juez eterno,
mirad la Tierra llena de injusticias,
levantaos y juzgadla, inexorable,
mirad que es vuestra y Vos, señor de todo:
haced justicia, de rigores lleno,
al malo castigando, honrando al bueno.

PSALMO LXXXII

ORACIÓN CONTRA LOS ENEMIGOS

¿Quién hay igual a Vos, ni semejante,
Soberano Señor? Pues no hay ninguno
¿por qué calláis, disimulando agravios?
¿Para qué mitigáis vuestros enojos,
yéndoos vos en ellos a la mano?
No calléis más, ni refrenéis las iras,
que mudo parecéis que ni oye ni habla,
ni os hagáis fuerza a no tomar venganza,
Entraron en consejo, maliciosos,
con astucia secreta consultando
la asolación universal del Pueblo,
la muerte injusta de los sacerdotes
y Levitas, al Culto dedicados.
Y unos y otros, animosamente
dicen; Venid, venid, Con orgulloso
ardimiento no quede rastro de ellos,
borremos de las gentes su memoria.
Después de consultado, decretaron,
conformes todos, sin faltar ninguno,
de que se hiciese liga y alianza
contra Vos, vuestro Templo y vuestro pueblo.
Los idumeos, mal intencionados,
que habitan en las tiendas y aduares,
de Esaú descendientes, con nativo
rencor formaron fuertes escuadrones
siendo en vuestros agravios los primeros,
siguiéronlos los bravos ismaelitas,
de Ismael sucesores, que aborrecen
de Isaac ilustre la prosapia noble.
Los Moabitas, de Lot originados,
que fue Moab, con acto torpe y feo
de Lot, su abuelo y padre, nieto y hijo

y con ellos de Agar los descendientes,
esclava de Abraham, que embravecidos
de Isaac la casa y sucesión prosiguen;
vinieron de Gebal armadas huestes
en favor de los fuertes Idumeos,
que eran vecinos suyos y con ellos
los torpes Amonitas, procedidos
de Amón, hijo y hermano de su madre
y de Amalech la sucesión avara
que digno nieto fue de Esaú ingrato,
que en el desierto fueron los primeros
que a vuestro pueblo despojar pensaron.
Con ellos, los valientes Filisteos
que, soberbios, de muerte le aborrecen;
en su favor vinieron los de Tiro.
Tiro, puerto de mar, ciudad famosa
en ferias ricas y en riquezas raras;
los Asirios vinieron arrogantes
a dar socorros con sus escuadrones
a los Moabitas y a los Amonitas,
del santo Lot <in>dignos descendientes.
Mas Vos, Señor, a cuya fortaleza
es resistir temeridad blasfema,
tomad venganza de sus osadías,
desbaratad las bárbaras escuadras
como las de los fuertes Madianitas
de Gedeón, con denodado orgullo
y como las de Sísara, dormido
en tiempo de Baruch desbaratastes,
como las Iabín, rey cananeo,
que enrojecieron de Cisón turbado
las corrientes traviesas de agua pura
de sus heridas con su turbia sangre.
Que en Endor, pueblo de la Pitonisa
que muertos consultaba, perecieron
entre la arena miserablemente
empodrecidos los horribles cuerpos,
de estercolar sirviendo los sembrados,
a quien faltó la religión piadosa
de la en paz descansada sepultura.
Sus príncipes, Señor, y capitanes
desbaratad, como a los Cuatro Reyes:
Zeb y Zebee y con Horeb Salmana,
que Gedeón, con escuadrón pequeño

venció, en virtud de vuestra invicta diestra.
Todos aquellos príncipes que, osados
dijeron, mal sufridos y arrogantes:
Conquistemos de Dios el santuario
y su Ciudad triunfantes heredemos
y como heredad nuestra poseamos,
ponedlos, ¡oh, Dios mío!, como rueda
voluble, que siguiéndose se huye,
que se huye, siendo la que se persigue,
seguida y fugitiva de sí misma,
tormento imaginado del Infierno
y, como arista que levanta el aire,
suertes haciendo en ella con desprecio
hasta que la entorpece y la derriba
y como fuego en selva se embravece
con estallido súbito bramando
que a un volver de ojos la resuelve en polvo,
en pálida ceniza y humo leve
y como suelen taladoras llamas
apacentarse en los vecinos montes
en secas plantas, <en> serojas fáciles
hasta talarlos y hasta consumirlos.
Así los perseguid desde las nubes
con tempestad de truenos y de rayos
disparando rigores y venganzas,
con que al furor de vuestras justas iras
atónitos se pasmen y turbados.
Llenad, llenad sus rostros de ignominia
por que, corridos, a buscaros vuelvan
con vos, ansiosos de reconciliarse,
a buscar vuelvan vuestro santo nombre
y a invocarle, humillados y rendidos.
Y los que a vuestras iras porfiados,
turbados y corridos para siempre
sin remedio perezcan confundidos
y a su pesar conozcan, castigados,
los que favorecidos no quisieren
que sois Dios, que Señor tenéis por nombre,
solo Altísimo Dios en Cielo y Tierra,
honrador en la paz, fuerte en la guerra.

PSALMO LXXXIII

DEL DESEO DE DIOS NUESTRO SEÑOR Y DE SU TEMPLO

¡Oh, cuán amados son y cuán amables
(¡oh, poderoso Dios de las batallas!)
vuestros palacios reales, vuestro Templo.
El alma que los ama los desea,
en ausencia tan larga desalada,
gime, amorosa, tierna desfallece,
desfallece embriagada de deseos:
¡Ay, Dios, y quién se hallara en sus umbrales,
quién se hallara en sus patios o a sus puertas!
No cabe de placer alborozado
el corazón encarcelado y preso
en la cárcel del pecho y su alegría
revienta y comunica alegremente
al cuerpo, a quien anima en su esperanza,
la esperanza fomenta sus deseos
esperando gozar lo que desea,
ausente el cuerpo aunque presente el alma
viendo sin ver el bien que ver desea,
a Dios vive, que vive eternamente.
Las avechillas santamente envidio,
celosamente envidio sus venturas,
envidio (¡ay, Dios!) lo que un animal goza,
pues por las claraboyas y las rejas
entran de vuestro Templo a vuestro Templo
a edificar en él sagrados nidos
siendo albañiles de sus breves casas,
llevando en los piquillos, diligentes,
los materiales para sus labores:
el barro, el agua, plumas y pajuelas,
nidos labrando para sus hijuelos,
la golondrina envidio anunciadora
de la recién nacida Primavera
y la tórtola casta, que visita
con envidiada dicha vuestras aras.
¡Ay, poderoso Dios, rey y dios mío,
invencible Señor de los ejércitos!
¿Cuándo volveré a ver lo que deseo?
Vuestro Templo, Señor, vuestros altares.
¡Oh, bienaventurados los que moran
vuestra casa, pues siglos dilatados
(después que de su Dios viven más cerca)

con dulces psalmos y piadosos himnos
os echarán alegres bendiciones
y os cantarán perpetuas alabanzas!
Y aquel que esto no puede venturoso,
mal veces si de Vos favorecido
y en Vos fundada toda su esperanza
(aunque por este valle de miserias,
valle triste de lágrimas y penas,
fuentes formando de las de sus ojos
que vendrán a ser fuentes de consuelos
donde los beberá en colmada copia,
pues aunque angosto y lleno de malezas,
le pasará tan alentadamente
como si fuentes mil le hermosearan)
dentro del noble corazón dispuso
por sus pasos contados la subida,
la subida y camino al lugar santo
que señalastes para su morada
y a la segura habitación del Cielo,
porque el Legislador que dio las leyes,
sabio doctor con largas bendiciones
aspirará al camino favorable,
dará su gracia con que las observen
de ella, como vestidos y adornados,
de virtud y virtud con nuevas fuerzas
creciendo y caminando al Santo Monte
más fuertes cada día y más robustos,
al Monte de Sión, al Templo Santo
donde gocen de Dios, dios verdadero,
dios verdadero de ángeles y de hombres.
¡Ay, Dios, si fuese de estos tan dichosos
que merecen subir a vuestra Casa!
Poderoso Señor de los Ejércitos,
dios de Jacob y de sus hijos padre,
no neguéis a mi voz vuestros agrados,
a mi voto atended y a mis deseos.
Escudo nuestro, protector valiente,
no nos torzáis el rostro mas con ojos
nos mirad apacibles y serenos
y en este ungido rey, hechura vuestra
los poned, aplacado, concededle
que merezca volver a vuestro templo,
que vale más en él, Señor, un día
en los zaguanes de él en los rincones

que, fuera, mil en lo mejor del mundo
y quisiera ser antes el portero,
el barrendero de él, el más humilde
que en lo más olvidado de él habita
que habitar los alcázares esquivos
que la ambición vanagloriosa ostenta.
Si bien espero que seguramente
se tienen de lograr mis esperanzas,
que sois Sol de justicia, y fuerte escudo
que la verdad amáis y la clemencia,
fiel en las palabras y en las obras,
daranos gracia la clemencia vuestra
y con la gracia, los merecimientos
para poder pedirnos por justicia
en la clemencia vuestra confiados,
la Gloria, justo premio de la Gracia.
porque no negaréis, Dios poderoso,
los bienes que llamarse pueden bienes,
los de gracia, Señor, y los de gloria,
a los que santa y justamente os sirven
y siguen no cansados, el camino
con sencillez de cándida inocencia,
¡oh, poderoso Dios de las batallas!
Dichoso aquel que solo en Vos espera
con esperanza firme y fe sincera.

PSALMO LXXXIV

DE LA REDENCIÓN DE CRISTO

Otro tiempo, Señor, con justo enojo
la Tierra maldijistes condenada
a espinas duras y espinosos cardos,
pero reconciliado ya con ella,
en este, liberal, la bendicistes
y, aplacado, la hicistes grandes bienes,
amores blandos y caricias tiernas,
en rosas sus espinas transformadas
y sus punzantes cardos en claveles,
siendo una de las largas bendiciones
quitar del cuello de Jacob querido,
de vuestro amado pueblo, el yugo grave
de la desconsolada servidumbre,
de un siglo en otro, de una en otra gente,
con comunes dolores derivada.

Pues viendo que su deuda era infinita
y su caudal tan pobre, con entrañas
de un Dios tan bueno que es clemencias todo
la deuda de las culpas remitistes
cubriéndoselas todas y arrojando,
por cubrirlas mejor, la capa encima,
lloviendo en ellas mares de piedades
con que se las borrastes, generoso,
porque el mejor cubrirlas fue borrarlas,
vuestros enojos justos mitigastes,
deshicistes el ceño y el capote,
en clemencias las iras convertidas
(que nunca a Vos os duran mucho tiempo),
convertidnos a Vos, salvador nuestro,
a la perdida gracia reducidnos,
restituidnos al primer estado,
la cólera amansad, templad la ira,
salga la blanda risa a vuestros labios,
vuestras indignaciones, por ventura,
si bien embravecidas justamente
¿contra nosotros han de ser eternas?
Vuestras iras, Señor, y sañas justas
¿han de durar de una progenie en otra?
No puede ser posible, que os conozco
y sé que os volveréis a vuestro agrado,
a vuestra hidalga condición, y fio
que nos habéis de dar vida de nuevo
y que este pueblo vuestro y todo el mundo,
regocijado, os ha de dar las gracias.
Enviadnos, pues, vuestra misericordia,
de que somos de vida señal cierta;
deje verse y tratarse, deje verse,
dejad que la veamos y tratemos,
dadnos al Salvador y salud nuestra,
dadnos vuestra salud, médico sabio,
que está doliente el mundo y de peligro.
Al Señor he propuesto mi demanda,
atento escucharé qué me responde,
pero no dudo, no, que su respuesta
será de paz, y paz para su pueblo.
Será de paz y paz para los justos
y para los que, vueltos a sí mismos,
de todo corazón a Dios se vuelven,
en la cuenta cayendo de sus culpas.

Si bien conozco que se llega el tiempo
de gozar su salud los que le temen,
los que le reverencian y le adoran;
gozaránla de asiento, no de paso,
pues morirá su gloria en nuestra tierra,
a la flaqueza nuestra unido el Verbo,
deidad disimulada en mortal traje.
Para cuyo misterio incomprensible
se buscaron cortesés y amorosas
y se encontraron con caricias grandes
la Verdad santa y la misericordia,
cumpliendo la Verdad con sus promesas
y la misericordia con su gracia;
la justicia y la paz, con mil dulzuras
virginales halagos repitieron,
la Paz al ofensor reconciliando
con Dios, que de ofendido se extrañaba
con él paces haciendo y la Justicia
cobrando de rigor todas sus deudas
y quedándose en paz Dios con el hombre.
Cuando nació de la virginal Tierra
(lo venidero juzgo por pasado,
tan infalibles son las profecías),
nunca ofendida de culpable reja,
que no fue tierra que rompió el arado
la verdad santa, Dios, verdad primera,
la Justicia bajó del Cielo al suelo,
viendo en el suelo la verdad nacida
bajó a justificar los pecadores,
en el Cielo hasta entonces retirada.
Fue su Natividad milagros toda,
todo benignidad el Padre Eterno
al Hijo Eterno, benignidad todo,
envió amorosamente a que encarnase
por obra del Espíritu Increado,
todo benignidad y todo amores,
que en la virginal tierra traducido
que intacta floreció al rocío del Cielo,
conservando su flor nos dio su fruto.
Nacido al mundo como sol hermoso,
Sol de justicia sus lustrosos rayos
esparcirá, alumbrando las tinieblas,
precederá delante su justicia
para allanar, segura, los caminos

guardando su derecho a cada uno,
almas justificando siempre justo,
sus pasos al bien nuestro encaminando,
maravillas santísimas obrando.

PSALMO LXXXV

ORACIÓN EN LA TRIBULACIÓN

Clementísimo Dios, a vuestras puertas
llego pobre y mendigo, consoladme
(porque los pobres buscan a los ricos)
oídmme de limosna, de limosna
dignaos de oír mis votos y mis ruegos;
mis pobrezas mirad, mirad mis menguas,
desamparados de favor humano,
que para que me oigáis, basta ser pobre.
Guardad mi vida, defended mi alma,
pues veis cuán inocentemente vivo,
con vuestra santa ley cuán ajustado
y siempre dedicado a vuestro culto,
considerad que soy hechura vuestra,
un siervo humilde vuestro, que en Vos solo
seguramente anima su esperanza.
Libradme de miserias tan crecidas,
muevan siquiera las clemencias vuestras
saber cuán importuno cada día
con mis clamores rompo vuestros Cielos;
mi espíritu alegrad desalentado,
halle en vuestro favor sus desahogos,
consoladme, Señor, que a Vos le envió,
a Vos enternecido le levanto,
despreciador de cuanto el Mundo tiene;
por Vos me oíd, que yo no lo merezco.
Que sé que sois de condición suave,
de entrañas tiernas y corazón blando,
que sois piadoso y de piedades rico,
que de vuestra presencia majestuosa
a nadie despedís desconsolado,
que socorréis a todos los que os llaman
y remediáis a todos los que os piden.
Escuchad mi oración con grato oído,
no la juzguéis molesta y importuna,
permitíos a mis ruegos y oraciones,

atended a mis ansias y deseos.
Experiencias me han hecho confiado,
porque en el día más penoso y triste
de la tribulación más porfiada
me oísteis, ¡oh, Señor!, llamado apenas:
oísteisme y fue oírme consolarme.
¿Que 'dios, pues, fingió, loco, el error ciego,
dios verdadero que os parezca en cosa
en vuestras obras y altas maravillas?
¿Quién fue ni vuestro igual, ni semejante?
Por lo cual, vengan gentes y naciones,
el mundo todo venga, hechuras vuestras,
obras de vuestras manos poderosas
y a vuestros pies se postren, humillados,
y bendigan y ensalcen vuestro nombre
y por dios os adoren y conozcan
de bondad y grandeza incomprensible,
autor solo de hazañas y portentos
y milagroso dios, en fin dios solo.
Y pues lo sois, por tal de mí adorado,
digno me haced de vuestros beneficios
enderezando mis torcidos pasos
de vuestra Ley en el camino angosto,
vuestro camino verdadero sigo,
síguos a Vos, verdad, vida y camino,
para que el corazón, alegremente,
con temor santo adore vuestro nombre
confesándoos por dios y señor mío,
todo hecho lenguas y alabanzas todo
y glorificaré perpetuamente
con todo el corazón, con toda el alma,
esta obligada, aquel agradecido,
vuestro nombre, Señor, glorificado,
entre otras cosas, por la generosa
misericordia, largamente usada
conmigo en los peligros más urgentes,
que fue como sacarme de las penas,
de entre las sombras, daños y dolores
en el profundo infierno padecidos.
Porque, como sabéis, los más crueles,
los más malos, Señor, los más perversos,
contra mí sin razón se levantaron
conspirando en mi daño agavillados,
los poderosos más, los más valientes,

trataron, insidiosos, de matarme
buscando, ingratos, causas y ocasiones,
perdiéndoos el respeto en vuestra cara
sin acordarse que lo miráis todo,
sin miedo ni temor de vuestras iras,
pero Vos, dios eterno y señor mío,
que sois clemente y las clemencias todas,
dios sufridor, un dios todo piedades
y en lo que prometéis tan verdadero
que sois verdad y la verdad primera.
poned en mí vuestros piadosos ojos,
apiadaos de mis daños y peligros
dando fuerzas y esfuerzo a vuestro siervo
y dilatado imperio en mis contrarios,
porque hijo humilde soy de vuestra esclava,
nacido, como vuestro, en casa vuestra,
con que resistir pueda a tantos males
y de todos hallarme libre y salvo
y entre tanto mostrad, en favor mío,
de vuestro amor, alguna señal grande
señalaos en mi amparo y mi defensa
para que, vista de mis enemigos,
que, como veis, de muerte me aborrecen,
que sois mi protector y mi consuelo
y os tengo de mi parte, avergonzados,
confundidos me miren y afrentados.

PSALMO LXXXVI

DE LA IGLESIA

¿Qué ciudad puede haber que en fortaleza,
en sitio, amenidad, cielo, hermosura,
opulencia, aparato, trato, gente,
competir pueda con la celebrada
Jerusalén, sobre constantes montes
fundada, por que eterna permanezca;
ciudad del Cielo tan favorecida
que estima Dios en más sus puertas solas
que, todas juntas, las demás moradas
que habitó de Jacob antiguamente?
Pero ¿qué mucho si por estas puertas,
que son tres veces cuatro, se entra al Cielo?
Ciudad de Dios, parece que embriagado
en tus bellezas y en tus alabanzas

no acierto a darte las que se te deben,
que se estorban las unas a las otras
debiendo cada cual ser la primera.
¡Oh, qué gloriosas cosas hay escritas,
que 'de prerrogativas y excelencias
de ti, santa ciudad de nuestros padres,
que 'de ellas hay de ti profetizadas!
Entre las grandes que referir puedo
es una que Dios dijo para honrarte
para tu población y lucimiento:
no solo del Hebreo haré memoria,
mas del bárbaro Egipcio, a quien el Nilo
con anual inundación deleita,
del babilonio de cocidos muros
para que me conozcan y te pueblen.
Habitarante los de Palestina
y de Tiro gentil los mercaderes
hasta los más bozales de Etiopía,
verás venir a ser tus ciudadanos,
renacidos en ti dichosamente,
en ti conformes todas las naciones,
que haré que vengan a poblarte todas.
¿Por ventura habrá alguno, Sion amada,
que gozoso te dé la enhorabuena
de ver que un hombre y otro y muchos hombres
en ti han nacido y de que mereciste
que te fundase Altísimo arquitecto
el Altísimo dios fundador tuyo
que en ti ha de nacer hombre y juntamente
en ti, oh Iglesia, Jerusalén santa
que será por ser Dios quien te ha fundado
antes que nazca, siendo eternamente
altísimo señor de cielo y tierra?
Diralo Dios por su divina boca,
haciendo que se escriba en sus anales
para que dure su memoria eterna,
en los libros haciendo que se escriba
donde se escriben los dichosos nombres
de los pueblos y príncipes nacidos
en ti, santa Sión, que el día postrero
se abrirán y leerán públicamente
y se conocerán tus ciudadanos.
Los que lo fueren (oh, ciudad dichosa)
¿qué gustos no tendrán, qué regocijos,

que gozos, qué alegrías, qué alborozos,
qué regalos, qué bienes, qué deleites?
Todas las fuentes de los bienes todos
que corren por el mundo repartidas
en ti verás que abundan revertidas.

PSALMO LXXXVII

ORACIÓN DE UN AFLIGIDO

El tiempo todo que en campal batalla
con armas no cansadas las tinieblas
los días ahuyentan con temores fríos
y los días con luces reiteradas
las tinieblas ahuyentan importunas,
siempre vencidas, siempre vencedoras,
sin hacer paces siempre se me pasa;
Señor, de mi salud seguro asilo,
Dios y salvador mío, con clamores
roncos, importunando a vuestros Cielos.
En vuestro acatamiento de rodillas,
rodeado de penas y trabajos,
si no me socorréis, intolerables,
mirad mi memorial con buenos ojos
y dad a mi oración audiencia fácil,
inclinaos a mis voces y a mis ruegos,
porque mi vida está tan acabada,
tan llena de aflicciones y miserias
que ya no hay fuerzas para resistirlas.
Tengo el alma en los dientes, como dicen,
un pie en la huesa,²² sin favor humano,
cuéntanme, y no me espanto, con los muertos,
como empozado en triste calabozo,
donde me juzgan libre de las penas,
exento de las penas y aflicciones
a que sujetos viven los que viven
y a que sujetos mueren los que mueren.
Y yo me hallo de Vos tan olvidado
como aquellos, Señor, que en los sepulcros,
helados yacen de las recibidas
heridas, muertos a quien dais de mano,
de su vida olvidado y su remedio.
Pusiéronme en un lago tenebroso

22.—La huesa' es la forma natural de derivación de 'la fosa', con diptongación o>ue y desaparición de la f- inicial.

profundo tanto cuanto escurecido,
horrores todo, todo escuridades,
tan cerca de la Muerte que su sombra
(porque basta la sombra de la Muerte)
me asombra, atemoriza y atribula.
Y lo que siento más es vuestro enojo,
vuestro justo furor que se embravece
y se declara más en daño mío,
que llueve sobre mí mares de penas
en cuyos remolinos procelosos
me anego, triste yo, sin anegarme.
Hicistes que me huyese el más amigo,
que me huyese y de lejos me mirase
como cosa que mira con asombro,
que la abomina porque la aborrece.
Prendiéronme y vendido y entregado,
aunque pudiera quebrantar la cárcel,
no hallé salida a tantos desconsuelos,
mis ojos desfallecen con el llanto,
pobre, si bien de lágrimas que vierten
y rico de aflicciones que padezco.
Todo el día, Señor, puesto en un grito
os llamo y os voceo, levantando
en oración mis manos, de las vuestras
esperando algún bien, algún socorro
antes que muera, que el peligro es grande.
Por ventura, Señor, después de muerto
¿conmigo ostentaréis vuestra potencia?
¿Por ventura querréis hacer milagros
haciendo que los muertos resuciten?
¿Los médicos podrán resucitarlos
y hacer resucitados que os alaben?
¿Alabaros, Señor, podrán los muertos?
En el sepulcro, el que perdió la vida
¿alabará vuestra misericordia?
¿Alabará vuestras promesas fieles,
vuestras verdades y justicias vuestras?
En la pardas tinieblas de la Muerte
¿conoceránse vuestras maravillas?
Y en la lóbrega tierra del olvido,
tierra olvidada y tierra de olvidados,
en fin tierra de ausentes y de muertos,
¿por ventura habrá alguno que conozca
vuestros juicios y justicias santas?

Por lo cual, apiadaos de mis ahogos,
tened, Señor, de mí misericordia,
pues antes que el sol salga, a vuestras puertas
llamo importuno y con mis oraciones
me anticipo (¡ay, mi Dios!) a preveniros,
pero ¿de qué me sirve si, enojado,
el rostro me torcéis? Volveisme el rostro
a mis ruegos cerrando los oídos,
dando de mano a la oración que os hago
y desdeñando al alma que os la ofrece.
Conozco mis pobreza y miserias
y que mamé en la leche los trabajos
que al paso de mi edad fueron creciendo,
mientras más hombre, más desconsolado,
más conturbado siempre y abatido.
Que sobre mí pasaron vuestras iras,
vuestros justos enojos, vuestras sañas;
turbáronme de muerte vuestros miedos
y de pies a cabeza me cercaron,
todo me rodearon y ciñeron
como avenida de encontradas aguas
que de montes opuestos se descuelgan
y todas juntas, en mi daño armadas,
me embistieron, Señor, y me cercaron,
cada día más triste y acabado.
Al amigo, al pariente y conocido,
apartastes de mí, de mis miserias,
huyendo todos, lastimero estado
y extremo mal, en mal tan extremado.

PSALMO LXXXVIII

DEL REINO DE DAVID Y DE CRISTO, NUESTRO SEÑOR

Mientras el mudo Sol, pintor valiente
con luciente pincel el tosco lienzo
del mundo, que forjó la noche parda
pintare con primor, hermosteando
países, campos, montes, mares, cielos,
plantas, jardines, flores, fieras y aves,
nuevos colores dando a sus colores,
nuevas bellezas dando a sus bellezas
cantaré alegre en varios instrumentos
las eternas de Dios misericordias,
cantaré sus divinas alabanzas

y sabrá todo el mundo de mi boca,
de siglo en siglo, de una en otra gente,
la firmeza y verdad de sus promesas,
en fin promesas hechas de Dios mismo.
Vos dijistes, Señor, Vos lo dijistes,
que en esos cielos de oro y de zafiros
fabricaréis Alcázar soberano
a vuestra liberal misericordia,
todo de beneficios y clemencias,
de mercedes, de gracias y piedades
que permanezca con los cielos mismos,
cumpliréis, infalible, la palabra,
la verdad cierta en los prometimientos
preparada por vuestra providencia,
por Vos prósperamente establecida,
en ellos durará perpetuamente
permaneciendo siempre invariables
vuestros decretos a su mismo paso;
fábrica es <de> vuestra misericordia
que edificada siempre se edifica,
obra que nunca cesa es obra eterna
que no puede cesar, cuyo edificio
siempre continuamente estáis labrando,
con su grandeza hermozeando el Cielo,
pero vuestra justicia las más veces
se os va en amagos y en preparaciones,
ruido haciendo para que se guarden,
amenazando para que se enmienden
y si la ejecutáis, que al fin es fuerza,
es, Señor, con tibieza y con desgana.
Dijistes, ¡oh, Señor!: Yo, por mí mismo
hice concierto y perdurable pacto
con mis amigos, que llamarse puede
'Manda de Testamento,' confirmada
con juramento por irrevocable
donación *inter vivos* a mi siervo
David, jurada por voluntad firme,
que de él y de sus nobles descendientes
les daré un sucesor, les daré un Hijo
que ilustre honor será de su linaje.
Su trono y silla haré que permanezca
por edades de edades no medidas,
por lo cual, oh, Señor, reconocidos
los Cielos y los ángeles gozosos

celebrarán vuestros heroicos hechos
y vuestras estupendas maravillas
y la congregación de vuestros fieles
agradecida alabará y alegre,
de las promesas vuestras la inviolable
verdad en su seguro cumplimiento.
Viendo tantas grandezas diré a voces:
¿Quién hay igual a Dios ni semejante,
de los que pisan las rizadas nubes,
de los que huellan las eternas salas,
de los hijos de Dios ángeles bellos,
aunque el más encumbrado de ellos sea?
Dios, cuya omnipotencia resplandece
gloriosamente en el Concilio santo
de sus amados, preferido a todos,
de todos alabado y bendecido,
que es gran señor y sumamente grande,
grande y de formidable fortaleza
y sin comparación aventajado
a los grandes que en torno le rodean,
le asisten, le bendicen y le gozan,
espíritus ilustres cuanto hermosos.
¿Quién, pues, oh rey y dios de las batallas,
os puede en el poder ser comparable?
Si sois el solo y todopoderoso,
si la fidelidad y la severa
majestad y verdad os acompañan
y al derredor os ciñen y rodean
sin que atrevérseos pueda la mentira?
Tenéis dominio en las saladas ondas,
turbáislas, imperioso, y conturbadas
cuando a azotar se atreven las estrellas
serenáis sus bramidos y osadías
haciendo que obedezcan vuestras leyes.
Vos a fuerza de brazos derribastes
al Rey soberbio, destrozado y muerto,
hollado con desprecio a vuestras plantas.
Desbaratastes vuestros enemigos,
sumergidos del mar desmantelado.
Vuestros los Cielos son, vuestra es la Tierra,
lo visible, Señor, y lo invisible,
que lo veis todo y sois Señor de todo:
la redondez del Orbe fabricastes
con sólidos cimientos y sobre ella

la alegre variedad que la embellece,
la hermosa muchedumbre de las cosas,
vos criastes, de hielos rodeado
al Bóreas regañón, Vos al lluvioso
Ábrego armastes de copiosas lluvias,
formastes el Oceano, ceñido
de muros fuertes de cobarde arena.
El glorioso Tabor, el encumbrado
Hermón, al favor vuestro agradecidos
dan saltos de placer en vuestro nombre,
opuestos, uno a Oriente, otro a Occidente
y darán ocasión, con su eminencia
para que el que los viere y admirare
siempre os alabe y os bendiga siempre,
pues que competidores de las nubes
campea en ellos con lucidas muestras
de vuestro fuerte brazo el poderío.
Vuestra mano siniestra se arrodela
con airoso despejo en nuestro amparo
y levantáis la diestra victoriosa
con defensivas y ofensivas armas
mostrando vuestra invicta fortaleza
en el manejo de las unas y otras:
establecéis con próspera justicia
y con equidad justa vuestro reino
fundando en el eterno vuestro trono.
La clemencia risueña os acompaña
y la Fe santa que negar no sabe
ni quiere la verdad de sus promesas:
van delante de Vos, siempre presentes
a vuestros ojos que lo juzgan todo.
Dos y tres veces bienaventurado
el pueblo que os alaba, agradecido,
y que os sabe alabar con rostro alegre
y conocer el regocijo justo
por mil gloriosos títulos debido
a la publicación de la Ley vuestra
y de ella santamente se alborozan
y os sacrifican con sonoros versos.
Los que esto merecieren, alumbrados
con las lumbres, Señor, de vuestro rostro,
con los favores de la gracia vuestra
proseguirán, alegres, su camino,
seguros de sus prósperas andanzas

y alegres y seguros todo el día
se gozarán en vuestro santo nombre,
de la Justicia armados como escudo,
premiados de justicia por la gracia
con que los ensalzastes de justicia.
Porque de sus acciones virtuosas
sois solo el premiado y sois el premio
de que dichosamente se glorían,
porque de vuestra voluntad depende
de nuestra fortaleza el lucimiento
y que podamos levantar cabeza.
Porque sois nuestro escudo y nuestro amparo,
que nuestro bien por vuestra cuenta corre.
De Vos, dios santo de Israel depende
la protección del rey a quien pusistes
en el Trono Real de vuestro pueblo
cuando para su rey me señalastes.
Hablastes, en visión maravillosa,
a Samüel, vuestro profeta santo,
a los profetas vuestros en mi abono
y agradado de mí, Señor, dijistes:
añadiré a sus fuerzas nuevas fuerzas,
brío y valor a su valor y brío.
Del polvo de la tierra de la plebe
le escogí y, escogido, a la corona
le levantó mi poderosa diestra.
Hallé a David, como si me le hallara
hallé a David, mi siervo, y con piadoso
licor de siempre fortunosa oliva
le ungué por rey del pueblo amado mío.
Socorrerale mi valiente diestra,
confortarale mi invencible brazo,
darele victoriosa valentía
de modo que no pueda su enemigo
llegarle ni aun al hilo de la ropa
ni de mil leguas ofenderle en nada
el hombre más perdido, aunque hijo sea
de la misma maldad, la maldad misma
no tendrá atrevimiento de intentarle
daño en la menor cosa de la Tierra,
que haré a sus enemigos mil pedazos:
desmenuzarlos he, no habrá ninguno
que se atreva a ponerse delante
y a los que injustamente le aborrecen,

que a más correr le vuelvan las espaldas,
a aquellos despreciando victorioso
y a estos haciendo huir, diestro y valiente.
Mi verdad santa y mi clemencia pía
irán con él por ángeles de guarda,
armado en nombre mío y en mi nombre,
ensalzada verá su fortaleza
y su constante honor verá temido.
Dilataré las fuerzas de su reino
hasta el Mar de Occidente, donde el día
en sus olas descansa verdinegras:
extenderé su imperio hasta el Eufrates,
y hasta el Nilo, que en brazos del Aurora
miran que a salir vuelve soñolienta.

Conmigo hablando confiadamente
seguro me dirá: Tú eres mi Padre,
tú eres mi dios, de mi salud y amparo.
mi fuerte escudo y invencible roca.
Y yo le trataré como a mi hijo
primogénito, amado tiernamente,
fundando en él perpetuo mayorazgo,
a los reyes del mundo preferido,
aventajado y preferido a todos.
Tendrá segura en mí depositada
para siempre jamás dentro en mi pecho,
para cuando la quiera, mi clemencia.
El pacto con él hecho y celebrado
en mis promesas firme y verdadero,
fielmente el mundo le verá cumplido
y su prosperidad, de gente en gente
verá de siglo en siglo perdurable.
Su trono excelso, al paso de los cielos,
que no se miden con los breves días,
con ellos durarán siglos de siglos,
Mas si sus hijos mal aconsejados
no guardaren mi Ley y no vivieren
conforme a mi doctrina y mis preceptos,
si profanaren mi sagrado culto,
mis estatutos y mis ceremonias,
rebeldes a mis justos mandamientos,
con la vara en la mano y el azote
iré yo mismo a averiguar sus culpas,
trataré de enmendar sus desaciertos,
sus culpas y defectos castigando.

Castigarelos, pero con blandura,
que son mis hijos, con amor de padre,
no que mi natural misericordia
aparte de ellos nunca, no que falte
a la fidelidad de mis promesas,
que el pacto hecho con ellos será firme,
no me arrepentiré de lo jurado
porque, una vez echado por la boca,
será su cumplimiento en mí inviolable:
una vez lo juré y el juramento
fue por mí mismo sumamente santo
¿cómo podré faltar a lo jurado
y cómo no cumplir lo prometido?
¿Podré a David mentir? Será imposible:
¿había de mentir yo, la verdad misma?
Su clara descendencia será eterna,
su trono, como el Sol invariable,
será a mis ojos siempre permanente,
será como la Luna, cuando, llena,
perfectamente goza su hermosura,
porque el Sol y la Luna son testigos,
las estrellas y el Arco de los Cielos,
del pacto entre nosotros celebrado,
que cumpliré inviolable eternamente.
Esto dijistes, Rey de eterna gloria
y ahora, con desprecio desdeñoso
tratáis y abomináis de nuestras cosas
y airado dais de mano a vuestro Christo,
a vuestro Rey ungido, a vuestro amado.
Dais por ninguno el pacto, disolviendo
la confederación capitulada,
la Corona Real de su cabeza
quitastes y arrojastes por el suelo
dando lugar a que se profanase
(siendo cosa sagrada) torpemente.
Destruístes sus fuerzas y presidios,
su ya desportillada fortaleza
amenaza ruína formidable,
los caminantes y los pasajeros
la saquearon miserablemente
y arrasaron sus casas con la tierra.
Es escarnio de toda la comarca
y de ser sus vecinos se avergüenzan.
Animastes, Señor, los que la oprimen

a su animosa diestra con alientos
vuestros; en nuestro daño embravecisteis
dándoles nuevo esfuerzo y fuerzas nuevas,
alegrastes las huestes enemigas
con las victorias con que los honrastes.
Embotastes los filos de su espada
dejándole con armas desarmado
y no solo socorro no le distes,
mas dividistes el que tener pudo.
Todo el esplendor claro mancillastes
de su dignidad regia escureciendo
su honor, en las batallas adquirido,
en la paz sabiamente conservado;
hasta los sacerdotes que cuidaban
de sus antiguas purificaciones
y con el Trono Real y la Gran Silla
distes, con mengua dolorosa en tierra.
Y de su juventud los días lozanos,
las lozanías de sus años pocos
desazonadamente marchitastes;
el rostro le cubristes de vergüenza
de que le vean corrido y afrentado.
¿Qué es esto, Eterno Dios? Señor ¿qué es esto?
¿Hasta cuándo, alejado de nosotros,
veros no os dejaréis, siempre escondido?
¿Hasta cuándo, bramando, vuestra ira
arderá, embravecida, como un fuego?
¿Cuándo han de tener fin vuestros enojos?
Quién soy considerad, haced recuerdo
que soy un hombre flaco, sin sustancia,
débil, sujeto a tantas desventuras,
breve mi vida y de miserias llena;
¿por ventura criastes a los hombres
tan de balde, Señor, en este mundo,
que nazcan con dolor, vivan con pena,
sin que en el corto curso de su vida
tengan a penas un solo día bueno?
Si no, decidme vos: ¿qué hombre nacido
robusto, rico, sabio, poderoso,
vivirá, ni vivió, sin ver la Muerte?
¿Quién librará su vida de los ascos
del poder del sepulcro inexorable?
Dad pues, lugar, Señor, a que respire,
de tamañas miserias condolido

y dejad que me queje y os pregunte:
¿qué se han hecho, mi Dios, vuestras clemencias,
vuestras misericordias, celebradas
en los antiguos tiempos? ¿Qué se han hecho
las que con juramento prometistes
y a David, vuestro siervo, asegurastes
en fe de vuestra fe y vuestra palabra?
Acordaos, Señor, de vuestros siervos,
de las injurias, de las sinrazones
que recibimos de diversas gentes,
con que nos escarnecen y deshonran
(que en mi pecho las guardo, recocado
en ellas y sufriendolas a solas).
Lo que nos dan en rostro y nos zahieren
los enemigos vuestros y los nuestros,
es que os habéis mudado en los favores
de nuestro Cristo, de él como olvidado
de la honra y merced que le habéis hecho.
Que de vuestras promesas nos fiamos
cuando sus cumplimientos se dilatan,
si bien yo en todos acontecimientos,
en los sucesos prósperos y tristes,
fío de vos y espero confiado
de ver cumplidas las promesas vuestras
y de cualquiera modo diré siempre:
que ensalzado seáis y engrandecido:
siempre sea así, Señor, siempre así sea,
como el alma lo pide y lo desea.

PSALMO LXXXIX

DE LAS MISERIAS DE ESTA VIDA

Señor universal de Cielo y Tierra,
Criador de cuanto vemos y no vemos
que desde que a la luz la luz sacastes,
desde que del no ser ser al ser distes,
sin interpolación de siglo en siglo
nuestra defensa sois y nuestro amparo,
nuestro refugio y nuestra fortaleza.

Rey y Dios nuestro y dios tan sin principio
que antes que las montañas descolladas,
riscos soberbios, encumbrados montes,
la cabeza las nubes levantaran,
antes que diera las primeras flores

la común Madre que, hecha pechos toda
alimenta los hombres y los brutos,
antes que el Cielo con su azul esfera
ciñera el agua, el aire, tierra y fuego
y en fin, antes que el mundo fuera mundo
y tuviera el principio que le distes,
sois Dios, fin y principio de Vos mismo
y sin principio y fin, eterno siempre.
Nuestra fragilidad mirad piadoso,
no volváis en ceniza la ceniza
y lo que es polvo en polvo, al hombre en tierra,
porque dijistes, nietos de la nada,
volveos en nada, oh hijos de los hombres,
porque mil años nuestros, comparados
con vuestra eternidad (¿qué son mil años?)
son como el día de ayer, que ser no tiene,
que se pasó como si no viniera,
del mismo ser que viven tan distantes
cuanto el día de ayer de ser más día.
Y menos son que un día, que mil años,
son como el cuarto breve que de posta
de noche está el soldado en centinela,
como avenida de aguas repentinas
que huyendo pasa con mojadadas alas,
son como sueño desaparecido
cuando al dormido más lisonjeaba
burlándose, engañoso, de sus gustos.
La vida más robusta es flor del campo,
de aljófares del alba embellecida
que desabrochó al Cielo sus frescuras
entreabriendo, risueña, sus bellezas,
olores trascendentes revertiendo
convidando al olfato y a los ojos,
mas salió el Sol y hiriola con sus rayos,
adoleció y enferma, marchitose,
marchita deshojose y a la tarde
secose, envejecida, con desprecio
de los que la miraron y admiraron,
antojos desmintiendo y esperanzas.
Y tras esto, Señor, desfallecimos
temblando de temor a vuestras iras,
a vuestro furor justo conturbados.
Que presentes tenéis a vuestros ojos,
con nuestras culpas, nuestras mocedades

y sacáis a la luz de vuestro rostro
con que todo lo veis, lo más secreto
que en toda nuestra vida cometimos.
Pásanse nuestros días y nosotros
con ellos, con carrera imperceptible
nos vamos acabando y consumiendo
a vuestra indignación desfallecidos,
porque son nuestros años como frágil
tela de araña que se desentraña
en tejer lazos donde en fin se enreda
y que con leve soplo se deshace
(sabia meditación de varón sabio)
y son como vapor que de la boca
se exhala en el invierno y en un punto,
formado apenas, se desaparece.
Son como una palabra, un pensamiento
que se pensó o se dijo apenas cuando
en solo un pensamiento, una palabra
para no volver más voló no vista;
por más telas de araña que tejemos,
por más torres de viento que formamos,
por más que el curso breve de la vida
queramos dilatar, por experiencia
hecha en nosotros mismos, conocemos
que dura de ordinario setenta años
y, cuando mucho, en cuál y cuál de fuerte
temperamento y complexión robusta
suele durar ochenta, si bien éstos
son llenos de aflicciones y miserias:
todo es trabajo cuanto más se vive,
todo es dolor y todo son dolores.
Y en esta triste edad el hombre amansa,
cesan los engreimientos y los bríos,
la corrección sufrimos y la enmienda,
si bien hecha por Vos con mansedumbre
y con irrevocables alas vamos
a la lóbrega gruta de la muerte.
Y después de esto todo, ¿quién conoce
ni puede conocer el poder grande
de vuestras justas iras y quién puede
tanto temer cuanto es justo que tema
y numerar, temiendo los rigores
y estragos del enojo justo vuestro?
Mas esforzados con quien más os teme

¿quién que del temor vuestro no atajado
vuestro justo furor ponderar sepa?
Manifestad, pues, Dios, el poder vuestro
en que el número incierto con certeza
de nuestros pocos días conozcamos,
para que, cuerdo, el corazón procure
que los pocos que quedan, bien se vivan.
Volveos, Señor, a las clemencias vuestras,
que no os han de durar enojos siempre.
Ea, dejaos rogar de vuestros siervos,
que Vos no sabéis ser inexorable,
que en Vos espero confiadamente
que antes que salga el Sol hemos de vernos
tan ricos de clemencias y piedades
que en Vos alegres y regocijados
os alabemos toda nuestra vida,
que nos veremos tan favorecidos.
¡Qué contentos, lozanos y gozosos
os daremos las gracias y alabanzas
por los trabajos que nos enviastes!
Pues conforme a los males que sufrimos
por el discurso de no breves años
los bienes que esperamos gozaremos,
olvidaremos los pasados males,
que los males pasados siempre alegran
y hacen mayores los presentes bienes.
Miradlos, pues, Señor, desenojado,
por siervos vuestros, por hechuras vuestras
y resplandezca vuestra gracia en ellos,
guiad con mano próspera sus hijos
por el camino que sus padres fueron,
por el camino real de la Ley vuestra.
Y el resplandor hermoso de la Gracia,
mansedumbre, favor, bondad. dulzura
del Señor y Dios nuestro nos alcance,
y encamine y prospere nuestras obras;
porque por Vos a Vos encaminadas,
firmes sobre nosotros permanezcan
y caminen a Vos prósperamente
a donde los honréis, manso y clemente.

PSALMO XC

DE LA CONFIANZA EN DIOS NUESTRO SEÑOR

El afligido que se entró al sagrado
del Altísimo Dios esté seguro
de que su inmunidad ha de valerle;
el que coloca en Él sus esperanzas
guardado dormirá con tal custodia,
de su protección santa defendido.
A Dios dentro en su casa confiado
dirá: Vos sois mi amparo y mi defensa,
Vos mi refugio sois, sois mi esperanza,
en Dios esperaré y en él espero,
porque me libraré de los callados
lazos de los astutos cazadores,
de las palabras que exasperar suelen,
ásperamente dichas y escuchadas,
de astucias y doctrinas pestilentes.
Esfuerza, ¡oh, alma!, que en tus desconsuelos
espaldas te ha de hacer harate sombra,
como laurel al rayo inaplacable
y como águila real entre sus alas,
polluelo, te verás de ellas ceñido.
Será su verdad santa fuerte escudo,
tu seguro pavés tu fe valiente
que, rodeado de él te ampare y guarde
en las tinieblas más escurecidas
del temor ciego de la ciega noche
que sombras y fantasmas representan
no temerás ni habrá cosa que temas:
no temerás las flechas voladoras
de la homicida peste, que se atreve
la Muerte a disparar a mediodía,
de los daños que públicos te acosan,
inopinados casos y sucesos,
no temerás traiciones paliadas
que negociar se suelen a lo oscuro,
no el acontecimiento declarado,
más claro que la luz de mediodía
con que el demonio suele, cara a cara,
desmesuradamente acometerse.
Antes, cuando la peste más sangrienta,
cuando la hambre más embravecida
y cuando más trabada la batalla,

caerán mil hombres muertos a tu lado
y diez mil a tu diestra, acobardados,
de muchas leguas no osarán llegarte.
Y verás por tus ojos, por tus ojos
tan alto puesta, puesta en talanquera
la justa paga de los pecadores.
Porque dijiste a Dios, de Él confiada:
Vos mi esperanza sois, vos sois mi asilo
y altísimo pusiste en él tu amparo.
Respetarate el Mal, sin que se atreva
a empecer, ni llegar a tu persona
ni a tu casa la plaga ni el azote,
porque tiene a sus ángeles mandado
que en todos tus caminos te acompañen,
te encaminen, te guarden y defiendan.
En palmas ha mandado que te traigan,
desvelados no solo en tus peligros,
pero con prevención que ni aun a caso
te dejen tropezar en una piedra.
Caminarás seguro, con desprecio
pisando el áspid, sordo a los encantos
y el basilisco, de homicidas ojos,
hollará al León encarnizado,
libre de sus rugidos y sus garras;
acocearás con plantas imperiosas
el Dragón de tres órdenes de dientes,
de escamas duras, de sangrientos ojos,
silbos crueles y torcida cola.
Todo esto dice Dios porque me ama
y porque esperó en mí con fuerte diestra,
en salvo le pondré, socorrerele,
seré su protección, seré su amparo,
que conoció el poder maravilloso
del nombre mío, que venera y teme.
Cuando de los peligros más urgentes
rodeado le viere, al primer grito
le oiré y me arrojaré desde los Cielos
a estar con él en las tribulaciones,
a estar con él, a rescatarle de ellas,
de gloria su cabeza coronando.
Con plenitud de tarde envejecidos
días que grato añadiré a sus días,
su vida aumentaré siempre dichosa,
en santa paz le mostraré mi rostro

y mi salud en él, en él mi vida,
que goce por edades sin medida.

PSALMO XCI

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

¿Qué mayor bien que confesar, alegres,
que confesaros Dios y daros gracias,
que cantar alabanzas repetidas
(Oh altísimo Señor) al nombre vuestro?
que daros gracias y cantaros loores
no solamente es justo, mas debido.
Madrugaré con la rosada aurora
que hace las paces siempre quebrantadas,
entre dos enemigos, noche y día,
a publicar vuestra misericordia,
usada siempre en remitir pecados
y cuando iluminada de luceros
la noche salga de su opaca gruta,
vuestra fidelidad en las promesas,
vuestros rigores justos y blanduras
en los sucesos prósperos y adversos
repetiré en canciones numerosas
cantadas al psalterio de diez cuerdas,
aplicaré la voz al harpa grave,
la letra acomodando con el tono;
será el sujeto de mi dulce canto
sabroso al corazón, gustoso al alma,
la creación de esta máquina visible,
admirado y gozoso en sus grandezas,
obras de vuestras poderosas manos.
¡Cuán grandes son, Señor, cuán estupendas!
Pero ¿qué habían de ser, sino conformes
a la grandeza de su autor divino?
Profundísimos son vuestros secretos,
vuestros juicios son inescrutables,
inaccesibles vuestros pensamientos.
No los alcanza el hombre embrutecido
que en los terrenos bienes ocupado
a su contemplación no se levanta;
no levanta los ojos a esos cielos,
ni el necio, que ofuscado en sus errores
ignora de malicia lo que ignora,
porque cuando los malos, con verdosos

aumentos medran (como el heno fácil,
brevemente nacido) y se levantan
de repente entre todos, floreciendo,
es para que perezcan tristemente
con fin astroso, nunca reparable,
suben para caer, caen de más alto,
en un instante se hacen y deshacen.
Mas Vos, Señor Altísimo, inmutable
permanecéis por perdurables siglos:
sois el que sois, el ser sois del ser todo.
Pero ellos, sin defensa destrozados
viéronse a penas, cuando no se vieron,
perecieron, a penas percidos
todos los que mal obran y mal viven
llorarán, esparcidos y asolados,
mas a mí, que os adoro, temo y amo
me honráis de modo que mi fortaleza,
a la del unicornio semejante
y a la del bufador rinoceronte,
levantáis y alentáis gloriosamente,
en mi vejez ungido, como suele
luchador esperar en la palestra
con el licor de la piadosa oliva,
símbolo noble de la piedad vuestra,
por lo cual, con desprecio generoso,
sin hacer caso de mis enemigos,
los miraré con mofa y con escarnio
de los que contra mí se levantaron
malignamente hablando de mis cosas;
me vengaré, su perdición oyendo,
mas el justo será, no como el heno,
que nace con el Sol y con él muere,
mas como palma que florece ilustre,
del peso vencedora y de los años,
como cedro será del eminente
Líbano, de verdor inmarcesible,
que medra en gentileza y hermosura,
incorruptible tanto como hojoso,
que del Templo plantados a la entrada,
a las corrientes del cristal sonoro
florecerán con prósperos aumentos.
Y no solo en los años juveniles,
mas en los canos de la vejez calva
con acrecentamientos remozados,

multiplicados gozarán sus frutos,
bienes, virtudes y merecimientos;
y bien condicionados y sufridos,
publicarán, alegres y gozosos
que es Dios mi fortaleza, siempre justo,
siempre recto Juez, no apasionado,
en quien no pudo haber ni hubo pecado.

PSALMO XCII

DEL REINO DE DIOS, NUESTRO SEÑOR

Con cetro eterno y con corona trina,
de majestad vestido y hermosura,
de ilustre honor y gloria coronado,
armado de poder y fortaleza,
ceñida al lado la Justicia santa,
reinará y reinó Dios siglos eternos.
Fundó, pendiente sobre el aire leve
la tierra grave, y aunque está en el aire,
tan firme la fundó que no hará vicio
ni se desquiciará perpetuamente
y desde entonces, rey de eterna gloria,
trono y sitial tuvistes majestuoso,
desde el cual los tres mundos gobernastes,
si bien vuestros principios son eternos
porque es vuestro principio sin principio
y sois principio eterno de las cosas,
y aunque los ríos, con sus despeñadas
aguas murmuradoras dieron voces,
aunque hicieron sus ondas bramadoras
ruido en fin de impetuosas aguas,
aunque del mar los encrespados montes,
admirables al Cielo se subían
y admirables la Tierra rodeaban
queriendo escurecerla entre sus ondas,
más admirable Dios, más admirable
las aguas dividió imperiosamente,
sus orgullosas iras enfrenando
y dándola la mano, medio ahogada
a la luz clara la sacó del Cielo,
su rustiquez inculta embelleciendo
con hierbas, plantas, hojas, flores, frutos
para morada de hombres y animales.
La Verdad, de quien distes testimonio,

¿a quién podrá dejar de ser creíble,
Eterno Dios, si las verdades vuestras
y vuestro testimonio sois vos mismo?
Por lo cual, al honor de vuestro Templo
el decoro conviene y la decencia,
la santidad, el religioso culto
que venza al tiempo, de años numeroso,
y dure al paso de ese Cielo hermoso.

PSALMO XCIII

INVOCACIÓN A DIOS CONTRA LOS MALOS

Al dios de las venganzas, Señor nuestro,
nuestro dios vengador, que con castigos
severos la tomó de los culpados
(testigos fieles los pasados tiempos)
haciendo su justicia libremente
sin perdonar ni respetar a nadie,
invoco y llamo en las presentes penas.

Levantaos riguroso, oh soberano
Señor y Juez eterno de la Tierra,
subid al tribunal, haced justicia,
levantaos y mostrad el poder vuestro
y a los soberbios dad su merecido,
dadles la justa paga de sus culpas.
¿Hasta cuándo, Señor, los pecadores
de ellas se jactarán, vanagloriosos,
ociosos vivirán y descansados?
Osados, ¿hasta cuándo neciamente
se atreverán a hablar y hablarán alto?
¿Hasta cuándo zahareños y arrogantes,
todos los que obran mal y que mal viven
harán de su maldad blasón honroso?
Tratan con desdeñoso abatimiento
a vuestro pueblo, haciendo mil bajezas,
vuestra heredad, de Vos amada, oprimen
con vejaciones y con tiranías.
A la desierta viuda, que llorosa
gime su soledad y desamparo,
aborrecen de muerte y se la buscan;
al pobre advenedizo, al peregrino
quieren quitar la vida y se la quitan;
al huérfano y pupilo miserable

persiguen, homicidas y avarientos.
Y lo peor de todo es que blasfeman
de Vos, negando que lo podéis todo
diciendo. Dios no cuida de estas cosas.
El Dios del pueblo de Jacob ¿qué sabe.
qué sabe de estas cosas, ni qué entiende?
Ni las ve, ni las sabe, ni las cuida.
¡Oh, necios, y los más de todo el pueblo,
a los brutos, en serlo, semejantes!
¿Cuándo conoceréis vuestra ignorancia?
¡Oh, ignorantes y faltos de juicio,
conoced y entended vuestros errores!
Decid, hombres de mal entendimiento:
el que formó, ingenioso, los oídos
con sus ocultas vueltas u revueltas,
difíciles entradas y salidas
¿no oirá mejor que el que con ellos oye,
si es Dios quien se los dio para que oyese?
El que formó el milagro de los ojos,
humores claros, túnicas sutiles,
nervios delgados, guardas cuidadosas
¿cómo será posible que no vea
todo cuanto hay que ver, si es imposible
que nadie vea si Él no da los ojos?
El que castiga pueblos y naciones
¿no osará reprehender vuestros pecados?
El que a todos enseña lo que saben
¿ignorarán lo que obran y hacen todos?
No solo escucha, atento, las palabras
y no solo las obras nota y mira,
pero los más ocultos pensamientos
de todos los mortales, y conoce
que todos vanos son y vanidades.
Dichoso, pues, y bienaventurado,
Señor, el que aprendiere en vuestra escuela,
aunque con sangre le entre la enseñanza,
que saldrá aprovechado sabiamente,
dichoso el que os tuviere por maestro,
enseñado por Vos en la Ley vuestra,
que la guardare y que la practicare,
que en las maldades y en los desafueros
con que desenfrenadamente vive
en esta edad calamitosa el malo,
mitigaréis sus penas y su celos

hasta que mercedamente vea,
tras consolarle en sus adversidades,
que el pecador llegó al último día
en que le trague el lóbrego sepulcro.
Y verá, atento como bien sufrido,
que el rostro no torció a su pueblo amado
ni dio de mano a su heredad querida
y esperará, alentado, hasta que vuelva
su justicia, en juicio riguroso
llame y venga a juicio embravecida,
donde, a su lado esperarán, seguros,
los que conforme a ella regulados
fueron de corazón cándido y limpio.
¿Quién, entre tanto, habrá que se levante
para ser mi defensa y patrocinio
contra los que malignamente viven
y contra los injustos y malvados
quién, a mi lado, asistirá conmigo?
¿Quién, sino Dios? Pues si por Él no fuera,
si no fuera por Él, que fue mi amparo,
muy poco me faltó, de no haber sido
huésped mi cuerpo de la sepultura,
mi alma, moradora del Infierno.
Cuando hablando entre mí, talvez decía:
¡Ay Dios, que en el camino de sus leyes
se me fue el pie y resbaló, culpado!
Díjelo apenas cuando, al mismo punto
me socorrió, Señor, vuestra clemencia.
Según la multitud de mis dolores
y de los congojosos pensamientos
que dentro el corazón me fatigaban
me alegrastes el alma y consolastes,
dando junto el consuelo y la alegría
Vos, que de vuestra Ley en los preceptos,
al dolor obligastes y al trabajo,
dificultando al parecer su guarda
porque al Cielo por ellos se camina
¿permitiréis acaso (no, por cierto)
que el tribunal y trono de los malos
que con pretexto de que la Ley guardan,
sinrazones inventan y trabajos,
tenga parte con Vos en los juicios,
ni que se os pegue nada de sus culpas
con la distribución del premio y pena?

Ellos, mancomunados y mañosos,
arman lazos ocultos a los buenos
para enredar las vidas y las almas,
cureles condenando su inocencia,
por beberles la sangre si pudiesen,
pero Dios es mi amparo y mi defensa,
de mi esperanza inexpugnable roca
en quien fundada firmemente estriba,
que a los malos dará su merecido
con el justo retorno de sus culpas.
Con ellas mismas les dará en los ojos
lloviéndolos encima justamente
y en su misma malicia destruídos
serán de nuestro dios aborrecidos.

PSALMO XCIV

EXHORTACIÓN PARA ALABAR Y OBEDECER A DIOS NUESTRO SEÑOR

Venid, venid, gocémonos alegres
en el Señor; venid y con aplausos
y júbilos a Dios, que es salud nuestra
y nuestro Salvador, versos cantemos
en placenteras y festivas voces,
en instrumentos, cuanto alegres, varios.
Venid y con presteza acelerada,
nos presentemos a su real presencia
y con acción de gracias le alabemos,
por Dios le confesemos poderoso
y con voces triunfantes y gozosas
psalmos le reiteremos y canciones.

Venido y agradecidos conozcamos
que es solo Dios y solo Señor grande,
gran rey sobre los reyes y los dioses,
porque no hay Rey ni Dios en su presencia;
es de los dioses Dios, rey de los reyes,
que no dará de mano al pueblo suyo,
que encierra dentro el puño el Orbe todo,
sus fines ciñe y términos gobierna
su nunca limitado poderío.
Sus más profundos y escondidos senos,
las cumbres de los montes, que parece
que escalar quieren los azules muros,
a palmos mide y mira con desprecio;
ese mar espacioso, que a azotazos

quiere rendir las peñas y las nubes
es suyo y, como suyo, le obedece
él le formó y muró sus arrogancias
de arena leve con movable muro,
por que la tierra, airado, no se sorba;
la tierra firme es obra de sus manos
con sus provechos y sus hermosuras;
venid, pues, y humillados le adoremos
y postrados en tierra en su presencia,
lloremos de placer agradecidos
de ver que somos obra de sus manos,
de que nos hizo un Dios tan santo y bueno,
de que es Dios nuestro y pueblo suyo somos,
que nos hizo y sustenta, desvelado
pastor del pueblo suyo, que nos busca
fértiles pastos de abundosas hierbas
como a ovejas que tiene de su mano
y que de ella a tomar el pan se llegan,
dando doctrina al alma y vida al cuerpo,
por lo cual, si en el tiempo de esta vida
que es un hoy breve, oyéredes sus voces
con que amoroso os solicita y llama,
no os hagáis sordos ni desentendidos
ni endurecer dejéis los corazones,
como cuando indignado en el desierto,
con sus murmuraciones y sus dudas,
con sus porfías y incredulidades
vuestros antepasados le irritaron,
a quien pudo decir, con junto enojo
en el desierto, en el desierto a donde
tantas y tales obras recibieron,
ingratamente allí me exasperaron
tentando de paciencia mi paciencia,
osando examinar mis poderíos;
probáronlos en fin, vieron mis obras
desmintiendo sus dudas y ignorancias
y las que no creyeron, admiraron
mis ilustres hazañas, mis portentos,
mil altas maravillas y prodigios.
Cuatro veces diez años me trajeron
siempre en su compañía y a su lado,
molestado y cansado de sus cosas,
quejosos y cansados de las mías
hasta que dije: Ya esta mala gente,

por pecar, peca, peca maliciosa,
del corazón le sale su malicia.
Ignoran, porque quieren, mis caminos,
no quieren acertar con mis preceptos.
jurésela, enojado justamente,
dije, indignado: Bien está, veamos
si me entran en la tierra deseada;
enojado, juré que no entrarían
en el descanso de la amada tierra
a donde hecho les tuve el aposento
y cumplí, como Dios, el juramento.

PSALMO XCV

EXHORTACIÓN AL CULTO Y ALABANZAS DE NUESTRO SEÑOR

Cantad al Señor nuestro nuevas letras
cantadle versos cultamente escritos
por los nuevos favores y mercedes
con que honrado nos ha y engrandecido;
toda la Tierra a Dios bendiga y cante,
cante y bendiga a Dios toda la Tierra.

Cantad a Dios y bendecid su nombre
y de uno en otro día, cada día
al mundo publicad las buenas nuevas
de la salud que espera deseada.
A los Gentiles publicad su gloria,
cantad su gloria y publicadla siempre,
manifestad sus altas maravillas,
raros prodigios y milagros altos
a todas las naciones y los pueblos,
porque es grande el Señor, es solo grande
y digno grandemente de alabanzas,
si bien cuantas de Dios decir podemos
llegar no pueden a las que merece,
porque es mayor que todas las mayores.
Su majestad, terrible y formidable,
a los que el mundo veneró por dioses
(creído engaño de hombres engañados)
pues todos tiemblan con pavor cobarde
de ponerse delante de sus ojos,
de solo oír su poderoso nombre,
ero ¿qué mucho si los dioses vanos
demonios fueron, que en los idolillos
de la ignorancia venerar se hicieron?

Mas el Señor es Dios, es un dios solo,
un solo dios y solo verdadero
que los cielos formó, formó la tierra
con todo lo visible y invisible,
a cuya real presencia asisten siempre,
como haciéndole estado la hermosura,
sujeto de amorosos mil empleos.
La confesión divina de alabanzas
con que honores debidos le tributan,
la santidad, más pura que mil soles,
con que todo lo santo santifica
y la magnificencia majestuosa
con que es, cuanto querido, venerado
en el real Santuario de los Cielos
entre pompas de luces y esplendores
sus no decibles glorias manifiestan.
Venid, pues, por familias congregados,
por hermandades y congregaciones,
venid y no vengáis manivacios,
traed que le ofrezcáis dones preciosos,
dadle el honor y culto que merece,
honradle cuanto debe ser honrado,
dad a su eterno nombre eterna gloria,
que de ella es digno su divino nombre.
Sacrificios le haced, dones traedle
y entrad a sus Alcázares sagrados
y adorad al Señor reconocidos
dentro en su santuario suntuoso.
La redondez del mundo se estremezca
a la real majestad, al real decoro
de su hermosura señorial se postre
y venere su rostro soberano
y decid y anunciad a todo el mundo
que ya reina el Señor, que el Señor reina,
ya vino al mundo y con su ley sagrada
y del Madero con la real victoria
le enmendó y corrigió de sus errores,
dejándole tan forme en su doctrina
que no se moverá perpetuamente.
Los pueblos juzgará con igual vara,
equidad santa y rectitud divina.
Regocíjense, pues, cielos y tierra,
espíritus alados y almas santas,
el Sol, la Luna, Estrellas y Planetas,

la Aurora blanca y la morena noche,
el fuego activo, el aire vagaroso,
el agua instable y la estable tierra,
el mar, con movimiento sosegado,
alegre bulla en damascadas olas
para que el agua baile a Dios delante
alégrese y con ella juntamente
se alegren sus alados nadadores,
desde el marisco humilde a la ballena,
desde la concha hasta el delfín ligero,
sus aljófares, perlas y corales,
escollos, sirtes, islas, puertos, playas,
alégrense los campos deleitosos
con sus jardines, hierbas, flores, frutos
y cuanto con primor los embellece.
Y entonces, cuando venga, glorioso,
los árboles frondosos de las selvas,
las rústicas bellezas de los montes,
al son alegres de sus mismas ramas,
haciendo de las hojas castañuelas,
con extendidos, cuanto alegres brazos
le bailarán en su presencia hermosa.
Salten, que viene Dios, de placer salten,
salten y brinquen, pues, porque Dios viene,
viene a juzgar la tierra, poderoso,
con equidad vendrá a juzgar el mundo,
a su divino tribunal presentes,
conforme a su verdad, todas las gentes.

PSALMO XCVI

DEL AMPARO DE DIOS Y DEL REINO DE CHRISTO NUESTRO SEÑOR

Del reino que ganó el Señor Dios nuestro
la posesión tomó, ya el Señor reina,
la tierra firme alegre se alboroce,
las marítimas islas que el mar ciñe,
que nunca sorbe y que amenaza siempre,
gozosas de que reine se alborocen.
Nube caliginosa le rodea,
escuridad en torno le ennubece,
inaccesible a los mortales ojos;
con la espada desnuda su juicio
y su justicia con igual balanza
el Tribunal le fundarán tremendo

para enfrenar y corregir el mundo,
premiar al bueno y castigar al malo,
A la alta majestad de su grandeza
fuego precederá no reparable
que en torbellinos de revueltas llamas
abrásese sin piedad sus enemigos.
Los rayos que cruzando por los aires,
con luz deslumbradora discurriendo
alumbrarán la redondez del Orbe
veralo con pavor estremecida
la Tierra, ciega en los vecinos fuegos,
A la severidad del rostro airado,
cual suele al fuego cera derretirse,
se desharán los empinados montes,
pálidos de temor, de miedo helados,
El mundo todo temblará de miedo
de ver airado su severo rostro,
los Cielos, con avisos prevenidos
su justicia anunciaron rigurosa
y de su ejecución el cumplimiento
a noticia el pregón llegó de todos.
Vieron su majestad todos los pueblos,
todos supieron su grandeza y gloria.
Afrentaranse entonces confundidos
los que adoraron con errado culto
trancos que desbastó diestra escultura,
piedras que deificó lisonja vana,
dioses hechos de piedra y de madera
y los que confiados se glorían
en los errores de sus simulacros,
piadosos neciamente en sus errores,
crédulos ciegamente en sus engaños.
Adorad, pues a Dios, ángeles puros
y alégrense de oírlo Sión sagrada,
y de Judá las hijas venturosas,
las almas pías, hijas de la iglesia,
se alegren, Dios, en los juicios vuestros
investigables cuanto remontados,
por lo cual todo el mundo reconozca,
Altísimo Señor, que sumamente
aventajado sois y preferido
a todos los Jueces y los Reyes,
a todos los espíritus alados,
a cuantos dioses inventó el engaño,

no solo cuando fueran lo que fueron,
mas cuando fueran lo que imaginaron
que habían podido ser en sus acciones.
Los que amáis al Señor, que es el bien sumo,
aborreced el mal, el mal de culpa
que es <el> mal sumo y es todos los males;
amadle, porque guarda cuidadoso
vidas y almas de los que le aman,
las vidas y las almas de los santos
los honra, alegra, favorece y premia
y los defiende con valiente esfuerzo
de la mano sangrienta del tirano.
La luz que Dios formó a sus escogidos
al justo amaneció dichosamente
y a los de corazón sencillo y manso
la alegría que nunca se envejece;
alegraos, pues, en Dios, justos dichosos
y confesad su santidad eterna
dándole gracias por favores tantos,
loando y celebrando su memoria
por que gocéis los frutos de su gloria.

PSALMO XCVII

EXHORTACIÓN PARA ALABAR A DIOS

Cantad, cantad a Dios nuevos cantares,
nuevas canciones, nuevas chanzonetas
y dadle gracias por las nuevas gracias,
por los nuevos favores y mercedes,
celebrad sus victorias hazañosas,
sus obras altas y altas maravillas.
Con fuerte diestra y valeroso brazo
salvó para sí mismo el mundo todo,
librole y rescatole de la muerte,
dio a conocer su universal remedio,
su salud y su amparo deseado,
reveló su justicia a los gentiles
poniéndola delante de sus ojos,
reducidos al gremio de la Iglesia.
Hizo memoria de la piedad suya
y redimió gloriosamente al mundo,
hizo memoria Dios de sus promesas
y cumplió, verdadero, la palabra
que dio a la Casa de Israel dichosa.

Los moradores todos de la Tierra,
hasta el cabo del mundo, conocieron
y vieron su remedio por sus ojos,
su salud, su rescate y su reparo
con júbilos del alma, pues, alegres,
gozosos todos cuanto agradecidos.
Hombres, cantad a Dios, tañed, cantadle,
alegres le cantad himnos y psalmos,
canten las lenguas y los corazones
al son concordes de los instrumentos,
cantad al harpa, al harpa sonora,
cantad a coros cánticos alegres,
cantad con sacabuches y cornetas,
respondan las trompetas y clarines.
Alegraos en presencia del rey nuestro,
del rey nuestro señor, regocijaos;
el mar, con movimiento alborozado
se regocije, con sus moradores,
monstruos marinos, horcas y ballenas,
suelos delfines, fieras escamosas,
la tierra toda, con los que la habitan,
todos los hombres y los animales,
los ríos, con susurro despeñados
por las risueñas guijas, nos parezca
que al Rey aplauden y que dan palmadas
los montes, juntamente placenteros,
salten con ellos de placer gozoso
y en ellos los novillos jugueteros,
retozones cabritos y corderos,
del Señor celebrando la venida
alégrense en su santo acatamiento
de que vino a juzgar toda la tierra.
Juzgará con justicia a todo el Orbe
y en equidad los pueblos que le temen,
premiando justos, malos oprimiendo,
premios y penas justo repartiendo.

PSALMO XCVIII

DEL REINO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Con cetro real y con diadema de oro,
sentado en alas de querubenes sabios,
debido trono a sus grandezas altas
reinó el Señor, omnipotente reina.

Tiembren despavoridas las naciones,
los pueblos bramen, de pavor helados,
la Tierra se estremezca y se conturbe.
Reina en Sión, no solo conocido,
mas en todas gentes y los pueblos,
por altamente excelso y sublimado.
Confiesen todos y celebren todos
su nombre, poderoso cuanto santo,
nombre terrible, cuanto formidable.
Es honra de este rey hacer justicia,
ama el juicio y la justicia ama,
junta la majestad con la potencia,
con la severidad la mansedumbre,
con que el reino conserva que ha adquirido.
Establecistes, Dios, con sabio acuerdo,
bien ordenadas leyes y preceptos,
juzgáis con equidad, hacéis justicia
al pueblo de Israel, a vuestro pueblo.
Ensalzad, pues, a Dios y engrandecedle
y postrados por tierra humildemente,
adorad el sitio, el real tapete
donde pone los pies, mirad que es santo,
que Dios, que es santidad, le santifica,
que de esta forma entre sus sacerdotes
Moisés y Aarón, con humildad lo hacían,
Samuel así lo hacía consultando
su voluntad en las dudosas causas.
A Dios llamaban y Él les respondía,
correspondiendo a sus piadosos votos
desde la nube en forma de columna
oráculos les daba convenientes.
Guardaban los sagrados testimonios
de su divina boca, el pacto eterno
entre ellos y el Señor establecido,
sus leyes y preceptos sacrosantos.
Viendo lo cual, Señor Omnipotente,
piadoso los oísteis y piadoso
con clemencia de Dios los perdonastes,
vengando de los ímpios los agravios
inventados en daño de los vuestros.
Ea, los buenos, emulad devotos
a estos santos varones, ensalzadle,
ensalzad al Señor, engrandecedle,
postraos delante de su monte santo

y humildes adorad al Señor nuestro,
a nuestro Dios, que es santo sumamente
y de la santidad nativa fuente.

PSALMO XCIX

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Los que habitáis la redondez del Orbe
de donde sale el Sol en cercos de oro
a ver el mundo y a que el mundo vea
hasta dónde descansa, soñoliento,
en cama de coral y cristal puro
con júbilos alegres, con triunfantes
voces, cantad a Dios, engrandecedle,
servidle alegres y regocijados,
venid gozosos a su real presencia,
reconoced a Dios por Señor nuestro
y por nuestro Criador reconocedle
y a nosotros por obras de sus manos,
mirad que Dios nos hizo, no nosotros:
de él dependemos todos y Él de nadie,
que es nuestro rey, nosotros sus vasallos.
Su pueblo somos, Él quien nos gobierna;
el Pastor, Él, nosotros su rebaño,
que guarda y que repasa cuidadoso.
Venid, venid y con acción de gracias
por las puertas entrad del Santo Templo
con devoción debida a su grandeza
pisad los patios de su real Palacio,
con himnos de alabanzas bendecidle.
Gloriosamente engrandeced su nombre,
que es Dios de condición blanda y suave,
no solo bueno, mas la bondad misma;
es su misericordia sempiterna
y la verdad de sus promesas santas
de siglo en siglo, de una en otra gente,
infalible será perpetuamente.

PSALMO C

DEL OFICIO DEL BUEN PRÍNCIPE

Celebraré cantando, rey eterno,
vuestra misericordia generosa
en remitir y perdonar pecados,

en los que los conocen y los lloran
y el severo rigor y la braveza
de la justicia vuestra en castigarlos
en los rebeldes que los desconocen.
Cantaré soberanas alabanzas
y seré imitador de ambas virtudes
y estudiaré con diligencia suma
de seguir el camino más perfecto,
el de la perfección de Vos amado,
apercibido y esperando siempre
cuándo vendréis a verme y visitarme,
a ser maestro que me enseñe y guíe.
Andaba siempre atento y cuidadoso,
la rectitud guardando y inocencia
del corazón a Vos subordinado
y no solo en las públicas acciones
que todos vían y notaban todos,
empero en el retiro de mi casa
a donde solo obraba y donde solo
érades el Juez de lo que obraba.
En mi presencia nunca consentía
(que nunca pude verlo de mis ojos)
que se me propusiese cosa injusta,
ni malos consejeros, ni consejos.
Aborrecía, celosos y indignado
a los que ingratamente desdecían
y daban paso atrás en la observancia
de vuestras santas leyes y preceptos.
No di lugar a que se me llegase
ni como familiar ni como amigo,
hombre jamás de corazón doblado,
de intención falsa y malicioso pecho,
desconocía a los que declinaban
de la segura senda que seguía
y al ímpio y malo que malignamente
de mí y de vuestras leyes se apartaba.
Perseguía de muerte, mal sufrido,
al que en secreto andaba murmurando,
del prójimo la honra desluciendo,
enturbiándole el crédito y la fama
hasta acabar con él con celo ardiente
no descansé, ni descansar podía.
No podía sufrir al arrogante
de ojos soberbios y despreciadores

ni al de insaciable corazón, que siempre,
ambicioso, anhelaba honores vanos,
anhelaba, avariento, ajenos bienes
pude mi mesa dar ni sufrir pude,
íbanseme los ojos tras los justos
hombres de bien, seguros, verdaderos,
que la fe y la justicia guardar saben,
deseando que moren en mi casa,
vivan conmigo y anden a mi lado;
servíame de aquel que, cuidadoso,
seguía de la Virtud la senda estrecha
y de la perfección el real camino.
Pero no morará dentro en mi casa
el inventor y trazador de engaños
ni el que arrogantemente vive y obra,
ni el que habla vanidades y mentiras
podrá permanecer en mi presencia,
porque no puedo verlas de mis ojos.
Con el Alba, celoso madrugaba
cuanto era de mi parte, a ser azote
y triste acabamiento de los malos,
todos los malhechores destruyendo.
La ciudad del Señor, embravecido,
limpiando de impios y facinorosos,
con expulsión precisa desterrando
los que obran mal y inicualemente viven
en ella, no dejando que habitase
sino quien santamente le agradase.

PSALMO CI

DE JERUSALÉN Y LA IGLESIA

¡Oh, Señor, piadoso mi voz triste
concededme apacible los oídos,
llegue a Vos mi lamento clamoroso,
mi voz animen las clemencias vuestras,
no me torzáis ni me escondáis el rostro
y en el penoso día de mi angustia,
de mi tribulación y mi quebranto,
en cualquier ocasión, en cualquier día
que me ciñeren y me congojaren,
dad a mi desconsuelo audiencia fácil,
conózcaos inclinado en favor mío.
En cualquier día que, desconsolado,

llamare a vuestras puertas, consoladme
y con clementes aceleramientos
y prestezas de Dios, dadme socorro,
aspirando a mis votos y a mis ruegos,
porque mis días desaparecieron
cual humo fugitivo al viento leve
que enrarecido se resuelve en nada,
pasáronse en un soplo, en un instante,
mis huesos, consumidos, se secaron
como suele en hogar humoso leño
a quien desean fuegos repetidos.
Brumado de las penas marchíteme
como heno que segó segur luciente;
quedó mi corazón como una yesca,
desvanecido, desmayado y seco;
de las calamidades oprimido.
De comer desganeme y, desganado,
no la mano a la boca no acertaba,
de comer olvidado, como absorto.
Mis gemidos y voces lamentables
de tal manera me han enflaquecido
que me han puesto en los huesos, con los huesos
la denegrida piel se me ha pegado.
Al pelicano he sido semejante,
morador del desierto, cuyos hijos
mató sin causa silvadora sierpe
que con gemidos tristes, roto el pecho,
les da segunda vida con su sangre;
como lechuza he sido endechadora,
como búho lloroso y mal oído
que con tristes aullidos se lamentan
en los nidos que habitan tenebrosos,
la luz, por su tristeza, aborreciendo.
Con ansias veladoras trasnochaba
toda la noche, sin pegar los ojos,
solícito y lloroso, como suele
gemir entre las tejas sin consuelo
pájaro solitario que ha perdido
de su cara consorte el dulce lado,
del corazón amante, parte amada
buscando un agujero en que esconderse.
Mis enemigos, sin perdonar día,
hablaban injuriosos en mi daño,
mofando y denostando mi persona,

dándome en rostro con flaquezas mías;
los que con alabanzas lisonjeras
y risas esforzadas me alababan
juraban contra mí en volviendo el rostro,
dábanse el parabién de mis pesares
y viendo que eran tantos y tamaños
por la mayor, entre sus maldiciones,
juraban y decían: si tal hice
lo que David padece, eso me venga
y como anda arrastrado y perseguido,
perseguido me vea y arrastrado.
Cubierta de ceniza la cabeza,
dolorosa señal de pena y luto
con el pan que comía se mezclaba
sirviendo la ceniza de vianda;
con lágrimas aguaba la bebida,
bebíala, ¡ay de mí!, qué bien aguada.
Mis lágrimas al pecho lastimado
restituía, por que no faltasen
a las ya secas fuentes de mis ojos.
Y ¿qué mucho, Señor, que daños tantos
padeciese, enojado Vos conmigo?
Justos castigos son de vuestras iras,
de vuestra indignación justos rigores.
Levantáste en alto, como suele
luchador levantar en la palestra
al enemigo para derribarle,
con ventaja mayor y mayor honra
levantáste en alto y levantarme
para estrellarme fue contra esas piedras,
para arrojarme fue por esos suelos
para que de más alto más sintiese
la caída fatal de mi grandeza.
Y de esto ha procedido que mis días
desfalleciesen como sombra vana
y que yo me secase como el heno,
pues es menor la gloria que se goza
en las mayores dichas que la pena
que de haberlas perdido se padece.
Mas sé, aunque como sombra me he pasado
y conozco, aunque he sido como el heno
que Vos permanecéis eternamente,
de nada, como Dios, necesitado
y de Vos, Dios, necesitado todo

que podéis ampararme en vuestra gracia
para que, por los siglos de los siglos,
de unos en otros dilatada siempre
vuestra memoria y fama dure eterna.
Que es imposible en Vos, que esas entrañas,
que son de un dios misericordias todo
puedan irse a la mano, es imposible
no usarlas en sus tiempos y ocasiones.
Levantareis os pues de vuestro trono
a usarlas con Sión, que llegó el tiempo
en que vuestra clemencia generosa,
de tamañas miserias condolida,
use con ella sus misericordias;
el tiempo llegó ya que señalastes
para apiadaros tiernamente de ella,
que enternecidos cuanto lastimados
del Templo en las ruínas vuestros siervos
en las labradas piedras se aplacían,
aunque míseramente despreciadas,
juzgándolas, Señor, por su escultura
dignas, segunda vez, de su edificio:
cuando vuelva de nuevo a edificarse
con afición devota acomodándolas
de la estructura a partes diferentes
y de ver lastimados se dolían
hasta de las paredes derribadas
la tierra santa y polvo venerando.
Mas cuando vuelva a su pasada gloria
y a ser por Vos, mi Dios, reedificada,
entonces temerán el nombre vuestro
todas las gentes, pueblos y naciones
y los reyes y reinos de la Tierra
venerarán con religioso culto
vuestra grandeza, majestad y gloria.
Conocerán entonces que piadoso,
Dios la oración oyó de los humildes,
de los más despreciados y abatidos
y que no despreció sus ruegos justos,
mas que cumplió sus gustos y deseos.
Y ellos dirán, de andanzas tan dichosas,
de tantos beneficios y favores,
quede memoria eterna en los anales,
escribanlas en ellos, por que lleguen
a noticia de nuestros sucesores

a otra generación más estimada
y el Pueblo que criare Dios de nuevo,
la Iglesia, pueblo nuevo y nación nueva
no cese de alabarle y bendecirle.
Escríbese que solo un volver de ojos
con inclinarlos amorosamente
desde el excelso trono de sus cielos,
con ponerlos, piadoso, en los trabajos,
penas y desconsuelos de la Tierra
oye las voces y gemidos tristes
de los encarcelados y cautivos
y les abrió las puertas de la cárcel
y a los que a muerte estaban condenados,
hijos también de condenados hombres,
restituyó la libertad preciosa
y dio la vida, el lazo a la garganta,
para que por Sión agradecidos
su santo nombre ensalcen y engrandezcan
y por Jerusalén anden gozosos
repitiendo sus dignas alabanzas.
Esto se verá entonces, cuando, unidos
los pueblos todos, todas las naciones,
y en uno congregados, sean un pueblo
con una fe viviendo y unas leyes.
Y los reyes y reinos, humillados,
sirvan a Dios con religioso culto.
De lo cual, más de un justo deseoso
que humilde a Dios responde y corresponde
al conato conforme de sus fuerzas
dirá: El número breve de mis días
me declarad, Señor, por que las penas
que padezco, consuele en la esperanza
de que con brevedad han de acabarse
y de que habéis de hacer que alegre vea
la Ciudad que ahora gimo, reparada,
pero suplicoos no sea de modo
que me llaméis en medio de mis días
ni cortéis en agraz mi vida corta,
mas allá en la vejez, para que goce
la libertad del pueblo prometida
y la ciudad que espero, restaurada,
que mis años no son como los vuestros,
que son los míos como si no fuesen
y por siglos, los vuestros, de los siglos

fueron y serán siempre perdurables
y sin que os hagan falta, rey eterno,
podéis añadir años a mis años,
que antes sois que los partos de las cosas,
antes sois que los cielos y la Tierra,
que fundastes la Tierra en sus principios,
Vos la zanjastes y fundamentastes
y embellecistes con variedad tanta,
las ruedas transparentes de los Cielos
obras dicen que son de vuestras manos,
ero ¿de qué otras manos ser pudieran
que de las vuestras, todo poderosas?
Y en comparación vuestra son los cielos
percederos, siendo incorruptibles,
acabarán, no en cuanto a la substancia
mas cuanto a los efectos numerosos.
Vos permaneceréis siglos eternos,
no sabidor de la sangrienta muerte,
sin que os marchite la vejez odiosa,
que envejecerá, osada, vuestros cielos
como a vestido a quien el uso gasta.
Mudareislo, Señor, mas sin mudaros
como quien muda ropa, como suele
quien se quita una capa y otra toma,
perficionando todas sus bellezas
como si los formárades de nuevo.
Vos, el mismo seréis que fuistes siempre
y el mismo seréis siempre que habéis sido
sin que puedan faltaros vuestros años,
que son eternos, como sois eterno.
Y los hijos de vuestros siervos fieles
habitarán con Vos edades largas
y su posteridad, con santo aumento,
irá, animosa, en vuestro seguimiento.

PSALMO CII

CONVIDA A LAS ALABANZAS DE D.N.S.

Ensalza a Dios, ¡oh, alma agradecida!
Repítele mil justas bendiciones.
Mi corazón, afectos y deseos,
entendimiento, voluntad, memoria.
entrañas y yo todo, lenguas hecho,
su nombre santo alabe y engrandezca.

Alaba a Dios, agradecida, oh alma,
con santa acción de gracias: no te olvides
de tantos beneficios y mercedes,
dádivas tantas y favores tantos,
porque, propicio y generosamente,
paternalmente blando y amoroso,
perdona, liberal, todas tus culpas,
sana, piadoso, todas tus dolencias,
porque de entre las garras de la muerte,
entre sus bascas y sus agonías,
un pie en la aborrecida sepultura,
tu vida redimió, dándote vida,
porque te premia y honra su clemencia
y tras de tus trabajos, te corona.
Porque te cercan sus piedades nobles,
sirviéndote de foso, cava y muro
con que te fortalece, ampara y guarda,
porque a pedir de boca cuanto pides,
no cuanto pides, mas cuanto deseas,
cuantas dichas codicias, cuantos bienes
consigues a medida de tu gusto,
llenando con harturas tus deseos
para que, en tantos bienes y venturas
con verdores lozanos se remoce
tu envejecida edad, y remozada
como el águila vuelas, cuyas plumas
y corvo pico, tras prolijos años
rejuvenece con lucida pompa
y alegremente, como renacida,
sale a mirar el Sol menos cobarde.
Que es, considera, agradecida, oh alma,
Dios, que usando justicias y clemencias
y que desagrandando con severo
juicio a los que sufren injuriados,
enseñó a gobernar a su caudillo
Moysén y los caminos del gobierno
y al pueblo de Israel originado
su voluntad manifestó y preceptos
para que a sus mayores obedientes
y sujetos, las cumplan y las guarden;
considera que es Dios manso y benigno,
que es Dios clemente y misericordioso
Dios de suma clemencia y bondad suma
en perdonar de desahogado pecho,

de noble condición y entrañas reales,
de corazón hidalgo y esparcido,
de aplacar fácil, de enojar difícil,
todo bondades y misericordias.
Que no le duran siempre los enojos
ni se embravece y riñe, aunque le duren,
ni el azote en la mano, embravecido
castiga siempre ni amenaza siempre.
No según lo merecen nuestras culpas
hace el castigo y la venganza toma
ni al paso y peso de maldades tantas
nos da el pago y las penas merecidas.
Más cuanto dista el Cielo de la Tierra,
más que hay del suelo al cielo, fuerte y diestra
tira la barra su misericordia;
tirola fuertemente cuanto pudo
y puede y pudo siempre cuanto quiso.
Cuanto el Oriente dista del Poniente
y las oscuras noches de los días
apartó por su gracia y su clemencia
todas nuestras maldades de nosotros.
Púsonos, por quien es de ellas más lejos
que está la hermosa luz de las tinieblas,
más que pecar podemos nos perdona.
Con la ternura y afición que un padre
se duele y compadece de sus hijos
se compadece de los que le temen,
disimulando menguas y miserias,
pero ¿qué amor de padre llega al suyo,
porque conoce la materia frágil
de que estamos compuestos, las flaquezas,
miserias nuestras y calamidades
y que somos de barro quebradizo.
Tiene siempre presente en su memoria
que somos hechos de ceniza inútil,
que somos hechos de terrestre polvo
y que a ser volveremos lo que fuimos,
en polvo y en ceniza en fin resueltos,
que los días del hombre más lozano,
cuando se los promete más dichosos
son como mal seguras hierbezuelas,
son como el heno, que en un pensamiento
marchita el tiempo y que la muerte siega,
que el hombre más brioso y más gallardo

es como flor del campo, que amanece
de aljófar llenas las risueñas hojas,
ojos solicitando que la miren,
manos solicitando que la corten,
corazones y lenguas que la alaben.
Pasó el regañón cierzo y con aliento
chamuscador anocheció sus dichas
y esparció sus bellezas lisonjeras
y el sitio donde estuvo desconoce,
del sitio que gozó desconocida,
pues no se acuerda más, ni sabe de ella
que si nunca la hubiera conocido.
Lo cual mirando Dios, siempre piadoso
desde ab eterno al fin, que no le tiene,
trató siempre de hacer misericordias,
siempre las hizo y hace y hará siempre
con los que sus grandezas temen y aman,
en la vida, en la muerte, en tierra y cielo.
Y su justicia santa en sus promesas
cumplirá de sus hijos en los hijos,
de unos en otros caros descendientes,
inviolable cumpliendo su palabra
con los que el pacto guardan y el concierto
de observar y cumplir sus santas leyes,
y con acuerdo nunca envejecido,
las obedecen y las ejecutan.
El cual, para premiar y honrar los tales
puso en el Cielo tribunal y trono
con general dominio dilatado
su imperio sobre todo cuanto vive.
Por lo cual, ¡oh, vosotros, poderosos
en fortaleza espíritus alados,
que deseando ver al que estáis viendo
a la boca le estáis siempre mirando
para, en oyendo apenas sus palabras,
ejecutar sus órdenes divinos
y hacer que se obedezcan y se guarden,
alabad al Señor y bendecidle,
engrandecedle con acción de gracias.
Y vosotros, espíritus armados
con petos y espaldares de diamantes,
con golas y celadas de luceros,
con espadas de fuegos y de soles,
de su divina voluntad ministros

que obedeciendo hacéis que se obedezca,
haciendo, con guardarla, que se guarde,
alabad al Señor y bendecidle,
engrandecedle siempre y ensalzadle.
Benedicid al Señor todas sus obras,
sus maravillas todas, sus hazañas,
beneficios, virtudes y grandezas,
el Cielo, el fuego, el aire, el agua y tierra,
donde quiera que estáis de él ordenadas
con todo cuanto con dominio eterno
y imperio universal gobierna y rige,
todo le alabe, todo le engrandezca
y con todas sus obras, ¡oh, alma mía!,
y de ellas con cualquiera, en cualquier parte
y en cualquiera lugar de su gobierno,
con celo humilde y religioso afecto
le ensalza, magnifica y engrandece
y beneficios tantos le agradece.

PSALMO CIII

CONVIDA A LAS ALABANZAS DE D.N.S.

Con efectos, ¡oh, alma!, fervorosos
y ternuras alegres magnifica
y engrandece al Señor, dándole gracias.
Mas, dios y señor mío ¿qué grandezas
a las que Vos tenéis podré añadirlos?
Si grandemente sois incomprensible
y engrandecido incomprensiblemente,
de majestad os adornáis y gloria,
de honores, alabanzas y hermosuras;
de ellas vestido hacéis tan ajustado
que decir puedo que nacido os viene;
de la luz os servís como de velo,
de manto os sirven sus brillantes rayos
cuando andar os agrada de rebozo.
Entendéis la belleza de ese Cielo
con la facilidad que una cortina
de una tienda de campo, hecha de pieles,
como suele una piel de pergamino
iluminada de pincel delgado
que su autor desarrolla y desencoge,
cuya iluminación, cuya hermosura,
mirada admira y admirada eleva,

entabláis de su hermoso pavimento
las cuadras y las salas luminosas
con los hielos cuajados y los vidros
pendientes sobre el claro firmamento,
formáis, Señor, de nacaradas nubes
coche en que pasearos por el mundo,
pisáis y andáis con no dudosas plantas
sobre las leves alas de los vientos
hermoseadas de rizadas plumas.
más firmes que si tierra firme fueran.
Hacéis de los espíritus alados
tan ágiles y prestos mensajeros,
ministros tan ligeros y obedientes
que en su comparación el aire, el fuego
tortugas tardas son con pies de plomo,
ejecutando con presteza suma
vuestros órdenes santos, pues no tardan
más de entenderlos para ejecutarlos
y los entienden en un pensamiento,
en sí misma la Tierra incorporada
y arropada fundastes, tan constante
y trabazón tan densa que no tuerce
ni se inclina a otra parte que a su centro,
punto fijo de su circunferencia.
De los senos del mar y sus abismos
rodeada se vio toda y cubierta,
como si de sus olas le cortaran
vestido de cristal que la ciñera
que enseñoreaban con desprecio esquivo
las descolladas cumbres de los montes.
Pero con todas su altivez soberbia,
con toda su arrogancia mal sufrida,
a vuestras correcciones y amenazas
echaron a correr medrosamente;
con un grito, Señor, las aturdistes,
con una sola voz las atronastes,
pues de un trueno al sonido temerosas
dieron a huir precipitadamente,
como azogadas, de pavor temblando,
las unas con las otras apretadas
sin poderse parar ni sosegarse,
las unas tras las otras fugitivas
en cavernas y grutas se escondieron.
Entonces, pues, alzaron las cabezas

los sumergidos montes y admirados
vieron la luz del Cielo nunca vista
y respiraron los humildes valles
y por verdes llanuras se extendieron,
en posesión pacífica gozando
los unos y los otros de los sitios
en que con sabio acuerdo los fundastes,
señalando a las aguas desde entonces
jurisdicción con arenoso coto,
con la Tierra los términos partiendo
para que, encarceladas, no se atrevan
los ojos a volver a lo pasado,
a salir, ni romper, sin orden vuestra,
los grillos y cadenas que las atan
para cubrir segunda vez la tierra.
Enriquecéis con sonora pompa,
del cristal desatado en claras fuentes
los valles, cuanto alegres, deleitosos
y en caudalosos ríos convertidos,
ceñidos gimen entre opuestos montes,
donde hallan deseado abrevadero
rebaños baladores de peinadas
lanas que enalmagró rústica mano,
vacadas gruesas de celosos toros
y de lozanas vacas, a quien siguen
juguetones novillos y terneras,
incultos hatos de pelosas cabras,
de las preñadas tetas arrastrando
por su bien los hijuelos retozones.
Las fieras de los montes y las selvas,
los animales todos de los campos
donde hasta los silvestres jumentillos
con anhelante sed y ardor ansioso
llegan, donde la maten fatigados
y encima de los árboles pendientes
que en sus espejos trémulos se miran
encima de los riscos y las peñas
que hacen sombra a sus aguas voladoras
sus nidos hacen vocingleras aves,
de donde a beber bajan y gozosas,
unas desde los nidos de las ramas,
otras desde los huecos de las peñas,
con voces a su Autor agradecidas
le cantan no entendidas alabanzas

y las cumbres excelsas de los montes,
donde con pies y manos de cristales
no pueden gatear fuentes y ríos,
bañáis con fuentes de las pardas nubes
y enriquecéis con las vecinas lluvias
con que se harta la tierra y coge alegre
frutos opimos de las manos vuestras,
que son obras en fin de vuestras manos,
para que, harta del celeste riego,
produzca en vegas, prados y dehesas,
en sotos, valles, montes y collados,
no cultivados pastos para el bruto
y frutos cultivados para el hombre,
sacando de las trojes y bodegas
y de los almacenes encerrados
en las entrañas del materno pecho
el vino que despene sus pesares
y que su triste corazón alegre.
El licor plateado de la oliva
que le anime y engorde de manera
que le reluzga de contento el rostro
y el provechoso pan en parvas rubias
para que le sustente y fortalezca
y el desmayado corazón conforte.
Los árboles silvestres, satisfechos,
a la abundosa lluvia agradecidos
en azafates de sus verdes hojas
le harán gratos presentes de sus frutos
y los cedros del Líbano eminente.
beneficiados no de agreste mano,
mas de la del Señor, que cuida de ellos,
que los plantó, que los cultiva y riega,
de forma medrarán que de sus ramas,
tejidas y enramadas por sí mismas,
nidos fabriquen a diversas aves
donde bandadas, tiples pajarillos,
libres se gorjearán de rama en rama.
la haya, que por su altura y eminencia
es como capitán de árboles tales,
dará solar y sitio a la cigüeña
para que con saber natural labre
para ella casa y para sus hijuelos,
siendo como maestra de las otras
para que formen abrigados nidos

y entre las rotas quiebras de los montes
despreciadores de las nubes leves
hizo para las ciervas y las gamas
segura habitación, donde no temen
el escuadrón de armados cazadores
ni las agudas presas de los perros
que, de ellas no ofendidos, las persiguen
y para los cobardes conejuelos
y espinosos erizos de las peñas
les hizo abrigo y defendida casa
entre las barrenadas madrigueras.
Formó la Luna con sus plenilunios,
conjunciones, crecientes y menguantes
con que los tiempos distinguió y los años,
los meses, días, horas, grados, puntos,
en gracia del Astrólogo y del Médico
y del agricultor y el navegante,
dio al Sol conocimiento del ocaso
para que puntual se recogiese
por la quietud de los trabajadores
y el reposo común de los mortales.
Las cortinas corrió de las tinieblas
del pabellón lobuno de la noche,
para que la pasasen descansada,
en los brazos del Sueño, mucha parte
de las fieras del campo y muchas de ellas
saliesen de sus cuevas y sus grutas,
donde busquen su vida y su remedio
y entre ellas, los leonados cachorrillos
de los leones, de noveles uñas
rugen, hambrientos por ensangrentarlas,
tras la presa, que buscan animosos
con natural instinto, confiando
que Dios los proveerá de su sustento,
como Padre común a quien compete.
Volvió a salir el Sol entre follajes
de carmín, oro y plata, derramando
como fuente de luz, mares de luces;
viéronle a penas cuando temerosos,
como si el Cielo a recoger tocara,
se recogieron a sus covezuelas
a reposar, tras el desvelo largo,
a fuer de los sirvientes palaciegos
que hacen la noche día y día la noche.

El hombre cuidadoso y diligente,
el pegajoso sueño sacudido
se levantó del perezoso lecho
a reiterar ocupaciones varias:
volvióse el labrador a su labranza,
el oficial al provechoso oficio,
el mercader a la ganancia incierta,
el soldado a la guerra y a las armas,
el letrado a las causas y a los pleitos
y el estudioso a sus amados libros
y a su usado ejercicio cada uno
de sol a sol, porque el trabajo es padre
de descansos, de honores y venturas.
¡Oh, cuán engrandecidas son, Dios mío,
y cuán maravillosas vuestras obras!
Y con ser tantas y tan excelentes
las hicistes con suma providencia,
con saber sumo y con acierto sabio;
sois señor absoluto de la Tierra,
de ella tenéis la posesión tomada,
cuanto su redondez abraza y ciñe
de posesiones vuestras está lleno,
todo es hacienda vuestra, vuestro es todo
y ¿quién, después de maravillas tantas
habrá que no se asombre y maraville
en las llanuras de ese mar Oceano,
campos y vegas de cristal sonoro
que en bulliciosos brazos dividido
sale a abrazar a la vecina Tierra?
Que cortan, con aletas nadadoras
en número sin él pescados varios
que arrastrados resbalan por sus ondas.
República en que grandes y pequeños
sin pretensiones viven y lisonjas,
sin precedencias y sin mayorías
por donde abren camino sin camino,
cuanto atrevidas, codiciosas naves
preñadas de riquezas y deseos
si bien conservan el comercio y trato
y comunican extranjeros bienes.
Formastes, de grandeza desmedida,
de conchas duras la ballena armada,
dragón marino que se lozanea
y retoza en sus ondas burladoras,

aunque suelen talvez burlarse de ella
cuando, de los harpones mal herida
muere, trofeo de los pescadores.
Toda esta infinidad de varios brutos,
marítimos, volátiles, terrestres,
de Vos con esperanza firme esperan
seguros, la ración de cada día
en la despensa vuestra a tiempo dada.
Dais vos y agradecidos ellos toman
lo que les dais, con no abreviada mano,
que basta que la abráis para llenarlos,
hartarlos de riquezas y de bienes.
Mas si, enojado, les volvéis el rostro,
todos se turban, todos se marchitan,
dejaislos sin aliento desmayados
y enflaquecidos de desmayo mueren,
donde se vuelven polvo envilecido,
mas si volvéis a darlos, generoso,
nueva respiración y nuevo aliento,
de nuevo volveréis como a criarlos
y en reformación, a la rugada
tierra, mil canas quitaréis, mil rugas,
y remozada, con risueño rostro
saldrá de fiesta con vestido nuevo.
Será la gloria del Señor eterna
y séalo por siglos de los siglos
y él solo justo dios y señor nuestro,
aplacido en sus obras milagrosas,
se alegrará de haberlas producido.
Que es, tras esto, tan fuerte y poderoso
que con solo mirar la tierra airado
la hace temblar y dar diente con diente
y con solo tocar los altos montes,
como en el monte Sina los exhala
en pardas nubes de esparcidos humos.
Cantaré, pues a Dios toda mi vida
en instrumentos varios, varios versos,
a mi Dios cantaré devotos psalmos
mientras el ser durare que me diere
en esta mortal vida y en la otra.
Y oiga tan agrado mis canciones,
mis oraciones y sus alabanzas
como yo, en Él alegre y agrado,
se las repetiré con toda el alma.

Tenga gusto de oírme y escucharme,
que Él sabe el que tendré de que me escuche,
que le bendigo siempre y que le alabo.
Mueran los malos y los pecadores
sin gozar religiosa sepultura,
fálteles, plega a Dios, la común tierra
y los perversos, como aniquilados,
dejen de ser no sean lo que fueren
y de ellos, de sus hechos y sus nombres,
ni quede rastro, ni memoria quede
y tú al Señor, ¡oh alma agradecida!,
echa mil merecidas bendiciones,
a Dios honra y alaba de mil modos,
todos le honren contigo y tú con todos.

PSALMO CIV

CONVIDA A LAS ALABANZAS DE D.N.S.

Confesad todos, con acción de gracias,
al Señor y Dios nuestro, engrandecedle
por beneficios y favores tantos;
cantad y dilatad entre las gentes
sus obras prodigiosas y estupendas.
Cantadle, alegres, himnos sonorosos,
devotos le alabad en graves psalmos,
llevad y referid, de gente en gente,
sus maravillas y milagros grandes;
congratulaos con dulces parabienes,
alabaos y gloriaos unos con otros
y dad motivo para que os alaben
los que supieren que servís, ufanos,
a un Dios tan santo y de <tan> santo nombre,
gloriaos en nombre suyo y alabaos.
Y el corazón se alegre, placentero,
de aquellos que solícitos le buscan
y, si buscarle el corazón deleita
¿cuánto deleitará, buscado, hallarle?
Buscadle todos, pues, y haced buen ánimo
buscad todos a Dios y con segura
firmeza os arraigad en sus empleos,
buscad modos de estar en su presencia
y cómo andar delante de sus ojos
y de tenerle siempre ante los vuestros
porque os ve y que le veis, considerando

viviréis ajustado con sus leyes.
Haced recuerdo siempre, haced memoria
y repetid en todas ocasiones:
Vosotros (de Abraham, dichoso siervo
del Señor) generosos descendientes
y de Jacob electo amados hijos,
haced memoria de sus maravillas,
de sus prodigios y señales grandes,
de los juicios y las santas leyes
por su divina boca promulgados,
que aunque es señor universal de todos
con títulos mejores y derechos
es Dios y Señor nuestro, pues nos trata
de más cerca, visita y favorece
y honra con mercedes singulares;
sus divinas justicias y juicios
están por todo el mundo dilatados
y en él constantemente perseveran.
Hizo memoria eterna del concierto,
confederación santa y pacto firme
entre él y entre nosotros celebrado;
y de su real palabra, en que interpuso
su autoridad, de que a pesar del tiempo.
por más de mil edades duraría.
Advirtió que lo había capitulado
con Abraham, su siervo, y escogido
también debajo de su real palabra
y de que con solemne juramento
hizo promesa de él a Isaac, su hijo,
con especial decreto establecióle
con Jacob y con fuerza de precepto,
como si para Dios precepto fuera
y Ley a la cual quiso someterse.
Confirmole después, con pacto eterno
con Israel, jamás por él violado,
a Abraham y a sus nobles descendientes,
diciendo: de Canaán la fértil tierra
para vuestra heredad tengo de daros
por juro de heredad: seréis señores
de sus riquezas y sus abundancias,
si bien distribuida a cada uno
con la cuerda, medida acostumbrada.
En fe, pues, del asiento confirmado
y confederación establecida,

siendo en la cantidad número breve,
siendo casi nonadie, peregrinos,
yendo de paso de una en otra gente,
de un pueblo en otro, de este en otro reino,
por caminos y campos no sabidos,
no solo permitió que al menor de ellos,
hombre se le atreviese o desmandase,
que el menor mal del mundo les hiciese,
pero con corrección embravecida
la osadía enmendó de algunos reyes,
como fue el de Gerasa y el de Egipto,
porque atrevidamente se aplacieron
en la honesta beldad de sus mujeres,
diciendo: No ofendáis a mis unguidos,
ni les lleguéis al hilo de la ropa,
ni a mis profetas y mis patriarcas,
ninguno mal mirado se me atreva
por obra, pensamiento ni palabra,
ni les haga el menor daño del mundo.
Llamó después con imperiosas voces,
a la hambre flaca, de amarillez fea,
de hundidos ojos y de rostro ahilado,
mal persuadida y mal persuadidora,
mandola que los panes agostase,
apedrease las preñadas mieses
por que abortasen los no rubios granos,
envaneció del trigo la sustancia
y del pan la virtud sustentadora,
tristes principios, aunque encaminados
a alegres fines, pues la carestía
de Palestina los llevó hasta Egipto
a buscar la comida y el sustento,
ordenando su eterna providencia
que un prudente varón fuese delante
que pródigo aposento les hiciese,
de comer los tuviese y regalase,
ordenó que Joseph fuese vendido,
sin culpa, por esclavo en reino ajeno
y con penosos grillos y cadenas,
aherrojados sus pies, aunque sin culpa,
pues no solo venció ruegos hermosos
del ama desleal, pero a sí mismo:
al alma le llegaron las prisiones
de deshonesto viéndose notado,

padeciendo en el cuerpo y en el alma,
si paciente, corrido noblemente
hasta que se cumplió la profecía
y la interpretación de los dos sueños,
del panadero condenado a muerte
y del copero, que restituido
a la real copa con tardía memoria
dio cuenta al rey de sus amables partes.
Entonces cuando con ardor divino
puso Dios en su boca sus palabras
en la interpretación de los dos sueños,
envió Faraón quien de los ascos
de la prisión injusta le sacase
y le trujese, honrado, a su presencia.
Hízole como dueño de su casa,
mayordomo mayor de su familia,
el segundo del reino, el presidente
de cuanto poderoso poseía
gobernador con potestad suprema
para que reformase y instruyese
los príncipes y títulos del reino
y hiciese otro Joseph a cada uno,
para que los prendiese, si importase,
y castigase si lo mereciesen,
por su parecer solo y su juicio
y para que a los sabios senadores,
consejeros, ministros y jueces,
les diese y ordenase del gobierno
sabios preceptos con que gobernasen.
En medio, pues, de toda esta grandeza,
de todo este poder, de esta privanza,
peregrino Israel entró en Egipto,
tierra que pobló Cam, vino su padre
Jacob peregrinando a ver sus dichas.
Multiplicó el Señor. con largo aumento
de innumerable gente al pueblo suyo
y hízolo de manera poderoso
en número, en valor, en fortaleza
que los aventajó a sus enemigos.
Hasta que se cumplió el dichoso tiempo
de salir a la Tierra Prometida,
que a advertir comenzaron los Gitanos
sus acrecentamientos, sus venturas,
sus lucimientos y ventajas grandes

con que los de Israel los preferían
(y Dios, que los movió los corazones),
ya los miraban con ceñuda envidia
aborreciendo sus acciones todas,
dieron en perseguirlos y engañarlos
(en fin Gitanos, engañosos siempre),
dieron en maltratarlos y oprimirlos
y entonces envió en defensa suya
a sus siervo Moysén, a Aarón, su hermano,
de Dios por sus virtudes escogido
para su coadjutor en el gobierno.
Dio fuerzas y virtud a sus palabras
y palabras que fuesen poderosas,
dioles sus veces para hacer señales,
milagros y prodigios portentosos
sobre la tierra del tostado Egipto,
que Cam fundó y dejó a sus descendientes,
ennubeciendo y condensando el aire
y su luz espejada anocheciendo
cubrió de tenebroso luto a Egipto.
con tinieblas tan densas y palpables
que en tres días continuos que duraron,
que fue como una noche de tres días,
no se vieron los unos a los otros.
Moysén y Aarón humildes, no dudosos
ni incrédulos de Dios a los mandatos,
los ejercían con tan gran blandura
que no se exasperaron contra ellos
ni contra sus palabras los Gitanos
porque en todo cumplían sus palabras.
Quiso que con avisos prevenidos
y anticipadas amonestaciones
los avisasen y los requiriesen,
por ver si a su piedad se reducían
y fue tal su dureza porfiada
que las aguas risueñas de los ríos
convirtió en triste y denegrada sangre
por que aguas les faltasen en las aguas
y en la misma comida la comida,
matándoles su pesca deleitosa.
Toda la tierra, con aborto horrible,
fiera, produjo verdinegras ranas
que no solo a las casas de la plebe,
mas hasta las de títulos y Grandes

hasta el Alcázar Real y del Alcázar
a la cámara, cuadras y retretes
se entraban, desusadas y asquerosas,
con voces roncadas los ensordecían
y atormentaban con saltados ojos.
Dio una voz y por toda la comarca
cubrió los aires de caninas moscas
que, vengativas, los alanceaban
y los morenos cuerpos de enojosos
animalejos que se los comían.
En vez las nubes de serenas lluvias
se desataron en granizo y piedras,
intentando a pedradas destruirlos,
cruzando rayos de bramador fuego
que lo talaba y abrasaba todo.
Malogró de las viñas las bellezas,
robó de las higueras las dulzuras,
apedreados sus sabrosos frutos,
los árboles de todos sus confines,
con troncos, ramos, frutos, flores y hojas,
todos los desgajó y los hizo astillas.
Dio otra voz y impetuosos descendieron
sin número, escuadrones de langostas
y de roedor pulgón nubes espesas,
que armados de inclemencias y venganzas
destruyeron, no solo los sembrados,
vegas amenas, fértiles dehesas,
granados frutos de la tierra toda,
mas hasta el heno, pasto de los brutos,
hasta la hierba, ornato de los campos,
no dejando en Egipto una hoja verde.
Hizo una noche andar de casa en casa,
todos sus mayorazgos degollando,
primicias de sus fuerzas y su esfuerzo
(de sus trabajos primitivos frutos),
partes caras del alma y almas caras.
Librolos luego del tirano dueño,
sacolos ricos de oro y plata ajena,
de que los hizo dueños y señores
el que es dueño y señor común de todo.
Sacolos libres, ricos y contentos
(¿a quien el oro y libertad no alegra?)
sin que entre ellos se hallase ni un doliente,
un flaco, un impedido ni un cansado.

Hicieron, aunque tristes, alegrías
en su salida, gratos, los Egipcios,
que los habían cobrado bravo miedo
y cuajoles las venas temor frío
temiendo nuevos daños, plagas nuevas
de día, por ser grandes los ardores
de los rayos del Sol, tendió una nube
de toldo, en forma que los defendiese
y con su sombra los refrigerase;
de noche, para acierto del camino,
les dio columna, no de luz dudosa,
mas émula del Sol y de la Luna,
segura guía de los malos pasos
y del viaje alegre compañía.
Por el desierto, entre otros mil antojos,
carnes pidieron y en el mismo instante
bajaron codornices a bandadas.
entre las tiendas y los pabellones,
con pan del Cielo, con maná suave
los sustentó y hartó a pedir de boca.
En la sed desalada del desierto
la piedra hirió Moysén y borbollones
fuentes brotó de derretidos hielos
que en márgenes noveles dilatadas
por las secas llanuras discurrían
acrecentadas en copiosos ríos.
Todo esto en fe del pacto y del concierto
hecho con Abraham, su siervo amado,
en cumplimiento de su fiel palabra,
de que Dios se acordó como debía,
a su pueblo sacando placentero
libre de la tirana servidumbre
y con gozo interior a los amados
y del pueblo entre todos escogido.
Entregoles la tierra deleitosa
de promisión, regiones y ciudades,
dioles la posesión de las labores
que con sudor y sangre los gentiles
trabajaron y hicieron; quiso darles
los frutos y descansos prometidos.
Unos sembraron y cogieron otros.
Todo para obligarles que le guarden
sus justos mandamientos y preceptos
y su ley santa busquen codiciosos

y el religioso culto que le deben:
alabad, pues, a Dios y bendecilde,
desde el más levantado al más humilde.

PSALMO CV

CONVIDA A LAS ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Cantad a nuestro Dios, engrandecedle,
confesadle por dios, dándole gracias
por beneficios y favores tantos,
por su bondad y su misericordia,
eterna, como él, y perdurables.
Pero ¿quién podrá hablar de sus grandezas?
¿Quién podrá referir sus poderíos,
su omnipotencia y sus hazañas grandes?
¿Quién podrá ponderar sus alabanzas?
Y, dichas, ¿quién habrá que no las oya
y que, después de oídas, no las crea?
Que son mayores que decirse pueden,
que ponderarse pueden, ni pensarse.
Será nunca acabar, que es dar principio
a los que es imposible que fin tenga.
¡Oh, muchas veces bienaventurados
los que guardan amando sus preceptos
y en todos tiempos ajustados viven
con su Ley santa y la ejecutan siempre,
juzgando rectamente y bien obrando!
Acordaos, Señor nuestro, de nosotros
conforme al gusto y al agrado grande
con que tratastes siempre a vuestro pueblo,
conforme a los favores que le hicistes
y visitadnos amorosamente
dándonos la salud que deseamos.
De médico, Señor, sea la visita
con quien tenemos fe, que solo verle
da salud al doliente y le consuela,
¿Qué médicos mejor que Vos, dios nuestro?
(¿Y qué salud como la salud misma?)
Visitadnos, Señor, por que veamos
y gocemos de aquellos largos bienes
que hacéis y usáis con vuestros escogidos
para que alegremente nos gocemos,
partícipes del gusto y alegría
por vos comunicada a vuestros justos,

que es gente vuestra en fin, de Vos amada,
para que engrandecido y celebrado
con alabanzas y con bendiciones
con ellos, por nosotros, nos gloriemos
de ser con ellos una cosa misma,
herencia vuestra, pueblo amado vuestro.
Confesamos (¡ay, Dios!), tristes y humildes,
de nuestros padres las groseras culpas
y con ellas, las nuestras confesamos:
pecamos contra Vos inicualemente
y maldades enormes cometimos:
en Egipto, rebeldes nuestros padres
entre vuestras hazañas y portentos
lo mismo que entendían no entendieron,
desentendidos en lo que entendían,
ni se acordaban de la muchedumbre
de vuestros beneficios y favores,
de vuestra liberal misericordia
ejercitada en ellos tantas veces,
que a la lengua del agua, al tiempo cuando
encrespastes el mar en montes de aguas,
el Mar Bermejo, digo, del camino
el mal paso allanando, os irritaron,
entonces neciamente os ofendieron
cuando debieron ofreceros votos.
Mas Dios, que solo mira a sus entrañas
preñadas de clemencias y piedades
y que no le va menos que la honra
de su divino nombre, por su nombre
los sacó y los libró, para que el mundo
conociese su solo poderío,
venerase su sola omnipotencia.
Al mar amenazó, y a su imperiosa
repreñión obediente, dividido
en riscos de cristal, dio paso enjuto
al pueblo fugitivo y temeroso
y por los senos, nunca del Sol vistos
de los rotos abismos, les dio paso,
no firme menos ni seguro menos
que en el desierto que después pisaron.
Librolos de las manos opresoras
de quien sin causa los aborrecía
y rescatolos poderosamente
del enemigo fieramente airado.

Y a los que con osadas tiranías
los afligían y desconsolaban,
del mar soberbio las desmanteladas
murallas de los vidros homicidas
no dejaron a vida un hombre solo
que pudiese llevar las malas nuevas.
Y ya entonces creyeron sus palabras,
pero ¿qué mucho, viendo tales obras?
Diéronle gracias por las recibidas,
alabaron sus hechos hazañosos
y cantaron sus dignas alabanzas.
Mas el debido reconocimiento
a tantos beneficios y mercedes
presto se les pasó de la memoria,
las gracias y favores recibidos
como no recibidos olvidaron
(porque es la ingratitud olvidadiza)
ni esperaron, sufridos, que les diese
consejo en los sucesos venideros.
En gulosos deseos encendidos,
carnes en el desierto codiciaron,
tentando su poder y su paciencia,
agua pidieron donde no había agua,
ríos, fuentes, arroyos, lagos, pozos
y allí les satisfizo con hartura
sus gustos, sus antojos y deseos
hasta venir en fastidioso hastío
enflaquecidos, pálidos y mustios
con dañoso peligro de su vida.
En el Real rebelaron, envidiosos,
amotinados contra su caudillo
Moysén y el sacerdote Aarón, su hermano,
de Dios llamado para el ministerio.
Pero abriose la tierra y con horribles
temblores, a Datán se tragó vivo,
a Abirón se tragó, con los secuaces
de su parcialidad y de su bando
que conspiraron en ofensa suya
y ejecutada la fatal sentencia
se echó sobre ellos, donde eternamente
los sepultó en lo oscuro de su centro,
bajó fuego del Cielo impetuoso
que, rompiendo y bramando por los aires,
se entró a la mal sufrida sinagoga,

que en torbellinos de avarientas llamas
abrasó los enormes delincuentes,
lo cual no obstante con descaramiento
del monte Horeb a la sagrada falda
donde los honró Dios diversas veces,
allí forjaron rubio becerrillo
en quien con error ciego idolatrarón,
becerro de oro (a quien escultor diestro
perficionó) sagrado culto dieron.
A un bruto brutaemente veneraron
conmutando, con trueco perdidoso,
el culto y el honor a Dios debido
por dársele a una estatua de una bestia,
a un retrato de un buey apacentado
(¡donoso dios!) con heno y hierba inculta.
Pusieron en olvido a un dios tan bueno
que los libró, piadoso, tantas veces
y con él olvidaron las hazañas
y maravillas hechas en Egipto
y en la tierra de Cam los portentosos
y terribles prodigios que admiraron
pisando el Rojo Mar con secas plantas.
Dijo, y trató, indignado justamente,
de acabar con sus cosas y acabarlos
con heridas de muerte inmedicables
si Moysén de por medio no estuviera,
que se puso delante y con instancia
le rogó no llegase a rompimiento,
mas que quebrara su indignación justa
y que el castigo y ruina amenazada
hiciera suspender, en gracia suya,
procuró divertir su justa ira,
procuró reportar su justo enojo,
por que no los perdiese y acabase,
con razón concebido, porque ingratos
despreciaron la tierra deseada,
teniendo en nada dádiva tan grande.
Y tras tantos y tales beneficios,
a ninguna palabra ni promesa
que les hizo creyeron y en sus tiendas,
murmurando de Dios, se amotinaron,
de nuevo inobedientes a sus voces,
porfiadamente a sus mandatos sordos,
por lo cual, grandemente embravecido,

levantando la mano, alzado el dedo,
juróselo (cumpliólo) que vendría
tiempo en que en el desierto, en el desierto
los abatiese y los atropellase
y en que sus miserables sucesores,
de nación en nación los excluyese
de sí más lejos que ellos de él lo estaban
y en que los esparciese y derramase
por varios climas, por regiones varias,
peregrinos por varios horizontes.
Pues lo que hicieron fue (¡qué error tan grande!)
que a Belfegor, que del moabita torpe
era dios torpe, torpes ofrecieron
con alma ingrata ajenos sacrificios
a su servicio y culto dedicados;
comieron sacrificios de los muertos,
que muertos son los dioses que no viven,
no ven con ojos ni oyen con oídos,
que solo vive el nuestro verdadero.
Irritaron su saña vengadora
con estudiados modos de ofenderle,
por su mal inventados, pues, airado,
multiplicó sus penas y dolores,
añadió mal a mal, llagas a llagas
prosiguiendo su ruina lamentable,
mas ocurrió Phinees, que finamente,
celoso de su honor, ardiendo en celos,
dentro en la tienda, infame encubridora
del deshonesto amor, de una lanzada
la venganza tomó de los vedados
placeres de Zambrí y la mujer fácil,
a quienes entre llamas no extingüibles
siguen a breves gustos largos daños:
aplacó a Dios y dióse por servido,
cesó su indignación, cesó el azote
y suspendió la vengadora mano
en su perdición justa embravecida;
celebraron la hazaña valerosa
por justa y él por justo reputado,
de gente en gente, de uno en otro siglo
durará para siempre su memoria.
Después de esto volvieron a irritarle
con sus encuentros y contradicciones,
demandas y respuestas repetidas

en razón de pedir a Moysén agua
cuando dudosamente habló a la peña
y tanto le apretaron que turbaron
su natural blandura y mansedumbre
y fuele mal con ellos y por ellos,
pues apretado de sus demasías
su congojado espíritu cedaron,
cerca contra el Señor de rebelarse.
Habló perplejo y mal considerado,
desacertó en equívocas palabras,
en las de Dios con dudas y con miedos,
haciendo impertinentes distinciones
sobre dar o no dar la piedra el agua
y castigole Dios con justo enojo
y reprimiólos, por que inobedientes
a lo que les mandó con orden clara
y palabras expresas y distintas:
que quitasen la vida a los idólatras,
pues que no solo no se las quitaron,
como se los mandó, mas atrevidos,
con ellos se mezclaron y vivieron,
de cuya compañía y malos tratos
sus culpas aprendieron y costumbres,
pegóseles la ciega idolatría
que les sirvió de lazo y de tropiezo
de que llevaron el castigo justo.
Los tiernos hijos y las hijas bellas,
con entrañas (¡ay, Dios!) despiadadas,
a los mismos demonios ofrecieron,
que en fundidas estatuas adoraban
en sacrificios, ya en el bronce ardiendo,
donde los instrumentos engañosos
los padres divertían que no oyesen
los alaridos de los pequeñuelos
que ansiosamente, entre los turbios humos
el socorro negado les pedían,
ya degollados a sus fieros ojos.
La sangre no culpada derramaron,
la sangre de sus hijos y sus hijas
con bárbara crueldad sacrificados
a las figuras de los vanos dioses
del metal que fundió lisonja ciega.
Del mal olor la tierra inficionose,

de la emparada²³ y mal vertida sangre
contraminose en sus atroces hechos,
idolatraron con vileza infame
la fe violando al verdadero esposo
en sus nuevos estudios y invenciones.
Embraveciose Dios sañudamente
con furor justo contra el pueblo ingrato
y fuele grandemente aborrecible
aborreció su gente, abominola,
entregolos, airado, a sus contrarios,
a los Gentiles, que los despreciaron,
púsolos en sus manos vengativas,
fueron esclavos de sus enemigos
que los aborrecieron de manera
que beberles la sangre deseaban.
Con desconsuelos y tribulaciones
los acosaron y los oprimieron
Moabitas, Filisteos y Amonitas,
a su pesar sujetos y obedientes
debajo de su mano y su dominio,
sin que tuviesen rostro para alzarle,
para pedir a Dios misericordia
porque, tras libertarlos tantas veces
más le ofendieron, necios, y irritaron
y de nuevo volvieron a irritarle
con tomar nuevo acuerdo contra el suyo,
no la de Dios, su voluntad haciendo,
por lo que en sus maldades humillados,
tantas veces sin causa repetidas,
con desprecio abatido padecieron,
mas, entrañas de Dios ¿cómo es posible,
viendo miserias y tribulaciones,
que dejen tiernamente de apiadarse?
Violos en sus trabajos, lastimado,
oyó y condescendió con sus lamentos,
oyó sus ruegos y sus oraciones
y acordose del pacto y la promesa
hecha al santo Abraham, a su hijo y nieto
y como arrepentido del castigo,
sin poderle pesar ni arrepentirse,
como si le pesara sin pesarle,
conforme a sus clemencias no medidas,

23.–Emparar tiene el valor de ‘secuestrar’.

de su amparo trató y de su remedio,
causando en las entrañas enemigas,
después de estar los suyos lastimados,
piedad y gracia en los ceñudos ojos,
lástima, compasión, ternura, agrado
con que se lastimaban de sus cuitas
y enternecidos, los favorecían.
Libradnos, pues, oh Dios y Señor nuestro,
que todo sois clemencias y piedades
y por varias naciones esparcidos,
nos congregad en uno, donde todos
os confesemos y alabemos siempre.
Confesemos y honremos vuestro nombre
y nos honremos siempre de alabaros
y en vuestras alabanzas merecidas
nos gloriemos, alegres y gozosos.
y digamos, humildes y conformes:
El Señor de Israel bendito sea,
sea ensalzado Dios y engrandecido
como siempre lo fue siglos eternos,
y agradecido a sus copiosos bienes
el pueblo diga Amén y mil amenes.

PSALMO CVI

DE LOS BENEFICIOS DE D.N.S.

Confesad y alabad agradecidos
al Dios y Señor Nuestro, confesadle
y engrandecedle con acción de gracias
porque es benigno y sumamente bueno
y porque su larguísima clemencia
por siglos durará de eternidades.

Himnos le digan, cántenle alabanzas
los redimidos generosamente
que rescató del enemigo dueño,
los que redujo al gremio de los suyos
por diversas regiones esparcidos
a que en uno viniesen congregados.
Los primero que miran el Sol rubio,
globo de luz, con luz deslumbradora,
levantarse a alumbrar nuestro hemisferio,
los que acostarle miran de marfiles
en cama con cortinas de oro y nácar,
los que sufren del cierzo regañado

los crujidores soplos de más cerca
y los que del Océano vecinos
sus daños participan y provechos,
todos le alaban, todos le bendigan.
Y entre todos, por más favorecidos,
los hijos de Israel le alaben siempre,
que peregrinos y <ya> descarriados
entre las soledades del desierto
en sus desconsoladas sequedades,
cuando no hallaban senda ni camino
de descubrir ciudad donde habitasen,
cuando la hambre desconsoladora
y la impaciente sed los fatigaban
de modo que su vida de un cabello
fluctuaba, luchando con la muerte
para rendirse, el alma entre los labios,
y en medio de tamaños desconsuelos
clamaron al Señor, de su socorro
ciertos, que no le niega a quien le llama,
clamaron al Señor, atribulados,
diéronle un grito y escuchole a penas
cuando los redimió todas las suyas
y de entre todas sus tribulaciones
los sacó y los libró piadosamente.
Por derecho camino encaminolos
de la Ciudad a la morada cierta,
yendo delante para que no errasen
la Ciudad que esperaban deseada
para poblar y descansar de asiento.
Confiesen, pues, a Dios sus generosas
misericordias, siempre engrandecidas;
siempre le alaben y bendigan siempre,
que ellas son sus mayores alabanzas
y las que habemos de alabarle todos
y los milagros y altas maravillas
con los hombres obradas le engrandezcan
y sean materia para que no ingratos
le alaben, magnifiquen y bendigan,
porque al alma, vacía de consuelos,
llenó y hartó con liberal hartura
y a la que de su bien estaba hambrienta,
con largueza de Dios hartó de bienes
y a los que en tristes calabozos presos,
de tinieblas confusas rodeados,

sentados a la sombra de la muerte,
con fea amarillez y hambre mendiga,
atados con cadenas rigurosas,
que viciosos, esquivos y arrogantes,
torcieron el sentido a sus palabras,
de ellas escarneciendo neciamente
y porque sus altísimos consejos
con estilo villano despreciaron,
su venganza imitando inobedientes,
cuyo corazón bronco y engreído,
se rindió, a su pesar, a sus trabajos,
que los brumaron y los abatieron
tanto que, enflaquecidos, desmayaron
sin que de ellos ninguno se apiadase,
los ayudase, ni los socorriese
de los horrores de los calabozos
y de entre todas sus tribulaciones
los sacó con socorros oportunos,
porque con voces y lamentos tristes
llamaron al Señor, atribulados,
y quiso Dios, llamado, socorrerlos
en sus aprietos y sus desamparos,
de asquerosas tinieblas embestidos,
sombra y bosquejos tristes de la Muerte,
rotos grillos, cadenas y prisiones,
los sacó a ver la luz del cielo amada.
Alaben, pues, a Dios, a Dios confiesen
y ensalcen siempre sus misericordias,
las hazañas, milagros y prodigios
usadas con los hijos de los hombres,
le alaben y con ellos le engrandezcan.
Las puertas de la cárcel, de invencible
bronce con manos quebrantó valientes,
los cerrojos de hierro inexorables
rompió y hizo pedazos, animoso.
Apartolos, piadoso, del camino
de la maldad, por donde errados iban,
porque sus mismas culpas los brumaron,
sus injusticias los enflaquecieron,
que las culpas son madres de las penas
como las penas, partos de las culpas.
Mordidos de los dientes venenosos
de las sierpes de fuego adolecieron
con tan grande desgana y tal fastidio

que todo cuanto el gusto y apetito
pudieron desear, aborrecieron;
aun no podían verlo de sus ojos
tanto que, ya de flacos y acabados,
los umbrales pisaron de la Muerte
que, airada de la vida los tiraba.
Volvieron a llamarle, atribulados,
y Dios volvió, llamado, a socorrerlos
en sus aprietos y en sus aflicciones.
Envió su palabra poderosa,
habló a Moisés y díjole el remedio
de la serpiente de metal mirada,
sacolos y librolos de la Muerte
que, desdentada, se los engullía.
Alaben al Señor, otra y mil veces,
sus beneficios y misericordias
obradas con los hijos de los hombres
y ellos con ellas siempre le engrandezcan,
ofrézcanle agradables sacrificios
con santa acción de gracias y alabanzas.
Agradecidos y regocijados
publiquen sus hazañas y grandezas,
sus beneficios y sus maravillas.
También le alaben los que en corvas naves
a quien sirven de pies ágiles remos
y las velas veloces de alas leves²⁴
por alta mar navegan atrevidos,
de la incierta ganancia cuidadosos
los mercaderes y los marineros
que por los mares tratan y contratan.
Ellos le alaben, ellos, que a ojos vistas
experimentan sus grandiosos hechos
y en sus profundos senos sus milagros,
pues a una sola voz en su presencia
el viento se presenta y, de puntillas,
sus órdenes espera y, borrascoso
empieza a sacudir las libres alas
que le sirven de zote y de rebenque,
con que tempesta, con que azota y turba
la mansedumbre azul del mar sereno
que empieza, poco a poco, a conturbarse
y a quejarse y con voces bramadoras

24.—Un ejemplo espectacular de aliteración de líquidas y labiales.

a rugir al sufrido y arrogante,
hincháronse, airado, las narices,
la paciencia perdió, perdió el respeto,
de cólera su boca verdinegra
nubadas esparció de blanca espuma,
escupió, embravecido, montes de agua,
arrojó mares de menuda arena
de los abismos y los hondos senos,
hizo para los Cielos sepultura
intentando, soberbio, sepultarlos,
las ondas se atrevieron a los cielos,
los marineros y los navegantes,
robada la color del temor frío,
pálidos, tristes y desanimados,
en los errantes leños se levantan
casi a tomar el cielo con las manos
y en un instante, impetuosamente,
remolinando entre ondas y entre espumas,
de la profundidad de los abismos
sumergidos se ven y devorados.
El corazón sin corazón; la vida
sin vida; en fin dos dedos de la Muerte.
los pulsos pierden y se juzgan muertos,
la turbación los priva de juicio
y del miedo embriagados y de espanto
dan traspiés sin caer, hablan a caso
los ojos mustios y la voz turbada
y los brazos, jugando sin concierto,
se bambolean de una parte a otra;
no hay marinero que su oficio acierte,
carta de marear, ingenio o arte,
porque es siempre el temor olvidadizo
de consejo, de aviso, de remedio.
Mas clamaron a Dios, atribulados,
y otro que Dios era imposible oírlos,
con los bramidos de las fieras ondas
que la piedad del cielo ensordecían;
oyolos Dios y con amor de padre
los redimió de sus tribulaciones,
de riesgos y peligros tan urgentes.
El aire serenó y en aura blanda
convirtió su furor incontrastable
y en tranquilo sosiego su braveza;
al mar restituyó su mansedumbre

y a su antigua bonanza reducido
enmudecieron sus ruidosas olas.
Los navegantes, con la vida hallada,
alegres respiraron, alentados
en el mudo silencio de las aguas
y sacolos en fin a salvamento
desembarcando en el difícil puerto,
cuanto difícil, tanto agradecido.
Canten, pues, al Señor, a Dios alaben,
y ensalcen siempre sus misericordias,
sus beneficios y sus maravillas
usadas con los hombres tantas veces,
ensálcele en la Iglesia el pueblo todo,
los Sabios de la Ley, los senadores
en cátedras, consejos, consistorios
le alaben siempre y siempre le bendigan,
que es su eterno poder tan absoluto
y tan dueño absoluto de las cosas
que con humilde rendimiento esperan
que las altere y mude cuando quiere:
los ríos muda en secos eriazos,
las fuentes, en sedientos arenales,
como de sal sembrada esteriliza
la tierra rica de abundosos frutos
por culpas y pecados de los hombres
que la moran y habitan en su ofensa;
y al contrario, de estériles desiertos
estanques sabe hacer de aguas alegres,
jardines bellos, huertas deleitosas
y de tierra sin agua, fuentes dulces,
arroyuelos risueños, claros ríos.
Volvió a poblar la despoblada tierra,
por la esterilidad aborrecible
de los que, hambrientos, la desampararon,
ciudad edificaron que de nuevo
volvieron a morar dichosamente.
Cultivaron los campos y seguros
de no culpable logro²⁵ los sembraron,
plantaron viñas, que del fruto opimo
sus lagares llenaron y sus cubas,
tuvieron pan y vino en abundancia
y qué comer y qué sembrar tuvieron.

25.–El 'logro' se toma en el sentido de 'usura'

Echoles Dios su bendición copiosa,
multiplicolos con granados frutos,
de bendición con hijos y con dichas,
los rebaños de ovejas y corderos
y los hatos de cabras atrevidas,
yeguas, potros, caballos, jumentillos,
sin que uno solo los hiciese menos.
Mas reincidieron, necios, en sus culpas
con temosa²⁶ porfía y poco a poco
los fue disminuyendo y apurando;
hízolos, por su bien, mil vejaciones
y con dolores y con desconsuelos
volvió de nuevo, airado, a atribularlos.
Las cabezas del pueblo, los magnates,
se encontraron en varias competencias,
perdiéndose el decoro y el respeto,
siendo del pueblo fábula y escarnio,
permitiendo que errasen por sus culpas,
no que los ayudó para que errasen
dándoles la malicia de sus yerros,
mas dejando de darles su clemencia,
los socorros y ayudas que no debe,
endureciéndolos con no ayudarlos,
dejándolos vivir a su albedrío,
hízolos que saliesen vagabundos
por los desiertos y las soledades,
descaminados fuera de camino
errando por caminos ignorados,
de la ciudad huyendo y de la gente,
unos muriendo de dolencias graves,
otros a manos de la tiranía.
Mas los <pobretos>²⁷, que le temen y aman
a salir ayudó de su pobreza,
multiplicando, en numeroso aumento,
sus casas y familias, como suelen
ovejas parideras sus rebaños
encomendadas a pastores fidos.
Viendo lo cual los buenos, animosos,
placenteros y alegres, le alabaron
y la inicua maldad, a piedra lodo,
cerró su boca sin abrir los labios,

26.-El adjetivo 'temosa' vale por 'empecinada', derivado de 'tema' en el sentido de 'empecinamiento'.

27.-La edición tiene 'los pobres', con lo que falta una sílaba para el verso. La enmienda es mía.

no hubo malo ninguno que chistase.
¿Qué sabio, pues, habrá que lo sea tanto
que observe y que repare en estas cosas?
¿Qué sabio habrá que alcance ni que pueda,
los secretos de Dios ni sus piedades,
platicadas de edades en edades?

PSALMO CVII

SOCORRO DE DIOS EN LA TRIBULACIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

Mi corazón, mi Dios, espera atento
con prontitud gustosa de alabaros,
mi corazón con gusto pronto espera
que le mandéis, ansioso de serviros,
de obedeceros y alabaros siempre
y entre tanto, con voz regocijada,
al dulce son de varios instrumentos
himnos os cantaré y devotos psalmos,
que para mí será una gloria, un cielo.
Gloria mía, levántate, levántate,
que eres mi gloria, ardor de profecía,
espíritu profético, don sacro,
y tú, psalterio, si hasta aquí olvidado
de ti no me he servido en mis tristezas,
harpa sonora, si hasta aquí en la funda
encerrada has estado, levantaos
a celebrar alegres, ayudadme
de Dios las merecidas alabanzas.
Despertad, levantaos, que estáis dormidos,
porque he de madrugar con el aurora
entre los coros de susavecillas
a bendecir a Dios y a darle gracias.
Confesaré, Señor, vuestras grandezas,
publicaré vuestros debidos loores
con dulces himnos y piadosos psalmos
por varios pueblos y naciones varias,
de nación en nación, de gente en gente,
porque vuestra clemencia inmensurable,
vuestra misericordia incomprehensible
es mil veces mayor que vuestros cielos,
de vos sobre ellos noblemente usada.
Llega vuestra verdad hasta las nubes,
¿qué es a las nubes? Pasa las estrellas,
porque sois sumamente verdadero,

en las promesas sois la verdad misma.
Levantaos, Dios eterno, y ensalzaos
sobre las hermosuras de los cielos
y aparezca en la Tierra vuestra gloria
dándoos a conocer por todo el mundo
para que gocen los amados vuestros
por Vos la libertad que se prometen.
Libradme, Dios, con diestra vencedora,
oíd mis votos y aceptad mis ruegos,
promesas tengo vuestras y palabras
de vuestra santidad divino oráculo.
En él, regocijadamente alegre
de que con triunfo ilustre de Samaria
dividiré los bélicos despojos,
dividiré los abundosos campos
del valle de Sohot (donde escondido
Jacob huyó del enemigo hermano
y armó sus tiendas y sus pabellones),
con igual cuerda y con medida justa
se las distribuiré a las bien nacidas
tribus, dándoles parte de sus bienes.
Mío es el monte de Galaad, adonde
Labán hizo las paces con su yerno,
también poseo a Manasés por mía,
de esotra parte del Jordán sagrado:
Efraín es la fuerza de mi reino.
más pertrechada, más segura y fuerte
de mi cabeza y de mi vida guarda.
La región de Judá también es mía,
llamada así del hijo primitivo
de Jacob, Judas, cuyo regio cetro
es y será la gloria de mi casa
y de mis generosas sucesiones,
que el primero lugar tiene del pueblo;
por mis esclavos tengo a los moabitas
en quien tengo segura mi esperanza
para servirme en los oficios bajos
de los acostumbrados lavatorios,
sujetos y obedientes a mi gusto.
Dilataré mi reino hasta Idumea,
pisarela con plantas victoriosas,
a mi obediencia están los Filisteos
(si bien de mi Fe extraños) humillados,
pero ¿qué capitán o qué caudillo

después de las ciudades que poseo
me podrá encaminar a la opulenta
más que todas y más fortificada,
más guarnecida de armas y de gente,
metrópoli y cabeza de Idumea?
¿Quién nos podrá ayudar y dar socorro,
sino quien, cuando quiere, nos le quita,
que de sí nos aparta cuando quiere
y cuando quiere, a campear nos sale
y cuando no, no sale a campear nos
desamparando nuestros escuadrones
porque lo desmerecen nuestras culpas?
¿Quién sino solo Vos, caudillo nuestro,
saldrá en campaña a gobernar el campo?
Pues que solo podéis, de Vos nos venga
tanto socorro para empresa tanta.
Libradnos de tamaños desconsuelos,
porque sin Vos no hay nadie, no, que pueda;
toda esperanza, sin la vuestra, es vana
y más quien de otro la salud espera.
Y orgullosos, valientes y gallardos,
los enemigos acometeremos,
seguros de que a cuantos nos persigan
pisaréis con desprecio victorioso,
resuelto en nada su poder brioso.

PSALMO CVIII

ORACIÓN CONTRA LOS ENEMIGOS

No calléis en mis créditos, Dios mío,
hablad en mis abonos, Dios, honradme,
ved que me va la honra, socorredme,
mi inocencia abonad, acreditadla,
que, con malas entrañas el injusto
y con mala intención el engañoso,
jamás cierran sus bocas en mi ofensa.
Con lengua engañadora me murmuran,
al rededor de mí y a mis oídos
con odiosas palabras me blasfeman,
me malsinan, me venden y persiguen,
sin causa me hacen mal y me aborrecen
procurando ponerme mal con todos.
En lugar del amor que yo les tengo
y del que fuera bien que me tuvieran,

porque un amor con otro amor se paga,
la opinión me quitaron y la honra,
mi vida desluciendo y infamando.
Íbame a vos, y puesto de rodillas
hacía oración por ellos, codicioso
de su reformation y de su enmienda.
Diéronme mal por bien, mi amor pagando
ingratamente con aborrecerme:
los bienes que les hice, ¡qué de bienes!,
con males me pagaron, ¡qué de males!
Y el amor y afición que me debían
con aborrecimiento declarado,
de muerte me aborrecen y persiguen.
Por lo cual, ¡oh, Señor!, sobre este pueblo
y sobre quien, cizañador, le turba,
poned un mal Juez que los oprima,
público pecador que los desuelle,
ande a su lado, por su consejero,
el común enemigo, el adversario,
sin perderle de vista, que le pierda:
si litigare, salga condenado
y no alcance justicia, aunque la tenga,
su oración sea en su daño cuando orare,
no solo a Dios <no> aplaque, mas le irrite
y audiencia no le dé, como a culpado.
La muerte anticipada de sus días
el verdor siegue intempestivamente
y a número más breve los reduzga:
otro su oficio y su lugar ocupe.
Huérfanos deje a sus pequeños hijos,
enviude su mujer en años verdes,
sus hijos vayan por el mundo errando
de lugar en lugar, de pueblo en pueblo,
con rota mendiguez de casa en casa,
echados con violencia de las suyas.
El acreedor, el usurero avaro,
por justicia su casa le visite,
todo cuanto hay en ella le revuelva,
todo lo mire y todo se lo enrede,
haga inventario de ello y almoneda,
sáquele hasta la ropa de la cama,
en la pared estaca no le deje,
sus heredades y sus posesiones,
censos y juros con trabajos grandes

adquiridos, extraños herederos
saqueen y disfrute, saqueados,
y desperdicien hasta destruirlos.
No halle en su favor quien, lastimado,
se compadezca de él, ni quien le ayude,
ni quien, caritativo, se apiade
de la triste orfandad de sus hijuelos:
muéransele en agraz, no se le logren,
nazcan para morir tan solamente,
de la cuna al sepulcro los trasladen,
no llegue a nietos su infelice casa,
su nombre borre el tiempo antes de tiempo,
sin que de él quede rastro ni memoria;
de sus antepasados los delitos
en las de los presentes se refresquen
y en los ojos de Dios, para más pena
de quien los cometió, pidan venganza,
la culpa infame de su infame madre
el olvido no olvide ni cancele.
Opuestos del Señor le den en rostro
él, su mujer, sus hijos y sus padres,
sus culpas y pecados los zahiera,
perezca para siempre su memoria,
porque no se acordó, con afectado
olvido, de hacer bien ni usar clemencia,
mas antes persiguió con crueldad ímpia,
al mal parado, la pobre y al mendigo
y arrogante, soberbio y impaciente,
al compungido y de corazón triste
mortificó, con riesgo de su vida,
y afligió, con ardores de matarle.
Las desgracias ajenas le alegraban,
vivía de manera que parece
que deseaba que por sus costumbres
le maldijesen y le abominasen
y así le echaron muchas maldiciones
y todas juntamente le alcanzaron;
no deseaba bien ni gusto a nadie,
huía el necio de vivir de forma
que mereciese por acción alguna
que una bendición sola se le echase
y tan lejos estuvo de alcanzarlas
cuanto lejos vivió de merecerlas:
amó. viviendo mal, sus penas justas,

que siempre siguen a una mala vida
y de la maldición y maldiciones
de Dios y de las gentes hizo ingrato
como un vestido que le vino al justo:
bebiolas, loco, como un jarro de agua,
como de ellas sediento, que vertidas
hasta el corazón y alma se le entraron:
como aceite los huesos blandamente
le penetraron, con deleite manso,
cerquele, pues, como vestido hecho
a su medida, pues así lo quiso,
y como ceñidor de que usa siempre
al rededor le ligue, ciña y ate.
Esta es la ocupación de estos malvados
y este pago el que tienen merecido
y el que les guarda Dios para su tiempo
a los que me deshonran y persiguen,
los que me afrentan con sus malas lenguas
y aun se meten en cosas de mi alma
y juzgan de ellas como si las vieran.
Mas vos, Señor, mas vos, señor Dios mío,
por vuestro santo nombre, socorredme,
vuestra misericordia usad conmigo,
benigna para todos y amorosa,
mirad que un hombre soy desamparado,
pobre y menesteroso, socorredme,
que está mi corazón tan afligido,
tan llagado de penas y dolores
que no me cabe ya dentro del pecho.
Como huyendo se esconde sombra negra
desaparezco, como arrebatado
del dolor, de la pena y desconsuelo
y ando como langosta perseguido
de viña en viña, de una en otra parva,
de una en otra parte, sin que tenga
lugar de donde todos no la avienten,
no me puedo tener de pura hambre,
de los muchos ayunos, las rodillas
enflaquecidas y debilitadas
a penas pueden, triste, sustentarme;
mi cuerpo se me seca y se me ahíla
por falta de virtud que me conforte,
por la necesidad de los manjares
gruesos y substanciales que me alienten,

que me entren en provecho y que me engorden.
Y aun así como estoy, de mí se burlan,
me fisgan, me baldonan y escarnecen,
míranme y mueven luego las cabezas
y guíñanse del ojo en mi desprecio.
Ayudadme, mi Dios y señor mío,
y según vuestra real misericordia
me librad de tamaños desconsuelos
y sepan todos y conozcan todos
que anda aquí vuestra mano poderosa
y que es hazaña vuestra en favor mío
usar conmigo de tan gran clemencia.
Ellos, con lenguas siempre maldicientes,
maldiciéndome están y blasfemando
y Vos, con apacibles mansedumbres
echando liberales bendiciones;
confundidos se vean y afrentados
los que en mi ofensa, airados, se levantan,
y vuestro siervo, en Vos favorecido,
se alegre y regocije en vuestro amparo.
Cúbranse, oh, Dios, de ignominiosa afrenta,
uno y otro color les salga al rostro,
los que mi honor infaman y deslucen
de confusión se vistan vergonzosa
como de manto de abrigado forro
que de los pies les cubra a la cabeza.
Que yo, al Señor, con lengua agradecida
y vivo afecto, con acción de gracias,
siempre confesaré que es señor mío
por las calles y plazas rodeado
de gente, alabaré sus maravillas.
Porque se puso valerosamente
del pobre al lado en sus tribulaciones;
a mi lado se puso y a mi lado
mi vida remedió, salvó mi alma
de los que, aborrecido, me affigían
y, sin nunca cesar, me perseguían.

PSALMO CIX

DEL REINO Y SACERDOCIO DE C. N. S.

Dijo el Señor a mi Señor, el Padre,
el Padre Eterno al Hijo Eterno dijo:
hijo conmigo igual, toma mi lado,

a mi diestra te sienta victoriosa,
hasta que en el día eterno del Juicio
ponga a tus pies por escabel y estrado
tus enemigos para que los pises
y a tu dominio lo sujetes todo.
¡Oh, hijo Eterno del Eterno padre,
David, Señor, a ti la voz levanta
el Cetro Real de tu poder valiente,
de Sión te enviará el Señor Supremo,
del Monte de Sión tu poderío
y la inflexible vara de justicia
propagándose irá por todo el Orbe,
con que hecho dueño de tus enemigos,
en medio de ellos puesto, te obedezcan
a su pesar: cuando, Señor de todos,
con dominio absoluto les rigieres,
mándalos, pues, con imperioso cetro,
tu reino en medio de ellos establece,
que entonces, cuando en el dichoso día,
en el día dichoso que triunfare
tu fortaleza invicta. no forzado,
vendrá el pueblo a tu templo a venerarte
con aparato real y triunfal pompa,
con himnos y canciones, celebrando
de tu alta santidad los resplandores,
porque contigo soberanamente,
contigo está el principio sin principio
de tu virtud, desde el primero día
que con tu padre de sus glorias gozas.
Contigo el principado y señorío
nació de todo cuanto tiene vida.
Eres primer principio de sus obras,
de cuanto hay santo entre los resplandores,
Sol resplandecerás hermosamente
de tus felices santos rodeado,
que resplandecen en vistosas luces
a quien dijo, amoroso, el Padre Eterno,
antes que brillador amaneciese
el lucero del día, antes que el Alba,
entre tornasolados arreboles
diese, con luz dudosa, luz al mundo,
consustancial conmigo, de mi pecho
te engendré, Dios de Dios, vida de vida,
como el rocío virginal que nace

entre purezas de la blanca aurora
tu juventud amaneció, lozana,
de mí engendrado en el aurora virgen.
Y el Señor prometió, con juramento,
y no se retractó de lo jurado,
ni atrás dio un solo paso en sus promesas,
que serás y eres Sacerdote Eterno
del gran Melquisedec, según el orden
de Salem, rey y sacerdote sabio,
cuyo principio y fin escondió el tiempo
Este eterno señor, oh Eterno Padre
que a tu diestra sentado favoreces
en el día tremendo de sus iras,
de muerte heridos, vencerá a los reyes.
Será Juez de todas las naciones,
todas las juzgará, severo y justo,
reparará las ruinas celestiales
que causó la soberbia mal sufrida,
conseguirá ilustrísimas victorias
y llenará los fosos de los muertos
y romperá en la tierra las cabezas
de muchos vanamente presumidos.
De la avenida beberá turbada
de penas, de aflicciones y trabajos
en el camino triste de la vida
hasta llegar a su pasión y muerte,
por lo cual, con valor y virtud propia,
levantará, triunfante, la cabeza,
a sus pies de los Cielos la belleza.

PSALMO CX

DE LAS OBRAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Con viva fe y afecto fervoroso,
con todo el corazón y el alma toda,
confesaré, Señor, que sois dios mío
y alabaré con santa acción de gracias,
en público y secreto, en la presencia
de vuestros pocos justos retirados
en sus juntas secretas a serviros
y delante del pueblo numeroso
congregado a escuchar vuestras grandezas,
diré cuán grandes son, cuán admirables
las obras del Señor, todas son grandes,

todas son grandes y merecedoras
de ser buscadas de los que desean
hacer su voluntad divina en todo,
pues por extraordinarias y exquisitas
incitan, admirando, al cumplimiento
y a la observancia de sus leyes santas.
Todas están con exquisito agrado
y con alada prontitud pendientes
de su boca, esperando que las mande,
con gusto deseando hacer el suyo,
a su querer sujetas y obedientes,
de ejecutarle siempre codiciosas.
La confesión gloriosa de su nombre,
la gloria confesada de sus hechos,
la siempre liberal magnificencia,
no menos acordada que lucida,
que en el gobierno pródigo del Orbe
es obra digna de su poderío
y digno asunto de sus alabanzas,
la madre de las leyes, su justicia
permanece por siglos de los siglos.
Con recuerdo feliz de sus hazañas
y de sus maravillas estupendas
le plugo hacer bien parecido alarde,
representolas al humano olvido
para que, vistas, las reconociese,
dando, benigno y grandemente blando
y sumamente misericordioso
a los que con temor le reverencian,
con fe le adoran, con amor le sirven,
manjar que cifra en sí todos los gustos
satisfaciendo a antojos y deseos.
Tendrá siempre presentes las promesas
y mandas de su eterno testamento,
sin que jamás de revocarlas trate
al pueblo declarando la invencible
virtud y fortaleza de sus obras
y el fin y fines a que las ordena,
para darles, tras esto, de las gentes.
por juro de heredad, las heredades,
regalos, posesiones y riquezas,
porque las obras de sus reales manos
son verdad y juicio, su juicio
en las ejecuciones de las Leyes

y la Verdad en su establecimiento.
Todas sus leyes, todos sus mandatos
son sumamente justos y fieles,
confirmados por siglos de los siglos
y en verdad y equidad santa fundados,
manda y promete en ellos juntamente:
manda que en esta vida se trabaje
y promete los premios en la eterna.
Porque envió, con liberal largueza,
a hacer la redención de su escogido
pueblo, mandando que se observen siempre
la confederación, pacto y concierto
entre él y el pueblo suyo confirmado.
Su nombre santo es formidable y fuerte,
es el temor de Dios primer principio
de la sabiduría verdadera,
que aquellos solo saben que le temen,
que solo tienen buen entendimiento
los que en conformidad del temor santo
obran sus leyes, sus preceptos guardan,
por lo cual, tras mil prósperas andanzas,
merecerán eternas alabanzas.

PSALMO CXI

DEL TEMOR DE DIOS NUESTRO SEÑOR

¡Oh, mil veces dichoso y bien andante
el que es, con reverencia humilde y cuerda
temeroso de Dios, que le ama y teme
y en sus santos preceptos se deleita
y codiciosamente desvelado
para servirle le parecen pocos
y desea que más y más hiciera
para que más y más por él guardara
para obligarle más y más, que al bueno,
poco cuanto Dios manda le parece,
porque ama mucho y porque, amando, sabe
que muchos más merece ser servido.
El cual, dichosamente propagados
por el mundo verá sus descendientes,
su sucesión será de hijos tan buenos,
tan justos y tan santos, que merezcan
que los alaben y bendigan todos.
Su casa abundará prósperamente

de títulos gloriosos que la ilustren,
de bienes y riquezas descansadas
que goce, que reparta, que posea;
su vida y su virtud, siempre ajustada
a las leyes de Dios y sus preceptos,
durará para siempre su memoria.
No torcerá la ley de la justicia
eternamente, entre honras y riquezas.
Que a los de corazón cándido y puro
en las tinieblas del dudoso acierto,
en las escuridades de las penas,
en las turbadas sombras de la muerte,
en los negocios más anohecidos
los amanece en círculos de plata
la luz del Cielo, que los encamina,
consuela, alumbra, enseña, anima, alegra,
que es Dios benigno y misericordioso,
que usa siempre clemencias y piedades,
es justo y justo padre de los justos.
El que a Dios teme, con alegre rostro
perdona a quien le injuria y bien le hace
y socorre, agradable, al afligido
y prestado le da lo que le pide;
del pobre desvelado hace la causa,
por él con el juez intercediendo,
piensa lo que ha de hablar antes que hable,
entra consigo a solas en juicio
y con él pesa y mide sus palabras
y si el mundo se turba y se desquicia,
en sucesos adversos conjurado,
no dará paso atrás eternamente
en el camino de la virtud santa,
por lo cual nunca se verá atajado
ni turbado jamás en sus acciones,
firme como una peña eternos siglos.
En los anales de la tierra y cielo
del justo siempre habrá justa memoria '
su opinión y su fama será eterna,
no tiene que temer que de él se hable
cosa que le deslustre ni desdore,
ni pesares oirá, ni malas nuevas,
ni enfados que le ofendan ni lastimen.
Tiene su corazón siempre dispuesto
de valor noble y prontitud constante,

armado a los sucesos de las cosas
porque coloca en Dios sus esperanzas,
confirmado en virtud, nunca cobarde,
fácil se mueve a las tribulaciones,
mas sufrido, paciente y animoso,
la venganza verá de sus contrarios
desde lo alto, viéndolos rendido,
pródigamente sí, mas no culpado,
con entrañas y manos liberales;
sobre los pobres, con piadosas lluvias
hacienda sembrará, cogerá cielos,
su vida justa y su justicia recta
se verá honrada y se verá premiada
por edades de siglos no medidos;
su fortaleza, con esfuerzo ilustre,
gloriosa hasta los cuernos de la Luna,
será dichosamente levantada.

Airado el malo, con sangrientos ojos
le mirará, ceñudo y mal sufrido,
crujiránle los dientes regañados,
triste con el dolor del bien ajeno,
enflaquecerle ha su misma envidia,
secarase en sí mismo carcomido,
mas los malos deseos de los malos
perecerán con ellos tristemente
y el que a Dios teme, con glorioso canto
los frutos cogerá del temor santo.

PSALMO CXII

CONVIDA A LAS ALABANZAS DE D.N.S.

¡Oh, siervos del Señor, en la obediencia
pronta inocentes niños, alabadle,
benedicid y alabad su nombre santo!
Decid con vivo y fervoroso afecto:
Sea alabado su inefable nombre,
ahora y para siempre sea bendito,
desde ahora por siglos no abreviados.
De donde el Sol, con parto repetido
nace del gremio de la blanca aurora,
regocijando con su nacimiento,
el cielo, el mar, la tierra, el aire, el mundo,
hasta donde con muerte reiterada
muere con triste soledad de todos,

luto común y pena anohecida,
merecedor de ser siempre alabado
cuanto rodea el Sol, noches y días,
todo es materia de sus alabanzas.
Es Dios excelso con soberanía
sobre todos los reyes de la tierra,
príncipes, potentados y monarcas,
sobre todas las gentes y naciones
y lo que es más, sobre los cielos mismos,
sobre todos los príncipes del Cielo,
aladas huestes de ángeles hermosos,
su majestad, su gloria y su grandeza
con imperioso cetro se dilata
por todo lo visible y invisible.
¿Quién hay, pues, como Dios? ¿Quién hay que sea,
hombres de lisonjeros corazones
que adoráis multitud de fabulosas
deidades inventadas del engaño,
entre los vuestros, qué dios hay que sea
al nuestro comparable o semejante,
que, morando el Alcázar de topacios
fundado en los zafiros de los cielos,
no se desdeña de volver los ojos
a ver nuestras miserias y humildades?
Desde el dosel de soles y de días
mira lo más humilde y abatido
que tiene el mundo para engrandecerlo
y levanta del polvo de la tierra
al pobre, de sí mismo despreciado,
y de entre el muladar y ascos inmundos,
al olvidado y al menesteroso
para ensalzarle poderosamente
a veces con los príncipes del mundo
dándole, liberal, honras iguales,
a veces con los príncipes del cielo,
con sus bienes honrándole y sus dichas,
del cielo, pueblo suyo y ciudad suya.
Que sabe hacer que la desconfiada
mujer estéril de negados hijos
abunde de ellos en familia alegre,
solicitados con llorosos ruegos,
de ellos gustosamente enriquecida,
cuanto se vio sin ellos abatida.

PSALMO CXIII

DE LA LIBERTAD DE EGIPTO

Entonces cuando del tostado Egipto
salió Israel con fugitivos miedos,
entonces cuando la familia opresa
del ilustre Jacob, de la tirana
esclavitud salió del pueblo bárbaro,
señaló Dios para peculio suyo,
escogió y consagró para su pueblo
y adquirió nuevo imperio y señorío
sobre Judea, pueblo de Él amado
violó el Bermejo Mar y a su obediencia,
sus escamosas olas encrespando
y erizado en montañas procelosas
a huir echó, de nadie perseguido.
El Jordán, violentando sus cristales,
represó sus corrientes damascadas,
a desandar volvió el camino andado,
atrás volvió, admirado y obediente.
Del monte Sina las excelsas cumbres,
de cobarde temor estremecidas,
saltaron, como tímidos carneros
los collados de verdes alegrías,
temblaron, como tiernos corderillos
que con balidos tembladores llaman
a las madres, que ansiosas los responden,
queriendo en sus vellones ampararse.
Pero dime tú, mar: ¿qué cobardía
fue la tuya, que así a correr echaste
con pies de plata por arenas de oro?
Y tú, Jordán, qué viste, di, qué viste
que atrás volviste, suspensiones todo,
vencedor y vencido de ti mismo?
Y vosotros, ¡oh, montes y collados!,
¿qué vistes?, me decir, decir: ¿qué vistes?,
que los unos, cual tímidos carneros
a quien mozuelos por entretenerse
suelen, entre rebaño que camina,
arrojar las monteras por que salten,
distes brincos y saltos temerosos
y los otros, cual simples corderillos,
de las copiosas tetas no arrancados
de la piedad materna, inquietamente

aturdidos, brincastes y saltastes.
¿Qué vieron?, preguntáis, suspensos vieron,
entre otras maravillas prodigiosas
estremecerse la constante tierra
con inquietud helada al grave rostro
del Señor, todo luces fulgurantes,
Dios soberanamente venerado
de Jacob, pueblo dignamente suyo,
vieron que convirtió en estanques claros
de dulces aguas la avarienta peña
y que del pedernal, padre del fuego,
fuentes produjo de sabrosas aguas.
No por nosotros, Dios, no por nosotros,
que nunca tanto bien nos merecimos
pero por el honor del nombre vuestro,
por la gloria, Señor, de vuestro nombre
a quien se debe todo honor y gloria.
Y por vuestra real misericordia,
acostumbrada siempre a hacer mercedes,
fundada en la verdad de las promesas
cumplidas con eterna certidumbre,
que acudáis con favores repetidos,
Señor, pues que podéis valientemente
de vuestro pueblo a la defensa y guarda
para que a los idólatras errados,
cuando pregunten con escarnio y mofa:
«¿Dónde está vuestro dios?», les respondamos
que nuestro Dios habita y mora el cielo,
que pudo y supo hacer cuanto hacer quiso
y hizo cuanto quiso en cielo y tierra.
Y que sus dioses vanos son estatuas
de plata y oro y que plata y oro
de materia sirvió a los escultores
que en ella introdujeron varias formas,
dioses haciendo como los querían,
siendo sus dioses obras de sus manos
sin ser los hombres obras de las suyas,
que los hombres jamás se halló que fuesen
hechuras de los dioses que veneran
por dioses, porque son mudas estatuas.
Estatuas con sentidos sin sentidos:
mudos con bocas y con ojos, ciegos.
Dioses que son oídos y narices,
ni oyeron nunca, ni jamás olieron,

con pies y manos, mancos y tullidos,
pues que tocar no pueden con las manos
ni con los pies andar un paso solo,
ni formar una voz no articulada,
no como suele tordo o papagayo,
mas como el más grosero jumentillo.

¡Qué ojos para ver nuestras miserias!
¡Qué oídos para oír nuestros clamores!
¡Qué manos para usar misericordias!
¡Qué pies para venir a socorrernos!

Vuélvanse, plega a Dios, a tales dioses
los que los fingen dioses semejantes,
los que los honran y los reverencian
y colocan en ellos su esperanza.

Mas ¿si tendrán por maldición a caso
ser semejantes a sus mismos dioses?
¿Pues no? Si son estatuas insensibles
de plata, de oro, bronce y de madera
sin alma y sin sentido, a quien los brutos,
que en fin viven y sienten, se aventajan.
Esperen, pues, los necios en sus dioses,
que de Israel y Aarón casa y familia,
así seglares como sacerdotes,
en Dios esperarán, dios verdadero
que es su defensa, protección y amparo.
Esperarán en él los que le temen,
que hallan en él su escudo y su defensa,
que porque en él seguros esperamos
se acordó de nosotros y acordarse
fue con su generosa providencia
cuidar de darnos abundosos bienes,
copiosos dones, bendiciones largas.
De Israel y de Aarón a las familias
bendijo liberal y honró piadoso:
honró y bendijo a grandes y pequeños,
ricos y pobres, sabios y no sabios,
niños y viejos, nobles y no nobles,
a todos cuantos con amor le temen,
con temor aman y verdad le sirven
aumente y multiplique, ¡oh, temerosos
de Dios!, Dios sus divinas bendiciones
en vosotros y vuestros descendientes.

Hijos y nietos, con largueza suya
seáis benditos y favorecidos

con rocío abundante de los cielos
y con fértil grosura de la tierra,
del que hizo cielo y tierra acariciados.
El cielo señaló para su Alcázar,
el Cielo de los cielos, el Impírio
a donde de invencibles jerarquías
es siempre engrandecido y alabado;
la tierra dio a los hijos de los hombres
para que en ella moren y disfruten,
sus regalos, deleites y hermosuras
y para que le alaben y engrandezcan,
que no os alabarán, Señor, los muertos
en el mudo silencio del sepulcro
ni los que entre las últimas miserias
bajaron al abismo de los daños.
Nosotros sí, que de este blando soplo
de la vida gozamos, hechos lenguas,
reconocidos os alabaremos,
años de edades, siglos no abreviados,
de tan copiosos dones obligados.

PSALMO CXIV

DEL SOCORRO DE DIOS

Amé, con todo el corazón y el alma,
conformando el amor con el empleo,
amé cuerda, constante y finamente,
amé a Dios, nuestro amor y nuestro amante.
¿A quién había de amar, sino a Dios solo,
solo merecedor de ser amado,
que oyó de mi oración las tiernas voces?
Inclinome, piadoso, los oídos.
dio audiencia fácil a mis memoriales,
por lo cual todo el curso de mi vida,
siempre animosamente confiado,
en mis aprietos y mis desconsuelos
le llamaré y esperaré seguro.
Los dolores y angustias de la Muerte
los cordeles, crueles, me apretaron,
todo me rodearon y ciñeron,
los ascos y peligros del sepulcro
por mis puertas se entraron y me hallaron
tal que ya de la capa me tiraban.
La puerta escurecida del infierno

de par en par se abrió para sorberme;
di a correr y encontré con el angustia,
con el dolor, tribulación y asombro;
su favor imploré, invoqué su nombre
y díjeme: «Señor, humilde os ruego
que mi vida libréis, salvéis mi alma,
pues que sois justo y misericordioso
y sois todo bondades y clemencias»,
y de mis desconsuelos apiadado,
usó conmigo sus misericordias,
más practicadas de él que sus justicias;
y como vi que ampara a los pequeños,
honra <a> los mansos, los humildes guarda,
pequeño me humillé, rendime manso
y en viéndome humillado y encogido,
me redimió y libró piadosamente.
¡Oh, alma mía!, pues su amparo gozas,
depuestas las congojas fatigadas
al sosiego te vuelve descansado,
vuélvete, alegre, a la pasada holganza,
a la tranquilidad y paz segura,
pues el Señor, como bienhechor tuyo,
tantos bienes te ha hecho y beneficios,
que rescató mi vida de la Muerte
y desahogó de lágrimas mis ojos,
mis pies detuvo, no se despeñasen,
con caída dañosa, en cueva oscura,
por lo que, agradecido y obligado,
mientras de esta región vital gozare
que es tierra de los vivos, cuidadoso
viviré de agradar a un Dios tan bueno,
de andar alegre siempre en su presencia,
de virtud en virtud siempre medrado
y en la patria del Cielo, región propia
de los vivientes, donde todo es vida,
vida que siempre vive y nunca muere,
le agradeceré cuando su rostro vea,
como mi amante corazón desea.

PSALMO CXV

CONTINÚA EL MISMO ASUNTO

Porque con fe animosa, en Dios fundada,
creí su santa ley, hablé sin miedo,

si bien con rendimiento generoso
y sujeción profundamente humilde
mi entendimiento cautivé altanero
y en extático arrobo suspendido,
de mí mismo, con plantas presurosas,
huyendo sin huir, la región viendo
y tierra de los vivos, dije a voces:
«Todo hombre, bajo o alto, sabio o necio,
que en hombre humano la esperanza funda,
que funda en las riquezas su esperanza,
que funda en su esperanza sus descansos,
que funda en sus descansos sus venturas,
que funda en sus venturas larga vida,
ni gusto ni salud en vida larga,
mente engañado y engañador mente.
mente quien piensa tal y quien tal dice,
Dios solo verdad dice y verdad trata,
que es verdad suma y todas las verdades,
solo quien desengaña y quien alumbra,
que me alumbró con santos desengaños
y me desengañó con su luz santa,
¿qué, pues, después de tantos beneficios,
tantos favores y mercedes tantas
y por todos los bienes que me ha hecho,
le podré retornar con que le agrade?
¿Qué habrá que darle, de lo que me ha dado,
pues que me ha dado todo cuanto tengo?
¿Qué la daré? Con fortaleza heroica
estar expuesto y tolerar alegre
la cruz pesada y cáliz de amargura,
de penas, de trabajos y aflicciones,
que quisiere que humilde lleve y beba,
con fe que en lo penoso de la carga,
del amargor en el desabrimiento
de mis afanes la salud consiste,
por lo cual, del sagrado altar en torno,
reconocido a tantos beneficios
el cáliz tomaré y libaré grato,
invocaré su omnipotente nombre
confiando en él, de mí desconfiando.
Cumplirele los votos y promesas
que le hice en mis aprietos y aflicciones,
que esclavo vuestro soy y hacienda vuestra,
nacido en vuestra casa, que soy hijo

de madre que también es vuestra esclava.
La ese el clavo, el grillo y el virote,
los hierros y cadenas injuriosas
de mis culpas borrastes y rompistes:
ofrecereos, siempre agradecido,
a tantos beneficios y mercedes
sacrificios eternos de alabanzas.
Jerusalén, los votos y promesas
que hice al Señor en mis tribulaciones
cumpliré a vista de tu pueblo todo,
todos serán testigos que las cumplo,
de su templo a la entrada y en los patios
verán que pago a Dios lo prometido,
de nuevo a su favor reconocido.

PSALMO CXVI

CONVIDA A LAS ALABANZAS DE D.N.S;
ALABAD AL SEÑOR TODAS LAS GENTES

Alabad al Señor todas las gentes,
benedicid al Señor los pueblos todos,
que alienta el Sol con sus vitales luces
para suyos llamados y escogidos,
cuya elección y vocación dichosa
os trajo al gremio santo de la iglesia
que, como madre, en los hallados hijos
se alegra y da los brazos, amorosa,
os dio, amorosa y tierna, mil abrazos
y ufana os puso en medio de su pecho,
alabad al Señor y bendicidle
porque su liberal misericordia
estableció en nosotros con copiosas
mercedes, bienes, dones y favores
y confirmó en nosotros con mil dichas,
una siendo, de todas las mayores,
si no fue la mayor que nos ha dado
y la verdad en sus prometimientos
con la fidelidad de sus palabras
de un siglo en otro, de una en otra gente,
durará sin mudarse eternamente.

PSALMO CXVII

HACIMIENTO DE GRACIAS Y CONGRATULACIÓN Y DE CRISTO

Confesad y alabad al Señor nuestro,
benedicidle con himnos de alabanzas
y dadle gracias, siempre agradecidos,
porque es bueno, el bien sumo y el bien todo,
que a todos liberal se comunica,
de todos bienhechor y beneficio
y porque su real misericordia,
ejercitada en las miserias nuestras
con edades y siglos no se mide
que es con su misma esencia, perdurable.
El pueblo de Israel, ahora y siempre,
del sacerdote Aarón familia y casa,
todos los que le aman y le temen,
todo el orden político le alabe,
la nobleza del pueblo, el sacerdocio
y la gente común, agora y siempre,
agora y para siempre le conozca,
le bendiga y le alabe, porque es bueno,
el bien todo y principio de los bienes,
porque es inmensurable su clemencia
y inagotable su misericordia,
que yo, experimentado, las conozco
y se las reconozco agradecido,
pues rodeado de tribulaciones,
apretado de angustias y de penas,
le llamé y me escuchó piadosamente,
el pecho desahogó, desalentado,
porque a lo ancho me sacó del Cielo,
con que dio esfuerzo al corazón cobarde.
Mirándole a mi lado, en mi defensa,
el mal no temeré que hacerme puede
el hombre más rasgado y más perdido;
hallelu en mi defensa y a mi lado,
que yo despreciaré animosamente
armadas huestes de mis enemigos,
mirarelos cual suele, de lo alto,
el que tiene las piedras y la cuesta,
que lo más cierto siempre y más seguro
es confiar en Dios y no en los hombres,
que el mejor hombre es hombre, y el amigo
falta al mayor amigo, el hijo al padre,

el hermano al hermano; es lo seguro
y lo mejor, poner las esperanzas
en solo Dios, no en príncipes del suelo,
que al mejor tiempo, os dejan o se cansan,
se enojan, o se mudan, o se mueren
y Dios nunca se muere ni se muda,
ni mal sufrido os deja, ni se cansa,
que yo, cercado de armas enemigas,
de todos acusado y perseguido,
en nombre del Señor, valientemente
sobre ellos revolví y tomé venganza
dejándolos vencidos, sino muertos.
En torno me ciñeron y cercaron,
juzgando mis remedios imposibles
y que escaparme de ellos no pudiera,
mas en el nombre del Señor, por todos
rompí y tomé de todos la venganza.
Como enjambre de abejas zumbadoras
armadas de agujones penetrantes
que granizó en mi daño rubia nube,
encendidos en cólera fogosa
me cercaron (¡ay, Dios!) y acometieron,
mas como fuego suele acelerado,
en serojas cebado y entre espinas
que en ceniciento polvo las convierte,
quedaron consumidos y acabados
y en nombre del Señor, en quien espero,
de todos, sin pecar, tomé venganza
y, como suele luchador mañoso
que intenta dar con su enemigo en tierra,
que tras armarle astuta zancadilla,
con ímpetu dañoso le rempuja,
derribar procurando al rempujado,
yo, rempujado impetuosamente,
iba a dar de ojos, mas a la caída
previno Dios para que no cayese,
que me detuvo y tuvo de su mano,
pero ¿qué mucho, si alabarme puedo
que es el Señor mi amparo y fortaleza?
Que se hizo mi salud, por que la tenga,
dando materia para que le alaben,
celebren sus piedades y mis dichas
y que digan, gozosos, que la mano
diestra de Dios mostró su poderío,

ostentó su poder en levantarme.
que repitan, alegres, que la diestra
mano de Dios manifestó su esfuerzo
descubriendo sus fuerzas en mi amparo
y de él favorecido en mis afanes
no moriré, que no es el mal de muerte,
viviré vida larga y descansada
por que repita siempre agradecido
las obras del Señor maravillosas
y alabe sus prodigios y milagros;
bien es verdad que con amor paterno
me castigó con penas reiteradas.
por culpas que Él se sabe y yo confieso
(que corren por mi cuenta las ajenas),
castigome, mas fue blanda la mano:
no tan sañudo fue que me entregase
en las sangrientas garras de la Muerte.
Abridme, pues, las puertas de los Cielos,
puertas cuyo portero es la justicia,
si bien las abre la misericordia.
Abrid, entraré dentro, donde alabe
y confiese de asiento sus grandezas
y le bendiga con acción de gracias;
son puertas que el Señor abre a los justos,
reconocidos a sus beneficios,
las cuales entrarás dichosamente,
que solo justos entrarán por ellas.
Abrid de par en par las puertas altas,
porque triunfante y victorioso vuelvo,
rendidos a mis pies mis enemigos,
abrid las puertas de su templo santo,
que son puertas de Dios, para que dentro
le confiese, le alabe y dé las gracias.
Confesaré con himnos y canciones,
oh, soberano Dios, vuestras grandezas
porque correspondistes a mis votos
y cumplistes mis votos y deseos
y fuistes mi salud, mi vida fuistes,
mi salud temporal, mi eterna vida.
Estuvo mi remedio en que la piedra
(si bien preciosa, electa y aprobada)
que descendió del monte, sin que manos
humanas la cortasen ni puliesen)
de los canteros y aparejadores

para el alto edificio reprobada
a su pesar, por orden de los cielos,
hizo esquina y cabeza al edificio
trabando las paredes divididas,
haciendo una, de las dos paredes,
con fortaleza eterna eslabonando
ángeles y hombres, reyes y zagales,
hebreos y gentiles, Dios y hombre,
siendo unos todos misteriosamente.
Fue heroica hazaña del poder divino
y, por serlo, admirable en nuestros ojos.
Este día, pues, admiraciones todo,
misterios todo, todo maravillas,
es el que Dios formó por fiesta suya
y que solemnizar todos debemos,
guardar y celebrar con gusto grato,
júbilos revertiendo y alegrías,
como el enfermo suele y el cautivo
el día celebrar que, rescatados
aquel se halló de la mortal dolencia
y este del afanado cautiverio.
En la virtud de esta divina piedra,
fundado con esfuerzos victoriosos,
me salvad, ¡oh, señor!, y socorredme,
dad a mi reino prósperos principios,
entre con buen pronóstico en mi reino
y gozosos repitan: el que viene
en nombre del Señor, bendito sea.
Y digan los sagrados sacerdotes:
todos con tierno afecto os bendecimos
y de la casa del Señor sagrada,
desde su templo grandemente santo,
porque el Dios de Israel, el Señor nuestro
que nos rige, gobierna y beneficia,
nos ilustró con los divinos rayos
de sus favores y misericordias.
Estableced y instituid, alegres,
este solemne día por festivo,
celebradle con himnos y canciones,
con bellas flores y frondosos ramos,
enramando y vistiendo el santo templo,
adornando las víctimas sagradas
de guirnaldas, de ramos y de flores
hasta ponerlas del altar al lado

donde han de ser acepto sacrificio,
que yo, Señor, con himnos de alabanzas,
siempre confesaré, con todo afecto,
que sois mi dios, engrandeciendo siempre
y ensalzándoos, mi dios, por señor mío.
Confesareos, con acción de gracias,
porque me oísteis amorosamente
y despachastes bien mis memoriales,
porque sois mi salud y me la distes,
confesad todos, pues, al señor nuestro,
honradle, engrandecedle y ensalzadle,
porque es bueno, porque es la bondad misma,
bienhechor general de cuanto vive
y porque sus clemencias y piedades
edades largas durarán de edades.

PSALMO CXVIII

DE LA OBSERVANCIA DE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS

Aleph. DOCTRINA PRÁCTICA
¡Oh, muchas veces bienaventurados
en esta tierra y la de los vivientes
los que los malos pasos del camino
de esta vida mortal, tan mal seguro,
tan lleno de peligros y pantanos,
sin mancillarse nunca o salpicarse
pasan, no menos puros que perfectos
y que sin reprehensión por la vereda
estrecha de la Ley de Dios caminan,
¡Oh, muchas veces bienaventurados
los que meditan y escudriñan siempre
con estudio acordado sus preceptos,
sus mandatos y santos testimonios
y que, tras meditarlos, solicitan
con todo el corazón, con toda el alma
de buscar y servir, después de hallado,
a un Dios legislador tan sabio y justo!
No los que inquietamente viven y obran
esclavos de sus gustos, que pasean
el camino espacioso del deleite
pisando flores y cogiendo espinas,
caminarán por sus angostas sendas,
por donde van los buenos y los justos,
pisando espinas y cogiendo cielos.

Vos mandastes, Señor, que exactamente
y que con toda perfección se guarden,
sin que falte una jota, ni una tilde,
los mandamientos y preceptos vuestros.
Oh, plega a Vos que atine en la observancia
(sí atinaré, por Vos encaminado)
de sus aciertos, y mis pasos todos
a cumplir como debo se dirijan
vuestros justificados mandamientos,
no solo justos, más que justo hacen,
pues consiste en guardarlos y en cumplirlos
nuestra justicia toda y nuestro cielo,
que entonces, no confuso ni afrentado,
cuando se representen a mis ojos
más alegre y gozos en todos ellos
me ufanaré, mirando que los guardo
y que los he cumplido como debo;
confesaré, con santa acción de gracias,
y alabaré con sencillez humilde,
señor, vuestra piedad en mis socorros,
porque mi corazón encaminastes
a que estudiase atento y aprendiese
la obediencia de vuestros mandamientos,
justos juicios vuestros, procedidos
de <la> justicia vuestra, recta y santa.
Procuraré, con mis posibles fuerzas,
siempre observar y observaré animoso
vuestros justificados mandamientos,
pero no me dejéis si, por flaqueza
diere algún paso atrás en su observancia,
no digo para siempre, mas ni un punto
que si Vos me dejáis desamparado
¿quién, sin Vos, oh, Señor, podrá ampararme,
ni defenderme, ni patrocinar-me?

Beth. HABITACIÓN

El mozo que ha vivido como mozo,
cebado en sus engaños no entendidos
por el campo espacioso de los gustos
¿cómo podrá enmendarse y corregirse?
¿Cómo? Guardando las palabras vuestras,
las leyes vuestras y preceptos santos.
Cuanto a mí toca, bien sabéis que, atento
con todo el corazón, no dividido

en otras cosas, os busqué y os busco.
No me distraiga en otros pensamientos
ni permitáis, Señor, que me divierta
en más ocupaciones que serviros,
ni me apartéis de los preceptos vuestros.
Guardé en lo más secreto y escondido
del corazón, como en secreto suele
difícil de escritorio el oro y plata,
vuestras palabras y estatutos santos
por que la culpa no me los robe
y, culpado, Señor, no os ofendiese.
Mil veces seais bendito y alabado
por tantos beneficios y favores
como de vuestra mano he recibido,
mas por que nunca no los desmerezca
me enseñad vuestros justos mandamientos,
pues no se me cayeron de los labios
predicando, enseñando y persuadiendo
vuestros santos preceptos y palabras
que intimastes, Señor, por vuestra boca.
Y sigo más alegre y más gozoso
el camino real de vuestras leyes,
de que tenemos tantos testimonios
que, si fuera señor de las riquezas
todas, que esconde el mar, la tierra goza,
que no son todas juntas comparables
a la segura paz de una conciencia
del que los guarda y cumple como debe.
Mis ejercicios y meditaciones
será de vuestras leyes la observancia,
consideradamente siempre atento
a las pisadas y caminos vuestros,
sin que de vista pierda mi memoria
con meditación nunca interrumpida
de vuestra Ley ni aun la menor palabra,
con lo cual viviré siempre ajustado,
contento (¡ay, Dios!) no menos que pagado.

3. *Gimel*. SIERVO

Este bien, Dios, haced a vuestro siervo
por paga anticipada a mis servicios,
por que títulos tenga de pedirla,
de darme vida para que con ella
guardar pueda y cumplir vuestras palabras

que son de vida y que me dan la vida.

Alumbrad de mi ciego entendimiento
con vuestras luces los vendados ojos
para que considere atentamente
de vuestra ley las maravillas altas
y pues <yo> morador soy de la tierra
que como los demás en ella moran
tan de asiento que olvidan vuestro cielo,
mas, como veis viandante y peregrino
que va de paso a la celeste patria
no me escondáis, Señor, vuestros mandatos
ni los guardéis de mí por que los guarde
y cumpla como debo, os ame y sirva.
Ved que adolece el alma de deseos
y crece por instantes la dolencia
y con ella las ansias importunas,
siempre desea vuestras justas leyes
y humildemente con ellas ajustada,
guardarlas todo el tiempo de esta vida,
soberbio no, mas mansamente humilde,
que reprehendéis, acedo, los soberbios
que no las guardan o que mal las guardan.
Malditos sean de Vos los que declinan
jurisdicción y vuestras leyes dejan,
codiciando vivir de ellas exentos,
los cuales, con matracas y baldones,
de mí se burlan, mofan y escarnecen
y es sabido por qué: porque codicio,
y solícito busco vuestras leyes,
de que nos dais bastantes testimonios,
libradme, eterno Dios, de estas injurias,
de estas mofas, baldones y desprecios,
que aun hasta los magnates y jueces,
príncipes altos y gobernadores,
a quien, por ser quien eran, les tocaba
defender la virtud, me perseguían,
de asiento hablando en los agravios míos,
mas entre tanto, vuestro humilde siervo
se ejercitaba en vuestras justas leyes,
que me justificasen procurando,
porque lo que medito y pienso siempre,
con el calor del alma digeridos,
vuestros preceptos son, de quien gozamos
auténticos y eternos testimonios,

son mis consejos y mis consejeros,
son mis deleites y mis gustos todos,
a quien siempre consulto, busco y sigo,
que vuestras leyes justas justifica
y las dichas del alma multiplican.

4 *Daleth*. ENFERMO

De dolencias, Señor, de cuerpo y alma,
ando triste, cosido con la tierra,
como dicen, la cara a las paredes,
mi cuerpo entre los polvos del sepulcro,
mi alma entre los miedos de la muerte,
restituidme a mi salud primera,
dadme la vida que de vos espero,
alegrad mi mortal melancolía
conforme a las promesas y palabras
que me habéis hecho y dado tantas veces,
pues sin rebozo, sino sin empacho,
os confesé de mi pasada vida
los caminos errados y torcidos,
mis culpas y flaquezas, pues me oístes
y concedistes lo que os suplicaba,
vuestras sagradas leyes enseñadme
para que las observe y, observadas,
vuestra gracia y piedad me justifique.
Dadme nueva instrucción de vuestras leyes
por que siga sus pasos y me ajuste
al cumplimiento de sus estatutos.
Serán, de hoy más, mis ejercicios todos
engrandecer las maravillas vuestras,
que el alma, enflaquecida, se adormece
y con dolor me entibia y empereza
en la virtud y en el servicio vuestro;
alentadme, Señor, y confirmadme
con las palabras y promesas vuestras
para que en ellas, firme, persevere.
Sacadme del camino de las culpas,
camino de mentiras y de engaños
por donde, errado, me precipitaba.
No vuelva más averle de mis ojos
y de nuevo obligado a la ley vuestra
en lo que contra ella os he ofendido
usad conmigo de misericordia,
que el camino he escogido, si bien tarde,

verdad fiel, el verdadero
por donde la Verdad me va guiando,
sin olvidar jamás vuestros juicios,
que estampados los tengo en mi memoria,
siempre observados, meditados siempre,
y pues me arrimo a vuestras ordenanzas,
de quien dais suficientes testimonios,
pues las sigo y abrazo, no me vea
afrentado de vos ni confundido.
El corazón, turbado, desahogastes,
respiré y dilatose, y dilatado,
por el camino real de vuestras leyes
caminaré con paso apresurado,
volaré, suelto, al palio de la Gracia,
confiado en Vos, sin la menor desgracia.

5. He. DESCONFIADO DE SUS FUERZAS

Poned por ley, Señor, a mis afectos,
el deseo y camino de las vuestras,
tan justas que hacen justo al que las guarda:
solo codicie andar este camino
por que las busque y siga como debo
y las guarde, animoso, hasta la muerte.

Mas para que penetre y escudriñe
sus misterios, provechos y grandezas
ilustre vuestra luz mi entendimiento,
dadme un conocimiento iluminado,
guardarelos por único tesoro
en todo el corazón, en toda el alma.
Encaminadme por la senda estrecha
de vuestros mandamientos, como suele
madre al niño guiar que andar no sabe,
o id delante Vos para que acierte,
que caminar por ella son mis gustos,
mis deleites, amores y descansos.
Y para que mejor las guarde y cumpla
mi corazón inclinaréis, cobarde,
a la verdad de vuestros testimonios
sin permitir, Señor, que ciegamente
se aficione o incline a la avaricia,
fuente y raíz de las desdichas todas.
Mis ojos apartad, guardad mis ojos,
no los prenda y cautive la hermosura
engañadora de las honras necias,

de las riquezas y dañosos gustos,
que es todo vanidad y vanidades,
mas ponedme seguro en el camino
de la vida que es vida y que da vida.
Y confirmad a vuestro humilde siervo
con establecimiento permanente
de la palabra vuestra en la observancia,
que es palabra de Dios y que penetra
como cuchillo agudo de dos filos,
el corazón, los huesos, las entrañas,
por que en el temor vuestro persevere.
Cortadme de raíz ciertas sospechas
que al corazón turbado atemorizan
con tristes miedos, que en el día postrero
me he de ver afrentado y confundido;
quitádmelas del todo, pues tan blandos
vuestros juicios son y tan suaves
y me alegra su guarda y cumplimiento.
Mirad que codicié con toda el alma
guardar vuestros preceptos y mandatos.
Socorros me enviad de vuestra gracia,
de mis codicias vida verdadera,
según vuestra equidad favorecedme
para que allá en la tierra prometida
me deis, con larga mano, larga vida.

6. *Vau*. CONTRA LOS CALUMNIADORES

Y descienda, Señor, en larga lluvia,
sobre la tierra estéril de mi pecho
vuestra misericordia deseada
por que sus sequedades fertilice
baje vuestra salud en lluvia fértil
según vuestras palabras y promesas,
que me bañe, me lave y purifique,
por que, lavado así, responder ` pueda
a los que con baldón me dan en rostro
que vuestra ley inútilmente guardo
con los provechos de mis esperanzas,
pues por estar en las palabras vuestras
crecen mis medras y mis dichas crecen.
Y no me permitáis que de la boca
se me caiga jamás vuestra palabra,
palabra de verdad, la verdad misma,
de ella no me privéis en ningún tiempo

y si en alguno lo desmereciere
ni sea para siempre, ni del todo,
pues con vivos afectos y deseos
puse en vuestros juicios mi esperanza
esperando el seguro cumplimiento.
Vos veréis cómo guardo la ley vuestra
si mil siglos viviese, que la guardo
en este siglo y en el venidero,
veréis que vivo y ando desahogado
el camino de vuestros mandamientos
que el pecho, dilatado cuanto alegre,
ensancha el corazón flaco y cobarde
porque los amo y busco ansiosamente.
Hablaré con denuedo generoso
en fe de vuestra ley y virtud suya
delante de los príncipes y reyes
sin verme confundido y afrentado,
siempre meditaré con toda el alma,
leyendo, orando, hablando y discurriendo
vuestros mandatos, a quien quiero y amo,
con respeto, afición, gusto y deleite.
Tras meditarlos, luego remitiendo
a las manos sus santos ejercicios
y ejecución de sus preceptos santos,
las manos alzaré, dándoos las gracias
porque tan blandas leyes me pusistes,
que son, por vuestras, tan justificadas
que mil veces merecen ser guardadas.

7. *Zain*. HACE RECUERDO DE LAS PROMESAS

Acordaos, ¡oh, Señor!, de la palabra
vuestra y cumplidla como prometistes,
de la palabra vuestra que a este siervo
esperanzas le distes tan seguras
que en mis abatimientos despreciados
es lo que más me anima y me consuela,
vuestra promesa real, vuestra palabra,
que el alma ya en los dientes, medio helado,
la vida me volvió y me dio la vida.
Los soberbios que injustamente viven
son los que me persiguen y aborrecen
hasta más no poder, siempre olvidados
de vuestra ley y vuestros mandamientos,
mas yo, como sabéis, nunca he torcido

mis pies de su camino solo un punto:
sin apartarme de él, siempre la guardo.
Siempre traigo presente en mi memoria
vuestros juicios, desde los principios
del mundo, justos cuanto verdaderos,
creyendo que ha de ser lo mismo siempre.
Desfallecía de congoja y pena,
lleno de horror de celos me abrasaba
viendo, Señor, cuán injuriosamente
los malos vuestra ley sagrada dejan
y sin respeto olvidan y desprecian;
y vuelto en mí del desfallecimiento
me hallaban tan alegre y consolado
de guardar vuestras leyes y estatutos
que eran mis versos, que eran mis canciones;
en mi casa, gozoso, los cantaba
y cuando caminaba, peregrino,
perseguido y ausente de mi patria,
cantarlos he mientras peregrinare,
huésped en este valle de miserias
y no contento, no, con el recuerdo
que hacía entre día de Vos y vuestro nombre,
con mil gustos la noche me acordaba,
vuestra ley revolviendo en mi memoria,
alegre de saberla y de cumplirla.
Toda esta dicha, toda esta ventura
me sucedió porque con largos gustos
busqué y guardé vuestros preceptos justos.

8. *Heteo*. DIOS. SU HERENCIA

No quiero mejor suerte y mayor dicha
que teneros por parte de mi herencia.
No me contentaré, Señor, con menos,
que todo es menos cuanto el mundo tiene
cuanto os puedo pedir y podéis darme
y como solo de mi parte os tenga
dije, y diré mil veces, que animoso
guardaré vuestra ley constantemente;
y para merecerlo os he rogado,
con todo el corazón, con encendidos
afectos y deseos fervorosos
que me mostréis el rostro vuestro alegre.
goce de vuestra gracia y favor vuestro,
que si merezco verle, cierto vivo

que conmigo usaréis vuestras clemencias
y que tendréis de mí misericordia
según vuestras promesas y palabras.
Consideré, de mi pasada vida
los malos pasos y torcidas sendas
y para siempre los volví los ojos
y enderecé mis pies por el camino
de vuestra Ley y santos testimonios.
Prevíneme y dispúseme y, dispuesto,
madrugué, no remiso ni turbado,
a esperar vuestros órdenes divinos,
sin repugnancia, humilde y obediente,
deseando guardar vuestros preceptos.
Vine, enlazado en torno y rodeado
como de gruesas cuerdas y ataduras
de lazos que me echaron y ciñeron,
de penas, aflicciones y acechanzas
mis contrarios, visibles e invisibles,
ángeles feos y hombres pecadores,
mas no por verme así viví olvidado,
ni lo viviera, el lazo a la garganta,
de vuestra Ley y vuestros mandamientos.
Que en el silencio de la muda noche,
cuando llega a la cumbre de la cuesta
empedrada de estrellas y luceros,
que es la mitad de su fatal jornada,
me levantaba alegre, a confesaros
y a daros gracias, puesto de rodillas,
por los juicios vuestros nivelados
de vuestra igual justicia, por el peso
justificada en todas sus acciones.
Hicístesme tamaños beneficios,
como a miembro, aunque indigno, de la iglesia,
cohermano y coheredero de sus bienes,
de hacerme por la gracia solo vuestra
de todos los que os temen como hijos,
de todos los que observan vuestras leyes,
participante de sus buenas obras
y que conmigo las comunicasen.
Mas no me maravillo, rey eterno,
si la real misericordia vuestra
llena toda la tierra, sin que deje
el rincón más secreto y olvidado,
haciendo a todos bien generalmente,

sol que amanece al malo como al bueno,
lluvia que goza el justo y el no justo,
por lo cual me enseñad, oh, rey de reyes,
vuestras amables, cuanto justas leyes.

9. *Teth*. HACIMIENTO DE GRACIAS CON ROGATIVA

Pues habéis, oh, Señor, con vuestro siervo
con suavidad benigna ejercitado
una tan gran blandura y mansedumbre
muy conforme a la grande bondad vuestra
y a las palabras vuestras muy conforme,
haciéndome tan largos beneficios,
enseñadme a tener para con todos
esta bondad, blandura y mansedumbre
y, con ella, prudencia en mis juicios
y con los dos, Señor, sabiduría
para saber guardar vuestros preceptos
que dócil me hallaréis como obediente,
pues que crédito doy con fe del alma
a vuestros mandamientos y estatutos.
Antes que los trabajos y las penas,
los adversos sucesos y las cuitas,
los desconsuelos y tribulaciones
me afligiesen, rindiesen y humillasen,
confieso que pecaba libremente,
mas ya que por la pena he sido cuerdo,
de ella obligado como corregido,
guardé y guardaré siempre, desde entonces,
vuestra palabra y vuestros mandamientos.
Y en lo que con humilde afecto os ruego
no me atreviera a seros importuno
si os tuviera por seco y por difícil.
Empero, sois tan bueno y tan benigno,
tan bienhechor, tan manso y tan suave
que me atrevo a rogaros humilmente
que, en consideración de bondad tanta,
tanta benignidad, tanta blandura,
me enseñéis vuestras leyes y mandatos
por que me enmienden y me justifiquen,
pues por hacer que de ellas me apartase
mil soberbios, de Dios despreciadores,
de los terrenos bienes embriagados,
me propusieron mil doctrinas falsas,
engañosas ficciones, con aumentos

largos, multiplicando sus errores,
sus maldades, engaños y mentiras.
mas yo propuse denodadamente
con todo el corazón, con toda el alma,
de siempre meditar vuestros preceptos
y de guardarlos siempre cuidadoso,
que el corazón de estos soberbios hombres
se ha endurecido tanto y congelado
como leche cuajada, en queso vuelta,
de gruesa enjundia por su mal cubierto,
siempre pensando rudas groserías,
mas yo, mi Dios, con gusto deleitoso,
guardo y medito vuestra ley sagrada.
Por dicha grande y bien grande, estimando
el que me hicistes en atribularme,
en rendirme, humillarme y abatirme,
que rendido, abatido y castigado,
a guardar deprendí vuestros preceptos
justificados y justificantes,
que para mí no hay bienes comparables
a la doctrina y ley de vuestra boca,
millares de millares de ducados,
cuanto oro y plata tiene el mundo todo
es menos para mí que la ley vuestra
de la fe madre y del amor maestra.

10. *Jod.* PIDE HECHURA DE DIOS SU GRACIA.

Vuestras manos, Señor, omnipotentes
del no ser para ser el ser me dieron,
dístesme un cuerpo todo admiraciones,
aliento vuestro y vuestra semejanza,
una en substancia y en potencias, trina,
pues soy hechura vuestra y todo vuestro
dadme un entendimiento iluminado
con que estudie y aprenda la ley vuestra,
veréis que los que hidalgamente os temen
se alegrarán de ver cuán confiado
espero y cuán seguro en las palabras
y promesas, Señor, que me habéis hecho:
tan cierto las espero y tan seguro
como si poseyera y no esperara,
como si en mí las viera ya cumplidas.
Conozco yo que son vuestros juicios
la misma rectitud, la verdad misma

y que en virtud de su verdad sagrada
y según su entereza no mudable,
para cumplir con ella me abatistes
con rigores, con penas, y castigos.
Y porque los conozco, humilde os ruego
que uséis conmigo de misericordia,
que me aliente y consuele en tantas cuitas
conforme a la promesa y la palabra
dada y hecha a este humilde siervo vuestro.
Que son tantas y tales mis miserias
que necesito de clemencias grandes
que bajen sobre mí como llovidas,
reciba, pues, de Vos, estas piedades,
pues veis que vuestra Ley es mi regalo,
es mi meditación y mi deleite.

Confundiranse entonces los soberbios
que tan de intento como injustamente
usan conmigo todas sus maldades,
agravios grandes y persecuciones
por desquiciar mis buenos ejercicios,
pero en vano, Señor, porque animoso
los haré siempre en vuestros mandamientos.

Vuélvanse, pues, a mí los que humillados
os temen y aman y los que conocen
vuestros irrefragables testimonios
viendo, obedientes, cómo os obedezco;
lléguense a mí, para que, todos juntos,
os alabemos y sirvamos siempre
y dadme un corazón por vuestra gracia,
no mancillado, puro, casto, limpio,
no tocado de afectos que os ofendan,
mas de purezas lleno y perfecciones.
para que consumadamente guarde
las justas leyes vuestras que hacen justos,
de suerte que en el día temeroso,
no me confunda, triste y vergonzoso.

11. CAPH. CONSTITUIDO EN LOS ÚLTIMOS MALES

Mi alma, adolecida de deseos,
ansiosa espera y lacia desfallece
por ver vuestra salud, Salvador mío,
multiplica esperanzas y codicias
por las palabras y promesas vuestras
porque su cumplimiento se dilata.

Mis ojos pulsos de sus sentimientos
y vivos instrumentos de sus ansias,
hechos fuentes de lágrimas padecen
por oír vuestra voz desmayos tiernos
y os dicen en mi nombre: «Señor, ¿cuándo
cuándo consolaréis mis desconsuelos?»
Porque de atribulado y afligido
la piel se me ha encogido y arrugado,
como cuero olvidado entre la escarcha
que, puesto al humo para que se enjugue,
se encoge, arruga, seca y ennegrece,
mas aunque atribulado y perseguido,
nadie dirá que olvido vuestras leyes:
selas muy de memoria y muy del alma.
Por tanto, consolad a vuestro siervo
con decirle los días que me quedan
de penas, desconsuelos y aflicciones,
decidme: ¿cuándo, justamente airado
haréis justicia de los que sin causa
me afligen, desconsuelan y persiguen?
Los cuales, por turbarme y inquietarme
me quieren divertir con cuentos varios,
novelas afeitadas y mentiras;
fábulas buscan para distraerme,
todo para enlabiarme y despeñarme
en cuevas que cubiertas disimulan.
Mas sus fábulas chistes y novelas
echo de ver que son vanas mentiras,
muy al revés de vuestra ley sagrada,
que es verdad toda y todas las verdades,
habiendo entre los dos la diferencia
que hay de la luz del sol a las tinieblas.
Pues que la sigo y guardo, defendedme
de los que injustamente me persiguen.
Guardadme y defendedme, que me he visto
muy cerca, por sus iras inclementes,
de llorarme, cosido con la tierra,
hollado, despreciado y consumido.
No he estado un dedo de perder la vida,
empero, en los aprietos más crueles,
en las crueldades más encarnizadas,
no dejé de guardar vuestros preceptos,
siempre obediente a sus mandatos santos.
Señor, por vuestra gran misericordia

me librad de tamañas tiranías
dando de nuevo vida a vuestro siervo,
con que de nuevo cuidadoso guarde
la ley, por vuestra misma boca dada
y con vuestra verdad testificada.

12. *Lamed*. LA LEY DE DIOS PERPETUA

Vuestra palabra real, el real precepto
que pusisteis al Cielo y a la tierra,
Señor, eternamente permanece
con el curso del Cielo y en el Cielo,
no sujeta a mudanza, como vuestra:
vuestra verdad, Señor, vuestra palabra,
de siglo en siglo, de una edad en otra,
se cumplió y cumplirá perpetuamente
y ¡qué mucho que eterna permanezca
si la tierra, que es tierra, el más inculto,
el más grosero de los elementos,
el abatido más y más hollado,
con el curso del cielo permanece?
¿Qué mucho si es el Sol padre del día
desde cuando salió de vuestras manos,
imitador de vuestras hermosuras
y de vuestra bondad comunicable,
persevera obediente desde entonces
en el orden primero que le distes?
Porque todas las cosas, Cielo y tierra,
ángeles y hombres, aves y animales,
como a Señor supremo os obedecen,
os reverencian., sirven, temen y aman?
Si vuestra Ley no fuera mis descansos,
divertimientos, gustos y deleites,
alto sujeto de mis ejercicios
siempre en ella estudiando y meditando,
pudiera ser quizá en mis desconsuelos
que entonces en mis penas y aflicciones,
en mis abatimientos y bajezas,
que tristemente hubiera perecido.

Y así no olvidaré vuestras palabras,
no olvidaré jamás las leyes vuestras
justificadas y justificantes,
de ellas me acordaré perpetuamente,
pues con ellas me dais y distes vida,
por ellas vivo y, si por ellas vivo

¿de quien vida mio podré olvidarme?
¿Podré olvidarme de mi vida misma?
Vuestro soy todo, pues que me la distes,
vuestro soy todo, pues que siendo mío,
mío dejo de ser para ser vuestro.
Libradme, pues que soy hacienda vuestra
y están por vuestra cuenta mis socorros.
mirad que con cuidado diligente,
busqué y guardé vuestros preceptos justos.
fui estudioso amador de la ley vuestra.
Libradme, que me esperan insidiosos,
armados de cautelas y acechanzas,
los malos y perversos, procurando
cogerme en escampado y darme muerte;
mas no por eso di jamás de mano
a lo que entendí siempre y siempre entiendo
de vuestra ley y de los testimonios
con que, como quien sois, la confirmastes.
Estudí en ella cómo vivir debo
y de lo más perfecto y consumado
que tiene el mundo, vi, por estos ojos,
los fines, porque al fin todo fin tiene,
y de la perfección más consumada
vi que es fin vuestra ley blanda y suave,
que es fin sin fin, que eternamente dura,
que grandemente el alma desahoga,
que, dilatada, el corazón dilata,
que es ley que manda amar y de amar trata.

13. *Mem.* EFECTOS DE LA LEY DE DIOS EN EL HOMBRE

¡Con cuán ardiente amor, cuán finamente
vuestra Ley santa amé! Profano amante
loco de amores y de amores ciego
menos hablé y pensó en la cosa amada
que en ella, alegre yo, que todo el día
no sé pensar ni hablar en otra cosa.
Mis pensamientos y conversaciones
eran de ella y con ella, no sabía
pensar ni hablar sino en sus hermosuras.
Y de amarla yo tanto, os obligastes
a aventajarme a los contrarios míos
(que de ella ingratamente se apartaron,
que la negaron y la aborrecieron)
en la sabiduría que me distes

para mejor saberla y observarla
eternamente la tendré presente
en voluntad, memoria, entendimiento.
Más sabio fui que todos mis maestros,
pude enseñar a los que me enseñaron
por meditarla y observarla siempre.

Fui mucho más prudente en menos años
que los ancianos más y más expertos,
pude en ella ser padre de mis ayos,
pude en ella ser ayo de mis padres,
porque busqué y guardé sus estatutos,
que por mejor guardarlos y cumplirlos
detuve el paso, por que no se entrasen
mis pies por lo vedado, refrenelos
y de todo camino peligroso
y mal seguro, les cerré los pasos
haciéndolos seguir el verdadero:
el de vuestros justísimos juicios,
sin dejarlos torcer por otras sendas,
porque sois Vos el que la ley me distes
y quien me la intimó para bien mío
y por Vos y por ella, amante suyo,
siempre la guardaré con toda el alma,
porque son ¡oh, cuán dulces y sabrosas
para mí, eterno Dios, vuestras palabras!
Son un terrón de azúcar en mis labios,
mi garganta azucaran, la dulzura
de la miel no es con ella comparable,
es más que mil panales en mi boca.
En la escuela de vuestros mandamientos
estudí y aprendí, por observarlos,
el aborrecimiento virtuoso
del camino trillado de los vicios
y di de mano a todas sus veredas,
si dulces al principio, al fin acedas.

14. *Num.* LA PALABRA DE DIOS, ANTORCHA NUESTRA

En el camino incierto y peligroso,
de malos pasos lleno en noche oscura
a mis dudosos pies vuestra palabra
y vuestra ley antorcha fue lucida
que me alumbró y guió seguramente,
fue una luz clara a mis torcidas sendas,
con la cual, animoso y confiado,

con determinación no arrepentida,
con susto y afición perseverante
hice al Cielo solemne juramento
de guardar los justísimos juicios
por vuestra real justicia promulgados,
si bien para observarlos me conozco
grandemente humillado y abatido,
rendido grandemente y despreciado.
Volved, Señor, por mí, restituidme
de las sangrientas garras de la Muerte
a los seguros brazos de la vida,
conforme a la palabra que me distes
y el espontáneo voto y juramento
que os hice de guardar las leyes vuestras,
sacrificios del alma, que mi boca,
con voluntad gratísima os ofrece,
sean en vuestros ojos agradables;
a mirarlos volved con buenos ojos
y para daros de ellos por servido
y para que os agraden como deben,
suplid, como quien sois, lo que les falta
y enseñadme a guardar vuestros juicios,
vuestras divinas leyes y preceptos,
mirad que traigo, solo por guardarlos,
tan jugada la vida, que es forzoso
remitir a las manos mi defensa
y que fío muy poco de las mías
en tantas acechanzas y peligros
y que en medio de todos no he olvidado,
ni jamás olvidé, vuestra ley santa.
Mirad que por cogerme estos traidores
lazos disimulados me pusieron,
libreme de ellos, pues que me librástes
y el camino acerté de vuestras leyes
sin dar un paso errado ni torcido
y si poseo, como ya heredados,
como parte de herencia y patrimonio,
vuestrs preceptos, vuestros estatutos
y vuestros testimonios invencibles,
que son del corazón sumo deleite
todos sus gustos y sus alegrías,
que llevado del premio prometido
con que remuneráis a los que os sirven
pagando (que pagáis sin deber nada)

cortos servicios con mercedes grandes,
le incliné a que guardase eternamente
vuestras justificadas ordenanzas,
en su guarda viviendo de manera
que goce el premio que animoso espera.

15. *Samech*. APARTARSE DEL MAL Y OBRAR EL BIEN

Aborrecí de muerte los astutos
de lengua lisonjera y trato doble,
sus malas intenciones, sus embustes,
sus astucias, dobleces y maldades
y amé con toda el alma la Ley vuestra
digna de ser, cuanto es amable, amada
y si la amé, ¿qué mucho que aborrezca
a los que la desprecian y aborrecen?
Mi defensor y quien seguramente
entre sus brazos me recibe y guarda,
sirviéndome de escudo y de defensa,
en quien hallo y hallé buena acogida,
esto porque, con cierta confianza
esperé siempre en las promesas vuestras.
Apartaos, pues, de mí, malvados hombres
de malignidad llenos, apartaos,
que me servís de estorbos a mis dichas;
dejadme que medite y que escudriñe
de mi Dios los sagrados mandamientos
por que los guarde y cumpla como es justo.
Y Vos, Señor, según vuestras palabras
me recibid a los favores vuestros,
a vuestro pecho y amorosos brazos
por que viva por Vos y con Vos viva,
no frustréis mis lozanas esperanzas
ni de no conseguirlas me avergüence,
sus medras goce, logre sus empleos.
Ayudadme, Señor, y socorredme,
que está mi salvación en vuestro amparo,
en él me confirmad por que me salve
y meditaré siempre vuestras leyes,
tan justas que hacen justos a los vuestros;
deleitarme, enamorado, en ellas.
Porque con aversión y con desprecio
miráis entre los pies, de ellos hollados
a los que os desestiman y desprecian
y de ellas, locos, por su mal se apartan

con interpretaciones engañosas
porque sus pensamientos, siempre errados
y sus mentiras, siempre burladoras,
ciegos los burlan, necios los engañan.
Por lo cual juzgo por escoria inútil
a cuantos maliciosamente pecan,
con desprecio, Señor, de Vos mirados,
porque de la Ley vuestra transgresores
prevaricaron sus preceptos justos
con interpretaciones no seguras
queriendo corromperla y depravarla
y por el mismo caso, sigo y amo
por constante verdad vuestros preceptos,
llenos de fidedignos testimonios
conforme a su verdad y su pureza.

Heridme, pues, el cuerpo, traspasadme,
heridme el corazón, clavadme el pecho,
Señor, del temor vuestro con las puntas
de penetrantes clavos y saetas;
hacedme estar con vuestra Ley a raya,
pues comencé a temer vuestros juicios,
de forma que el cabello espeluzado
de horror, con todo el cuerpo trasudaba
temiendo, haced que en ellos persevere
y que en Vos, temeroso siempre espere.

16. *Am.* CONTRA LOS CALUMNIADORES

Pues que sabéis, Señor, cuán rectamente
en alto tribunal, con no torcida
seguridad juzgué, no apasionado,
a los que parecieron a juicio,
guardando a cada uno igual justicia,
no me dejéis en las sangrientas manos
de mis calumniadores enemigos,
que mirándome están siempre a las mías,
mas recibidme como a vuestro siervo,
corran por cuenta vuestra mis amparos,
bienhechor mío y bien común de todos,
aplicándome al bien por que bien viva
y afectuosamente en él me alegre,
porque, soberbios, los contrarios míos,
ciegos, no me calumnien y me opriman,
pues que veis que mis ojos, tiernamente
desatados en lágrimas, esperan

la salud vuestra que me prometistes,
cumplidme la promesa y la palabra,
que ya debéis cumplirlas de justicia
en fe de las promesas que me hicistes,
pues que se hace deudor el que promete.
Si por justicia no, por vuestra gracia,
conforme a vuestra real misericordia,
la usad con vuestro siervo que, humillado,
que le enseñéis os ruega los preceptos
que, justos como vuestros, hacen justos.
Vuélvoos a repetir que soy hechura
y siervo vuestro, dadme entendimiento
para que estudie, aprenda, sepa y guarde
vuestra Ley y sus altos testimonios,
que es tiempo de hacer obras las palabras.
Ya es tiempo de ejercer vuestra justicia,
mirad que los perversos, ímpiamente
con vuestra ley rompieron, procurando
destruirla, Señor, tras profanarla.
Por lo cual vuestros justos mandamientos
amo con toda el alma, adoro y guardo,
teniendo en menos, porque todo es menos
cuanto oro goza el mundo, cuanto esconden
sin provecho la tierra y mar, avaros,
cuantos tesoros de preciosas piedras,
de esmeraldas, topacios y diamantes
ha descubierto y encubierto el Cielo.
Por lo cual, con denuedo generoso
por todos los mandatos justos vuestros,
que todos justos son y son caminos,
caminos de los cielos, con seguros
pies camine, dejando los errados,
todos de culpas y maldades llenos
tanto como de mí son conocidos,
con odio capital aborrecidos.

17. *Phé.* LA FUERZA DE LA LEY DIVINA

Son tantas las excelsas maravillas
y tantas las grandezas admirables
de vuestra Ley, Señor, tales y tantas,
que de que es vuestra dan mil testimonios
y a mis meditaciones y ejercicios
alto sujeto y singular materia,
por lo cual siempre las medito y guardo.

No solo en lo interior de su sentido,
lo más oculto y entendido menos,
mas solamente ver la puerta abierta
a su declaración correr el velo,
a prima faz a sus misterios altos
alumbra al alma, al corazón enciende
y entendimiento da a los pequeñuelos
y alta capacidad a los humildes
para guardarla, sabios, y entenderla
y entre ellos yo, como el menor de todos,
a las palabras vuestras anhelando,
para tomar aliento abrí la boca
pidiendo y deseando vuestras leyes
y respiré alentado, porque ardía,
lleno de fogosísimos deseos,
como pendiente ('ay, Dios!) de vuestra boca,
de obedecerlas y cumplirlas siempre.
Mas para que mejor las cumpla y guarde,
volved a mí vuestros benignos ojos
y usad conmigo la misericordia
conforme a la largueza con que juzgo
que la usáis, amorosamente blando,
con los que adoran y aman vuestro nombre
y encaminad mis pasos de manera
que siga y guarde vuestros mandamientos,
por que no prevalezca y predomine
en mí ninguna culpa que os ofenda
ni, con ella, injusticia que os provoque.
Y libradme, Señor, de las calumnias
y vejaciones de los malos hombres,
porque entre ellos estoy como vendido,
por que pueda emplearme libremente
en guardar vuestros santos mandamientos.
Resplandezca, glorioso, vuestro rostro,
sol de hermosura, en este siervo vuestro
y como el Sol, para que le veamos
su misma luz nos da, dadme la vuestra
para que pueda ver, como deseo;
favorecedme solo con mirarme,
y con permitir veros del que os busca
y en vuestros bellos rayos, enseñadme
a guardar vuestros justos mandamientos,
que hechos mis ojos fuentes caudalosas
se despeñaron en arroyos tristes

de lágrimas, debidas a las penas
de que no los guardaron y cumplieron
y de ver que los malos y perversos
dejaron de cumplirlos y guardarlos,
de venerarlos siempre y adorarlos.

18. *Sade*. CELO CONTRA LOS TRANSGRESORES DE LA LEY DE
DIOS

Como sois justo y la justicia misma
y el juicio vuestro sumamente recto,
ordenáis y mandáis que exactamente,
con toda perfección, sin faltar punto,
vuestros justos decretos se ejecuten
y que se cumpla vuestra real justicia
conforme a la verdad que en sí contienen,
y como entiendo la condición vuestra,
de celos me abrasaba y consumía,
podríame y secábame de celos
de que mis enemigos olvidasen
con desestimación vuestras palabras,
vuestras divinas leyes y preceptos,
que no hay ninguna de ellas que no sea
un pedazo de oro, a quien el fuego
esplendor no añadiese y hermosura,
un fuego abrasador de corazones
que con ardor vehemente los enciende;
no hay ninguna que vuestro humilde siervo
no quiera y ame con ardor del alma.
Y aunque me juzgo por mozuelo simple,
de pocos años y discursos menos,
de todos abatido y despreciado,
me precio de guardar las leyes vuestras,
tan justas y tan santas que hacen santos;
que no se muda, no, vuestra justicia,
ni se acaba, Señor, como las nuestras,
porque es la vuestra eterna y perdurable
y vuestra Ley, no solo verdadera,
mas la misma verdad, porque es Vos mismo,
y por serlo, entre angustias y congojas,
penas, tribulaciones, desconsuelos,
que, tercios, me siguieron y me hallaron,
me rodearon y me comprendieron,
son vuestros mandamientos mis deleites,
mis alegrías y meditaciones.

Que sé que son tus altos testimonios
la equidad misma, eternamente iguales;
dadme, pues, Dios, por que mejor acierte
a guardarlos, un claro entendimiento
de su bondad, una alta inteligencia.
Esta merced, señor, de Vos reciba
por que viva por ellos y en Vos viva.

19. *Coph.* ORACIÓN INTENSA

A Vos, Señor, con voces dolorosas
arrancadas de lo íntimo del pecho,
del corazón con sentimientos vivos
llamé, si dolorido, confiado
que habéis de oírme y de corresponderme;
aspirad a mis ruegos y a mis votos
para que guarde vuestros mandamientos
y por ellos en Vos me justifique.
A Vos clamé con ansias lastimeras
y gemidos ansiosos, socorredme,
libradme y dadme gracia por que acierte
a guardar vuestros santos mandamientos.
Con prevenido estudio madrugaba
antes que el Alba con escasas luces
se esperezase al canto de las aves,
ni los ojos abriese, a daros voces,
confiado y animoso, esperanzado
seguramente en las promesas vuestras.
Desvelados mis ojos, siempre alertos
en el silencio de la ciega noche
acompañaban a las centinelas,
que de posta velaban en los muros
y antes que el Sol el perezoso lecho
dejase de coral y aguas marinas,
a meditar me levantaba atento,
palabra por palabra, vuestras leyes.
Oíd mi voz, Señor, y socorredme
conforme a vuestra real misericordia
y muy conforme a la voluntad vuestra
y a los que más juzgáis que me conviene,
me dad la vida que de Vos espero,
que los que injustamente me persiguen,
por mejor perseguirme y derribarme,
no hay maldad que no intenten en mi daño,
teniendo parte en todas las maldades,

acercándose a todas y apartándose
de vuestra justa Ley, que es justa pena
que quien del bien se aleja, su mal halle,
mas ¿de qué sirve que de Vos se alejen?
Pues no pueden, por más que lo procuren,
alejarse de Vos, que estáis tan cerca
de todo, eterno Dios, que estáis en todo:
carca de ellos estáis para el castigo
como cerca de mí para el remedio,
porque son todos los caminos vuestros
caminos de verdad, la verdad misma
y conocí desde mis tiernos años,
desde que en mí rayó la luz primera
de la razón, desde el primer discurso,
la fuerza grande de los testimonios
de vuestras santas leyes y preceptos
que, por años sin término, fundastes
y a que, por nuestro bien, nos obligastes.

20. *Res.* CONTRA LOS ENEMIGOS

Mirad, Señor, con ojos de clemencia
mi aflicción grande y grande abatimiento
y arrebatadme de tamañas cuitas,
pues jamás he olvidado la ley vuestra.
Mi pleito defended, haced mi causa,
dadme en favor sentencia, dadme vida
según vuestras palabras y promesas
y redimidme de mis enemigos,
que está tan lejos y tan apartada
de los malos la gracia y salud vuestra,
porque vuestra ley santa no guardaron
cuanto vuestras clemencias y piedades,
tales y tantas, cerca de los buenos
que con afecto y religión la guardan;
dadme vuestra salud y vuestra gracia,
vida me dad por que con ella viva
como mejor juzgáis que me conviene,
que al juicio vuestro lo remito todo,
que aunque son tantos los que me persiguen,
los que me desconsuelan y atribulan,
no me aparté de vuestros testimonios
ni volví el paso atrás en su observancia,
De solo ver los prevaricadores
de vuestra Ley y que huyen de guardarla,

de celos me enflaquezco y me deshago,
de cólera me abraso y me consumo.
Tened, pues, atención, pues nunca os falta,
volviendo a mí vuestros piadosos ojos,
a que he guardado y amo la ley vuestra
y según vuestra real misericordia
me dad la vida que de Vos aguardo.
La puerta principal, la real entrada
al pecho vuestro generoso y noble
es la verdad, es el primer principio
de las palabras vuestras, lo primero
que oímos, en abriendo vuestros labios,
vuestros justos juicios, que conozco
que efectos son de la justicia vuestra,
que ilustre y altamente la engrandecen
y que edades de siglos permanecen.

21. *Sin.* DE LOS ENEMIGOS VENCIDOS

Los príncipes, Señor, los potentados,
sin culpa y sin razón me han perseguido,
empero tan en vano y tan de valde
que no hago caso de que me persigan
ni temer supe sus persecuciones,
lo que mi corazón medroso teme
es veros indignado y escucharos
contra mí (¡ay, Dios!) palabras enojadas
y como guarde vuestros mandamientos
no temeré sus fieros y sus iras,
que estaré más contento de guardarlos,
alegre mucho más y más ufano
que el que, tras la victoria conseguida
los despojos gozó de la batalla
que se halló, cuanto ricos, abundosos.
Aborrecí de muerte la mentira,
la iniquidad y los caminos todos,
abominé de todas las maldades
y al mismo paso que las aborrezco,
amo y estimo y guardo la Ley vuestra
y conforme a sus santos estatutos,
siete veces al día, cada día
os alabo y os doy eternas gracias,
reconocido a las mercedes vuestras
y alabaré, Señor, vuestros juicios,
vuestros juicios, cuanto justos, sabios,

y por vuestra justicia establecidos,
con que regís y gobernáis el mundo,
que gozan suma paz y virtud suma,
mansa tranquilidad, los que amar saben
y venerar vuestro inefable nombre,
que guardan y aman vuestra ley divina
y no oyen nunca, ni hablan ni ven cosa
en que tropiecen o se escandalicen,
lo cual considerando atentamente
esperaba, Señor, la salud vuestra
con las ardientes ansias que debía
desear la salud que podéis darme
contra los enemigos que me aprietan
y amaba con afectos fervorosos
vuestros mandatos, cuanto justos, santos.
Y guardaba mi alma enamorada
con vehemente fervor y amor vehemente
vuestros irrefragables testimonios
y como quien está en presencia vuestra,
delante os llevo en todos mis caminos,
testigo de mi vida y de mis pasos,
uno solo no dando que no sea
encaminado a vuestros mandamientos
y a la observancia de sus testimonios,
con que testificáis gloriosamente
su verdad, con los Cielos permanente.

22. *Tau*. PETICIÓN PARA CONSEGUIR LO SUPLICADO

Dad buen lugar, Señor, a mis demandas,
dad buen lugar a mis humildes ruegos
cerca de Vos, en vuestra real audiencia
y dadme inteligencia muy conforme
a vuestras leyes para que las guarde,
entienda y guarde las palabras vuestras.
Llegue mi memorial a vuestras manos,
pasad por él vuestros piadosos ojos
y según las promesas y palabras
de vuestra justa ley, arrebatadme
de tantos males y peligros tantos.
Libradme por quien soy y socorredme
y mis labios, bañados de dulzuras,
reverterán gloriosas alabanzas
en himnos dulces y canciones graves
cuando, maestro mío, me enseñáredes

vuestros justificados mandamientos.
Mi lengua agradecida, hecha mil lenguas,
cantará repetidas alabanzas
de vuestra ley y sus preceptos santos,
que todos son tan rectos como justos,
la equidad misma y la justicia toda.
Dadme la mano y no me dejéis de ella,
por que me salve, me defienda y guarde,
pues escogí y guardé vuestros mandatos
por ver que son, de todos, los mejores
y deseé, con fervoroso afecto
vuestra salud, y al que es Salvador mío
y vuestra Ley, en quien medito siempre,
es mis deleites y mis recreaciones.
Mi alma vivirá a la gracia vuestra
para alabaros siempre y bendeciros,
que en mi ayuda y socorro ver espero
vuestros justos juicios que me amparan,
que confieso, sin Vos, que voy perdido
como ovejuela errada, Pastor bueno,
esta oveja buscad descarriada,
oh Buen Pastor, buscadme para hallarme,
que está en hallarme todo mi remedio,
buscad, Señor, a vuestro siervo humilde,
vuestro siervo, que nunca se ha olvidado
de vuestra ley, con que le habéis honrado.

PSALMO CXIX

FAVOR DE DIOS NUESTRO SEÑOR, EN LAS TRIBULACIONES

Cuando entre angustias y tribulaciones
desconsuelos, injurias y trabajos,
llamé al Señor, con voces dolorosas,
siempre que le llamé me oyó piadoso,
oyó mis voces y aceptó mis ruegos,
por lo cual, confiado, Señor mío,
que mi vida libréis, os ruego, humilde,
de algunos hombres de tan malas lenguas,
que son maldades sus traidores labios,
testimonios, calumnias, detracciones
y que sus lenguas son engaños todas,
disimulos, lisonjas y dobleces.
Hombre de intención mala y mala lengua
¿qué fruto te acarrea o qué provecho?

Dime, ¿qué fruto o qué provecho sacas
en usar de ellas en ajeno daño?
Porque las malas lenguas son saetas
de enebro ardiente, de valiente brazo,
con poderoso aliento despedidas,
cuyos harpones son carbones vivos
que penetran, abrasan y destruyen.
Por lo cual me lamento tristemente
de que espaciosos tiempos se dilata
mi peregrinación y mi destierro,
que habito y moro con alarbe gente
que en aduares rústicos habitan
en barracas, del tiempo denegridas,
destierro tan prolijo llora el alma
y peregrinación durable tanto,
vida tan triste y tan desconsolada
que con los que la paz aborrecían
me mostraba pacífico y humilde,
hablándolos con toda mansedumbre,
tratándolos de paz, queriendo paces,
tras darles bien por mal, tras amansarlos,
sin causa y sin razón me aborrecían
y en todo ingratos me contradecían.

PSALMO CXX

DEL FAVOR DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Por ver peregrinando al templo santo
fundado en cumbres de eminentes montes
alcé los ojos con afectos tiernos
confiando que de ellos me vendría
todo mi amparo, todo mi socorro,
porque de solo Dios venirme puede,
que fabricó los Orbes de los cielos,
que la Tierra fundó centro del mundo
y alegre del favor que de Dios fio,
a mí mismo alentándome, me dije:
¡Oh, peregrino, todo te suceda
conforme a tus deseos y a tus votos,
no resbale tu pie, no bambolee
en las dificultades del camino
ni Dios permita tal por su clemencia,
ni que duerma o dormite quien te guarda,
mas ¿cómo dormiré quien desvelado

guarda a todo Israel? Que Dios no duerma,
Dios, que te guarda, nunca cierra el ojo,
ni dormirá jamás tal centinela.
El Señor es tu guarda y quien te guarda,
tu protección, tu amparo y tu defensa,
que a tu mano derecha te acompaña,
con sus alas haciéndote socorro,
de quitasol sirviéndote y abrigo
de día, por que el sol no te acalore
ni te hiera ni ofenda con sus rayos,
de noche por que no te vea la luna
ni te haga daño con sus luces frías
causadoras de achaques y dolencias.
Guárdete Dios de todo mal y daño;
sí hará, sin duda, porque es Dios tu guarda,
tu vida guardará entre los peligros,
tu alma entre dañosas ocasiones.

Vayas y vuelvas muy en hora buena,
a la ida y a la vuelta te acompañe
y guarde en tus negocios y sucesos,
en obras interiores y exteriores
guárdete desde ahora para siempre
y después de la santa romería
de la Jerusalén terrestre subas
a la celeste, donde alegre veas
los bienes todos que gozar deseas.

PSALMO CXXI

DEL CUIDADO DE LOS SANTOS EN SUBIR A LA CASA DE D:N.S.

Ausente de la patria en cautiverio,
desconsolado y triste ¿qué alegrías,
qué alborozos., qué gozos, qué consuelos
que tuve de saber las buenas nuevas
que oí en conversación de otros paisanos
de que iremos a verla y a gozarla?
Patria, en fin, donde Dios su casa tiene,
acordábame entonces, ciudad mía,
santa Jerusalén, cuando a tus puertas
y a tus entradas, cuando los concursos
son mayores del pueblo, en pie miraba
tus fortalezas y tus hermosuras.
Ciudad que cada día se mejora,
ciudad que cada día se edifica

con densidad de casas apiñadas,
multiplicando casas, plazas, barrios
con tanta paz y conformidad tanta,
tan concordes y unidos que los unos
participan los bienes de los otros,
unos a otros se los comunican,
haciéndolos comunes su amor grande.
Ciudad a donde es fuerza que subiesen
las tribus del Señor de todos tribus
cada año a visitar el templo santo,
a confesar de Dios el santo nombre,
a cantarle canciones de alabanzas
según las leyes y constituciones
capituladas que Israel observa,
ciudad que es la metrópoli y cabeza
de todo el reino, donde está de asiento
la Casa Real, Audiencias y Consejos,
los Tribunales y Chancillerías
de David a la casa vinculadas,
pues en ella se funda su gobierno.
Rogad, pedid a Dios que la conserve
y guarde en paz, Jerusalén dichosa,
Dios te conserve y guarde en paz y déte
tan largos bienes y abundosos dones
que, sobrados, los goces y repartas
con los que bien te quieren y desean;
la paz se luzga en tus murallas altas,
en tus castillos y tus fortalezas
de ninguno asaltadas ni batidas
y de las dichas y prosperidades
la abundancia copiosa resplandezca
en tus palacios reales, en las casas
principales, de almenas guarnecidas,
que por lo que amo y quiero a mis hermanos,
mis amigos y deudos, siempre hablaba
deseando tu paz y tu sosiego
y porque tiene Dios en ti su casa,
su morada y su templo, cuidadoso
buscaba atento, tras de los que tienes,
modo de añadir bienes a tus bienes.

PSALMO CXXII

PIDE EL FAVOR DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Como acontece a esclavo temeroso
a quien castiga ocasionado dueño
que le mira a las manos levantadas
donde tiene el azote con que enmienda
y castiga sus ciegos desaciertos
y como suele escarmentada esclava
a las manos mirar a su señora,
que hasta los pensamientos la adivina,
obedeciendo, aun antes que la mande,
sin osar pestañear en su presencia,
nuestros ojos así se están clavados
en las manos de Dios y Señor nuestro
hasta que se apiade de nosotros
y deje de sus manos el azote:
Señor, piedad, piedad, misericordia,
tened misericordia de nosotros,
que no hay poder sufrir tantos desprecios,
porque estamos muy hartos de sufrirlos,
porque hasta el alma da el agua a la boca
llena de injurias y de menosprecios,
socorrednos, Señor, y remediadnos,
porque somos escarnio de los ricos
que abundan de los bienes de la Tierra,
somos desprecio de los ambiciosos,
soberbios tanto como poderosos.

PSALMO CXXIII

GRATULACIÓN POR LA LIBERTAD CONSEGUIDA DE LOS ENEMIGOS

A no tener a Dios de nuestra parte
¿qué hubiera sido (¡ay, triste!) de nosotros?
Celebrelo Israel, dígalo y cántelo:
de nosotros, sin Dios ¿qué hubiera sido?
Según contra nosotros, indignados,
se levantaron los que nos persiguen,
si no fuera por Dios, no fuera mucho
que vivos nos comieran a bocados,
que nos hubieran devorado vivos,
según se encarnizaba y encendía
su rabioso furor contra nosotros,
no fuera muchos, si por Dios no fuera,

que el agua impetuosa de sus iras,
de sus injurias y persecuciones
nos hubiera tragado y sumergido.
Pasó nuestra alma una avenida breve,
si bien furiosa, y si por Dios no fuera
no fuera mucho que en tormenta grave
de innavegables aguas fluctuara,
como nunca llegara a salvamento.
Sea alabado Dios y engrandecido,
que no dejó que entre los fieros dientes
fuéramos de estos hombres cebo y presa.
Escapose del lazo nuestra vida
como suele embazado
que, cebado en los granos engañosos
del cazador, cayó en nudosas redes,
cayó en el lazo entre la hierba oculto
que, conocida la prisión, revuela
talvez a costa de las leves plumas
y con esfuerzo y fuerzas animosas
por la preciosa libertad le rompe.
Así la dulce libertad gozamos,
rompido el lazo que nos oprimía,
no por propia virtud o fuerzas propias,
sino por las Dios de tierra y cielo,
Criador universal, cuya clemencia
nos socorrió y libró con brazo fuerte
del cautiverio y lazos de la Muerte.

PSALMO CXXIV

DEN LA CONFIANZA EN DIOS NUESTRO SEÑOR

Los que confían en Dios, los que confían
en su bondad y su misericordia
serán en su firmeza incontrastable
al eminente monte parecidos
de Sión sagrado, incontrastable monte,
sin que puedan mudarse ni moverse,
que como está Jerusalén fundada
en este monte, que ceñido en torno
de otros montes le guardan y rodean,
con que se fortalece y fortifica,
así Dios fortifica y fortalece
al rededor cercando al pueblo suyo
en torno de su amparo, rodeado

agora, desde agora para siempre,
porque no dejará que el imperioso
tirano cetro, ni la injusta vara
de inicuo rey o de juez injusto
se enseñoree de su amada herencia
y porción de los justos escogida,
ni que ejerzan en ellos sus rigores,
por que a perder no vengan la paciencia
y con ella el temor, y aborrecidos
se determinen a soltar la rienda
o la mano alargar a las maldades,
a las iniquidades y injusticias.
¡Oh, Señor, pues sois bueno sumamente
y a los buenos miráis cómo los malos
los hacen mal, haced bien a los buenos,
buenos de corazón recto y sencillo
y a los que por caminos van errados
haciendo obligaciones de sus gustos,
de sus deleites y de sus flaquezas,
dejándose ligar de sus antojos,
que van a Dios derechos, justamente
los llevará a hacer triste compañía
con los que obran pecados y maldades,
a ser, como merecen, castigados
y en Israel abundará, dichosa
la paz, de la quietud madre abundosa.

PSALMO CXXV

DE LA LIBERTAD POR CRISTO NUESTRO SEÑOR

Cuando a Sión, después del cautiverio
doloroso, prolijo, dilatado,
vuelva Dios a la patria deseada
y a la alentada libertad que espera
(¡ay, plega a Dios que presto lo veamos!)
¿qué consuelos tendremos, qué alegrías?
No cabremos de gozo, pensaremos,
o que soñamos o se nos antoja;
no lo creeremos, aunque lo veamos.
Entonces, por los labios revertido
saldrá el contento mal disimulado,
el llanto triste convertido en risa,
el desconsuelo lamentable en gozo,
la lengua alborozada a borbollones

reverterá alegrías y consuelos.
Entonces volará de gente en gente
la fama alegre de las dichas nuestras
y dirán: «grandes bienes, grandes cosas
ha obrado Dios por su piedad con ellos
mostrando su poder y su grandeza».
Y diremos nosotros, como grandes:
«Grandísimas han sido sus hazañas,
como de Dios han sido sus grandezas
y por serlo son tantos nuestros gozos,
placeres, regocijos y alegrías»,
Sacadnos, pues, Señor, de este injurioso
y largo cautiverio, desatadnos,
como suele, con blanda mansedumbre
el ábrego piadoso al arroyuelo
con grillos de cristal aprisionado,
romperle y desatarle las prisiones,
las nuestras desatad, restituyéndonos
a nuestra patria y libertad amada.
Sucederanos, ¡oh, Señor eterno!,
lo que a los codiciosos labradores,
cuando allá en la simienza humedecida,
tras cada grano se les van los ojos,
con cada uno lágrimas sembrando,
dudosos del empleo y de la usura,
de la hacienda que fían de la tierra,
que cuando el tiempo de la siega viene
y la preñada mies, con fértil parto
les promete en las parvas montes de oro,
se alegran con la siega y regocijan.
Cuando iban a sembrar iban llorosos,
esparciendo con mano temerosa
y ánimo pobre la semilla rica
y cuando, bien lograda la cosecha,
vuelven alegres, vuelven placenteros,
dando voces y rústicos relinchos,
coronadas de espigas las cabezas,
en las manos de flores y de espigas
manojos que les sirven de trofeos
con que acompañan los triunfantes carros
en quien en obeliscos de oro triunfa
el trigo de los tiempos y inclemencias,
así nosotros, tras el cautiverio,
de la anhelada libertad dudosos,

desconsoladas lágrimas lloramos,
mas cuando de él nos saque el Señor nuestro,
como los segadores volveremos,
cantando de placer versos alegres
con ramos de laureles en las manos,
de flores coronadas las cabezas,
la libertad triunfando en carro de oro,
iremos a la Patria suspirada,
amante nuestra como nuestra amada.

PSALMO CXXVI

DEL AMPARO DE DIOS NUESTRO SEÑOR

¡Cuán en vano trabajan, cuán en vano,
los que edifican el sagrado Templo,
la Casa del Señor, los que la labran,
si no la labra Dios y la edifica!
¡Cuán en vano que guardan con desvelo
vencedores del sueño pegajoso
las centinelas que la ciudad guardan
si no la guarda Dios, si no la vela!
En vano os levantáis y del aurora
prevenís las bellezas nacaradas
los que la edificáis, si no madruga
Dios con vosotros para edificarla;
en vano os despertáis unos a otros
diciéndoos, cuidadosos: «Levantaos»
después de haber tomado breve alivio
en las penosas camas recostados
los que, con el sudor de vuestros rostros
coméis pan amasado con afanes,
pan de dolor, ganado con trabajos
tras descanso tan breve: levantaos
hasta que Dios mejore los sucesos».
Pues cuando diere a los amados suyos
un sueño descansado, cuando envíe
la paz tranquila, la quietud segura,
entonces, con aumento temeroso
crecerá la heredad del Señor nuestro,
partos fecundos, venturosos frutos
del vientre a quien se los da Dios por premio,
por premio y paga de servicios grandes.
Serán como saetas voladoras
de tirador valiente despedidas

los hijos, si gallardos, generosos,
en la lozana juventud habidos
de ágiles padres cuanto ejercitados
en trabajos, en penas y asperezas.
Dichoso aquel varón que de estas flechas
el aljaba llenare y de estos hijos
viere su casa llena, sus deseos
cumpliendo a la medida de sus gustos,
que sin avergonzarse y confundirse,
a las puertas del pueblo, en las audiencias
podrá hablar alto con sus enemigos,
de todos por sus hijos respetado,
de todos bien oído y bien mirado.

PSALMO CXXVII

DEL TEMOR DE DIOS Y CULTO DIVINO

Venturosos aquellos que a Dios temen
con temor filial, con temor santo,
que obedecen a Dios y que le aman
y que las sendas de sus mandamientos
siguiendo guardan y guardando siguen.
Dichoso tú mil veces, que a Dios temes:
comerás del trabajo de tus manos
venciendo el ocio y redimiendo el tiempo,
tu casera mujer, cual vid fecunda
y parra que abundosa ciñe en torno
por todos lados tu espacioso patio,
te procreará, con castos regocijos
frutos de tus amores bien logrados.
Verás en torno de tu mesa parca,
cuanto alegre, segura, tus hijuelos
como renuevo de pomposa oliva
que te honren y te alegren juntamente.
Advertid, advertid que de esta forma
bendice Dios al que le teme y ama.
Del monte de Sión, sagrado monte,
temerosos de Dios, Dios te bendiga,
échete mil floridas bendiciones
el que el Cielo formó y fundó la tierra
y de Jerusalén, ciudad gloriosa,
veas gozoso mil prosperidades,
buenos sucesos, dichas y abundancias,
con los bienes que, grato, la codicias

y en tu buena vejez, alegre veas
los hijos de tus hijos que, valientes
cuanto bien entendidos, la paz sean
del pueblo de Israel, la paz amada
con su sabio consejo y con su espada.

PSALMO CXXVIII

DEL AMPARO DE DIOS CONTRA LOS ENEMIGOS

Diga ahora Israel, a voces diga,
diga: ¡Ay, Dios, qué de veces conjurados
desde mi juventud mis enemigos
me han combatido, airados, y hecho guerra!
Desde mis tiernos años, ¡qué de veces
me han perseguido, opuestos, y impugnado!
Empero no lograron sus intentos,
que no pudieron en mi ofensa nada.
A espaldas vueltas, estos malos hombres
máquinas levantaron en mi ofensa
con culpas y pecados dilatados;
yunque a sus golpes fueron mis espaldas
y sobre ellas labraron sus maldades
permaneciendo en su crueldad tirana:
como si fuera bestia, me pusieron
en mis hombros el yugo del arado,
conmigo arando la rebelde tierra,
en ella abriendo prolongados sulcos.
Mas en pago del yugo que atrevidos
a mi cerviz echaron, algún día
el justo Señor nuestro, justamente
los traerá, poderoso, a la melena,
romperá sus cervices arrogantes,
los lazos romperá y las ataduras
con que traidoramente me enlazaron:
confúndanse y afréntense, corridos
y vuelvan, confundidos, las espaldas
los que a Sión ingratos aborrecen
y queden tan sin fuerzas y substancia
como la inútil hierba que se cría
entre las tejas húmedas, que a penas
reverdeció, cuando se enlacia y seca,
que nació a penas cuando triste muere,
que se secó primero que la arranquen,
de la cual nunca el segador más diestro

podrá llenar ni hinchir el breve puño,
ni el que llega los haces y manojos
del seno rudo la pequeña parte
que cae debajo del nervioso brazo,
a quien los caminantes, como suelen,
al pasar, saludar los segadores
y bendecir las prósperas cosechas,
costumbre en Palestina practicada,
no dirán: «Dios os guarde, buena gente,
Dios os bendiga y vuestros frutos logre;
en el nombre de Dios os bendecimos»,
mas tales frutos y ministros vieron
que la común piedad desmerecieron.

PSALMO CXXIX²⁸

ORACIÓN DE UN AFLIGIDO

De los profundos senos de mis daños,
de las profundidades de mis penas,
de los abismos de mis desconsuelos,
cuitas, miserias y calamidades,
a Vos clamé, Señor, con voz llorosa;
oíd mi tierna voz, clemente y manso,
con atención particular oídme,
dad oídos atentos a mis ruegos,
responded a mis ruegos y a mis votos,
porque si riguroso y justiciero
culpas examináis, si áspero y grave,
guardadas las tenéis para el castigo
¿quién os podrá sufrir, quién será el hombre
que a ponerseos delante se os atreva
y quién que ose sufriros y esperaros?
Mirad que está con Vos la piedad misma,
que sois propicio y misericordioso
y que dais el perdón a los que os temen
y que por vuestra ley os he sufrido;
Señor, os he sufrido y esperado.
esperado el perdón y piedad vuestra.
También mi alma, confiadamente
sufriendo espera y esperando sufre,
de Dios en las promesas y palabras,
sufrir y espera en el Señor, sin miedo,

28.-Este célebre salmo corresponde al que habitualmente se numera como CXXX y se suele aludir a él como «El salmo *De profundis clamavi*».

que en fin es Dios y perdonar sus gustos.
Sufra y espere así a imitación mía
Israel en el Dios y señor mío
desde el cuarto del Alba en que, de posta
y guarda esta despierta centinela,
hasta el callado de la muda noche,
de la ciudad la cuidadosa guarda
siempre sufriendo y esperando siempre.
Sufra y espere en Dios, que con Él vive,
vive y habita la misericordia,
que habita y vive dentro en sus entrañas,
tan dentro de sí mismo que es él mismo
y conforme a esta gran misericordia,
depende de Él la redención del pueblo,
que está tan cerca de él que está a él unida,
larga, copiosa y superabundante,
que él mismo, el Señor mismo, por sí mismo,
porque todo es clemencias y piedades,
redimirá a Israel de sus maldades.

PSALMO CXXX

DE LA HUMILDAD

Bien sabéis, oh, Señor, que nunca he sido
hombre de corazón presuntuoso,
ni altivo de manera que saliese
de la esfera de mi conocimiento
que me conozco y debo conocerme
y que nunca, orgulloso, alcé los ojos
para mirar a nadie con desprecio
ni desestimación del más humilde,
que me conozco y sé que debo serlo.
No me anduve alabando de mis cosas
ni me metí en las grandes que no alcanzo
ni en las maravillosas que no entiendo,
ni entro ni salgo en lo que no me toca
ni lo que mi capacidad siento que excede.
Si me engreí con altivez soberbia,
ni a mayores me alcé con los pequeños,
ni levanté de punto mis acciones,
si mi vida alabé, vanaglorioso,
si no sentí de mí como lo digo,
con la humildad que debo y que confieso
plega a Vos, rey eterno, que me vea

sin Vos tan solo, tan desamparado
y tan dejado del socorro vuestro
como el niño del pecho a quien la madre
desteta antes de tiempo, rigurosa,
privándole del líquido alimento,
por quien enflaquecido llora y gime
con tiernas lagrimas y pucheros,
de ella esperando su vital socorro;
este sea el pago y premio de mi alma
y la retribución de mis servicios,
que al soberbio es razón le falte todo,
a mi ejemplo humillado y encogido.
Israel, pues, espere confiado,
ahora y para siempre, siempre humilde,
humilde y resignado en Vos, Dios mío,
cuanto yo humilde y resignado fio.

PSALMO CXXXI

DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE LA IGLESIA
EN FIGURA DE DAVID Y DEL TEMPLO

Pues os preciáis de manso y de benigno
acordaos de David, benigno y manso,
acordaos de su mucho sufrimiento
en sus trabajos y en sus aflicciones.

Acordaos, rey eterno, de la forma
que hizo solemne juramento y voto
a Vos, Dios de Jacob, Dios sabio y justo,
diciendo: No sea yo por rey tenido
si entrare más en mis palacios reales,
si pisare el tapete de mi cama,
si diere, cuando más lo necesiten,
a mis ojos el sueño deseado,
si a mis párpados diere descaecidos
lugar, ni que dormiten ni se cierren,
ni a mis sienes lugar en que descansen
descabezando el sueño breve rato
hasta que conveniente lugar halle
donde al Dios de Jacob, Dios poderoso,
labre morada y le fabrique templo,
que no es justo pasar por lo que oímos
de los ancianos y mayores nuestros:
que la Arca santa, con morada incierta,
sin propio templo, de prestado estuvo

huésped de Efraím, como allá en silo,
ni que more las selvas, como hallamos
que en espesuras de árboles silvestres,
del Bethsamita Josué en la casa
donde, dejada de los Filisteos,
llevada fue por las cerriles vacas,
aunque instigadas del movedor Cielo.
No ha de pasar así, labrarle tengo
casa y templo magnífico que habite,
donde entremos humildes y devotos
y, por tierra postrados, adoremos
el Lugar santo donde los pies puso,
el Arca, de sus pies escabel santo.
Levantaos, ¡oh, Señor!, no seais más huésped
de ajenas casas, habitad la vuestra
a donde estéis y reposéis de asiento
y véngase con Vos el arca santa,
Arca de santidad y fortaleza,
de quien dirá el Jordán retrocedido,
de Jericó los muros derribados,
los Filisteos y los Bethsamitas,
por lo cual todos os santificaban,
veneraban, humildes y rendidos,
con Vos se pase el Arca a vuestro templo.
Y de pies a cabeza, de justicia,
en él se vistan vuestros sacerdotes
y en Vos se alegren, hechos unos santos
y vuestros justos y escogidos vuestros,
de veros venerado en él se alegren
y gustosos gozosamente os canten.
Y por el mucho amor que a vuestro siervo
David tenéis, y siempre habéis tenido,
por los muchos servicios que os ha hecho,
si amores y servicios os obligan,
os suplico, Señor, humildemente
que no apartéis de vuestro ungido el rostro,
no me apartéis de Vos desconsolado
sin otorgarme lo que humilde os ruego.
No dilatéis más tiempo la venida
del deseado Cristo que codicio,
que tengo mi esperanza bien fundada
en la cierta verdad de la promesa
que Dios hizo a David con juramento,
juramento que no verá frustrado

diciendo, en tu real trono, en la real silla,
pondré, gloriosamente, de tu vientre
el fruto generoso levantado,
pondré <a> tu hijo que te ilustre y honre.
Y si tus hijos y tus descendientes
guardaren, obedientes y constantes,
la confederación entre nosotros,
capitulada con eterno pacto,
y estos mis mandamientos observaren,
confirmados con estos testimonios
que los enseño y enseñaré siempre,
los hijos de sus hijos sucesores
serán eternamente de tu silla,
porque el Señor, con gusto y con afecto
escogió para sí por su morada
la dichosa Sión, la iglesia hermosa,
diciendo:»Aquí tendré perpetua holganza,
aquí gozoso moraré de asiento,
de mí, como escogida, deseada,
y deseada para mí escogida.
Bendeciré con largas bendiciones
a la viuda, que triste necesita,
remediarela con socorros largos,
aumentaré los frutos de la tierra
y multiplicaré los bastimentos,
será de pan tan llena la abundancia
que venga a ser hartura de los pobres.
Sus sacerdotes vestiré, gozoso,
de salud virtuosa, serán santos;
no cabrán de placer en sí los justos,
cantaránme gozosas alabanzas;
allí levantaré dichosamente
de David la animosa fortaleza,
la fuerza incontrastable de su reino
y prevendré para mi amado Christo
que le preceda la hacha precursora
delante de él, con luz resplandeciente,
y cubriré de confusión y afrenta
sus mal intencionados enemigos.
Mi santidad florecerá en su tiempo
y de su ilustre imperio la corona
durará, ennoblecida, en su persona.

PSALMO CXXXII
DE LA CONCORDIA

Unánimes morar, vivir conformes
en santa paz con un corazón solo,
con vínculo de amor buenos hermanos,
cosa es tan útil como deleitosa,
al unguento oloroso parecida
con que ungían al Sumo Sacerdote,
al sacerdote Aarón que, revertido
del cabello a la barba venerable
y de la barba al cuello de la ropa,
con suavidad alegre trascendía
que, con gusto común comunicados,
de unas partes a otras gozan todos
de sus olores y de sus fragancias,
por la unión noble a la persona unida
como el rocío son del eminente
Monte de Hermón al Líbano vecino
que con mansas blanduras comunica
en cuentas breves de cuajadas perlas
al monte de Sión sus abundancias,
de su fertilidad dándole parte.
Que a donde en santa paz moran y viven,
allí Dios, agradado, mora y vive
y envía sus copiosas bendiciones,
da vida larga en esta vida breve
y después de ésta, la que eterna dura
en la visión de paz de su hermosura.

PSALMO CXXXIII
EXHORTACIÓN A LAS DIVINAS ALABANZAS

Siervos de Dios, mirad que agora es tiempo,
agora que gozáis dichosamente
la deseada paz que tanto amastes,
agora es tiempo y es agora siempre,
agora es tiempo, con acción de gracias
de echar todos a Dios mil bendiciones,
los que moráis de asiento en su real casa,
Sagrados Sacerdotes, bendecidle,
los que los atrios habitáis del Templo
bendecidle, levitas y seglares
y aunque es de bendecirle tiempo siempre,

en la quietud de la callada noche
 con atención y devoción más alta
 las manos levantad más fervorosos
 hacia el Sancta Santorum, donde tiene
 el Arca santa del Propiciatorio,
 bendecidle, loadle y ensalzadle
 y retórnete Dios sus bendiciones,
 congregación unida en su servicio.
 Del monte de Sión Dios te bendiga,
 el Hacedor común de cielo y tierra,
 te dé paz larga tras tan larga guerra.

CXXXIV

CONVIDA A LAS DIVINAS ALABANZAS

Los que subistes alentadamente
 las quince gradas del sagrado templo
 de Dios, ministros, sacerdotes santos,
 siervos de Dios engrandeced su nombre.
 Los que de asiento estáis dentro en su casa,
 bendecid al Señor y engrandecedle,
 los que estáis por el patio de su templo,
 levitas y seglares, bendecidle,
 alabadle por bueno sumamente
 de sí, por sí y en sí, sin dependencia
 de otra bondad, porque es la Bondad misma
 y principio de todas las bondades;
 versos cantad a su inefable nombre
 porque es dulce, suave y amoroso
 y es amoroso Dios, dulce y suave
 y suave y dulce cosa bendecirle.
 Su nombre celebrad, porque le plugo
 escoger a Jacob para su pueblo:
 al pueblo de Israel escoger quiso
 por su peculio y por herencia suya
 y posesión a todas preferida.
 Y porque yo conozco sus grandezas,
 sé yo muy bien que solamente es grande,
 que es grandemente grande el Señor nuestro
 sobre todos los dioses de la Tierra
 que, ignorantes, adoran los gentiles.
 Que con omnipotente poderío
 hizo cuanto hacer quiso en ese cielo,
 en la tierra, en el mar, en los abismos,

de los fines extremos de la Tierra
y de las verdinegras humedades
del mar, airosamente damascado,
vapores exhaló, trabando nubes
que a los cielos sirviesen de cortina
y que del sol templasen los ardores,
desatadas, haciendo que volviesen
en fértil lluvia a enriquecer la tierra
y haciendo que a esta lluvia se mezclasen
luces, truenos, relámpagos y rayos,
aguas y fuegos juntos encerrados
sin que apaguen las aguas a los fuegos
ni los fuegos consuman a las aguas.
Saca los vientos, que guardados tiene,
como tesoros, en secretas grutas
sin que el hombre más sabio sepa a dónde,
concitadores de ruidosas nubes,
de terremotos y de tempestades,
hirió de muerte, con valiente diestra,
todos los primogénitos amados
del reino egipcio, sin que perdonase
su celoso furor al menor de ellos,
así de hombres como de animales.
Hizo en medio de ti, tirano Egipto,
señales y prodigios portentosos,
y llagas te envió despiadadas
contra el rey Faraón y sus vasallos,
ejecutadas con temor y asombro,
que hirió y desbarató huestes copiosas
de gentes varias y quitó las vidas
a muchos reyes, por su mal valientes.
Mató a Seón entre ellos, que al camino
salió, orgulloso, al peregrino pueblo,
mató al rey Og, rey de Basán soberbio
que, rogado, impedir los quiso el paso
y de la tierra de Canaán los reinos
todos se los rindió con fuerte diestra,
muertos primeros reyes treinta y uno,
toda la tierra de los cananeos
dio al pueblo de Israel graciosamente,
como si la heredaran de sus padres,
por lo cual, ¡oh, Señor!, eternos siglos
será famoso vuestro nombre santo,
de gente en gente. de una edad en otra

durará la memoria eternamente
de las hazañas y prodigios vuestros,
porque el Señor, con poderosa mano,
cuando mejor juzgare que conviene,
no solo amparará <a> su amado pueblo,
pero le vengará de sus contrarios,
dejarase rogar hidalgamente
y aplacar de sus ruegos y oraciones,
que su grandeza grande y poderío
es superior a las deidades todas
que idolatraron, ciegos, los Gentiles,
que son sus falsos dioses, cuando mucho,
imágenes forjadas de oro y plata,
hechas por manos de hombres, a quien dieron
el ser, que para ser necesitaban,
siendo, por los dieron ser, los hombres,
que parece que tienen bocas y ojos
y no los tienen, aunque lo parece,
pues es tenerlos como no tenerlos,
pues no verán jamás, ni hablarán nunca.
Orejas tienen, pero siempre sordas,
bocas tienen, no solo enmudecidas,
mas sin respiración y sin aliento,
pues la respiración que al jumentillo
el Cielo concedió, les negó a ellos.
Plega a Dios que, a sus dioses semejantes
sean los hombres que los hacen dioses
y que ponen en ellos su esperanza
y tú, al dios verdadero, al Señor nuestro,
¡Oh, Casa de Israel!, bendice siempre;
de Aarón casa y familia, bendecidle,
casa y familia de Leví, ensalzadle,
y los que le teméis con temor santo,
bendecidle, ensalzadle, engrandecedle,
sea el dios de Sión engrandecido,
todo Sión le alabe y le bendiga
engrandezca y alabe al Señor nuestro,
que habita y mora, como en propia casa
dentro en Jerusalén, ciudad dichosa,
donde en quietud santísima reposa.

PSALMO CXXXV

CONVIDA A LAS DIVINAS ALABANZAS

Confesad al Señor y dadle gracias
porque es el sumo ser, el ser primero,
todo el ser y el que es bueno por esencia,
la bondad misma y todas las bondades,
porque es eterna su misericordia
y es, en nuestras miserias y aflicciones,
todo benignidades y clemencias.

Confesad al Señor, dios de los dioses
de los dioses que son dioses por gracia,
que su ser bienandantes participan
de ángeles bellos y de santos hombres,
porque es eterna su misericordia,
confesad al Señor y dadle gracias
al Señor, que es señor de los señores,
absoluto señor y señor solo,
porque es eterna su misericordia,
que hizo, por sí solo, independiente
de nadie, obras y hazañas prodigiosas,
milagros grandes, altas maravillas,
no alcanzadas de humano entendimiento,
porque es eterna su misericordia,
que con traza y ingenio soberano,
unas ruedas poniendo en otras ruedas,
de los Cielos labró las hermosuras,
porque es eterna su misericordia,
que cimentó y fundó sobre las aguas,
siempre movibles partes de la Tierra,
que descubrió a las aguas superiores
con firmeza segura y permanente,
porque es eterna su misericordia,
que formó las lumbreras no extinguidas
del Sol y de la Luna, de oro y plata,
honor del cielo y almas de la tierra,
porque es eterna su misericordia,
que dio al Sol potestad que presidiese
en el gobierno y orden de los días
con sucesión, cuanto alentada, hermosa,
que dio a la blanca luna y las estrellas
poder y mando en las calladas noches,
que las alumbren y las enriquezcan,
porque es eterna su misericordia,

que hirió, severo, al obstinado Egipto
y dio a sus primogénitos la muerte
con común desconsuelo y común pena,
porque es eterna su misericordia,
y que sacó del corazón del reino
de en medio de sus guardas y rigores,
ricos y alegres, a los israelitas,
porque es eterna su misericordia,
que los sacó con mano poderosa,
con fuerte diestra y invencible brazo,
porque es eterna su misericordia,
dividió el Mar Bermejo en altos muros
de líquido cristal, cristal de roca
en la seguridad y en la firmeza,
porque es eterna su misericordia,
que sacó al pueblo por sus calles claras
con admiración muda cuanto alegre,
porque es eterna su misericordia,
derribó y abatió, con fuerte diestra,
a Faraón, con su arrogante carro
y del Bermejo Mar con las murallas
que deshelo con impetuoso viento,
anegó su animosa fortaleza
con sus embravecidos escuadrones,
porque es eterna su misericordia,
que encaminó y guió por el desierto
con prodigios y hazañas portentosas
a su pueblo escogido y regalado,
porque es eterna su misericordia,
que hirió, con valor grande a grandes reyes
bélicos aparatos destrozando,
porque es eterna su misericordia,
quitó la vida a reyes poderosos
en sus fuerzas y esfuerzos confiados,
porque es eterna su misericordia,
mató a Seón, rey de los amorreos
que los desestimó, presuntuoso,
porque es eterna su misericordia,
mató al rey Og, rey de Basán, que en vano
quiso el paso impedirlos, arrogante,
porque es eterna su misericordia,
que dio la fértil tierra de estos reyes
como posesión propia y propia herencia,
porque es eterna su misericordia,

diola como heredad y hacienda propia
a su siervo Israel, que la heredase,
que la gozase y que la poseyese,
porque es eterna su misericordia,
porque en nuestra aflicción y abatimiento
se acordó, enternecido, de nosotros,
porque es eterna su misericordia,
el cual nos redimió y libró, piadoso,
de nuestros arrogantes enemigos,
porque es eterna su misericordia,
y con largueza nunca limitada,
hace liberal plato cada día,
dando el mantenimiento necesario
a sus criaturas, grandes y pequeñas,
satisfaciendo a todo cuanto vive,
porque es eterna su misericordia,
confesad, pues, a Dios, rey de los Cielos,
ser por esencia y bueno sumamente,
Dios de los dioses que lo son por gracia,
porque es eterna su misericordia,
confesad al Señor y bendecidle,
señor de los señores, rey de reyes,
porque es eterna su misericordia
y es, en nuestras miserias y aflicciones,
dolores, desconsuelos y dolencias,
todo misericordias y clemencias.

PSALMO CXXXVI

DE LA CAPTIVIDAD DE BABILONIA

Después de nuestras rústicas labranzas
a que nos obligó la lamentable
esclavitud por los pecados nuestros,
a descansar un rato nos sentamos
a las márgenes fértiles sombrías
de los ríos que bañan y hermocean
la altiva y opulenta Babilonia
y en las mejillas las cautivas manos
de ti, dulce Sión (¡ay, patria amada!)
memorias tristes sin consuelo haciendo
con suspiros los aires encendimos,
con lágrimas las ondas enturbiamos,
aguas dando a las aguas, fuego al fuego.
Públicamente en medio del concurso

de los trémulos sauces, por ociosos,
los instrumentos músicos colgamos
con que a Dios alabábamos alegres
y entonces, cuando en llanto inconsolable
nuestros dueños nos vieron, los soberbios
que nos vencieron y nos cautivaron
y, despojados, presos nos trajeron,
con escarnio cruel nos preguntaban:
«¿Qué se han hecho, decid, vuestras canciones?
Tomad los instrumentos y cantadnos,
como allá en vuestra patria, alguna cosa,
los himnos nos cantad y las canciones
al uso de Sión, que al señor vuestro
y vuestro Dios, cantábades alegres.
De lágrimas los ojos arrasados,
en tierra ajena, tristes de nosotros,
¿cómo cantar podremos —respondíamos—
cánticos dulces al señor dios nuestro?
Cara Jerusalén, patria querida,
olvideme de ti, si te olvidare
primero plega al cielo que te olvide
cuando tomar quisiere el instrumento
y en sus cuerdas poner la diestra mano,
se le olvide la música que sabe,
la mano se me seque entorpecida,
y si de ti no me acordare, ¡oh, Patria!,
al paladar la lengua se me pegue
y será no acordarme cuando sepas
que el instrumento toco y que en él canto,
y no digo olvidarte solamente,
mas si no fueres siempre lo primero
y principal en todos mis consuelos,
el principio de toda mi alegría,
si no te antepusiere a todo cuanto
pueda regocijarme y divertirme,
y Vos, eterno Dios, tened presentes,
como todo lo está en vuestra memoria,
a los hijos de Edom, los idumeos,
que en el tremendo y lamentable día
de la eversión²⁹ y doloroso estrago
de nuestra patria, Jerusalén santa,
se animaban los unos a los otros

29.—Eversión es sinónimo de ‘destrucción, ruina, desolación’ (DRAE, 1899)

y al babilonio ejército animaban
diciendo, embravecidos: «Derribadla,
destruidla, arrasadla con el suelo,
no dejéis piedra sobre piedra en ella
ni le dejéis cimiento con cimiento.
Hija de Babilonia, ya te miro,
si bien altiva agora y orgullosa
con las victorias, triunfos y despojos,
ya te miro, cercada de miserias,
de desventuras y calamidades,
y que llamo mil veces venturoso
al que como nos tratas te tratare,
al que te retornare justamente
el pago que nos diste y con la pena
del talión debida nos vengare.
Dichoso aquel, dichoso, que indignado
arrebatare de los pequeñuelos
hijos amados tuyos, y a tus ojos
los estrellare en las vecinas piedras,
vengando en sus entrañas palpitantes
tus crueldades sangrientas y arrogantes.

PSALMO CXXXVII

ALABANZA DE DIOS Y HACIMIENTO DE GRACIAS

Con himnos y canciones de alabanza,
con santa acción de gracias, rey eterno,
hecho mi corazón mil corazones,
todos reconocidos altamente,
siempre confesaré vuestras grandezas.
porque os dignastes de mi boca indigna
escuchar, apacible, las palabras
de mis deseos manifestadoras
condescendiendo a mis humildes votos.
Delante de los Ángeles del Cielo,
¿qué es delante, Señor?, con ellos mismos,
con ellos cantaré alentados versos
en presencia de todos los magnates,
senadores y príncipes del pueblo,
y en vuestro templo santo, humildemente
postrado, adoraré la deidad vuestra
confesando por Santo vuestro nombre
y cantándole eternas alabanzas;
no me hartaré jamás, siempre alabando

vuestra siempre real misericordia
en hacer bienes y deshacer males,
en hacer gracias y perdonar culpas
y de ensalzar la Suma Bondad vuestra
en las promesas vuestras observada
con certeza infalible cuanto eterna,
siempre os alabaré, porque conozco
que habéis divinamente engrandecido
sobre cuanto ser tiene y tiene vida
vuestra eterna palabra y nombre santo,
vuestro divino nombre y vuestra fama,
por lo que con fiadamente espero
que no habrá día ninguno en que os invoque,
hora ni instante en que piadosamente
no oyáis mis ruegos y aceptéis mis votos
multiplicando fuerzas en mi alma
y virtud alentada en mis deseos
para serviros y alabaros siempre.
Y al paso del que tengo de serviros,
de bendeciros y de confesaros,
os confiesen, alaben y bendigan,
postrados sus coronas y sus cetros,
a vos todos los reyes de la Tierra,
que oyeren y que oirán de vuestra boca
las palabras divinas y promesas
en nosotros con tanta fe cumplidas.
Y obedientes a Vos y reducidos
en la prosecución de vuestras leyes,
caminos vuestros que lo son del Cielo
anden alegres y gozosos canten,
admirados diciendo y suspendidos:
!«Oh, cuánto es grande del Señor la gloria!»
La gloria del Señor que solo es grande
y siendo tan sublime y tan excelso
no solo mira con severos ojos
a los humildes y a los abatidos,
pero aplacido de ellos y agradado,
como cosa que mira muy de cerca
porque los tiene cerca de su gracia,
y a los soberbios y presuntuosos
no solo con agrado no los mira,
pero ceñudo y como desde lejos,
porque los tiene lejos de su gracia,
que es estar lejos infinitamente.

Yo, porque humilde soy, seguro espero
que, si anduviere en medio de las llamas,
de las angustias y tribulaciones,
de los trabajos y los desconsuelos,
me tenéis de guardar, Señor, la vida
y dárme la de nuevo si importare
y que, a pesar de los furios ciegos
y iras sañudas de mis enemigos
me ha de venir (¡ay. Dios!) de vuestra mano,
como otras muchas veces, el socorro,
que la habéis de alargar en favor mío
y que me ha de salvar la diestra vuestra,
que les habéis de dar, de mis agravios
el castigo y el pago merecido,
de ellos tomando la venganza justa,
perfeccionando en mi socorro y gracia
la obra que empezastes en mi amparo,
porque son la piedad y bondad vuestra
por siglos de los siglos perdurables,
por que no despreciéis, señor Dios mío,
a quien, aunque por sí lo desmerezca,
se precia con blasones soberanos
de ser obra y acción de vuestras manos.

PSALMO CXXXVIII

DE LA SABIDURÍA DE DIOS Y INOCENCIA DE LOS SANTOS

Habeisme examinado, Señor mío,
y hecho escrutinio y prueba de mi vida
y como Dios que lo conoce todo
me habéis divinamente examinado,
aun en lo que parece menudencia:
las veces que me siento y me levanto,
las que ocupado vivo o vaco al ocio.
Miráis, con superior conocimiento,
si estoy de asiento en las flaquezas mías,
si me levanto a los favores vuestros,
si me humillo y me postro en mis miserias,
si me aliento y levanto a vuestra gracia.
De mil leguas miráis mis pensamientos,
entendéislos aun antes que los piense
y investigáis la parte que me toca
por suerte de mi herencia en el remate
y fin cercano de mi vida breve,

la senda de mi vida y paradero.

Primero que me ponga en el camino
de mis obras, Señor, y mis acciones,
andados los tenéis y vistos todos
porque primero que eche por la boca
el habla y que la lengua formar pueda,
con su veloz presteza, las palabras,
las tenéis entendidas y previstas.

Pero ¿qué mucho, si las cosas todas
antiguas y modernas estáis viendo,
las que obré y he de obrar y estoy obrando,
pasadas, venideras y presentes?

Y que me conozcáis, Señor ¿qué mucho,
si sois quien me dio el ser, figura y forma?

Quien puso, sabio, en mí la última mano
que en mí, como en pintura de autor diestro
que., para que por suya se conozca,
de su valiente mano la subscribe.

Escribís que soy obra de la vuestra
y de ella me tenéis, dándome vida
con su conservación y su defensa.

La ciencia de que usastes en formarme
es admirable, más que pensar puedo,
tan excelsa, sublime y remontada
que se me va por alto; es imposible
poderla dar mi rudo ingenio alcance.

Donde quiera que voy, presente os hallo,
porque todo lo veis y estáis en todo:

¿A dónde, pues, me iré, Señor, a dónde
podré huir vuestro rostro y vuestro aliento?

Supongo que a los cielos me subiese:

allí estáis, altamente majestuoso,
lleno divinamente de Vos mismo,
si desciendo al infierno, justiciero
en la severa mano el duro azote
vuestra justicia os hallo ejecutando.

Si aplicare a mis brazos y a mis plantas
las alas nacaradas de la Aurora,
donde se trasladó el abril y el mayo,
que con madrugadora ligereza
sale del nido del rosado Oriente
con plumas de oro hiriendo el aire zarzo
y vuela hasta el poniente anochecido
y con ellas volando velozmente

del mar en los extremos habitare,
allí sin duda me echaréis la mano
y me sacará asido vuestra diestra
y si entre mí dijere por ventura,
por ventura las lóbregas tinieblas
debajo de sus pies escurecidos
esconderme podrán disimulado
entre sus densidades más cuajadas
quizá me ocultará su manto negro,
será imaginación desacertada,
` porque la noche más escurecida
y tenebrosa más, en mis secretos
ratos de gusto como de día claro
con vergonzoso empacho me descubre,
que para vuestros ojos soberanos
no pueden ser tinieblas las tinieblas,
que para Vos la noche es mediodía
y luces las tinieblas, porque todo
lo ve con igual luz quien todo es soles.
¿Cómo podré esconderme si, escondido
vivís dentro de mí, hacedor y dueño
de lo secreto más de mis entrañas,
de mis acciones y de mis afectos,
artífice de quien mi vida pende
desde el oscuro vientre de mi madre?

Confesareos con acción de gracias
y versos de alabanzas, porque veo
cuán magníficamente engrandecido
sois en mi formación, cuán poderoso
y cuán maravilloso en vuestras obras
altamente mi alma las conoce
y, como las conoce, las celebra.
El menor huesezuelo que formastes
en lo secreto de mi cuerpo informe
no se puede esconder a vuestros ojos,
el ser de mi substancia en la materna
oficina, si oculta, no ignorada,
por vos, divino artífice, fraguado
con trabazón de arterias, nervios, venas,
como metales en las inferiores
partes formadas de la madre tierra
no se os esconde ni escondérseos puede,
Cuando imperfecto y indigesto estaba
sin tener ser, como si ser tuviera,

viéndome estaban vuestros ojos claros
porque tenéis escritos ejemplares
en las ideas vuestras, libro eterno,
como suele escultor sabio y curioso
de los que ha de formar o que ha formado
los días formáis de todos cada día,
sus partes y sus miembros, sin que falte
para su perfección el menor de ellos,
todos antes de ser por vos formados
sin que ninguno hubiese en vuestro libro,
todos estaban, sin faltar ninguno:
el que había de ser hombre y no lo era,
y en espaciosos días los formastes.
Dichosos pues y grandemente honrados
los amigos serán de un dios tan grande,
en mi opinión honrados y dichosos
son cuanto puede ser, su poderío
grandemente será firme y constante,
alta y valientemente establecido
y propagado generosamente.
Si a contar me los pongo, rey eterno,
y a los que de ellos se han multiplicado
es ponerme a contar del verdinegro
mar, los granos de arena innumerables
y desvelado en estos pensamientos
la cama dejo y, mudo y suspendido,
con Vos y en Vos me quedo arrebatado
y si, como dais vida a los que os aman
y a los que vos amáis varones justos
de quien busco la amable compañía
y codicio gozarlos de más cerca,
se la quitáis, Señor, a los ingratos
pecadores que os dejan y os ofenden
(ojalá yo lo viese) les diría:
derramadores de inocente sangre,
matadores de honras y de almas,
apartaos, apartaos de mí mil lenguas
porque decís en vuestros corazones:
Estos que a Dios se ajustan y le sirven
adquiriéndole puestos y ciudades
en vano en adquirírselas afanan,
pues se las ganan para que las pierda,
pues volverá a perderlas fácilmente.
Por ventura, Señor, ¿será posible

no aborrecer a los que os aborrecen,
no abrasarme y pudrirme de celoso
en las causas de vuestros enemigos?
Aborrecilos con razón, de suerte
hasta más no poder, no las personas,
mas las culpas que os son aborrecibles,
si bien conozco que se han declarado
contra mí por notorios enemigos.
Examinadme pues, examinadme,
prueba haced y escrutinio de mi vida,
el corazón me escudriñad y el alma,
como quien puede y sabe conocerla,
mi dicho me tomad, que lisamente
responderé, Señor, a las preguntas.
Mis veredas tomad y mis caminos
y si a caso no sigo los que debo
si (lo que Dios no quiera) voy errado,
encaminadme Vos para que acierte,
con el seguro, aunque al principio estrecho,
que a Vos, Dios de mi alma, va derecho.

PSALMO CXXXIX

ORACIÓN EN LA PERSECUCIÓN

Dios poderoso y libertador mío
libradme por quien sois y defendedme
de un hombre que se precia de ser malo;
de las sangrientas garras rescatadme
de un hombre que obstinadamente peca,
de violencias usando y tiranías.
Libradme de unos hombres que no piensan
dentro en su corazón, sino maldades,
engaños, desafueros y injusticias,
hombres toda la vida pendencieros,
puestos en arma todo el santo día,
a cada paso armando mil cuestiones
sin hacer treguas con la paz un hora.
Hombres de mala lengua y de mal alma
que dan un filo a las mordaces lenguas
para cortar mejor, que las aguzan
como víboras suelen ponzoñosas
que ocultan el veneno cautamente
debajo (¡ay, Dios!) de los traidores labios,
matando como el áspid homicida.

No permitáis que ponga en mí la mano,
Señor, hombre tan malo que la tiene
pesada y muy pesada, no me toque,
que de hombre injuriador se alaba y precia,
libradme de los hombres que se jactan
de sus violencias y sus tiranías
y que andan, pensativos, maquinando
cómo armarme alevosa zancadilla,
dar a mis pies traspies por derribarme,
que ocultan, arrogantes y atrevidos,
el lazo armado para que en él caiga.
Redes tejieron de sutiles cuerdas
y ocultos lazos que disimularon
tendidos en mi daño astutamente
junto al camino por adonde había
por fuerza de pasar, lazos me armaron,
lazos astutos y engañosas redes;
de tamaños peligros rodeado
dije, humilde, al Señor: «Vos sois dios mío
y, pues que sois mi dios, yo hechura vuestra;
oíd la voz de mi oración humilde,
condescended, piadoso, a mis lamentos.
¡Oh, señor Dios, señor omnipotente,
de mi salud amparo y fortaleza,
mi salud y mi vida, socorredme,
pues de Vos pende mi salud y vida!
Muchas veces de mí experimentada
en los peligros varios de la guerra
guardando mi cabeza, a mi persona
sombra y escudo haciendo vuestro amparo.
No permitáis agora que me venza
mi halagüeño deseo, poderoso
contra mí, por doméstico enemigo,
llevado de él en las flaquezas mías
y que me entregue, con blandura aleve,
del pecador en las sangrientas manos,
ni que se cumplan los que manifiestan
de verme en su poder, donde ejecuten
con ansias y codicias insaciables
los daños en mi ofensa maquinados;
no me dejéis, Señor, que si me miran
de vos a caso desfavorecido
y sujeto a sus locas tiranías,
se gloriarán, soberbios y arrogantes,

contra mí levantándose a mayores.
Paréceme que oístes mis plegarias,
que el caudillo y cabeza de esta gente,
a quien en torno ciñen y acompañan,
que me rodean para destruirme,
ha de ser su cuchillo y su ruína
el trabajo que toman en mi ofensa
tratando en sus corrillos de mis cosas;
el veneno que encubren en sus labios
con trabajado esfuerzo, en Vos espero,
Señor, que ha de salirles a la cara
y que necios, corridos y afrentados,
los he de ver cubiertos de vergüenza.
Bajen sobre ellos de carbones vivos,
plegue a Vos, chispeadoras tempestades,
empozadlos en lóbregas cavernas
entre humos negros y abrasantes llamas
y de miserias tantas oprimidos
el ánimo les falte y el esfuerzo,
de forma que, rendidos y brumados,
no puedan nunca levantar cabeza.
El hombre deslenguado y maldiciente,
acusador, mordaz y mentiroso,
no acierte en cosa en que pusiere mano,
todo mal le suceda y en mal pare
y al hombre injusto, como cazadores
que asechan escondidos a la presa
acometida intempestivamente,
los desastres le salgan y desgracias,
los males todos y cercado de ellos,
le ciñan y le opriman de manera
que muera mala muerte el desdichado,
herido y muerto con sus mismas armas.
Yo sé muy bien que aunque tal vez parezca
que tarda en el castigo su justicia,
que hará las partes del necesitado,
pronunciará sentencia en favor suyo,
vengando los agravios de los pobres.
De otra manera pasa con los justos,
que a Vos, Señor, agradecidos siempre,
confesarán a voces vuestro nombre,
dándoos eternas gracias y alabanzas,
que los varones de intención sencilla,
amparados de vos y defendidos

con vos habitarán eternamente,
 donde gocen, dichosos, la luz clara
 por edades sin fin, de vuestra cara.

PSALMO CXL

PIDE LA GRACIA Y LA LIBERTAD

Pues la necesidad veis con que os llamo,
 acelerad el paso, Señor mío,
 oíd y despachad mis peticiones,
 atended a mis voces y a mis ruegos
 dándome audiencia, cuanto grata fácil,
 las veces que, afligido, os invocare
 en el desierto, donde ausente vivo.
 Mi oración se encamine y se enderece
 con la facilidad que al trono vuestro
 suele llegar <el> thymiama precioso
 y nube densa de oloroso incienso,
 ardores agradables exhalando
 y como el sacrificio vesperino
 os agrada del cándido cordero,
 mis manos, a los cielos levantadas,
 en la oración os sean agradables,
 entre aromas ardiendo en vuestras aras³⁰
 y para que a pediros siempre acierte
 y no acierte a ofenderos con mi lengua,
 poned freno a mi boca, poned guarda.
 un portero poned que la abra y cierre,
 a mis labios poned constante puerta
 que en torno fuertemente la rodee
 y en ella las palabras se registren
 y si a caso, Señor, por mi flaqueza
 cayere o tropezare (que soy frágil)
 no permitáis que el corazón errado
 ande a buscar disculpas en sus culpas
 ni excusas excusadas que le excusen,
 pero que las confiese sin rebozo.
 No como hacen los hombres que mal viven
 y obran inicualemente, con los cuales
 ('ay, plega a Vos!) ni con el mejor de ellos
 ni converse, ni trate, ni a su mesa
 me sienta donde regaladamente

30.—Otro ejemplo de minuciosa aliteración: aromas, ardiendo, aras.

de los costosos platos participe
que sazonó la gula cocinera.
Corrijame mil veces con buen celo
y caridad fraterna, aunque me riña
y me castigue aceda mente el justo,
que mi enmienda serán sus reprehensiones
antes que una vez sola me unte el casco
con bálsamo amoroso el lisonjero,
que vale más la reprehensión severa
y el castigo sangriento del que ama
que las palabras blandas y halagüeñas
y afeitadas caricias del que adula.
Por lo cual, advertido y temeroso,
con oración ardiente, humilde os ruego
que no me permitáis que, acariciado
de sus blanduras y de sus lisonjas,
parte venga a tener en los dañosos
gustos en que se aplacen y deleitan:
hago oración por ellos contra ellos,
contra los vicios en que se divierten
y aplacen con deleites peligrosos,
si bien perecerán con tristes fines,
como murieron miserablemente
sus jueces, caudillos y maestros,
como en naufragio suele navegante
que, arrebatado de las ondas canas,
le estrellan en escollo peñascoso
donde se precipita a los abismos.
Pero quizá que, oyendo mis palabras,
que poderosas son para moverlos,
de suavidades y blanduras llenas
y de su bien celosas a obligarlos
para que como tierra que labrada
del corvo arado, ablanda su dureza,
su ocultada grosura descubriendo
la tierra inculta de sus corazones
con la eficacia y fuerza cultivada
de Dios con la palabra poderosa
se ablande y de sus fértiles grosuras
salgan sobre la tierra sus provechos.
Mas ¿de qué servirán, cuando las oigan,
pues nos están haciendo más pedazos
que suele leñador con hacha aguda
rajas hacer saltar de seco leño

o que terrones suele de la tierra
gañán desmoronar con ruda azada,
su fertilidad gruesa descubriendo
hasta dejarnos en los huesos flacos
descarnados, un pie en la sepultura
y todo esto, Señor, Señor dios nuestro,
porque a Vos levantamos nuestros ojos,
porque en Vos los ponemos confiados;
salga, pues, cierta en Vos mi confianza
y no les deis lugar a que me quiten
la vida con tamaños desafueros;
del lazo me librad que me han armado
con prevenido acuerdo estos crueles,
de las redes y enredos cautelosos
de los que viven mal y que mal hacen
y caigan en la trampa que en mi daño,
encubierta, me tiene su caudillo
y mientras ellos tristemente mueren,
yo, de su trato ajeno y separado
por especial merced y favor vuestro,
pasaré libremente mi carrera
al fin sin fin que el corazón espera.

PSALMO CXLI

ORACIÓN DE UN AFLIGIDO

Triste, desamparado, perseguido,
destituido de favor humano,
en esta soledad, en esta cueva
llamé al Señor con voz desconsolada,
roguele que me oyese, con vehemente
voz, salida de lo íntimo del pecho.
El corazón, con ansia afectuosa
en lágrimas quejosas desatado
la oración acompaña revertida
por las márgenes tristes de los labios,
hablele claramente en mis pesares,
en mis angustias y tribulaciones
y díjeme: «Señor, mirad que a penas
puedo echar las palabras de la boca
y el esfuerzo me falta y el aliento,
el alma se me arranca de las carnes
tras saber Vos los pasos en que he andado,

tras conocer mi vida y mis acciones
y que en esta derrota que he tomado
me aborrecen, me siguen y persiguen
sembrándome el camino de asechanzas
estos soberbios, estos arrogantes,
el escondido lazo simulando.
Talvez volvía a mirar, hecho mil ojos,
si hallaba que a mi lado algún amigo
de lejos o de cerca me amparase,
me acompañase y defendiese, ¡ay, triste,
que no vi a nadie que me conociese!
Los pasos y los puertos me han tomado,
pues aunque quiera huir no sé por dónde.
No es posible escaparme de sus lazos,
nadie hay que cuide de salvar mi vida,
de remediarme ni de socorrerme.
Pero llameos con ansias dolorosas
y dije: «Vos sois toda mi esperanza,
vos sois toda la parte de mi herencia
en esta vida y en la de los vivos
y como a Vos os tenga ¿qué me falta?
Atended, pues, a mis humildes ruegos
porque estoy abatido grandemente,
atollado en las últimas miserias,
libradme, ¡ay, Dios!, de los que me persiguen,
más que yo en fuerzas y armas poderosos,
en gente y en valor aventajados.
Sacadme de esta cárcel tenebrosa,
de esta lóbrega gruta que me esconde,
para que, libre, os haga y dé mil gracias,
alabe y engrandezca el nombre vuestro
y le cante canciones repetidas
y advertid que a la mira están los justos,
desojados, atentos, esperando
los premios que me dais y galardones
de mis trabajos y persecuciones.

PSALMO CXLII

SUPLICA QUE LE LIBRE DE SUS ENEMIGOS

Oid piadoso mi oración humilde,
Dios de mi vida y dad, Señor, audiencia
con atentos oídos a mis ruegos.
Oídmeme en fe de las promesas vuestras,

en la fidelidad vuestra fundadas,
pues de tratar verdad os preciáis siempre,
oídmme, que es justicia lo que pido,
que es justicia cumplir vuestra palabra
y aunque cumplirla Vos será justicia,
será cumplirla en mí merced y gracia.
No entréis, empero, en tela de juicio
conmigo (¡ay, Dios!) en tribunal severo,
ni de todo rigor me toméis cuenta,
que soy, aunque hombre flaco, vuestro siervo,
que delante de Vos, rey soberano,
que sois eterno y solamente justo,
¿qué hombre puede haber que lo parezca
ni que lo sea en vuestro acatamiento.
ni que se justifique en su justicia
sin vuestra liberal misericordia?
Oídmme y socorredme, que iracundo
me sigue y me persigue mi enemigo
deseando hacerme mal hasta en el alma
y arrastrar, con cruel abatimiento,
por esos suelos mi acosada vida;
de él perseguido, de una en otra parte,
ando por cuevas lóbregas y oscuras,
escondido a su enojo, como un muerto
en ellas tristemente sepultado,
sin que de mí se tenga más memoria
que la hay de los difuntos de mil años
como si hubiera un siglo que la Muerte
hubiera de alma y cuerpo divorciado
del vital matrimonio el nudo estrecho,
por lo cual, congojosa y afligida
me trae el alma entre apreturas tristes
y el corazón, en medio de mi pecho,
de turbado y de inquieto no me cabe.
Y en medio de estas penas y aflicciones
me acuerdo (¡ay, Dios!) de aquel dorado siglo
de los alegres y felices días
de que gozaron los antiguos padres
y de los que gocé y ahora lloro
y en cada uno por sí consideraba
los portentos, Señor, maravillosos,
los hechos gloriosos, las hazañas
y obras de vuestras poderosas manos,
con ellos, por la gran clemencia vuestra

tantas veces por Vos ejercitadas
y en la meditación de estos favores
mi esperanza alentaba y mi paciencia,
levantando, animoso, a Vos las manos,
vuestro amparo esperando poderoso
con ansias y deseos tan sedientos
cuanto la seca tierra en el verano,
toda hecha bocas y anhelantes todas
suele solicitar la amada lluvia.
El caso acelerad, Señor, oídmme,
áncora fida de mis desconsuelos,
ara sagrada y puerto a mis naufragios,
mirad que ansiosa el alma desfallece,
no me escondáis ni me torzáis el rostro
dándoos por ofendido y enojado,
porque será contarme con los muertos:
semejante seré a los que descienden
a cuevas tristes, tenebrosos lagos,
para no volver más a la preciosa
luz deseada del hermoso cielo.
Y pues de Vos espero confiado
todo mi bien y todo mi socorro,
con segura humildad, cuando el Aurora,
llena de hermosas lágrimas saliere
a despertar al mundo soñoliento,
las de mi rostro enjuguen las dichosas
nuevas que vuestra real misericordia
con largueza de Dios me ha perdonado.
Y pues esperanzado humildemente
levanté el alma a Vos y en Vos la puse
sepa el camino yo que seguir debo
para obligaros más y más serviros,
enseñádmme Vos para que acierte
y después de acertarle, acierte a hallaros.
Y pues huyendo de mis enemigos
al sagrado me entré de vuestro amparo,
a la sombra me entré de vuestras alas,
goce su inmunidad, libradme de ellos
y vuestra voluntad santa enseñadme,
porque enseñado de tan buen maestro
como sois, ¡oh, mi Dios y señor mío!
obre en conformidad de tus mandatos.
Pondrame vuestro espíritu divino
en el camino de la Tierra Santa

que va derecho a Vos, será mi guía
 a donde por quien sois, por vuestra honra,
 por la reputación de vuestro nombre
 y de vuestra palabra en cumplimiento,
 que ya debéis cumplirla de justicia,
 me volveréis a dar vida de nuevo,
 Recto Juez, conforme a mi ignorancia.
 Desahogaréis el alma atribulada
 de sus aprietos y sus desconsuelos
 y en virtud de la grande bondad vuestra
 y vuestra liberal misericordia
 los escuadrones romperéis armados
 de mis despiadados enemigos
 y a los que me atribulan y persiguen
 entre angustias crueles y congojas,
 con brazo vencedor gloriosamente,
 perdidos dejaréis y rematados,
 todo esto en fe de la que, humilde, muestro
 de ser hechura vuestra y siervo vuestro.

PSALMO CXLIII

CONGRATULACIÓN Y HACIMIENTO DE GRACIAS

Mil veces sea el Señor engrandecido,
 sea mi Dios y Señor magnificado,
 bendito y alabado sea mil veces,
 que para que entrar pueda en la batalla,
 me enseñó con despejo y con destreza
 a ejercitar con ánimo las armas,
 me enseñó en ellas a poner las manos.
 Mas es mi amparo y mi misericordia,
 mi fortaleza y piedra de refugio,
 que me acoge y recibe entre sus brazos
 y, de ellos rodeado, libra y guarda.
 Esperé en él como en protector mío
 y porque esperé en Él gloriosamente
 quiso poner, sujeto a mi obediencia,
 el pueblo suyo como a su caudillo.
 Y digo, contemplando estas grandezas:
 ¿Quién es, Señor, el hombre olvidadizo
 que a conoceros os le dais, queriendo,
 cuando aun no se conoce, que os conozca?
 ¿Quién es el hombre a quien estimáis tanto
 y hacéis tantos favores y mercedes?

Pues sabéis que, por vano, es semejante
al ampolla del agua, vapor leve,
al humo, que en el viento devanea,
a la vanidad misma y a la nada,
pues que sus días, con alas fugitivas,
corren y huyen al paso de la sombra
cuando el Sol niega su belleza al mundo,
consistiendo su ser en no tenerle.
¿De qué, pues, se envanecen y se engríen
con presunción esquiva los soberbios?
Como en el monte Sina, rey de gloria,
inclinad vuestros cielos y severo
descended a humillar sus arrogancias;
tocad y herid estos soberbios montes
y veréis cómo en humo se resuelven.
Y al ronco son de las tremendas cajas,
de los truenos, que son cajas de guerra
como al pasar el mar el pueblo egipcio,
vibrad, Señor, relámpagos fogosos
para asolarlos miserablemente,
saetas despedid de ardientes rayos
que los conturben y que los abrasen
y del trono de estrellas y luceros
(¡ay, poderoso Dios!) dadme la mano
y arrebatadme poderosamente
de olas tantas y tales que me anegan.
A la boca me dan las aflicciones,
los desconsuelos y calamidades.
Libradme, por quien sois, de tantas penas,
libradme de la mano vengativa
de los hijos crueles y arrogantes
de los siempre villanos Filisteos
que viven lejos de las leyes vuestras
y ajenos del sagrado culto vuestro,
cuyas bocas son todas vaciedades,
mofas, murmuraciones y mentiras;
maldades son sus injuriosas manos,
no las ponen jamás en cosa buena.
Libradme (¡ay, Dios!) y cantareos alegre,
del psalterio sonoro al son suave,
instrumento sagrado de diez cuerdas,
cánticos nuevos, nuevas alabanzas.
Cantaré que el Dios sois que solo puede
dar a los reyes prósperos sucesos,

socorros oportunos, dichas largas,
salud amable y descansada vida,
que a David, vuestro siervo, redimistes
de las sangrientas garras de la Muerte,
donde casi se vio y donde acabara
hecho pedazos si por Vos no fuera,
libradme, pues, Señor, del mal seguro
cuchillo que afilado me amenaza,
libradme de las manos enemigas
de estos hijos de padres mal nacidos,
de vuestro culto y religión ajenos,
que hablan una vana y dos vacías
mentiras, vanidades y embelecocos,
no ponen mano en cosa que sea buena,
cuanto emprenden son culpas y maldades,
saliéndose con todo cuanto quieren
sin que les quede por cumplir antojo.
Andan sus hijos como unos palmitos,
como renuevos y pimpollos tiernos
se lozanean en sus años verdes.
Andan sus hijas, tras ser muy hermosas,
compuestas y bizarras por extremo
con sus adornos y sus atavíos,
como un templo en sus fiestas adornado,
llenas, desde los pies a la cabeza
como una imagen, de preciosas joyas.
Sus recámaras todas y despensas,
sus guardarropas y botillerías
no caben de riquezas y regalos;
visten y banquetean largamente,
pártenlos y reparten por mil partes
y tienen para todas que les sobran.
Sus ovejas son todas parideras,
sus crías a millares multiplican,
cuando salen al campo le hermocean
con blanca multitud de vellocinos,
sus bueyes son, cuanto robustos, gruesos,
apacentado bien y sustentados,
fuertes para la carga y las labores,
sus murallas, sus casas y heredades
sin que en sus lienzos, tapias y paredes
se vea un portillo ni una quebradura

que pueda paso dar a sus pesares³¹
a sus disgustos y incomodidades,
ni por asalto de sus enemigos
ni por otro accidente ni desgracia
en su plaza se oye una voz triste,
un bélico instrumento, un clamor ronco
que los desasosiegue ni conturbe.
Viendo tanta abundancia de regalos,
comodidades, gustos y riquezas,
llamaron a este pueblo venturoso,
dichoso pueblo y bienaventurado,
pero lo que yo digo y lo que creo,
que el pueblo venturoso felizmente
y muchas veces bienaventurado
es el que tiene a Dios por padre y dueño,
que puede darle con liberal mano,
tras las breves riquezas que perecen
las que edades de edades permanecen.

PSALMO CXLIV

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Aunque de mis indignas alabanzas
no necesita vuestra real grandeza,
Rey y Dios mío, agradecido siempre
tengo de engrandeceros y ensalzaros;
no que añada grandezas a las vuestras
tengo de echar a vuestro nombre dulce
con gratitudes mil, mil bendiciones,
no solo ahora, mas eternamente,
en este siglo y en los venideros.
Cada día por sí, todos los días,
de bendeciros tengo y celebraros,
de ensalzar tengo vuestro santo nombre
ahora y por los siglos de los siglos,
en esta vida y en la que deseo,
diciendo, hecho mil lenguas y mil bocas,
cuán grande es el Señor y cuán loable,
es solo digno de alabanzas sumas
porque es incomprensible su grandeza,
mucho mayor que cuanto se imagina.
De un siglo en otro, de una en otra gente,

31.–Otro ejemplo de aliteración sobre el fonema oclusivo bilabial sordo: pueda, paso, pesares.

con sucesión de tiempos y de edades,
los ancianos abuelos a los nietos
y los gustosos padres a los hijos
alabarán vuestras grandiosas obras
engrandeciendo, a voces admirados
en ellas vuestro eterno poderío.
Hablarán del decoro glorioso,
de la siempre real magnificencia,
de la majestad real nunca violada,
de vuestra santidad, con que no solo
el solo santo sois, mas hacéis santos,
santo sin ellos Vos y por Vos ellos,
refiriendo a los gratos sucesores
con mil sabores vuestras maravillas
y de vuestra invencible fortaleza
hazañas estupendas confiriendo,
contando los sucesos temerosos
en los malos por Vos ejecutados.
De ellos vuestra grandeza coligiendo
no les cabrá en el pecho el alegría
del recuerdo feliz de la copiosa
blandura vuestra y condición suave
y saldrá, revertida por los labios,
gozosos de contar el cumplimiento
de las promesas vuestras, donde miran
vuestra fidelidad y equidad justa.
Dirán; ¡Oh, cuánto es Dios piadoso y justo,
cuánto benigno y misericordioso!
Es más que padre en las misericordias,
sufrido en enojarse y detenido
en fin blando y piadoso sumamente
y sumamente misericordioso.
Es para todos de condición blanda,
manso benignamente y apacible
para los justos y los pecadores;
sus divinas piedades y clemencias
sobre todas sus obras resplandecen,
están por todas ellas repartidas,
con todos noblemente ejecutadas,
ejercitadas mucho más que todas
con incansable amor, con bondad suma.
Vuestras grandezas, pues, os magnifiquen,
todas vuestras acciones, vuestras obras
y os confiesen por dios, que solas ellas

os pueden alabar debidamente;
vuestros justos y santos os bendigan
y os canten merecidas alabanzas,
con quien usastes de clemencias siempre.
Referirán la gloria majestuosa
que por Vos goza todo vuestro reino
engrandeciendo vuestro poderío,
todo ordenado a hacer saber al mundo,
a los mortales hijos de los hombres
vuestro poder y la majestad vuestra
y de vuestra magnífica largueza
el glorioso blasón y honrosos títulos
que por Vos tiene y goza vuestro reino.
Y con razón, pues vuestro reino solo
es reino universal y perdurable,
no de ciertas edades y personas,
porque lo abarca y lo comprende todo,
lo pasado, presente y venidero,
porque de siglo en siglo se dilata
y de una gente en otra vuestro mando
en todo tiempo a las naciones todas,
sin fin y sin principio, perdurable.
Después de esto confieso y reconozco
que es Dios fiel en todas sus promesas
y verdadero en todas sus palabras,
como en todas sus obras santo y bueno,
sin que ninguno reprehenderle pueda,
porque es, como inculpable, irreprehensible.
Tan piadoso señor que al que tropieza
y va a caer, detiene, que no caiga
y al que cayó y se hirió, le da la mano
y cariñosamente le levanta.
Todos, Señor, con esperanza cierta
os miran a las manos, bien seguros
que ha de venirles de ellas el remedio
y a todos dais, sin que a ninguno falte
a tiempo conveniente, sus raciones,
sus raciones y pan de cada día,
como más le conviene a cada uno,
sin que cerréis a nadie la despensa,
y no solo les dais lo necesario,
empero abris las manos liberales
y a manos llenas, con largueza rica
hartáis todo animal tan francamente

que es bendición de Dios. Sois Dios, ¿qué mucho
que los llenéis de beneficios grandes?
Diré a voces, mirando estas larguezas,
que en todas sus acciones y caminos,
que son sus mandamientos y preceptos
con que el Cielo las almas encamina,
es el Señor excelsamente justo,
como en todas sus obras bueno y santo:
irreprehensible en todas sus acciones.
Oye los que le llaman al instante,
porque está cerca de los que le llaman
cuando le llaman con afecto tierno,
con fe animosa cuanto verdadera
y como así le llaman temerosos
finalmente de Dios y de su culto
celosos honradores, es sin duda
que no les negará lo que le pidan;
hará su voluntad, hará su gusto,
dará una firma en blanco a sus deseos,
oirá sus ruegos efectivamente
correspondiendo, grato, a sus codicias,
libraralos de aprietos y peligros,
será su salvación y su bien todo,
será custodio de los que le aman,
defenderalos poderosamente,
que quien le quiere bien, no hay mal que tema,
mas a los malos y los pecadores
que le desaman en sus malas obras,
después de ser por Él desbaratados,
los destruirá, con triste acabamiento,
porque el que no ama a Dios no hay bien que espere.
Por lo cual, hecha mil mi boca indigna
no sabrá hablar jamás en otra cosa
que en sus grandezas y sus alabanzas,
de este Dios grande y de alabanzas digno,
afectuosamente deseando
que, a ejemplo nuestro, no quede criatura
de las que cerca deleznable carne
que no bendiga su divino nombre,
que agora y para siempre no le alabe,
que no le alabe siempre y engrandezca
y beneficios tantos le agradezca.

PSALMO CXLV

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

No solo alabe a Dios la balbuciente
y entorpecida lengua, mas con ella
le engrandezca y le alabe el alma mía,
que lo merece ser eternamente,
que yo le alabare mientras con soplo
vigoroso estos miembros alentare
espíritu de Dios originado;
alabarele en varios instrumentos
cantando alegres himnos y canciones
mientras gozare de la vital aura
con que la parte térrea vivifica,
alabarele, porque en él espero
con viva fe y segura confianza.
¡Ay, hombres! No os fiéis, mal persuadidos,
cebadados en promesas engañosas
de los grandes señores de la tierra,
porque son hombres y hijos de otros hombres,
que tienen de morir, como murieron
sus olvidados padres y no pueden
daros salud, porque salud les falta,
mal os podrán valer los desvalidos
y enriquecidos mal podrán los pobres,
que ni podrán salvaros, ni salvarse
porque ninguno da lo que no tiene
y al mejor tiempo, en la mayor privanza,
cuando os aseguréis mayores dichas
la muerte llegará, con pies callados,
y romperá, con brazo inexorable,
los apretados lazos de alma y cuerpo;
el alma, a su pesar, ansiosamente
se arrancará del cuerpo fatigado
y el cuerpo, en tierra leve convertido,
será ceniza helada y polvo inútil
y en el día lloroso de su muerte
acabarán sus pretensiones todas,
sus esperanzas, trazas y invenciones
y las de los gastados pretendientes.
Dichoso, pues, aquel que de su parte
al Dios de Jacob tiene en su defensa
y colocada toda su esperanza
en el Señor dios suyo, que hacer pudo

con mano omnipotente el turquí cielo,
la parda tierra y verdinegros mares
con todas sus bellísimas criaturas,
ángeles, hombres, aves, peces, brutos;
que cumple y guarda siempre su palabra,
sumamente fiel y verdadero,
que es riguroso vengador de injurias,
las partes hace y guarda su justicia
a los que injustamente no la alcanzan;
sustenta con largueza a los hambrientos,
lo necesario dando a cada uno.
Desata y suelta los encarcelados,
da libertad preciosa a los cautivos
y da a los ciegos, tras de anohecida
ceguedad, luz y vista alborozada.
Levanta a los caídos que no pueden,
quebrantados y heridos, menearse
y como es justo es amador de justos,
de ellos amado con retorno grato.
Es fida guarda de los peregrinos,
cierta defensa de los extranjeros,
toma a su cargo al huérfano y pupilo,
es patrón y consuelo de la viuda,
traelos como en sus hombros y en sus ojos;
atajará los pasos a los malos:
hacerlos ha que tuerzan el camino
destruyendo sus trazas y malicias
y el Señor poderoso, finalmente,
por siglos reinará no limitados:
tu Dios ha de reinar, ¡oh Sión amada!,
de su reino con mil felicidades
que tienen de durar siglos de edades.

PSALMO CXLVI

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Alabad al Señor y engrandecedle,
todos le bendecid, cantadle todos,
lentos de revertidas alegrías,
devotos psalmos y sonoros himnos,
porque es bueno y loable, engrandecedle.
Cantad y repetid sus alabanzas,
el decoro guardando a su grandeza
con la decencia que a tal dios se debe,

de modo que le agraden y le obliguen,
las oiga alegre y las acepte grato.
Repetid y cantad la restaurada
por Él Jerusalén, a quien redujo
los desterrados de ella, los cautivos
y por diversos climas derramados..
Alabad a un Señor que es tan piadoso
que cura con blandura y mansedumbre
hombres de quebrantados corazones,
sana sus llagas, cura sus heridas
y, después de curadas, se las ata
con afecto de padre enternecido.
Cantad y repetid su omnipotencia,
que las estrellas cuenta una por una,
sabe sus nombres, sus efectos sabe,
sus influencias y constelaciones,
llámalas por sus nombres cuando quiere
y, llamadas, humildes le responden.
Y que es inmensurable su grandeza,
como su fortaleza incomprensible,
inagotable la sabiduría
de las cosas sin número que sabe:
rige, manda, gobierna y alimenta.
Engrandeced a Dios, que es tan benigno
que a los mansos levanta y engrandece
y tan severo que a los mal sufridos,
ímpios, injustos, bravos y arrogantes
por los suelos arrastra y atropella,
que es Dios, como piadoso, justiciero.
canciones prevenid, cantadle a coros,
sus dignas alabanzas repitiendo
y sus divinas obras celebrando,
cantadle al son del harpa sonora.
Las obras acompañen las palabras.
Engrandeced su eterna providencia
que cubre el cielo de preñadas nubes
cuyos fecundos partos son las lluvias
para la seca tierra prevenidas,
con cuyos riegos fértiles produce
verde hermosura en los sedientos montes,
inculto pasto de los animales
para el uso y servicio de los hombres,
que da a los descuidados jumentillos
el pasto y pienso de que necesitan,

el propio y necesario a cada uno
y a los blancos polluelos de los cuervos,
desconocidos de sus negros padres,
inútiles por sí cuanto voraces,
la ración que piando le demandan,
clara enseñanza que con piedad noble
quien cuida del sustento de estas aves
cuidará del regalo de los hombres
si en su clemencia liberal confían.
Ensalzad al Señor, que no se agrada
de los soberbios que en la ligereza
fían de los caballos voladores,
que no se aplace de los que hacen piernas
con escuadras de a pie disciplinadas
en quien confían más que en su potencia.
Es, pues, lo que le agrada y más le aplace
los que con temor santo en Él respetan
y le veneran con debido culto
y los que esperan confiadamente
en su misericordia ilimitada,
con ellos largamente ejercitada.

PSALMO CXLVII

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Con himnos y canciones de alabanzas
Jerusalén alaba y engrandece
al Señor, que es señor de tierra y cielo,
que te guarda, ennoblece y hermosea:
a tu dios, ¡Oh, Sión, sagrado monte!,
por su privado y su favorecido
versos le canta con alegres voces,
compuestos en sus altas alabanzas,
porque fortaleció las cerraduras
y los cerrojos reforzó valientes
de sus herradas puertas, desvelado
en tu defensa y guarda, a tu enemigo
cerrando el paso por que no te ofenda,
que después de guardarte y defenderte,
prosperó tus dichosos ciudadanos
hijos tuyos, pedazos de tu vida,
con multitud de bienes y riquezas,
con bendición haciendo que los gocen.
Con bien segura paz, no solamente

de las puertas adentro, mas en torno
de tu jurisdicción y tu comarca
y hasta el fin de tus términos dichosos,
que eres, ciudad, visión de paz llamada
tras el descanso de la paz segura
(a quien se sigue la abundancia fértil)
dándote, a manos llenas, rubio trigo
de la flor blanca, haciendo de la harina
un pan todo substancia, un pan de leche
que sin fastidio te sustente y harte.

Alaba. alaba a un Dios tan poderoso
que por embajador envía a la tierra,
con poderes de Dios, su real palabra,
que su divino imperio ostente al mundo,
que es tan ejecutivo en lo que ordena
que corre sin parar hasta cumplirlo,
que es la presteza y velocidad misma,
viste el campo de flor, de hierba el prado,
de mies las hazas y la vid de frutos,
que a los copos de lana semejantes,
juntamente en lo blanco y esponjoso,
copos de pura nieve forma y cuaja,
que esparce espesas nieblas por el aire,
emulas en color de la ceniza,
entoldando de telas cenicientas
la primera región del aire zarzo,
que envía blancos trozos de cristales,
balas talvez dañosas de granizo
de pan en forma de bocados breves,
empero a sus rigores requemados
¿quién osará ponérseles delante,
quién, sino Dios, que amansa sus bravezas?
Pues cuando más las rígidas heladas
aprietan con temblores encogidos,
con solo echar el habla por la boca,
con sola una palabra puede tanto
que regala, derrite y reblandece,
nieves, escarchas, hielos y granizos
en arroyos de plata desatados,
del viento manso al regalado soplo
que envió en su favor y con presteza
corren donde celebran la preciosa
libertad del helado cautiverio.
Alaba el mucho amor con que te trata,

a todas las naciones preferida,
dando a Jacob, su pueblo regalado,
de su divina voluntad noticia
por medio de sus voces y palabras,
dando a Israel noticia de los justos
preceptos suyos y sagradas leyes
que justifican a los que los guardan.
No lo hizo así con las demás naciones,
ni con ninguna de ellas, pues ninguna
mereció como tú, favorecida,
que le manifestase sus juicios,
alto principio de tus beneficios.

PSALMO CLVIII

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Ilustres moradores de los cielos,
de sus altos solares descendientes,
que sus alturas habitáis excelsas,
alabad al Señor y bendecidle.
Espíritus celestes, alabadle
los que en tres jerarquías divididos,
nueve órdenes formáis de ángeles bellos,
ejércitos de alados escuadrones
de oro y diamante armados, alabadle.
Y vosotros, ¡oh, sol, padre del día!,
aliento generoso de la Tierra
y tú, antorcha de plata de la noche,
blanca Luna, que el Sol ceba y enciende
y vosotros, planetas encontrados
en los efectos y en las influencias,
con todas las estrellas que militan
y que marchan en orden obedientes
en el campo del claro firmamento,
y la luz junta de las luces todas,
alabad al Señor y engrandecedle.
Los cielos de los cielos, alabadle,
los cielos que ceñís los inferiores,
el Cielo Empíreo, cielo de los cielos,
aguas sobre los cielos congeladas,
de que hizo Dios el cielo cristalino,
río de blanca luz que siempre corre
y que siempre, siguiéndose, se huye,
pues que no murmuráis, como otras aguas,

benedicid y alabad su santo nombre.
Alábanle sus obras milagrosas,
tan obligadas como agradecidas,
pues deudoras lo son del ser que tienen
porque las hizo, porque quiso hacerlas,
todas las hizo sin decir un 'Fiat',
solo mandarlo le costó criarlas,
que es el decir y hacer en Él lo mismo.
Ordenó, con decreto no violado,
que no traspasarán eternamente,
que sin cansarse, en todas sus acciones
ordenadas por Él y gobernadas,
las cumplan por los siglos de los siglos.
También, ¡oh, moradores de la tierra!,
de ella formados, siempre agradecidos
alabad al Señor y engrandecedle,
monstruos marinos, ágiles ballenas,
dragones espantables de las aguas,
mares hermosos de arenosos senos
y profundos abismo, alabadles.
Fuego sutil, cuanto veloz activo,
relámpagos de luz deslumbradora,
rayos, miedo y castigo de los hombres,
alabad al Señor y bendecidle.
Granizos de cristal, balas de hielo,
nieve callada, afeite de los campos,
exhalaciones y vapores leves,
hielo, blanca prisión de los arroyos
y vosotros, ¡oh, vientos mal sufridos,
ejecutores de sus mandamientos!,
alabad al Señor y bendecidle.
Todos los montes, todos los collados,
descollados amenos deleitosos,
con sus flores, los árboles y frutos,
con su verdor, los cedros y fragancias,
honradle, engrandecedle y bendecidle.
Brutos silvestres, fieras no domadas,
domésticos y mansos animales,
todo el mayor con el menor ganado,
serpientes de escamosos tornasoles
a quien sirven de pies los lisos pechos,
obligados a andar pecho por tierra
con deslizados pasos y alas tardas,
aves que por las ondas de los aires,

en vez de remos, sacudís las plumas
con que navega la galera alada
con letras y con tonos no aprendidos
alabad al Señor y bendecidle.
Y con estas criaturas superiores
y inferiores, o reyes de la Tierra,
que la regís con imperioso cetro,
todos los reinos, pueblos y vasallos,
presidentes, oidores y jueces,
lozana juventud, virgen belleza,
doncellas castas, jóvenes gallardos,
madura ancianidad, mocedad verde,
viejos y niños, grandes y pequeños,
a una voz todos y conformes todos,
alaben del Señor el santo nombre,
que de este Señor solo al nombre santo,
por alto y encumbrado, en Cielo y Tierra,
confesión se le debe de alabanzas,
respetos, honras, glorias, bendiciones.
Dilató de su pueblo el poderío,
levantó y sublimó su fortaleza,
por lo cual himnos de sus loores santos
es justo que en las bocas se oigan siempre
de todos sus amados y escogidos
que esperan y que vencen en su nombre,
del pueblo de Israel hijos amados,
del pueblo de Israel, que de más cerca
merecieron gozar de las mayores
gracias, honras, mercedes y favores.

PSALMO CXLIX

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Cantad, cantad a Dios todos alegres,
cantadle nuevos himnos y canciones
por sus altos y nuevos beneficios;
resuenen sus divinas alabanzas
en la congregación y junta santa
de sus amados y sus escogidos.
Alégrese Israel dichosamente
en un Dios que le hizo pueblo suyo,
que le formó y crió para su pueblo
después que le crió y formó de nada
y en su rey, cuanto santo, poderoso,

los hijos de Sión se regocijen
por sus amados y favorecidos.
Canten las bien debidas alabanzas
de su divino nombre en instrumentos,
a coros dulcemente repetidas,
alábenle en las flautas y atabales,
cántenle en el psalterio de diez cuerdas
y en cítaras alegres y sonoras,
porque miró a su pueblo con agrado
y complacido en él, le cayó en gracia,
que es la mayor de sus felicidades.
Levantará a los mansos y sufridos
de condición humilde cuanto mansa
a honrosos puestos, donde, honrados, gocen
la salud, a pesar de sus contrarios
y tras la temporal, la perdurable.
Y los santos entonces, con gloriosos
júbilos gozarán dichas eternas,
alegres siempre en la quietud segura
que tendrán en sus tálamos de flores.
Harán gustosos pasos de garganta
cantando alegremente las grandezas
y hazañas del Señor, siempre ensalzadas,
sin caérseles nunca de las bocas
y jugarán las vencedoras diestras
espadas cortadoras de dos filos
con judiciaria potestad tomando
venganza, cuanto justa, rigurosa,
de gentes ciegas y naciones varias
y castigando con rigor severo
a los pueblos rebeldes y obstinados
sus gargantas y manos nunca ociosas
lucirán en su honor, ejercitadas
las unas en sus ínclitas grandezas,
las otras, con espadas victoriosas,
venganza haciendo de naciones varias.
A sus reyes harán sus prisioneros,
aherrojados con grillos y cadenas,
a los grandes del reino, a los más nobles,
con esposas de hierro maniatados,
para que ellos, presos, ejecuten
con rigor la sentencia pronunciada
por la divina Sala de su acuerdo
conforme a su juicio riguroso

escrito como en láminas de bronce.
Ser sus jueces, ser sus delegados
ejecutores de su real decreto,
tras tantos bienes y favores tantos,
es y será la gloria de sus santos.

PSALMO CL

ALABANZAS DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Todos alegres y reconocidos
alabad al Señor y bendecidle,
alabadle en su cielo sacrosanto
y en los santos, que son su amado cielo,
alabadle en el trono de su gloria,
palacio real donde el poder ostenta,
morada que fundó para su Alcázar,
firmamento que vence al estrellado
en grandeza, firmeza y hermosura.
Alabadle en sus fuerzas invencibles
y en sus hazañas todopoderosas,
alabadle según la muchedumbre
de su grandeza siempre ilimitada,
alabadle en diversos instrumentos,
en bélicas trompetas y clarines,
en harpas graves, en psalterios dulces,
en adufes, sonajas y atabales,
a coros, alternando alegres versos
en instrumentos de diversas cuerdas,
en órganos sagrados cuanto alegres.
Alabadle tocando las campanas,
repicadas con sonos placenteros;
alabadle y tocad las campanillas
que regocijan con las triples voces
y en cuanto respira, cuanto vive,
de la forma mejor que puede y sabe
al Señor Nuestro sin cesar alabe.

FIN DE LOS PSALMOS